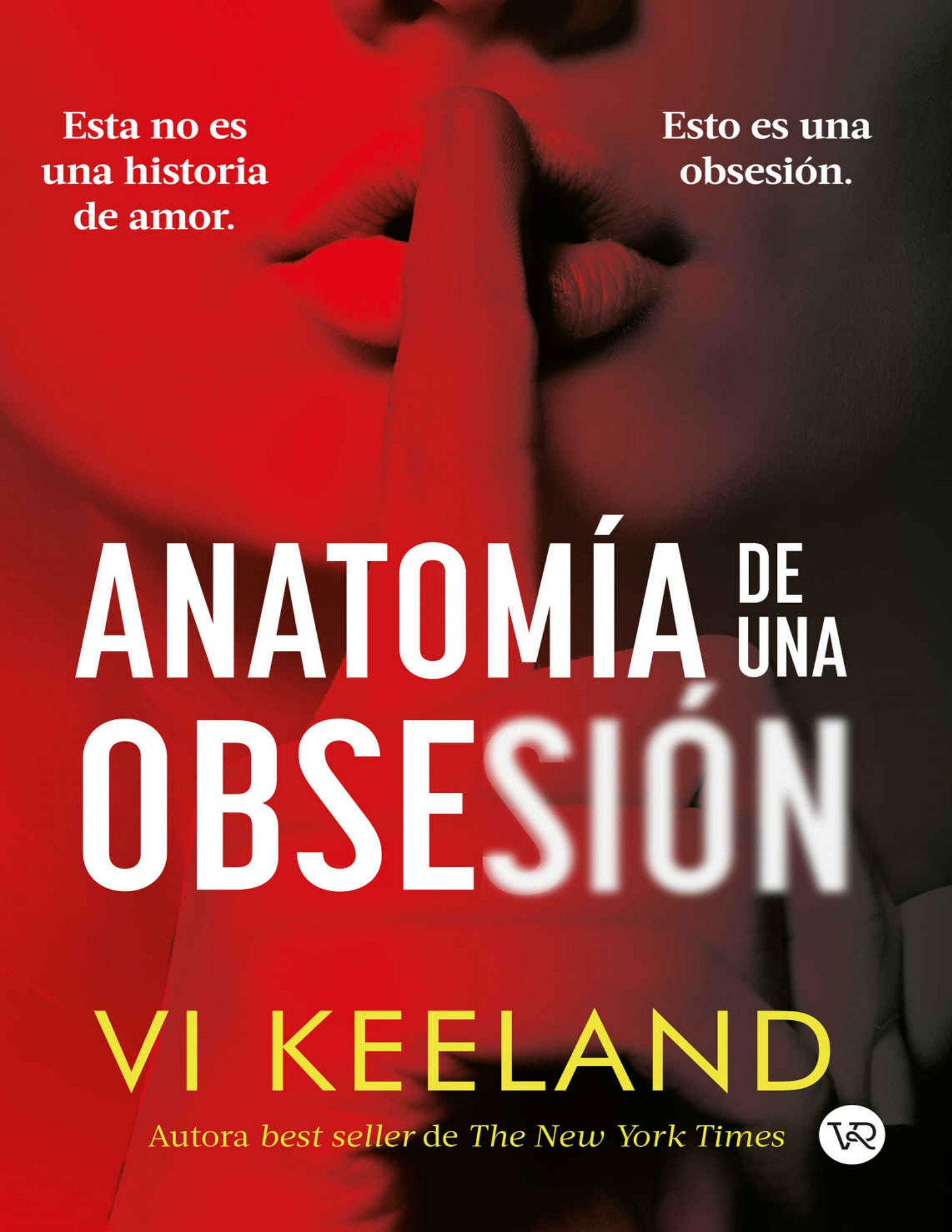
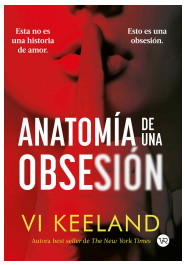

Esta no es una historia de amor.
Esto es una obsesión.
ANATOMÍA DE UNA OBSESIÓN
VI KEELAND
Autora best seller de The New York Times



«Estamos jugando a un juego.
Un juego sin reglas ni límites».

Después de experimentar la más terrible de las tragedias, la psiquiatra Meredith McCall se siente a la deriva. Cuando se encuentra con Gabriel, un hombre con el que comparte esta conexión trágica, no puede creer que sea feliz, ¿cómo puede actuar como si nada hubiese pasado?

Observarlo, seguirlo, será su obsesión. Necesita entender. Hasta que un día Gabriel entra en su consultorio como paciente sin saber quién es ella. Sabe que tratarlo trasciende todos los límites éticos y morales, pero ¿y si encuentra todas las respuestas que necesita? ¿O podría ser su perdición?



Vi Keeland es una autora superventas de *The New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Con millones de libros vendidos, ha sido traducida a veintiséis idiomas y ha aparecido en las listas de los más vendidos en los EE. UU., Alemania, Brasil, Bulgaria, Israel y Hungría. Tres de sus historias cortas han sido llevadas al cine por Passionflix, y dos de sus libros están actualmente en proceso de adaptación cinematográfica. Reside en Nueva York con su marido y sus tres hijos, donde vive su propia historia de amor con el niño que conoció cuando tenía seis años.

Foto: Irene Bella Photography

ANATOMÍA DE UNA OBSESIÓN

VI KEELAND

EUROPA

CAPÍTULO 1

Presente

Solíamos mirarnos así. Antes de que *tú* lo arruinaras todo.

El hombre envuelve el cuello de la mujer sonriente con una bufanda, se inclina y le da un beso en la punta de la nariz. Me fuerzo a dejar de mirar el escaparate de la tienda y seguir caminando. Quizá con otro kilómetro y medio consiga despejar la mente. Decidir qué hacer el resto del día. El resto de mi vida.

Una calle, después otra. Me detengo detrás de una docena de personas en el cruce peatonal. Una mujer mira la hora en el móvil, un niño se balancea bajo el peso de la mochila llena de libros, un empresario vestido con un traje de cinco mil dólares escupe en el teléfono algo acerca de un trato echado a perder.

Está enfadado. Probablemente necesita terapia. A la mayoría nos hace falta. Incluida yo.

Especialmente yo.

Una adolescente fuma un porro y baila al ritmo de sus auriculares. Un veinteañero, vestido con unos vaqueros holgados y una camiseta, finge no estar muriéndose de frío.

Hay algo que los diferencia de mí: todos parecen tener un lugar adónde ir.

La verdad sea dicha, probablemente yo también lo aparento. Me he vuelto muy buena fingiendo, ¿no?

Pero pronto ellos estarán en casa con sus familias o el perro o los videojuegos, y yo seguiré caminando por ahí. Buscando algo, aunque no sé qué. No he perdido la cabeza del todo aún y sé que eso quiere decir que es posible que nunca lo encuentre.

Quizá debería adoptar un perro. Al menos eso le daría sentido a todo este caminar. Por supuesto, tendría que darle de comer. Arrastrarme fuera de la cama temprano por la mañana para sacarlo y evitar que me estropee las alfombras. Darle amor y cariño.

Trago saliva. Soy incapaz de comprometerme a nada de eso. En especial la última parte.

El semáforo cambia, la oleada de gente avanza y dejo que me lleve al otro lado de la calle.

Doblo una esquina cualquiera y, segundos después, estoy rodeada de las típicas casas de piedra rojiza neoyorquinas. Aminoro la marcha y otro transeúnte me empuja a toda prisa. Otra persona que tiene adónde ir.

Una brisa agita las hojas y me envuelve la lluvia amarilla y naranja de un ginkgo. Estuvimos a punto de mudarnos a Gramercy, a una de estas mismas casas. Con el vestíbulo pintado de azul y un despacho con vistas a la ciudad. Si hubiéramos elegido esa casa, en vez del apartamento, ¿hubieran sido distintas las cosas? Las consecuencias de esa decisión… ¿habrían afectado a nuestras vidas de tal forma que hoy estarías aquí conmigo?

Me permito imaginármelo. Es la clase de barrio donde la gente se muda para formar una familia. Tal vez, a estas alturas, tendríamos un bebé. Tal vez, me habría tomado un año sabático. Tal vez, si hubiera prestado más atención y me hubiera dado cuenta de lo mal que estabas. Si aún estuvieras aquí, es probable que estuvieras de gira, rumbo a un partido en Michigan o Canadá. Mi clientela estaría creciendo en vez de mermando. Tal vez habríamos contratado una *au pair*. Tal vez… tal vez.

Vuelve a levantarse viento y me hace volar el abrigo abierto. Lo cierro de un tirón y aprieto el cinturón. Llevo horas fuera y debería irme a casa. ¿Para qué?

Las ramas de los árboles se mecen y una nueva oleada de hojas me acaricia los zapatos. Una hoja amarilla solitaria se me engancha en el pelo. Estiro la mano para quitármela y un taxi pasa volando a pocos centímetros; el viento que crea me golpea el rostro. *Maldición*. Ni siquiera he visto que el semáforo estaba en rojo. Retrocedo hacia la acera y me tropiezo con alguien; casi me caigo.

—Señora, ¿está bien?

Una veinteañera en un impermeable Burberry, con una niña de dos años a la cadera con una chaqueta a juego, y otra en un cochecito antiguo, que se chupa el pulgar.

Un murmullo, un destello de lo que podría haber sido. De lo que nunca podrá ser, por *ti*.

Meto la mano en el bolsillo del abrigo y acaricio mi llavero. *Tu* llavero. El que me recuerda todas nuestras esperanzas y sueños. Me calma. Al menos todo lo calmada que puedo estar estos días.

—¿Señora? —La mujer se acerca—. ¿Está bien?

Aparto la mirada; su pequeña familia se parece demasiado a mis fantasías.

—Estoy bien. Gracias.

Vuelvo por donde he venido, camino más rápido ahora. Me escapo. ¿De qué? No importa. Miro el cemento gris, después el cielo gris. Un escaparate me devuelve un reflejo: un rostro pálido y delgado, mucho pómulo, mucha barbilla. Los ojos hundidos, que antes eran de un verde brillante, se han vuelto opacos. También parecen grises. Debería hacerme reflejos, darle vida a mi cabello rubio oscuro.

Una campana repica sobre la puerta de la tienda. Veo a una pareja de jóvenes sentados junto a la ventana, puras sonrisas tímidas y manos que sostienen vasos de papel con café. Entro y me pongo en la cola, perdida otra vez en el anonimato de la ciudad.

Parpadeo. Nunca he estado aquí, en esta esquina, en esta cafetería. O tal vez es nueva. El mundo ha cambiado este último año y yo no he prestado atención.

La fila avanza y dejo que me arrastre. Hubieras odiado este lugar. Las luces demasiado brillantes, el barullo de unas treinta personas charlando, el siseo que produce la barista al espumar la leche, el zumbido del molinillo de café. Pagar siete dólares por un café.

—Buenas tardes. ¿Qué le preparo? —La mujer, que sonríe con mucha encía y lleva el pelo en una coleta, muestra un entusiasmo un poco exagerado al tomarme el pedido.

—Café. Solo, por favor.

Pago en efectivo, acepto el cambio y pego la vuelta, sin poder apartar los ojos de un *scon* de naranja y arándanos. Intento acordarme de si he comido.

—¿Meredith? Café solo —llama una voz.

Me quito un guante para recoger el vaso de papel y siento el calor que me atraviesa la piel mientras busco una mesa libre. Hay solo una, en la parte delantera de la cafetería, con vista al exterior. Me da algo en lo que concentrarme, por lo menos. Hay un enjambre de personas en las aceras, los turistas, que contemplan boquiabiertos los edificios altos con sus bolsas de compras, y los locales, que se quejan por lo bajo al verse obligados a esquivarlos. Cientos de personas van y vienen en apenas unos minutos. Es un mar de ambigüedad, rostro tras rostro tras rostro, que empieza a volverse borroso.

Pero entonces… un fogonazo de algo familiar. Un rostro que conozco.

Me inclino, sin preocuparme por la mesa que se me hunde en las costillas mientras clavo la mirada en el hombre. Me llevo la mano al pecho cuando del reconocimiento paso a la consternación. Y mi corazón empieza a latir violentamente.

No puede ser él.

¿O sí?

Piel aceitunada, barba oscura, delgado. Sonríe mientras habla por teléfono. Luego *se ríe*, con una risa que le hace temblar el pecho y echar la cabeza hacia atrás, y sonreír al cielo. Ese hombre no se reiría, *no podría* reírse. Después de todo, ha pasado por algo mucho peor que yo.

Estrujo el vaso y el café se derrama, quemándome la mano. El dolor se expande y miro la piel enrojecida.

Me siento bien. El ardor me trae una extraña sensación de alivio.

No es una reacción normal. Me pasaré horas sobreanalizándola en otro momento. Pero ahora… mi atención vuelve a la ventana. *Él* es mucho más interesante.

Dejo la silla, echo el café, que casi no he tocado, en el cesto de basura más cercano y salgo por

la puerta en segundos. El hombre avanza a zancadas por la acera, entre los espacios que dejan otros transeúntes, lo que ayuda a no perderlo de vista. Ayuda a —avanzo rápidamente— seguirlo.

Es como seguir a un fantasma.

Excepto que no es él quien está muerto.

Son *ellos*.

Nosotros estamos atrapados aquí. En el limbo.

Yo. Y él.

Gabriel Wright. La última vez que lo vi, me sentía casi igual que ahora. Anestesiada. Ausente. Incrédula. *Esa noche*.

Meto la mano en el bolsillo para buscar tu llavero otra vez, para que me ayude a apartar los malos recuerdos. Pero no tengo tiempo para calmarme porque me estoy quedando atrás. Así que acelero el paso y lo persigo. Gabriel dobla una esquina, las manos en los bolsillos. Está saliendo de Gramercy y yendo hacia el sur, hacia el East Village. No somos los únicos que caminan en esa dirección. Me pongo detrás de tres mujeres, que cargan con enormes bolsas de compra del brazo como si fueran trofeos de una cacería. Turistas. Son el camuflaje perfecto para mi persecución.

Quiero saber qué está haciendo, adónde va. Por qué está *aquí*, con todos los lugares que hay, y, por encima de todas las cosas (pienso en su expresión, riendo, sonriendo), ¿es feliz? Tan feliz que ríe. Que siente alegría, después de lo que *tú* hiciste.

Gabriel se detiene junto a un puesto de periódicos más adelante. Un río de trabajadores con traje y corbata sale de un edificio e inunda la acera. Son las siete pasadas, llevo dando vueltas desde el mediodía. Debería irme a casa. Pedir comida, encontrar una manera de pasar el tiempo…

Pero no puedo alejarme de él. Me llevo el móvil a la oreja para esconder el rostro cuando se pone a mirar a su alrededor mientras espera que lo atiendan. Alza la mano, usa el teléfono para pagar un paquete de cigarrillos (una marca en un envoltorio blanco) y se los mete en el bolsillo.

Siento el impulso de acercarme a él. Es poco probable que me reconozca. Nunca nos conocimos, al menos no formalmente. No. Vivimos un infierno al mismo tiempo, separados por varias habitaciones.

Tú en una habitación.

Su esposa y su hija en otra.

Trago el reflujo que me sube por la garganta, la consecuencia de tomar café con el estómago vacío y estresarme mientras camino a toda velocidad tras un hombre del que debería mantenerme alejada.

Gabriel se queda un momento más en el puesto. Vuelve a sonreír. Charla con el hombre detrás

del mostrador.

Doy un paso atrás, me apoyo contra los ladrillos de un edificio y extraigo una libreta, la que uso para anotar mi lista de pendientes. Llevo semanas sin escribir, quizá meses. Una lista de pendientes no tiene sentido cuando no hay pendientes. Pero ahora sí escribo algo rápidamente.

Gabriel Wright.

Confirmo la hora en el teléfono como si se tratara de un dato crucial y sigo escribiendo.

Jueves, 19:13.

Camina por la calle 15 Este. Se detiene en un puesto de periódicos.

Fumador.

Riéndose. Sonriendo. ¿Feliz?

La última palabra me hace pensar. Últimamente, la felicidad suena como una fábula o un cuento de hadas. Un sueño del que cada niña que crece en un hogar disfuncional quiere ser parte, pero sabe, en el fondo, que no es más que una fantasía.

Gabriel sonríe cálidamente al vendedor y se da la vuelta para emprender su camino sin prisa, como si no tuviera la más mínima preocupación. Quiero detenerlo y gritarle: «¿Eres feliz de verdad?» o mejor: «Sé que finges. Te sale mejor que a mí. Es imposible que seas una persona entera de nuevo. No después de lo que te hicimos».

Es incomprensible.

Él es incomprensible.

Se me corta la respiración cuando acelera el ritmo. Tengo que seguirlo. No, *necesito* seguirlo. Por primera vez en meses, tengo un objetivo. Un ansia se despierta en mí, algo que podría devorarme entera. *¿Cómo? ¿Por qué?*

Echo un vistazo a mi espalda al volver a unirme a la multitud y cruzo la mirada con una mujer joven de largo cabello rubio, cargada de libros. Parece que va a decir algo, pero me doy cuenta de que solo debe querer que salga de su camino. Como todo el mundo en esta ciudad, salvo yo, está apurada. Aunque ahora yo también tengo un objetivo.

Por primera vez desde *lo tuyo.*

No sé adónde voy o qué pasará cuando llegue.

Pero sé que debo seguirlo.

CAPÍTULO 2

Pasado

—Casi me olvido: tengo una sorpresa para ti.

Salí de la cama para abrir un cajón de mi cómoda.

—Vuelve aquí —dijo Connor, ronco. Juguetón—. Yo también tengo una sorpresa para ti. Una *gran* sorpresa.

Me reí, escondí mi sorpresa en la palma y puse las manos detrás de la espalda.

—Sé lo mal que te sentó perder tu llavero con la camiseta de Gretzky hace unas semanas.

—Mi entrenador me lo regaló para mi sexto cumpleaños. Se lo mostré al mismísimo Wayne cuando lo conocí la noche que me contrataron como jugador profesional. Me dijo que, algún día, la gente llevaría llaveros con mi número en la camiseta.

Sonreí y llevé las manos hacia delante, con la palma abierta.

—Bueno, el señor Gretzky es un hombre inteligente.

—Mierda. ¿De dónde has sacado eso? —dijo sentándose.

—Lo mandé a hacer.

Los ojos de mi marido se llenaron de lágrimas. Cogió la pequeña réplica de su camiseta azul y roja de los New York Steel, con el número de la suerte diecisiete, y la recorrió con el dedo.

—Hay un pequeño error —señalé—. ¿Ves en la parte de abajo que la pintura roja se mezcló con la azul? Le pediré que lo haga de nuevo, pero me moría de ganas de dártelo.

—Eso no es pintura —sonrió Connor—. Es la sangre de mi oponente. No la mandes a hacer de nuevo. Me encanta así tal cual.

—Hay algo más. Quien la hizo quiere comprar los derechos para vender los llaveros. Le di el número de tu agente y están negociando un contrato. Hará medio millón de llaveros para empezar. Imagínate a todos los niños de seis años que tendrán este llavero y soñarán con ser tú algún día.

Connor me atrajo hacia él y puso mi mejilla en su mano.

—Me encanta. Gracias.

—De nada —respondí, frotando la nariz con la suya.

—Yo también tengo algo para darte, Mer.

—Lo sé. Ya lo conozco —le dije con una mueca burlona, poniendo los ojos en blanco.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees? —De golpe, me levantó de la cama y me arrojó al aire. Grité y Connor me sentó en su falda, a caballo—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te propuse matrimonio? —preguntó.

—¿Qué?

—Te dije que, en mi vida, solo había querido una sola cosa: ganar un campeonato de *hockey* sobre hielo. Pero desde el día en que te conocí, eso ya no era suficiente. Necesitaba tres cosas: a ti. Al campeonato. Y una familia. Tuve la suerte de que te casaras conmigo. Seis meses después, mi sueño de ganar el campeonato se hizo realidad. Todo lo que necesito ahora para que mi vida esté completa es una familia. Quiero tener un bebé. Sé que viajo mucho por los partidos, pero cuando esté en casa me ocuparé de todo. Lo prometo. ¿Quieres tener mi bebé, Mer?

—¿En serio? —exclamé, llevándome la mano a la boca.

—En serio —asintió—. Sé que acabas de establecer tu consultorio como lo querías. Así que, si quieres esperar, lo entiendo. Pero estaré listo cuando tú lo estés, cariño. Más que listo.

Connor tenía razón. Me he partido el lomo estos últimos años, desde que empecé a trabajar por mi cuenta. Trabajé en dos hospitales y en el centro de salud mental, haciendo las peores guardias para conseguir derivaciones de pacientes. No sería fácil hacer una pausa ahora. Pero ¿existe un buen momento para tener un bebé?

—Puedo buscar un psiquiatra que me cubra a media jornada. Quizá otra madre que quiera volver a trabajar pero que solo pueda trabajar medio día o algo así —asentí—. Encontraré una solución. Encontraremos una solución.

Connor sonrió de oreja a oreja.

—Vamos a tener un bebé —susurró.

La idea me dejó sin aliento. Tragué saliva.

—Vamos a tener un bebé.

—Quiero un niño primero. Después una niña. Y después tres o cuatro niños más.

—Eh… Baja las revoluciones, grandullón. Son cinco o seis niños. ¿Por qué no empezamos con uno y vemos cómo nos va? Será un gran cambio.

—Lo que quieras, preciosa. —Me puso un mechón detrás de la oreja—. Será un buen cambio. Solo veo días felices en el futuro, por el resto de nuestras vidas.

CAPÍTULO 3

Presente

Entrar por primera vez es la peor parte.

Abrirse paso por el pasillo donde, tras las puertas cerradas, se esconden personas como yo, listas para diagnosticar el problema de alguien a quien hace una hora ni conocían. Psiquiatras, psicólogos, doctores: todo tipo de títulos importantes junto a sus nombres. Sabía que entrar era intimidante para mis pacientes, pero creo que no entendía lo difícil que era. Hasta ahora. Cuando la doctora se convirtió en paciente.

Tomo el ascensor hasta el tercer piso. Es como cualquier otro edificio de oficinas: moqueta barata y áspera, paredes de tonos neutros, puertas cortafuegos y demasiado silencio. Me detengo frente a mi destino, 302b. Mientras reúno valor para entrar, suena mi móvil. El nombre *Jake* aparece en la pantalla. Mi hermano. Aprieto «ignorar», ya lo llamaré más tarde. Aunque sé que probablemente no lo haga. Quiere asegurarse de que estoy bien, como todos los que me llaman cada tanto. Excepto que mi hermano me conoce demasiado bien. Así que solo lo atiendo los días buenos, cuando es más fácil creer que estoy bien. Aunque últimamente hay cada vez menos de esos.

Inspiro, meto el teléfono en el bolsillo del abrigo y vuelvo a mirar la puerta de la oficina de mi nuevo terapeuta. Dentro me espera un hombre desconocido. Un extraño al que debo contarle cómo me siento. *Keith Alexander, Doctor*. Siento náuseas, y ni siquiera he abierto la puerta. Me sudan las manos, las tengo húmedas. Me las seco en los vaqueros, deseando que mis turbulentos pensamientos se calmen, que se calmen de una vez por todas.

Ayer, mis pensamientos eran lentos. De la velocidad de un caracol. Me llevó veinte minutos hacerme una taza de té, una hora para prepararme para salir del apartamento. Me costó hasta ponerme los zapatos. Y ahora siento que vibro, como si me hubiera tomado una docena de cafés.

Gabriel. Vi a Gabriel Wright.

Y parecía feliz.

Pero no puedo pensar en eso ahora. Tengo que comportarme de forma normal ante este hombre. Él tomará apuntes en su cuaderno y diría «Ajá» y «Hablemos acerca de eso». Lo observo: unos cincuenta o sesenta años, cabello gris, interpretando su papel.

Mis manos tocan el pomo, que es de cromo pulido, una adición al deslucido edificio. Está frío. Dudo, mi estómago hace ruido. Tengo hambre.

No recuerdo la última vez que sentí algo así, mucho menos hambre. Hasta ayer.

Abro la puerta y un hombre de veintipico o treinta y pico alza la vista. No aparenta más años que yo. Cabello rubio oscuro, piel bronceada y una sonrisa cálida. Debe ser viernes informal, porque lleva vaqueros y una camiseta azul que le queda tan bien que es difícil ignorar lo bien que le queda. Hay un cuaderno abierto sobre su amplio escritorio, parece una agenda. Debe tratarse del asistente del doctor Alexander.

—Hola. Tengo visita a las seis y media.

—Usted debe ser Meredith Fitzgerald.

—Meredith McCall —lo corrijo—. Uso mi nombre de soltera, pero no lo cambié cuando…

No digo nada más. Si el asistente del doctor Alexander no conoce los detalles, no seré yo quien se los dé.

—… cuando pedí la cita —termino.

—Ah. —Se endereza y sonríe con amabilidad—. Bueno, doctora McCall, pase, entonces.

Hasta que no paso junto a él y entro en el despacho no me doy cuenta de que no hay nadie sentado detrás del escritorio en la esquina. El doctor Alexander no está sentado en el sofá de cuero o en el sillón que hace juego. Porque el joven a quien confundí por su asistente es el doctor Keith Alexander. Siento que me arde la cara.

¿Cuántas veces han pensado que yo era la asistente por mi juventud y atractivo? He perdido la cuenta. Por otra parte, no es quien esperaba. ¿Cómo voy a hablarle a él de la culpa agobiante que siento o lo mucho que echo de menos a mi marido a la vez que deseo no haberlo conocido?

Espiro y me siento en el borde del sofá. Las paredes de mi despacho son blanco crema, las de él se alternan en blanco y gris. Hay una moderna mesa de café blanca y madera sobre una alfombra persa. Una ventana esmerilada a unos metros me llama la atención. Durante el día, la luz del sol debe envolver a sus pacientes.

—Soy el doctor Keither Alexander. Me alegro de verla esta tarde. —Se sienta frente a mí, cruza las piernas y coloca las manos sobre la falda. Me sonríe con amabilidad, pero no lo veo, me veo a mí misma, haciendo exactamente lo mismo con mis pacientes. Pero ya no puedo hacerlo. No después de lo que pasó. Por ahora, mi consultorio continúa sin mí. Carraspea y me trae al presente—. ¿Puedo ofrecerle un té de hierbas? ¿Agua?

—No, gracias.

Dejo el bolso a mi lado y me quito la chaqueta. Encuentro el reloj a sus espaldas. Las seis y

treinta y dos. Quedan cincuenta y ocho minutos hasta el final. Aprieto los labios en lo que seguro es más mueca que sonrisa.

—Ah, antes de que me olvide. —Abro mi bolso y extraigo un papel que doblé en dos—. Necesito que firme esto.

—¿Qué es? —pregunta, inclinándose y cogiéndolo.

—Es para el Tribunal de Disciplina del Departamento de Salud del Estado. Debe escribir la fecha en la que comienzo el tratamiento y firmar. Debía empezar antes de la semana que viene, así que esto les indica que estoy cumpliendo el castigo.

El doctor Alexander coge un bolígrafo de la mesa auxiliar que tiene a su lado. Se pone las gafas para leer el documento antes de escribir la fecha y firmar al pie de la página.

—Aquí tiene. —Me la entrega con una sonrisa—. Y lamento que sienta que venir aquí es un castigo. Le prometo que haré todo lo posible para que no se sienta así.

—No… no quise decir…

—Está bien. Lo entiendo. Probablemente me sentiría igual si me viera obligado a hacer algo.

—Gracias por decir eso. Pero no quise usar la palabra que usé.

—Está bien. Avancemos.

—Vale. —Nos miramos durante un largo rato. No es un silencio cómodo—. Bueno… Es raro, ¿no? —digo—. Una terapeuta haciendo terapia.

—Para nada. Soy de la opinión que todo terapeuta debería hacer terapia, al menos de vez en cuando. Si todos los años nos hacemos una revisión física, también deberíamos hacernos una mental. —Se da un golpecito en la cabeza—. ¿Qué tal su día?

—Bien. ¿El suyo? —Me obligo a sonreír, nerviosa.

—Muy bien, gracias. ¿Planes para el fin de semana?

Reprimo un suspiro. Está dándome tema de conversación. Tratando de que me sienta cómoda antes de hablar de las cosas serias.

—No. Es difícil… —*Hacer cualquier cosa después de lo que pasó. Planificar mi vida sin mi marido. Salir de la cama antes del mediodía*—… hacer planes estos días.

—Entiendo. —Con mi visión periférica, noto que se acomoda y decide cambiar de rumbo—. Bueno, vamos a ponernos con ello, entonces. ¿Cómo está después de la tragedia que sufrió hace siete meses?

Mi tragedia. Como si se tratara de un cuento de Shakespeare en vez del desastre que es.

Siento que la cabeza se me llena de estática. Todavía estoy tratando de aceptar el hecho de despertarme sola cada mañana. El salto a la parte profunda de la piscina del doctor Alexander es mucho, demasiado pronto. Necesito saber que puedo mantener la cabeza fuera del agua antes de empezar a nadar.

Trago saliva.

—¿Podemos empezar por otro tema que no sea mi marido?

Eso, una petición sencilla. Un deseo fácil de respetar. Si un paciente me dijera eso, asentiría y cambiaría de tema. Y el doctor hace exactamente eso.

—Está bien, bueno, ¿qué ha hecho hoy? ¿Puede contármelo? —Su voz es suave, amable. Me pone los nervios de punta, y me pongo a mirar el reloj otra vez. Las seis y treinta y cinco. Faltan cincuenta y cinco minutos—. ¿Cómo es un día en la vida de la doctora Meredith McCall?

—Bueno, fui a caminar hace un rato, una larga caminata. Hago eso casi todos los días últimamente.

—¿Y qué tal estuvo eso? ¿Fue a algún lugar interesante?

—Al parque —respondo—. Y compré café.

Me detengo antes de decir el resto: «donde vi a Gabriel Wright por segundo día consecutivo y lo seguí durante una hora. Quizá más. Tanto que casi no llego a esta cita a tiempo».

—Y después hice unas compras —termino con una mentira.

—¿Sí? ¿Compras de víveres o…? —El doctor Alexander inclina la cabeza, interesado.

—Más que nada mirar escaparates. —Otra sonrisa forzada. Mi pierna tiembla, y apoyo la mano para detenerla.

Tiene un bolígrafo en la mano, una pequeña libreta en la falda. No he notado que haya escrito nada aún, al contrario de mí cuando veo pacientes. Tomo montones de notas.

¿No escribe porque sabe que estoy mintiendo?

Quizá sea mala idea mentir. Quizá, como yo, sepa casi siempre cuando alguien está mintiendo. Y mentir es parte de lo que me metió en este lío en primer lugar. Siento que la presión crece en mi interior.

—¿Lo que diga aquí es confidencial? —barboteo—. Es decir, conozco las reglas del secreto profesional. Pero ¿tiene que informar de los detalles de nuestras sesiones a la junta médica, dado que mis visitas han sido ordenadas por ellos?

Sabe Dios que firmé un montón de papeles en la audiencia sin leerlos. Quizá perdí mi derecho a la privacidad, como tantas otras cosas que perdí por *tu culpa*. Tal vez esa libreta sobre su falda no es para escribir notas de la sesión, sino las notas para el informe que tiene que presentar. Quizá…

—Lo que se dice en esta habitación es confidencial —su voz interrumpe mis rumiaciones—. Sí tengo que informar a la junta médica si usted no viene a las sesiones, pero lo que me diga aquí está protegido por el secreto profesional, como cualquier otro paciente.

Relajo las manos. Respiro hondo y me hundo de nuevo en el sofá.

—Está bien. —En un instante, decido que la sinceridad es la mejor estrategia. Al menos aquí, donde lo que diga no saldrá de las paredes de su despacho—. Sí que fui a caminar, pero no fui de compras después. Me pasé el día siguiendo a alguien.

—¿Siguiendo? ¿Quiere decir que alguien le indicaba el camino? ¿O que usted estaba siguiendo a alguien sin que lo supiera?

—Sin que lo supiera.

Asiente y mantiene el rostro sin expresión alguna, algo que ambos hemos aprendido a hacer. Últimamente, es la única expresión que tengo, ya que las expresiones revelan nuestros sentimientos, y parece que yo no tengo ninguno.

—Entiendo. ¿Y a quién siguió hoy?

—Al marido de una mujer muerta.

La máscara del doctor Alexander se cae y alza las cejas. Gira el bolígrafo entre los dedos, lo aprieta contra la libreta y anota algo antes de alzar la vista.

—Continúe.

Aparto la mirada durante un largo rato y contemplo los árboles que se balancean fuera de la ventana.

—Se llama Gabriel Wright —digo, sin mirarlo—. Es el marido de la mujer que murió, el padre de la niña que murió.

El doctor asimila en silencio lo que acabo de decir. Siento que me clava la mirada, pero no puedo mirarlo. No todavía, al menos.

—¿Hoy fue la primera vez que siguió al señor Wright?

—La segunda —niego.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Ayer.

—¿Y por qué lo siguió?

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea. Lo vi ayer en una cafetería. Fue una sorpresa, no algo que hubiera planeado. Parecía… feliz. Lo seguí. Creo que hoy volví a seguirlo para ver si era una coincidencia, si quizá lo había encontrado en un momento en el que le acababan de dar buenas noticias, quizá. Sentía curiosidad por saber si después de eso volvía a su existencia desdichada.

—¿Y lo estaba? Desdichado, quiero decir. ¿Durante el tiempo en el que lo siguió?

—Parecía… normal —niego—. Pero no es posible.

—¿Por qué no?

—¿Cómo puede estar normal? ¿Cómo puede ser feliz después de todo lo que ha perdido? A veces me despierto, bañada en sudor frío, con la imagen que el periódico publicó la mañana del accidente en la cabeza. Una lona que cubre un cuerpecito. Un peluche Hello Kitty en el suelo, a medio metro de distancia. ¿Cómo se despierta cada día, habiendo perdido a una niña inocente y al amor de su vida? Le propuso matrimonio en medio de una función de *El sueño de una noche de verano*.

El doctor escribe en su libreta.

—Si es posible, me gustaría volver un poco atrás. He leído el expediente que la junta médica me envió. Pero no contiene ningún detalle acerca de la familia de las víctimas. ¿Conocía usted a los Wright antes del accidente?

—No. Nunca nos conocimos.

—¿Cómo sabe entonces cómo el señor Wright propuso matrimonio?

Alzo la mirada y encuentro la suya por primera vez.

—Google. Gabriel Wright es profesor en la Universidad de Columbia. Es profesor de literatura con especialización en Shakespeare. En su biografía figura la propuesta de matrimonio. Le dice Julieta a la esposa. Me senté bajo un árbol mientras él daba sus clases hoy y leí todo lo que encontré. Así pasé el tiempo mientras esperaba.

El doctor me clava la mirada.

—Si nunca se conocieron, ¿cómo sabía que era él cuando se lo encontró?

—Lo he visto antes. La noche del accidente, yo estaba en el pasillo del hospital cuando el médico le dijo que su esposa e hija habían muerto. Se desplomó en el suelo, sollozando. No olvidaré nunca su rostro. Aunque anoche cuando lo seguí hasta su casa, revisé el nombre en los buzones del vestíbulo de su edificio. Era él.

—Bueno. Entonces ayer usted se encontró con el señor Wright de casualidad y lo reconoció. Lo siguió porque sintió curiosidad cuando lo vio sonreír. ¿Lo he entendido bien?

—Sí.

—¿Y hoy? ¿Cómo es que lo siguió de nuevo?

—Volví a su apartamento temprano por la mañana y esperé que saliera.

—¿A qué hora?

—¿Tiene importancia?

—No. —El doctor sonríe—. No es importante si no lo recuerda. Pero si lo recuerda, me gustaría saberlo. Es decir, si se siente cómoda contándolo.

Inspiro y exhalo.

—Dejé mi casa a las cuatro de la mañana y fui a comprar café. Habré llegado a las cuatro y media a su edificio para esperar.

Anota algo más.

—Entonces ayer lo siguió porque notó señales de felicidad en él. Quería saber si era algo pasajero o no, y parece que obtuvo su respuesta. ¿Qué esperaba de seguirlo hoy?

—No lo sé. —Sacudo la cabeza—. Supongo que me resulta imposible creer que haya seguido adelante. Así que esperaba ver grietas en su máscara.

—No hay un tiempo determinado para sanar. Estoy seguro de que lo sabe por sus propios pacientes. Cada persona lidia con la pérdida de una manera única. Todos experimentamos la

tristeza de diferentes maneras.

—Lo sé, pero…

El doctor espera que continúe, pero no digo nada más. Tiene razón. En teoría, al menos. Es lo que todos los manuales dicen. No hay un tiempo determinado para sanar. Sin embargo, sé en mi fuero interno que no es posible que Gabriel Wright haya seguido adelante. Parte del proceso de sanar cuando se padece una tragedia es aceptar la pérdida, y para aceptar hay que perdonar. Pero algunas cosas son imperdonables. No hay manera que el doctor Alexander lo entienda, aunque crea que sí lo entiende. Hay que vivirlo para entenderlo de verdad. Y hoy no tengo la energía para esa discusión.

—Tiene razón. —Sonrío forzadamente—. Somos todos diferentes.

—¿Le parece que ha logrado sacarse de encima lo que la motivó a seguirlo?

—Quizá. —Me encojo de hombros.

Pero una persona que planea dejar de seguir a alguien no compra una sudadera oscura con capucha y una gorra de béisbol antes de entrar a ver a su terapeuta. Probablemente tampoco compra un par de binoculares en miniatura.

—¿Doctora McCall?

Oigo que me llama, pero estoy perdida de nuevo mirando por la ventana, hipnotizada por el vaivén de los árboles. Son muy relajantes. Mi despacho está demasiado alto y no se ven árboles.

Me sonríe con calidez cuando vuelvo a enfocar la mirada en él. No hay señal de juicio en su rostro.

—¿Puedo llamarla Meredith en vez de doctora McCall?

—Por supuesto.

—Genial —asiente—. Bueno, Meredith, creo que, si aún siente curiosidad por el señor Wright, deberíamos hablarlo aquí, en vez de seguirlo otra vez. Además de lo obvio, que acosar a alguien es ilegal y usted ya está en una situación complicada con la junta médica, creo que está jugando con fuego al involucrarse emocionalmente en la felicidad de quien sobrevivió a las víctimas de su marido.

—Gabriel Wright es más que un familiar de las víctimas de mi marido.

El doctor frunce el ceño.

—¿Quién es, entonces?

—Un familiar de *mis* víctimas.

CAPÍTULO 4

Pasado

—Hola, Irina —me senté en el lugar de siempre, a dos filas de la barrera de plexiglás, y me quité la bufanda mientras buscaba a Connor en la pista de hielo. Cuando vi que patinaba sano y salvo, me relajé.

—¿Estás bien? —me preguntó mi amiga, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Sí. He tenido un sentimiento extraño toda la mañana. No quiero sonar dramática, pero es casi como una sensación de desastre inminente. Se me pasó hacia el mediodía, porque estuve ocupada con mis pacientes. Pero regresó cuando emprendí el camino hacia el estadio. —Me hundí en el asiento—. Es una tontería. Lo sé.

—No es ninguna tontería. Yo tengo esa sensación de desastre inminente todo el tiempo.

—¿Sí?

—Sí —sonrió Irina—, suele ocurrir diez minutos antes de que los mellizos de dos años se despierten.

Me reí.

—Bueno, eso sí que tiene sentido.

—Nunca llegas tarde. ¿Te atrasaste en el metro A? Ha habido problemas con el cambio de vías toda la semana. Hoy me atrasé una hora.

Sigo con la mirada a Connor mientras zigzaguea por la pista, los patines que cortan el hielo.

—No. No tuve problemas con el metro. Mi último paciente era nuevo y se alargó la sesión.

—¿No tienes uno de esos cronómetros? ¿Como en las películas?

—Tengo un reloj, pero cuando alguien está mal, no puedo echarlos. Así que no siempre cumplo con el horario.

Irina se frotó la barriga, con su embarazo de siete meses.

—Mierda. Yo sí. Maldición, echaría a este si pudiera. Me está costando mucho no hacerme pis encima.

Me reí, y me hizo bien. Todo estaba bien. El partido terminaría, nos tomaríamos unas copas y yo me dormiría junto a mi marido después de celebrarlo con sexo. Sí, tenía energía, incluso después de un partido. La idea me hizo sonreír.

—Hablando de estar mal —continuó Irina—. Las desgracias nunca vienen solas. ¿Cuándo pensáis animaros a producir pequeños patinadores sobre hielo?

Me puse seria y titubeé. Tengo mucho cuidado en no revelar información personal en mi trabajo. Pero Irina es una amiga, no una paciente. Nos habíamos sentado juntas durante las últimas cuatro temporadas. Su marido, Ivan Lenkov, era compañero de equipo de Connor y uno de sus mejores amigos, y se acababan de mudar a un apartamento en nuestro edificio. Estábamos ocupadas, ella con su familia en crecimiento y yo con mi consultorio, pero encontrábamos el tiempo para cenar al menos una vez al mes, y mirábamos todos los partidos de visitantes cuando no podíamos viajar juntas.

—De hecho, dejé de tomar la píldora el mes pasado. —Me muerdo el labio inferior—. Estoy entusiasmada. Pero también nerviosa.

—Ah, guau. Bueno, si el esperma de Connor es tan atlético como el resto de su ser, probablemente ya estás embarazada de trillizos.

—No lo digas ni en broma —dije entre risas—. Conjugar un solo bebé con nuestras agendas ya es suficiente desafío.

El rugido del público hizo que volviéramos a prestarle atención a la pista. Connor estaba patinando hombro a hombro con un defensa, controlando el disco con el bastón en una mano mientras con la otra mantenía a raya al oponente. Siempre me maravilló la cantidad de cosas que pueden hacer los jugadores mientras se balancean sobre una cuchilla de tres milímetros de ancho. Connor se deslizaba sobre el hielo como si fuera tan fácil como caminar. Supongo que para él lo era.

Segundos más tarde sonó el timbre para el descanso. Connor salió del hielo tras sus compañeros de equipo, pero antes echó un vistazo en mi dirección. No pude verle la cara, pero estaba segura de que me había guiñado un ojo. Me invadió una oleada de calor y saludé con la mano.

—Vosotros dos… —Irina puso los ojos en blanco. No me había dado cuenta de que me estaba mirando—. Seguís haciéndoos ojitos.

No le conté que mi marido, el hombre con el que llevaba casi una década, me había mandado flores, sin ningún motivo. Hortensias violeta oscuro y crema. Mis preferidas.

—¿Quieres subir a la Suite durante el descanso? —pregunté, poniéndome de pie. *La Suite* era el sobrenombre de la sala de esposas, donde solo las esposas o las novias serias invitadas por una esposa podían pasar. No era lo mío. Pero a Irina le gustaba. Últimamente, más por la comida gratis que por la compañía. Y a mí me motivaba el vino.

Irina pasó el brazo por el mío.

—Llévame a los perritos calientes, chica.

Dieciocho minutos más tarde, habíamos vuelto a nuestros asientos. El equipo contrario llevaba la delantera, y estábamos sentadas al borde de nuestros asientos, observando el hielo, con la esperanza de que los Steel marcaran otro gol.

No tuvimos que esperar mucho. El otro equipo cometió un penalti y el equipo de Connor volvió a controlar el partido. Con los equipos empatados y el equipo local con un hombre más, la multitud volvió a la vida. Irina y yo nos pusimos de pie de un salto. Con el corazón en la garganta, vi a Connor recibir el disco. Patinó por el medio de la pista, los afilados bordes de sus patines despedían hielo con cada cambio de pierna. Al llegar a la portería, alzó el bastón.

Un defensa apareció de la nada y embistió a Connor desde la izquierda, con tanta fuerza que lo lanzó por los aires.

—¡Connor! —grité.

Todo empezó a moverse a cámara lenta.

Connor voló por los aires.

Otro defensa apareció por la derecha.

Connor agitó los brazos para amortiguar la caída.

Pero la gravedad no perdona.

Cayó contra el hielo. Con fuerza.

Una pierna estirada hacia delante y la otra hacia atrás, doblada de una manera en la que ninguna pierna debería doblarse.

Mi marido gritó y su lamento reverberó por el estadio.

La multitud guardó silencio.

Por un instante, dejé de respirar. Pero luego salí disparada hacia la pista.

Aunque fuera psiquiatra, poco que ver con una médica de emergencias, había estudiado medicina. Y supe que iríamos derecho al hospital.

CAPÍTULO 5

Presente

Después de una semana, ya conozco su rutina. Me despierto temprano y camino por las calles de Manhattan que se van despertando a mi alrededor. Pero no me apresuro. Paseo. Sé que tengo tiempo antes de que Gabriel salga de su edificio.

Café en el puesto de la esquina. Miro el periódico mientras espero que esté listo mi *bagel*. Noto las hojas que cambian de amarillo a naranja a rojo, un poquito cada día. Como un grueso *bagel* de centeno untado con queso crema y salmón y pienso en el doctor Alexander, que me aconsejó que deje de acosar a Gabriel. No siento que sea acoso. No tengo malas intenciones. Solo quiero saber…

Trago lo que tengo en la boca y lo visualizo: el rostro de Gabriel, irradiando felicidad.

Necesito saber si es real.

Meto el resto del *bagel* en su envoltorio de papel y lo arrojo al cubo de basura más cercano. Lo que me queda de café sigue el mismo camino; el sonido que hacen al golpear el fondo es placentero. Hay una librería a dos puertas y, después de echarle un vistazo al reloj (faltan unos veinte minutos hasta que Gabriel aparezca), entro. La tienda acaba de abrir y hay dos empleados detrás del mostrador hablando por lo bajo mientras organizan libros. Paso junto a ellos de camino a la sección de autoayuda.

Construye la vida que deseas.

Secretos para un matrimonio feliz.

La vida da asco. Acostúmbrate.

Podría haber escrito ese último…

Descubro un expositor junto a la caja. Está medio vacío; quedan cuadernos con espiral con cubiertas coloridas. Arcoíris y amaneceres y ese tipo de cosas.

Cojo uno. En la tapa dice *Nunca es tarde para empezar a escribir un nuevo capítulo*. Me lo quedo mirando y me pierdo en el mundo de antes, cuando tenía pacientes. Cuando les pedía que

buscaran un cuaderno y escribieran todos los días como parte de su tratamiento. El doctor Alexander no me mandó esa tarea, pero un poco de trabajo autoasignado nunca viene mal. Llevo el cuaderno a la caja, donde los dos empleados están charlando, sin prestar atención a los clientes. Impulsivamente, me meto el cuaderno en el bolso. El corazón me late apresuradamente y siento el zumbido frenético de la sangre en los oídos. Nunca he robado nada. Y sé que tengo unos cientos de dólares en la cartera, y por lo menos dos o tres tarjetas de crédito. No tengo ni idea de por qué demonios lo hago, pero siento que moriré del susto con cada paso que doy en dirección a la puerta. Una vez que estoy fuera, sigo caminando, casi corriendo, hasta que llego al final de la calle, doblo a la derecha y me escondo en el portal de una tienda que aún está cerrada. No puedo evitarlo. Sonrío. Me siento embriagada.

Después de unos minutos, mi pulso regresa a la normalidad. Un vistazo al reloj me dice que es la hora. Así que me dirijo a mi puesto, la primera parada en mi tour diario con Gabriel Wright. Sale justo a tiempo, como siempre.

Es fácil seguirlo sin ser vista. El ajetreo matutino de gente que se dirige al trabajo, al gimnasio, al metro, es mi camuflaje. Camina por la acera, con las manos metidas en guantes de cuero y sin llevar nada, en dirección al norte. Lo dejo pasar, espero cinco segundos y luego lo sigo.

En un par de minutos, ya sé a dónde va, al mismo lugar al que fue ayer. En vez de seguir a Columbia, dobla a la izquierda, y luego de nuevo a la izquierda. Esta vez, me quedo en la acera de enfrente y me llevo el móvil a la oreja, con el cuerpo medio girado. Gabriel entra en el edificio de ladrillos rojos con docenas de ventanitas que pertenece a Manhattan Mini Storage, y desaparece por una puerta de cristal. Se enciende la misma luz que ayer. Esta vez cuento: doce ventanitas a partir de la entrada. Aún no lo he seguido dentro. Temo que me descubra, aunque tengo curiosidad por saber qué está haciendo allí dentro. Muchos neoyorquinos tienen trasteros. Con apartamentos minúsculos, muchas veces es una necesidad. Pero ayer entró sin nada y se fue sin nada. ¿Estaría revisando cajas? ¿Organizando? ¿Buscando algo específico? Supongo que sea lo que fuera, no lo encontró. Quizá por eso volvió.

Se levanta una brisa que me agita el cabello. Me lo ato en un moño a la nuca y me arriesgo a echar un vistazo al cielo. Ha estado nublado toda la mañana, pero las nubes se han oscurecido. Con los edificios altos rodeándome, me da claustrofobia: siento que el cielo puede caerme encima y que no hay escapatoria. Pero, de pronto, Gabriel sale y se me acelera el pulso, la misma sensación de cuando metí el cuaderno en mi bolso y me fui de la tienda, convertida en ladrona. Sale con las manos vacías, y se dirige hacia Columbia, hacia el norte, y me apresuro para no perderlo.

Sus clases duran lo mismo los martes y jueves, así que una vez que entra en la universidad, sé que tengo dos horas hasta que él salga para almorzar. Encuentro un banco y me siento. Saco el cuaderno que robé y busco un bolígrafo en el bolso. A mi alrededor, los estudiantes se dirigen a

clase, cargados con bolsas de tela o mochilas. Pocos parecen estar lo suficientemente abrigados para este fresco día de otoño.

De pronto, siento unos ojos que me miran, una mirada fija, y alzo la vista. Pero solo encuentro un rebaño de estudiantes, un grupo de chicas de una sororidad, todas rubias teñidas, todas con sudaderas haciendo juego; nadie parece estar mirándome. Es probable que me lo esté imaginando. Tiene sentido que esté paranoica, después de lo que hice en la librería, y que estoy esperando que salga un hombre que no sabe que lo he estado siguiendo. Miro a mi alrededor una vez más, pero no hay más que estudiantes universitarios atravesando el campus.

Dejo el pensamiento de lado y escribo acerca de la semana pasada. Acerca de encontrarme con Gabriel en la cafetería y seguirlo. Acerca de cuánto tiempo puede fingir que es feliz. Acerca de la duodécima ventana del edificio de Manhattan Mini Storage, y la Universidad de Columbia, con su enorme campus en medio de Upper Manhattan.

Cuando Gabriel baja las escaleras, supongo que en dirección a su almuerzo, noto que hay algo distinto. Me doy cuenta enseguida, la liviandad de sus pasos, la postura de su cuerpo, la tensión alrededor de sus ojos. No va a la cafetería a comprar un sándwich. Está yendo a *algún lado* a *hacer algo*.

Y quiero saber qué.

Cinco minutos más tarde, abre la puerta de un restaurante italiano en el límite del campus, y no puedo contenerme: entro detrás de él. Se me eriza la piel al darme cuenta del riesgo que estoy corriendo. Está más oscuro dentro, con luces tenues y plantas artificiales en los rincones. Mesas cuadradas con manteles a cuadros rojos y blancos. Reservados y mesas.

—Cualquier mesa está bien, cariño —me dice la mujer en la recepción, que me lleva unos diez años, con el menú en la mano. Examino el salón oscuro, tratando de encontrarlo. Me doy cuenta de que lo he pasado por alto dos veces, porque ya está sentado, de espaldas, en un reservado al fondo, en la esquina. Frente a una mujer.

—Aquí está bien, gracias. —Me siento en la mesa más cercana, una mesa para dos en medio del restaurante. No estoy siendo muy discreta, pero él no puede verme. Siempre y cuando no llame la atención, incluso si él se va antes, jamás sabrá que estoy aquí.

—¿Necesitas tiempo para mirar el menú? —me pregunta la camarera, dejándolo frente a mí.

Lo miro.

—La ensalada caprese. Y una copa de pinot, por favor.

Desaparece. Instantes más tarde, tengo en la mano una copa de vino. La copa suda, el vino está helado, y bebo un sorbo mientras observo el reservado. Gabriel gesticula con las manos, su piel bronceada y marcada por algún hobby que lo expone al sol con frecuencia. Frente a él, se sienta una mujer bajita con el cabello rubio recogido en una coleta. Joven. Bonita, con una belleza común y corriente. Lo mira con mucha seriedad.

Probablemente se trate de una reunión con una colega. Quizá es nueva, eso explicaría la piel joven que no conoce aún las arrugas. O tal vez es una amiga de la familia. O quizá una reunión de negocios, por la atención con la que ella lo observa. Una abogada o una contable o…

Gabriel vuelve a hacerlo.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe con una risa que le brota de las entrañas, y ella sonríe, claramente complacida por haber causado semejante reacción.

Bebo un largo sorbo de vino y dejo que su sabor dulce y ácido me bañe la lengua.

Es muy hábil fingiendo.

Me gustaría que me saliera mejor. Apenas he podido volver a comer, hacer cualquier otra cosa que no sea forzarme a seguir la misma rutina mecánica. Me encantaría disfrutar de la comida de nuevo, pedir un entrante y un postre en vez de un solo plato del que sé que apenas probaré bocado. Pero lo cierto es que no merezco disfrutar de nada después de lo que hice. Lo que *no hice*. Exhalo y me sobresalto cuando una mano aparece de pronto frente a mí.

—Ay, lo siento. Pensé que me habías visto. —Es la camarera, que viene a dejar mi ensalada —. ¿Te traigo algo más?

—No —niego—. Gracias.

Ignoro la ensalada, saco mi cuaderno y tomo más notas. Quizá, al examinarlas más tarde, encontraré un patrón. Reconoceré algo, el atisbo de una pista que me permita descubrir la verdad bajo su máscara.

Al final, cojo el plato con la ensalada. Estudio la mancha de aceite y balsámico, como un trozo de queso, picoteo un tomate. Por lo menos estoy comiendo vegetales. Más o menos. Pero, mientras hago eso, escucho; me llegan fragmentos de la conversación, aunque no los suficientes como para entenderla. Algo acerca de un amigo en común, me parece. Un problema en el trabajo de ella, que tal vez también sea la enseñanza. Y luego él dice «trastero» y agudizo los oídos. Les echo un vistazo, pero la rubia se da cuenta de que los estoy mirando. Así que esbozo una sonrisa leve y me obligo a mirar en otra dirección, como si fuera una comensal que está sola y contempla el salón y a los demás comensales.

Tengo más cuidado después de eso, no quiero cruzar de nuevo la mirada con ella. Después, una pareja se sienta entre mi mesa y la de ellos. La charla de la pareja nueva impide que pueda seguir escuchándolos a escondidas. Pero de pronto oigo la risa animada de la mujer. Echo un vistazo rápido. No dura más que una milésima de segundo, sin embargo, se me revela algo.

Tal vez sea su novia.

Contemplo la idea. Quizá Gabriel y su esposa estaban en proceso de divorcio. Quizá él está feliz porque ella ha muerto…

Pero no. Aunque estuviera exultante por habérsela quitado de encima, había perdido a su hija.

A su preciosa Rose.

Hasta yo tuve que quitar la foto cuando apareció en Google. Ver el rostro dulce e inocente que jamás envejecerá era demasiado para cualquiera. Con excepción de un monstruo. Pero Gabriel Wright no lo es. Vi la devastación en su rostro esa noche. Su mundo destrozado en mil pedazos. Está fingiendo ser feliz. Ha dominado el arte de esconder sus sentimientos. Esconde la desdicha bajo un disfraz. Pronto la descubriré.

Sentada aquí sola, moviendo la ensalada por el plato con el tenedor para que parezca que he comido más de lo que realmente he comido, me doy cuenta que es la primera vez que estoy en un restaurante desde que… bueno, *tú*. Gastamos trescientos dólares en la cena esa noche y apenas nos dirigimos la palabra.

Me invade la emoción. Dejo efectivo en la mesa y recojo mis cosas para irme antes que ellos, antes de que Gabriel me descubra. Y antes de que empiece a sollozar y le llame la atención a todos los que me rodean. Porque siento que viene. Siento las emociones que ganan fuerza como un tornado, listas para tocar tierra en el momento menos esperado.

No me molesto en esperar a que salgan. Sé dónde vive, donde trabaja, y el único lugar que parece frecuentar cuando no está en los otros dos, ese trastero que guarda Dios sabe qué. Camino hacia el este, sin prestarle atención a la llovizna helada que cae. Aparece una estación de metro, desciendo bajo la ciudad, y me subo al primer tren que pasa. Viajo por lo que parecen ser demasiadas paradas y vuelvo a subir las escaleras hacia la calle.

El Distrito Financiero.

Supongo que me he ido muy al sur. Empiezo a caminar sin rumbo. Pero cuando veo el letrero que indica Maiden Lane, recuerdo que es allí donde está el Tribunal de Disciplina. Tengo el papel que el doctor Alexander firmó en el bolso, podría hacer algo productivo hoy.

El letrero sobre la puerta de entrada es imponente; las letras son más grandes de lo necesario. Mala Conducta Profesional. Provoca la versión adulta de lo que sentía cuando me aproximaba a la oficina de dirección de la escuela cuando era niña. A pesar de eso, inspiro y entro.

—Hola. Tengo que entregar un papel para un expediente. Vino con sobre de respuesta, pero como estaba cerca, pensé en dejarlo personalmente.

—No hay problema —me dice la empleada—. ¿Tiene el número de expediente?

—Figura en la parte superior del formulario —asiento.

Toma el papel y lo examina.

—Ah, qué casualidad. Justo he estado trabajando en este expediente hoy. Tuve que responder una solicitud FOIA.

—¿Una solicitud FOIA? —Frunzo el ceño.

—Alguien pidió una copia entera del expediente bajo la Ley de Libertad de Información.

—¿Quién?

La expresión de la empleada cambia y frunce los labios como si se hubiera pillado hablando

fuera de lugar.

—Lo siento. No debería haber dicho nada.

—Pero ¿quién podría querer una copia de mi expediente?

—Cualquiera —responde, encogiéndose de hombros—. Los casos que resultan en cargos son de dominio público.

—¿Fue un periodista?

Nadie me ha molestado desde que las noticias sobre Connor desaparecieron de los titulares. Han pasado meses.

—Tiene que llenar el formulario en línea para obtener esa información —niega—. Lamento haberla disgustado.

Suspiro.

—Está bien. Gracias. ¿Tengo que hacer algo más para presentar ese papel?

—No. Yo me encargo.

—Gracias.

Vuelvo a la calle, sintiéndome aún más apesadumbrada de lo que me sentía al entrar. Encorvo los hombros y siento los pies pesados, como si mis zapatos fueran de hormigón, pero vuelvo a caminar. Porque, ¿qué más tengo para hacer? Camino varios kilómetros, sin prestar realmente atención a dónde voy, hasta que llego a un callejón sin salida. Las rejas de hierro prácticamente me golpean en la cara. *Un cementerio*. Parece el lugar apropiado para terminar el día. Así que sigo caminando hasta que encuentro la entrada, aplastando la hierba marchita con cada paso, y comienzo a leer lápidas.

Philip Morrow. 1931–1976. Amado padre, esposo e hijo.

Matilda Holtz. 1876–1945. Tan amada que jamás será olvidada.

Julia Einhard. 1954–1960. Nuestro ángel en el cielo.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta, que sabe salado. Julia tenía solo seis años.

La hija de Gabriel nunca cumplirá seis años.

Cierro los ojos. ¿Qué estoy haciendo? No tengo nada que hacer aquí. Y, de pronto, me siento agotada. Así que me doy la vuelta para salir del cementerio. Hay un pequeño edificio de piedra en la salida y me detengo, pensando en ellas…

La esposa de Gabriel.

Su hija.

—Disculpe —llamo a través de la ventana.

Una celadora deja de escribir en el formulario que está llenando y me mira por encima de sus gafas.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí. ¿Es…? —titubeo. Tal vez es demasiado. Tal vez no es asunto mío. Pero hasta ahora no

me ha salido muy bien lo de mantenerme dentro de los límites de lo saludable, así que, ¿por qué empezar ahora?—. ¿Es posible averiguar si alguien está enterrado aquí? Hace poco perdí a unas personas queridas, pero no sé si están enterradas aquí o en otro lado. Me gustaría traerles flores.

La mentira me sale con facilidad.

—Por supuesto. ¿Cómo se llaman?

—El apellido es Wright. Ellen y Rose. Fueron enterradas el año pasado.

—Mmm… —Escribe en el ordenador—. No hay ningún Wright que haya sido enterrado aquí en los últimos cinco años.

—Ah. Bueno. —La decepción llega de golpe. Me hubiera dolido ver sus tumbas. Hoy me he librado muy fácilmente.

—Lo siento, cariño. Espero que las encuentres. Muchas veces, visitar el lugar de reposo final de alguien puede darnos paz.

Asiento a modo de agradecimiento y me voy. Desafortunadamente, no hay paz para mí.

CAPÍTULO 6

Pasado

Estaba apretando los puños de nuevo.

Para sujetarse a la silla. Para abrir la puerta de la nevera. Para sujetarse de las muletas. Daba lo mismo. En las últimas cuatro semanas, desde el accidente, Connor apretaba los puños para todo. Se lo había mencionado una vez, pero no había hecho más que disgustarlo. Me había respondido a gritos que los *inválidos* tenían que apretar los puños para no caerse. Pero ahora ni siquiera estaba de pie. Estaba sentado en la portería, detrás de la barrera de plexiglás, mirando a su equipo entrenar mientras se aferraba con fuerza al bastón de *hockey* que tenía sobre el regazo.

Estaba enfadado y tenso, con miedo de no poder volver nunca a la pista. Eso lo entendía. Pero el estrés constante no era bueno para su recuperación. Así que intenté relajar la tensión sin hacérselo notar.

—Ey. —Me senté junto a él y le solté los dedos que aferraban el bastón. Me llevé su mano a la boca, la abrí y le besé la palma—. ¿Qué tal tu día?

—Franklin está mejorando —respondió Connor señalando a la pista, con el ceño fruncido—. El chico es más rápido que yo, y más ágil.

Brimley Franklin era el suplente para el centro, la posición en la que jugaba mi marido. Con veintitrés años, tenía deseos de jugar partidos y hacerse un nombre. Entrelacé los dedos con los de Connor.

—No te llega ni a la suela del zapato.

—No me trates como a un niño. —Se soltó bruscamente de mi mano y se puso de pie—. Salgamos de aquí. Tengo que recoger mi bolsa del vestuario y pasar por la clínica de tratamiento del dolor antes de ir a casa. Ayer olvidé algo.

—Ah. Está bien.

Se marchó hecho una furia antes de que terminara de hablar. El médico del equipo se me acercó mientras esperaba a Connor fuera del vestuario.

—Ey, Meredith. ¿Cómo está?

—Bien. ¿Y usted, doctor Gallo?

—Mañana es el gran día, ¿verdad? ¿Fitz empieza con la fisioterapia?

—Sí —asentí—. Estoy muy entusiasmada. Ha sido un mes difícil. Connor no sabe quedarse quieto. No entiende que curar lo no visible requiere progreso. Espero que la fisioterapia le sirva para ver que hay una luz al final del túnel.

—No se preocupe. —Me dio una palmadita en el hombro—. Ya lo entenderá. Es normal sentir ansiedad. No hubiera llegado a ser el jugador que es si no estuviera deseoso de volver a la acción.

Asentí. Pero la ansiedad no era lo que me preocupaba. Era la ira. Anoche, Connor había arrojado una copa contra la pared cuando le pregunté si era necesario que fuera a cada entrenamiento y a cada partido visitante. La pregunta había sido inocente. No estaba segura de las reglas o de lo que su contrato le obligaba a hacer. Sin embargo, se puso rojo y se le hincharon las venas del cuello.

Mi marido y yo llevábamos juntos mucho tiempo. Lo había visto ponerse de todos los colores a lo largo de los años, pero jamás conmigo. Ahora había algo distinto en su ira. Aunque no me atreví a decirle nada al doctor Gallo. No le dije nada a nadie.

En el coche, de camino a la clínica de tratamiento del dolor, hablamos de trivialidades. Le conté que había tenido dos pacientes nuevos, recomendados por pacientes anteriores. Pero eso también lo disgustó.

—¿Qué harás con todos estos pacientes cuando tengas el bebé?

Dado que para concebir hay que tener sexo, algo en lo que mi marido había perdido el interés desde la lesión, no me parecía un asunto urgente.

—Ya hablamos de esto. Contrataré a alguien.

—No quiero que una niñera críe a nuestro hijo.

Lo miré de reojo y volví la mirada a la calle.

—Quería decir que contrataré a alguien para el consultorio. Otro psiquiatra. A medio tiempo, quizá.

—Qué bonito es tener un futuro tan brillante por delante —masculló Connor, apretando los dientes.

No iba a morder el anzuelo. Podía buscar pelea con algo que yo hiciera o dijera en otro momento. En vez de responderle, me estiré y apoyé la mano en su puño cerrado, que yacía sobre su falda.

—Mi futuro es brillante porque lo compartiré contigo.

—No hay dónde aparcar —dijo, ignorándome y señalando un poco más adelante en dirección a la clínica—. Aparca en doble fila y pon las luces de emergencia. Iré rápido.

Una vez que detuve el coche, abrí la puerta para bajar y ayudar a Connor.

—Ciérrala —negó, señalando la puerta—. No necesito ayuda. Volveré enseguida.

En cuanto entró a la clínica, se desocupó la plaza que quedaba justo enfrente. Así que aparqué en paralelo junto a la acera para facilitar el paso del tráfico. Cuando terminé, un móvil comenzó a sonar, pero no era el mío. Connor había dejado su teléfono en el portavasos. *Centro de Fisioterapia Elite* apareció en la pantalla, así que contesté.

—¿Hola?

—Hola. Por favor, ¿puedo hablar con el señor Fitzgerald?

—Mmm… No está disponible en este momento. Soy su esposa, Meredith. ¿Puedo ayudarla?

—Tal vez. Llamo del Centro de Fisioterapia Elite. El señor Fitzgerald tiene una cita mañana a las nueve. Queríamos saber si podría venir más tarde, a las once. Uno de nuestros fisioterapeutas tuvo una emergencia y no va a poder venir durante unos días, así que estamos intentando reorganizar las citas.

Eché un vistazo a la entrada de la clínica. No había señales de Connor aún.

—¿Puede esperar dos minutos? Quiero confirmarlo con él. Tiene un entrenamiento y sé que no quiere perdérselo. Solo será un momento.

—Por supuesto, espero.

Bajé del coche y entré a la clínica. Connor no estaba en el vestíbulo, así que me acerqué a la recepción. La recepcionista estaba hablando por teléfono, pero cubrió el auricular.

—Estoy en espera. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Mi marido está por aquí en algún lado, Connor Fitzgerald. Acaba de entrar. —Le mostré el móvil—. Tiene una llamada importante. ¿Podría avisarle?

—¿Puedo ver su identificación?

—Por supuesto.

Revolví el bolso y le mostré mi carnet de conducir.

—Lo siento —se disculpó—. Es bastante conocido, así que quería asegurarme de que no fuera una admiradora.

—Soy admiradora suya. —Sonreí—. La mayor de todas.

La mujer señaló con el pulgar la puerta a sus espaldas.

—Estoy en espera con un seguro médico con el que es muy difícil comunicarse. El señor Fitzgerald entró a hablar con el médico. Es la última puerta a la derecha, si no le molesta ir sola. Estamos cerrando, así que ya no queda nadie.

—Gracias.

Había media docena de puertas en el largo pasillo, todas cerradas. El suelo estaba iluminado por la luz de la última sala, al final. Cuando me acerqué, oí la voz de Connor a través de la puerta, fuerte y enfadada.

—Déjame en paz. Mido más de un metro noventa y peso ciento diez kilos. No me sirve la dosis que toma la mayoría de tus pacientes.

—La dosis no es lo que me preocupa —respondió un hombre—. Es el tiempo que has estado tomando la medicación. Deberías haberla dejado a estas alturas, o al menos haber reducido significativamente la dosis. No deberías sentir tanto dolor habiendo pasado cuatro semanas ya. Y si lo sientes, tenemos que descartar que no se trate de alguna otra cosa.

Me detuve a medio metro de la puerta y contuve la respiración para escuchar.

—Bueno, siento dolor. Así que dame la maldita receta. Empiezo fisioterapia a partir de mañana y necesito mover la rodilla.

Un suspiro.

—Es la última vez, Connor. Lo digo en serio.

Se me aceleró el pulso. Al parecer, yo no era la única preocupada porque mi marido estuviera tragando oxicodona como si se tratara de pastillas de menta.

Esperé un minuto antes de entrar.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Connor, con el ceño fruncido, en cuanto asomé la cabeza.

—Tienes una llamada de la clínica de fisioterapia. Parecía importante. —Le entregué el teléfono.

En casa, se escabulló a la ducha mientras yo preparaba la cena. Cuando salió, el pollo estaba en el horno y yo estaba ordenando la sala de estar.

—¿Dónde está mi bolsa? —me preguntó, con los ojos entrecerrados, examinando la sala.

A diferencia de la mayoría de los jugadores, mi marido no dejaba su equipo de *hockey* en el vestuario después de los entrenamientos. Cada día iba y venía con una gran bolsa. Durante la temporada, quedaba junto a la puerta de entrada siempre que él estuviera en casa. Pero cuando llegamos a casa, su muleta se había enganchado con la tira de la bolsa y casi se había caído.

—La he metido en el armario.

—¿Por qué?

—Se enganchó con tus muletas cuando llegamos. Supuse que no la usarías durante un tiempo, ¿por qué no guardarla entonces?

Cojeó hasta el armario con las muletas y abrió la puerta de un tirón. Sacó la bolsa y la lanzó hacia la puerta de entrada, que golpeó con un fuerte estruendo.

—Ese es su lugar.

Levanté las manos.

—Está bien. Solo quería ayudar.

—No necesito tu ayuda de mierda —gruñó, y se escabulló a nuestro dormitorio, no sin antes cerrar la puerta con un portazo que hizo temblar las paredes.

De nuevo, preferí ignorarlo, a pesar de sentir una punzada de frustración en el estómago. Sabía

que no estaba enfadado conmigo, aunque me estaba cansando de que su ira se manifestara así. Cuando la cena estuvo lista, puse la mesa y serví la comida. Cuando apareció Connor, ya estaba sentada cenando sola.

Se sujetó al respaldo de la silla, con la cabeza caída sobre el pecho.

—Lo siento. No debería haberme descargado contigo.

Tomé un pedazo de pan y lo mojé en la salsa que quedaba en mi plato.

—Has estado haciendo eso mucho últimamente, Connor.

—Lo sé —reconoció, pasándose la mano por el pelo—. Soy un imbécil. Es que me siento tan inútil, y no sé qué haré si no puedo jugar de nuevo. Siento toda esta furia dentro. Pero no debería descargarla contigo. No hay excusa que justifique maltratarte. Lo siento mucho, cariño. Has sido increíble. Me portaré mejor. Lo prometo.

—Estoy preocupada por ti, Connor —asentí—. Cambios de humor e ira son efectos secundarios del consumo de opioides.

Silencio.

En un instante, su rostro se llenó de furia.

—¿Consumo de opioides? Mi humor no es un efecto secundario de los malditos analgésicos, *doctora*. Es un efecto secundario de que mi carrera profesional está acabada a los veintinueve. Por supuesto que estoy enfadado, joder. —Connor sacudió la cabeza—. No espero que me entiendas, te está yendo tan bien que tendrás que contratar a alguien para tener un maldito bebé.

—No es justo.

—Sí, claro, lo que yo he dicho: no es justo —replicó, caminando con sus muletas hacia la puerta.

Me puse de pie.

—Connor, espera. No te vayas. Hablemos.

—¿Para qué, para que me puedas psicoanalizar como si fuera uno de tus pacientes? No, gracias. —Abrió la puerta de par en par y salió—. No me esperes despierta. Uno de los dos tiene que ir a trabajar por la mañana.

Suspiré cuando cerró la puerta de un portazo. *Poco había durado su promesa.*

CAPÍTULO 7

Presente

Otro mes sola. Mi nueva normalidad, como la llama mi terapeuta.

Estoy lidiando con la situación, supongo. ¿Lidiando bien? Lo suficientemente bien como para engañar al doctor Alexander. Al menos eso creo. Pero mi nueva normalidad tiene su rutina. La caminata temprano en busca de café. Esperar a Gabriel, porque a pesar de lo que le dije al doctor, no puedo dejar de seguirlo. Gabriel va al trastero casi todos los días. Y hoy, como todos los días, camino, doblo a la derecha en el pequeño callejón unos cuantos edificios más abajo y saboreo mi café, tomo notas en mi cuaderno y medito acerca del secreto de la felicidad de Gabriel.

Después de veinte minutos en el trastero, irá a trabajar, y yo me iré a trabajar en mi más reciente proyecto: encontrar a su familia. Descubrir dónde están enterrados sus cuerpos. He ido a diez cementerios. A veces, encuentro a un cuidador y obtengo una negativa rápida. Otras veces paseo durante horas, buscando las lápidas de granito nuevas y brillantes, los lugares donde el césped aún no ha crecido demasiado. Podría buscar en internet; existen bases de datos de entierros. Pero no lo hago, y no sé por qué. Prefiero caminar por los campos de los muertos y leer lápida tras lápida hasta estar segura de haberlas examinado todas. Es extrañamente reconfortante estar entre los muertos.

A menudo siento que mi lugar está allí con ellos, pero que, por alguna razón, me he quedado atrapada en el mundo de los vivos.

Reviso la hora y tomo un último sorbo de café en el callejón. Hoy se le ha hecho tarde. Nunca se queda tanto en el trastero. Veinte minutos, ni más ni menos, y han pasado ya cuarenta. Mientras espero, busco el cuaderno. Ya he anotado lo habitual:

Caminó por la calle 23 a las 9 de la mañana.

El puesto de café de siempre. Mismo pedido que ayer. Un café pequeño, un pan de maíz.

Hoy tampoco ha fumado.

¿Ha dejado de fumar? ¿Quizá los que compró ayer eran para otra persona?

Parada en el trastero.

Paso la página y empiezo a anotar la lista de la compra. Me ha vuelto el apetito. Supongo que debería haber vuelto hace mucho tiempo después de tantos kilómetros de caminata diaria.

Queso.

Pepinos.

Almendras.

No estoy comiendo muy equilibradamente, pero al menos no estoy viviendo a base de café y vino, aunque sigue habiendo una buena cantidad de ambos en mi dieta.

Vuelvo a mirar el reloj: van cuarenta y cinco minutos. ¿Quizá no me he dado cuenta cuando ha salido? Quizá estaba mirando el móvil y leyendo el mensaje de mi hermano cuando Gabriel pasó de largo. O quizá se ha ido a casa, por una vez. Pero no es un día festivo ni vacaciones escolares. Hoy tiene que dar clases.

Suspiro. *Diez minutos más*. Esperaré diez minutos más y luego seguiré mi camino. Tengo que visitar un cementerio nuevo, uno al que le quedan parcelas para vender; tal vez por eso no he encontrado aún a su familia. Porque no esperaban morir. No tenían un lugar cercano donde ser enterrados. ¿O tal vez las incineró?

Aunque incinerar a una niña me parece mal. No sé si alguna vez me enteré de que alguien lo hubiera hecho. Mordisqueo el extremo del bolígrafo y paso las hojas hasta llegar a mis primeras anotaciones.

Ellen y Rose Wright. Los nombres están subrayados dos veces. Ellen también era docente, pero en un instituto; enseñaba literatura. Tenían eso en común. También era la entrenadora del equipo femenino de fútbol durante la primavera. Se había graduado en la Universidad de Virginia, pero era originaria de Rhode Island. La única fotografía de Rose que habían publicado los periódicos era una de ella con su madre como voluntarias en un comedor comunitario el Día de Acción de Gracias. Por supuesto, eran buenas personas.

Cierro el cuaderno de golpe y lo guardo. Cojo el vaso de café del suelo, aunque está cubierto de mugre del callejón y gotea de la base. Es hora de irme. Debe haber pasado sin que lo vea, o ha tomado un camino diferente, o tal vez se fue a casa. Me cuelgo el bolso al hombro, camino hacia la acera y giro a la izquierda, de vuelta hacia el metro.

Ni siquiera lo veo.

Una colisión de frente (como la *tuya* con su mujer e hija), que no deja tiempo para reaccionar. Para evitarla. Choco con un cuerpo, pierdo el equilibrio y, cuando me estoy cayendo…

—¡Vaya, cuidado!

Un brazo fuerte me sostiene del codo. Se detiene mi caída hacia el frío hormigón; alzo la vista, sintiendo temor e ilusión en el cuerpo a partes iguales. Nuestras miradas se cruzan y no puedo dejar de parpadear.

Los labios de Gabriel Wright se curvan en un gesto de curiosidad interesada.

—¿Está bien?

—No. Quiero decir… Quiero decir, sí. —No puedo parar de parpadear. Pero, por suerte, el mecanismo de autoprotección entra en acción y bajo la cabeza, escondiendo el rostro—. Perdone. No lo vi…

—¿Qué hacía en el callejón?

Su voz suena animada, burlona. Siento que se me enrojecen las mejillas; sigo su mirada, que se pierde en el oscuro callejón entre dos edificios de ladrillo, para verlo como él debe verlo: sucio, húmedo y probablemente lleno de ratas. Mi escondite hace ya semanas, y nunca se me ocurrió pensar en eso. Estaba completamente concentrada en él. Y ahora, bueno, aquí está.

—Se me hace tarde, pero… ¿está bien? —me pregunta cuando no le respondo. Su preocupación parece genuina.

—Estoy bien. Gracias.

Tan rápido como ocurrió, desaparece. Tiemblo con energía nerviosa hasta que lo pierdo al doblar la siguiente esquina. Aprieto los ojos: conozco el camino que tomará. Dónde cruzará la calle, dónde se detendrá para tomar un café rápido si necesita otra dosis de cafeína. El edificio al cual entrará, el aula precisa donde da clases. El corazón me late fuerte en el pecho, y me obligo a respirar hondo un par de veces.

Inhalo.

Exhalo.

Despacio.

Con calma.

No me ha reconocido.

Por supuesto que no. El único momento que tuvo para verme fue aquel día en el hospital. Y una mujer cualquiera era la menor de sus preocupaciones cuando toda su familia estaba muerta. Siempre he ido con cuidado al seguirlo. Nunca me ha visto. Pero ahora, después de literalmente chocar con él, me recordará.

Un escalofrío me recorre la espalda. Aunque esto debe haber sido para él un encuentro fortuito con una completa desconocida, para mí no lo ha sido en absoluto. Después de todo, sé que suele pedir ensalada para almorzar, probablemente ha dejado de fumar y le falta el botón inferior de su abrigo de entretiempo. Y conozco los rostros de las tres mujeres con las que suele almorzar o tener una cena íntima…

Mierda.

Todavía estoy temblando. Mi cuerpo zumba con las ansias de correr hasta la esquina, alcanzarlo, pero no puedo. Me ha visto. Esto tiene que parar. Aquí y ahora. No puedo seguirlo más. No puedo buscar las tumbas de su esposa e hija, sentarme bajo el gran roble en Columbia,

esperar a que regrese a casa cada noche. Lo único que puedo hacer… es volver a casa. Así que doy media vuelta y camino de regreso por donde vine, abandonando todos mis planes. Media manzana después, el vello de mis brazos percibe el sonido antes que yo. *Pasos.* Me giro, esperando ver a Gabriel detrás de mí, esperando que me busque porque se ha dado cuenta de quién soy. Quién eres *tú*.

Pero no hay nadie. Debe haber sido el eco de mis propios pasos. Aunque podría haber jurado lo contrario. Examino la acera una vez más. A menos que se haya escondido en otro callejón, está todo en mi cabeza, como en *El corazón delator*, excepto que en mi caso la acosadora escucha a su acosador imaginario.

Me voy a casa. No paro ni para comer una ensalada o un *bagel* u otro café. Estoy demasiado alterada como para comer. Necesito esconderme. Pero cuando llego, me doy cuenta de que he perdido la llave del apartamento. No mi llave, en realidad. *La llave de mi marido*. Se me cae el alma a los pies. Es la que tenía en el llavero que mandé a hacer. El que te regalé la noche que decidimos empezar una familia. El que me hacía pensar en esperanza y sueños y en el hombre que solías ser… antes. Lo he estado usando desde que… Por suerte, tengo mi llave con las llaves del consultorio, en algún lado al fondo de mi bolso. Un juego de llaves inútiles que sigo llevando conmigo. Por lo menos hoy han servido de algo. Así que las busco, con las manos aún temblando.

Una vez dentro, me dirijo a la cama del cuarto de invitados; aún no he dormido sola en nuestro dormitorio. Aún huele a Connor. Me echo sobre el cubrecama y contemplo el cielo raso durante horas, hasta que la alarma del móvil me avisa de que, si no me muevo, me perderé la cita que tengo esta noche con el doctor Alexander.

Y él tendrá que informar al Colegio Médico.

Y jamás saldré de este embrollo.

Aunque tal vez no me importa. No necesito dinero. El apartamento no tiene deudas y puedo hurtar la comida y lo que necesite a diario. No, de hecho, no puedo. Quizá podría dar clases si me quedo sin licencia. Podría trabajar en Columbia. Teñirme de rubio platino… parece que Gabriel tiene debilidad por ese estilo. Así podríamos almorzar juntos y reírnos mientras comemos ensaladas.

Dios mío, estoy perdiendo la cabeza.

Las ganas de mear son las que me hacen levantarme. Y ya que me he levantado, me voy a poner los zapatos. Lavarme la cara. Ponerme el abrigo. Me fuerzo, literalmente, paso a paso, hasta salir de casa a tiempo para llegar a mi cita. Cojo el metro por dos paradas, cuento los escalones al subir y me abro paso por el laberinto de gente. Estoy agotada, mental y físicamente, cuando llego. Demasiado pensar, demasiado estrés, provocan la potencial acumulación de subproductos tóxicos en la corteza prefrontal. Se lo he explicado cientos de veces a pacientes con

paranoia. Aunque hoy no estoy en el rol de médica.

—Meredith, un placer, como siempre. Pase, pase. —El típico saludo del doctor Alexander. Pero su sonrisa educada de siempre desaparece cuando me observa. Frunce el ceño—. ¿Qué ocurre hoy? Parece…

Busca una palabra que no me ofende.

Yo nunca juzgo la apariencia de un paciente o asumo nada acerca de su estado mental. Es mejor que sean ellos quienes me lo cuenten. Pero él ha metido la pata, y dejo que se las arregle para solucionarlo.

—¿Un poco descolocada? —concluye.

—Lo estoy. —Y porque no tengo nada que perder, soy sincera con él por primera vez desde nuestra sesión inicial—. Aún sigo a Gabriel. Te mentí.

Le cuento acerca del trastero que Gabriel visita todos los días. Sus comidas íntimas con mujeres. Mi búsqueda de las tumbas de su familia. Las sonrisas de Gabriel, su risa, el encontronazo de hoy en el callejón.

—Tengo que verlo —insisto.

—¿El qué?

—La pena. El dolor. Sé que está por allí en algún lado. Debajo de esa sonrisa.

—¿Le parece imposible que sea feliz? —me pregunta el doctor, recorriéndome el rostro con la mirada—. Que haya sanado. Como lo hemos hablado antes.

—¿Cómo es posible que haya sanado? ¿Y qué hay en el trastero? ¿Por qué iría alguien a un trastero todos los días? No se puede tener animales vivos allí. Así que, ¿por qué?

Dejo de hablar para respirar.

—Meredith, me gustaría que pensara por qué le importa todo esto. Él no es su problema. Lo que hace con su tiempo no es problema suyo. ¿Por qué la afecta a dónde va o lo que hace allí dentro?

Abro la boca, tratando rápidamente de pensar en una respuesta.

—Porque… —Ya en mi mente suena débil como argumento, pero lo digo de todos modos—. Tengo que saberlo. Necesito saberlo.

—¿Saber qué?

—No lo sé —suspiro, exasperada.

El psiquiatra espera, me da tiempo para pensar, para añadir algo. Cuando no lo hago, se mueve en su asiento.

—Sígame la corriente por un momento. ¿Qué pasa si el señor Wright es feliz y ha seguido con su vida? ¿Cómo la hace sentir eso?

—Me daría mucha alegría, por supuesto. Pero no es posible que…

—Un momento —me interrumpe el doctor, alzando la mano—. Sigamos esta idea hasta el

final. Si el señor Wright puede seguir adelante, ¿no la ayudaría a seguir adelante a usted?

—Supongo que sí…

—¿Siente que se merece seguir con su vida, Meredith? —Por supuesto que no. ¿Cómo podría? Pero entiendo lo que intenta decirme. Cree que me estoy negando a aceptar que Gabriel es feliz como una especie de castigo autoimpuesto—. Voy a responder a mi pregunta —dice, sonriendo, después de un largo silencio—. Sí se merece ser feliz, y creo que este es un tema que necesitamos discutir más en el futuro. Por ahora, tal vez podamos considerar las consecuencias de sus acciones. ¿Cómo se sintió cuando casi la descubren?

—Me aterrorizó. Pero también…. —Había sentido algo más. No me había reconocido, y eso me alegraba, pero una parte de mí se había sentido decepcionada. No se lo digo al doctor—. Sentí el subidón que se experimenta al apostar. Como si me diera lo mismo lo que fuera a pasar.

—Mmm… —Esa no es la respuesta correcta. No es lo que diría una persona mentalmente estable. Lo sé. Pero es la verdad—. Me preocupa que, como ahora tiene mucho tiempo libre, esté inventando juegos peligrosos para entretenerse. Claro, no es lo mismo que beber o consumir drogas, pero no es menos peligroso que eso. ¿Quiere que la atrapen, Meredith? ¿Meterse en más problemas de los que ya tiene?

—Por supuesto que no.

—¿Está segura?

Mantengo la vista clavada en el suelo. Eso no es lo que estoy haciendo, ¿verdad? No quiero que me atrapen, ¿o sí? Los pensamientos son un torbellino en mi cabeza. Ninguno tiene sentido. Tengo más preguntas que respuestas. Pero no quiero hacerle ninguna de ellas al doctor Alexander.

—¿Meredith? —me pregunta, finalmente, acomodándose.

—¿Sí? —Nuestras miradas se cruzan.

—¿Antes ha dicho que ha estado buscando las tumbas de la familia de Gabriel? —Asiento—. ¿Por qué?

Aparto la mirada y sacudo la cabeza.

—No estoy segura.

—Me imagino que sería muy perturbador encontrarlas. ¿Leer en la lápida los pocos años de vida de una niña pequeña?

—Por supuesto. —Se me llenan los ojos de lágrimas de solo pensarlo.

—¿Es esa la razón, Meredith? ¿Está buscando castigarse aún más? No soy mago. No puedo adivinar lo que le pasa por la cabeza si no lo comparte conmigo. Pero me preocupa que sus acciones sean autodestructivas.

Las lágrimas surcan mis mejillas. El doctor toma una caja de Kleenex y me la ofrece.

Cojo algunos pañuelos y me limpio con un sollozo.

—Gracias.

Después de un largo silencio, el doctor Alexander carraspea.

—¿Tiene una rutina diaria?

—Sí. Quiero decir… más o menos.

—Descríbamela. ¿Qué hace cada mañana?

Respiro hondo y le cuento cómo empiezo mi día. Mi horario que gira en torno a Gabriel.

—Está bien. Mañana, en lugar de seguirlo, quiero que venga aquí. Quiero que se siente en la sala de espera y escriba en su diario. Hágalo todos los días durante la próxima semana. Quítese de la mente el patrón actual.

—Está bien. —Asiento y respiro hondo. Puedo hacer eso. Puedo beber mi café y venir aquí en lugar de hacer lo de siempre. Será mejor que seguir a Gabriel. Mejor que arriesgarme a que me descubra. A perder aún más de lo que ya he perdido—. Me apunté a un gimnasio —digo, como si eso de alguna manera me redimiera.

—Bien. Venga aquí y escriba en su diario. Vaya al gimnasio y use la caminadora para hacer la misma distancia que ha estado haciendo mientras lo seguía. Rompamos el ciclo, creemos una nueva rutina.

Lo miro a los ojos y me obligo a sonreír. Intento parecer segura, como si esto me hubiera dado esperanza. Pero aún no puedo quitármela de encima. La necesidad de verlo. La necesidad de ver el dolor de Gabriel Wright. Que causé yo.

CAPÍTULO 8

Pasado

—Creo que esto es tuyo.

Una bolsa se deslizó por la mesa de la cocina y se detuvo justo frente a mí.

Me bastó un vistazo al impreso doblado y engrapado al frente del paquete blanco. No necesitaba preguntar por qué mi marido estaba gruñendo.

Anticonceptivos.

Cerré los ojos.

Connor había llegado anoche de un viaje con el equipo para un partido en Cincinnati. Había estado esperando que llegara el momento adecuado para contarle que había vuelto a tomar pastillas anticonceptivas. Lamentablemente, nunca había llegado.

Sostuve su mirada gélida.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes. Solo pensé…

—¿Que tu marido es un caso perdido? —me interrumpió Connor—. ¿Que no sirve como padre?

—No, para nada es eso.

Me levanté y rodeé la mesa. Cuando intenté poner las manos sobre su pecho, retrocedió dos pasos, fuera de mi alcance.

—Seguro que no.

—Estás bajo demasiada presión. No parece el momento adecuado para añadir un embarazo y un bebé recién nacido.

—Me alegra que hayas decidido eso por los dos.

—Tienes razón. —Reconocí, frunciendo el ceño—. Lo siento. Debería haber hablado contigo antes de renovar mi prescripción. Es que me vino la regla anoche, y hay una ventana de tiempo breve en la que se puede empezar un nuevo ciclo, así que llamé para hacer el pedido. —Me había equivocado, así que debería haberme detenido ahí, con una disculpa y una explicación. Pero se

me ocurrió algo, y la pregunta me salió de la boca antes de que pudiera detenerla—. ¿Qué tenías que hacer en la farmacia que recogiste mis pastillas?

Connor apretó los dientes.

—El fisioterapeuta me recetó una crema para la inflamación de la rodilla. Te dije que dejé de tomar la medicación para el dolor el mes pasado.

—Lo siento. No quise decir…

—Sí, claro. —Negó con la cabeza, arrancó su chaqueta del respaldo de la silla y se dirigió furioso hacia la entrada—. Disfruta de tus pastillas.

—¿Adónde vas?

—A cualquier lugar que no sea aquí.

A pesar de haberlo visto abrir la puerta y cerrarla bruscamente tras él, me estremecí con el portazo. Estaba muy nerviosa últimamente. El corazón se me aceleraba y me sentía desequilibrada todo el tiempo. El único momento en el que me relajaba era en el trabajo, cuando podía perderme en los problemas de otras personas.

Me quedé mirando la puerta cerrada un buen rato, aunque no esperaba que Connor fuera a volver. No lo haría. Le había dado una nueva excusa para pasar horas en el bar emborrachándose. Al menos hoy tenía una razón para estar molesto. Últimamente, buscaba pelea por cualquier cosa cuando yo llegaba a casa del trabajo y luego desaparecía durante horas; volvía oliendo a cervecería. A veces, si aún estaba despierta cuando regresaba, fingía estar dormida. El alcohol lo ponía sentimental, y volvía alterado y se disculpaba. Después quería tener sexo para hacer las paces. Pero sus excesos solían tener *otra* consecuencia: la incapacidad de mantener una erección. Lo que lo enfurecía otra vez. Se había convertido en un círculo vicioso que yo quería evitar.

Se me encogía el estómago al pensar en lo que se había convertido mi matrimonio en tan solo unos meses. Mi amoroso y considerado marido se había convertido en alguien irreconocible. Las cosas empeoraban cada día. ¿Cómo podía culparme por no querer quedarme embarazada ahora? Claro, éramos un equipo, y debería haber hablado con él. Pero al final, era mi decisión qué hacer con mi cuerpo. Sin mencionar que, si las cosas no cambiaban, básicamente iba a criar un hijo sola. No podía dejar a un niño con un hombre borracho y con problemas de ira. Tal vez estuvo mal no charlarlo, pero él era responsable de crear el ambiente que me hacía sentir que no podía hacerlo.

En lugar de seguir lamentándome, enjuagué mi taza de café y decidí darme una ducha. Tal vez saldría a caminar si Connor no volvía pronto. Iría a mi librería favorita. También me compraría un café con leche demasiado caro. A mitad del pasillo camino al baño, un golpe en la puerta me hizo detenerme.

¿Tal vez Connor se ha olvidado las llaves?

¿Quizá ha vuelto para hablar en vez de ahogar sus penas?

Tal vez aún hay esperanza para nosotros…

Pero cuando abrí la puerta, se me cayó el alma a los pies.

—Un placer verte —bromeó Irina—. Vaya. Los dos vais a juego.

—¿Qué dos? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Connor y tú. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Acabo de verlo en el vestíbulo. Lo saludé, pero ni me escuchó. Parecía que alguien le hubiera pateado al perro, y que estaba saliendo a buscar al responsable.

Solo que no era el perro el pateado. Era él. Y yo había sido la responsable.

Suspiré.

—Hemos tenido una pelea.

Irina se frotó el estómago, encogiéndose de hombros. Estaba a punto de dar a luz en cualquier momento.

—Eh. Son cosas que pasan. Anoche me enfadé con Ivan porque no me advirtió que el tiramisú que trajo a casa sabía agrio. Debería añadir que lo saqué de la basura para probarlo. Busco pelea por cualquier cosa últimamente.

—Entra —me reí—. Creo que eres justo lo que necesito ahora.

—No tan rápido —anunció, levantando un dedo—. ¿Tienes Nutella?

—Creo que sí. A Connor le encanta con tostadas.

—Está bien. Te honraré con mi presencia, entonces.

Irina y yo fuimos a la cocina. Encontré Nutella en un armario y saqué una barra de pan.

—El pan no es necesario. Solo una cuchara, por favor.

—Claro. —Sonreí.

Irina cogió una cucharada bien llena.

—Entonces —continuó, con la boca llena—, ¿qué pasa entre vosotros dos, tú y el Señor Cascarrabias?

—Hice una estupidez. —Suspiré.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué? Es un hombre. Estoy segura de que hace estupideces todo el tiempo. Sale mucho más barato cuando nosotras nos equivocamos. Si Ivan hace algo malo, recibo joyas. Si yo meto la pata, él recibe una mamada. Pon un almohadón en el suelo para las rodillas y pídele disculpas al micrófono.

Si tan solo fuera tan fácil. Sacudí la cabeza.

—Lo estamos pasando muy mal últimamente. Siento que Connor está enfadado todo el tiempo.

—Por supuesto que lo está. Le provoca terror no volver a jugar. El *hockey* es todo lo que estos

tipos han hecho desde que tenían tres años. ¿Recuerdas cuando a Ivan lo operaron hace unos años? Le dieron un golpe con un bastón en el cuello seis meses antes de nuestra boda.

—Tuvo una fusión espinal, ¿verdad?

Asintió.

—Nos peleamos tanto que cancelé la boda dos veces. Nunca dejé que nadie supiera lo mal que estuvimos.

—¿En serio?

Se metió otra cucharada de Nutella en la boca.

—Su autoestima depende tanto de jugar que pasan por una especie de crisis de identidad. Recuerdo que sugerí que pospusiéramos la boda para que pudiera concentrarse en recuperarse. Ivan pensó que quizá quería posponerla porque ya no quería casarme con él, ya que existía la posibilidad de que no volviera a jugar. Todo lo que dijera o hiciera era porque no quería estar con él. No podía convencerlo de lo contrario, porque él ya no creía en sí mismo.

Eso sonaba *muy familiar.*

—Pero las cosas mejoraron.

—Llevó un rato —asintió Irina—. Ivan estuvo en un lugar muy oscuro durante unos meses. No sabía si lo superaríamos. Pero las cosas mejoraron con el tiempo. Me gustaría decir que fue algo que dije o hice lo que arregló las cosas, pero fue algo que tuvo que encontrar él en sí mismo. —Extendió la mano sobre la mesa para acariciar la mía—. Connor encontrará la manera, y volveréis a ser la pareja que hace que todos los demás se pregunten si están satisfechos de verdad con su relación. Confía en mí. Va a resolverlo.

Quería creer que tenía razón. Pero mi intuición me decía que los problemas de Connor iban más allá de una crisis de identidad y un poco de inseguridad.

Al día siguiente, por la tarde, tuve una hora de descanso entre pacientes, así que salí a tomar un poco de aire fresco y a recoger el almuerzo.

—No tenían pan de centeno. —Saqué el sándwich de mi asistente Sarah de la bolsa de papel marrón y lo puse en su escritorio—. Así que te traje de multigrano en su lugar.

—Gracias. —Sonrió y señaló hacia la puerta de mi despacho—. Alguien te está esperando.

—¿La señora Trenka ha llegado antes?

—No. Un guapo jugador de *hockey* te está esperando. —Cogió los auriculares y se metió uno en la oreja con un guiño—. Voy a escuchar música mientras como. Muy fuerte. Así que no escucharé nada.

Bien, entonces no nos escucharás discutir. Connor y yo no habíamos hablado desde anoche, cuando llegó a casa borracho y beligerante, aún molesto por lo de los anticonceptivos. Cuando

salí esta mañana, dormía en el sofá.

El olor a flores frescas me inundó tan pronto como abrí la puerta de mi despacho. Pero la imagen fue el verdadero golpe bajo. Connor estaba sentado en mi escritorio, con las manos alrededor del ramo de hortensias más grande que había visto. Se puso de pie y se me estrujó el corazón. Mi hombre parecía hermosamente devastado, la tristeza y el dolor grabados en líneas profundas que no estaban allí hacía unos meses.

Ambos habíamos dicho cosas hirientes, pero nada de eso tuvo importancia en ese momento. Fui hacia él y le acaricié las mejillas, deseando poder hacer algo para aliviar su dolor.

—Lo siento mucho —dije, con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también lo siento.

—Nunca debería haber tomado la decisión de volver a tomar la píldora sin discutirlo contigo.

—Hiciste bien en hacerlo —negó—. No estoy en condiciones de ser padre. Soy un desastre, Mer.

—No, no lo eres. Solo necesitas creer en ti mismo. Sé en mi corazón que volverás al hielo, pero incluso si no lo haces, lo resolveremos. Juntos.

Connor bajó la vista. Cuando volvió a mirarme a los ojos, tragó saliva.

—Tenías razón. Los analgésicos estaban empeorando las cosas. No dejé de tomarlos cuando dije que lo hice, hace unas semanas. Pero ya está. Me sobraban algunas pastillas y las he tirado por el fregadero esta mañana. También voy a beber menos.

—Te estás volviendo más fuerte cada día —prometí, con lágrimas en los ojos—. Necesitas creer en ti mismo, Connor. Puedes hacer esto. Sé que puedes.

—*Podemos* —asintió—. Lo haremos juntos.

Sentí que el alivio me inundaba y le rodeé el cuello con los brazos, abrazándolo tan fuerte como pude. Nos quedamos así mucho tiempo. Cuando finalmente nos soltamos, compartimos mi almuerzo y disfrutamos de la compañía del otro por primera vez en lo que parecía una eternidad. Se fue solo porque mi siguiente paciente llegó.

Durante el resto de la tarde, todo parecía un poco más ligero, un poco más brillante. Después de dos meses de temer volver a casa, estaba deseando terminar mi trabajo y ver a mi marido después de que el último paciente del día se fuera.

—¿Hay algo de lo que necesitemos hablar? —le pregunté a Sarah en la sala de espera, poniéndome el abrigo.

Sarah sonrió.

—Alguien tiene prisa.

—Connor me está preparando la cena.

—Disfruta. Voy a terminar una nota para un seguro médico y me iré enseguida.

—Perfecto. Disfruta de tu noche, Sarah.

—Ah, un momento. ¿Dejaste la receta para el señor Mankin? Va a Florida a cuidar a su madre durante un mes porque le van a hacer una cirugía. Necesita una receta en papel para comprarla allí cuando se le acabe lo que tiene en unas semanas. El seguro no le cubre si la compra ahora. No estoy segura de si viste mi nota en tus mensajes. Llamó antes para avisar que pasaría a recoger la receta mañana temprano.

—¡Rayos! Sí, vi la nota. Pero me olvidé por completo. Gracias por recordármelo. Haré la receta ahora por si viene antes de que llegue yo.

Puse mi bolso sobre el escritorio de Sarah y volví a entrar a mi despacho para buscar mi recetario. Pero cuando abrí el cajón superior derecho, donde siempre lo guardaba, no estaba ahí. Rebusqué entre unos papeles. Al no encontrarlo, revisé los demás cajones.

—¿Sarah? —grité—. ¿Has visto mi recetario?

—La última vez que lo vi estaba en el cajón superior derecho. —Abrí el cajón aún más y revolví de nuevo. Sin suerte—. ¿Lo has encontrado? —preguntó Sarah, entrando a la oficina.

—No.

—¿Quizá era el último y lo terminaste?

Una sensación de inquietud se apoderó de mí al recordar a mi marido sentado a pocos pasos de distancia unas horas antes.

—Mmm… Sí, debe ser eso.

CAPÍTULO 9

Presente

El segundo día del año. Los letreros de *¡Feliz Año Nuevo!* reemplazan el brillo de las luces de Navidad y las menorás en las ventanas. Paso por un gimnasio cuyas ventanas proclaman *¡Año Nuevo, vida nueva!*

Por una vez, tienen razón.

Ha sido un buen mes. Salgo todos los días. Hago ejercicio en el gimnasio. Creo que incluso veo indicios de músculos tonificados cuando me miro en el espejo. ¿Quién lo hubiera pensado? Yo no. Pero con los auriculares puestos, la música motivándome, por fin he logrado concentrarme totalmente en mí misma.

Tiro de los guantes que mi hermano me regaló por Navidad: la pasé con él y su familia, sus dos encantadoras niñas. Es cierto que me hicieron pensar en esa otra niña que nunca conocí. No fue fácil. Su familia alegre me hizo pensar en los sueños que solía tener, en todas las cosas que Gabriel Wright perdió. Pero escribí, caminé en la cinta y, de alguna manera, lo saqué de mi cabeza. Y me alegré por mi hermano. Las fiestas no siempre han sido fáciles para nosotros, con la pérdida de nuestros padres por diferentes enfermedades cuanto teníamos veintipocos años. En general, creo que estuve bastante bien. Resistí el deseo de volver al camino conocido a esperar que Gabriel pasara por ahí. Estoy mejor.

Unas calles más tarde, me doy cuenta de que estoy cerca del consultorio, así que decido pasar. Es la primera vez que lo intento desde que salí de allí con mis cosas en cajas hace dos meses. De hecho, había evitado la calle por completo hasta hoy. Pero pronto se terminará mi suspensión; en treinta y siete días podré volver a trabajar, al consultorio. Un paso más cerca de la normalidad.

Giro a la derecha en la esquina y veo mi edificio más adelante. El corazón me salta en el pecho a medida que me acerco, pero es una sensación agradable esta vez. Más que ansiedad, excitación. Empezar de cero, sin temer el pasado. Dura hasta que llego al número 988 y encuentro mi rostro empapelando la parada de autobús.

Se me detiene el corazón.

¿Qué demonios?

Hay una foto en primer plano de mi rostro pegada en la cubierta de cristal de la parada. Debajo de la foto hay unas palabras escritas, pero estoy tan alterada que no puedo enfocar la vista de los nervios; me lleva un minuto entero poder leerlas.

LOS TRAFICANTES DE DROGAS
NO SON SIEMPRE MATONES DE LA CALLE

La doctora Meredith McCall prescribe drogas a adictos.
Apoye el Proyecto de Ley S0178 que exige la suspensión permanente de los médicos que trafiquen con drogas.

Debajo hay un logo con dos puños donde se puede leer *MAAD Nueva York, Madres en Acción contra el Abuso Médico.*

Miro la calle nerviosa. Siento que todo el mundo me está mirando, como si supieran lo que he hecho. Espero ver a personas enfadadas, señalándome. Pero soy la única que presta atención al letrero. Me adelanto y lo arranco del cristal; solo quedan restos de papel blanco pegados a la cinta en las cuatro esquinas. Entonces, empiezo a correr. Corro y corro, hasta que siento ardor en los pulmones y las piernas me tiemblan tanto que me preocupa caerme. Me desplomo en los escalones de una casa de ladrillos rojos cualquiera, me inclino hacia delante, con la cabeza entre las rodillas, y respiro.

—¿Estás bien? —me pregunta una mujer. Asiento—. Yo también le digo a todos que estoy bien —dice, sonriendo—. Recuerda que, sea lo que sea, pasará.

Lo dudo. Existen cosas en la vida de las que no nos merecemos escapar.

—Feliz Año Nuevo —me dice el doctor Alexander la semana siguiente, cruzando el tobillo sobre la rodilla.

—Gracias. También es mi cumpleaños.

—Ah. Bueno, feliz cumpleaños. —Se acomoda la corbata—. ¿Algún plan?

—Yo… —me detengo. Iba a inventarme algo para hacerlo sentir bien. Un hábito. Lo suelo hacer con mi hermano. Le cuento que almorzaré con una amiga o que voy a un museo o algo. Pero no es necesario que tranquilice a mi terapeuta. Además, he mejorado desde que empecé a ser sincera con él—. No, la verdad es que no. De hecho, me siento bastante sola.

—Cuéntemelo.

Me acomodo en el sofá y cruzo las piernas, mientras contemplo una pintura abstracta que decora la pared.

—Bueno, es decir, tengo a mi hermano, pero él tiene su vida. Mujer e hijas, y un trabajo. Y vive en Connecticut; está cerca pero no tan cerca. No tengo muchos amigos. Perdí el contacto con mis amigos de la universidad por las exigencias de los años que cursé Medicina. Después de eso, estaba ocupada con la residencia y, bueno… gran parte de mi vida tenía que ver con Connor. Mis amigas eran las esposas de sus compañeros de equipo o personas con las que pasábamos tiempo como pareja. Y con todo lo que sucedió, la mayoría de ellos se desvanecieron. O tal vez no pude hacerles frente. No lo sé. Era bastante amiga de Irina, la esposa del mejor amigo de Connor en el equipo. Pero tiene tres hijos de menos de cinco años y no pudo… —Me cuesta encontrar las palabras correctas. No estoy segura de que la culpa de que no hayamos hablado sea solo de Irina—. Nos alejamos. Hablo con un par de mujeres en la clase de yoga que empecé el mes pasado en el gimnasio, pero es muy difícil cuando se es adulta pasar del hola casual a ¿quieres tomar un café?

El doctor asiente, pero no dice nada.

Yo hago lo mismo cuando quiero que un paciente siga hablando. El silencio suele ser más efectivo que las palabras. La gente siente la necesidad de llenar el vacío.

—Y me siento sola en casa, también. —Exhalo, nerviosa, y me obligo a pronunciar las palabras—. He estado pensando en volver a tener citas. He estado sola casi dos años… Es suficiente, ¿verdad?

—Solo usted puede decidir si es tiempo suficiente, Meredith.

Se me escapa una carcajada.

—Eso es lo que le digo a mis pacientes. —Me muerdo el labio y pienso. Por supuesto, hay aplicaciones para eso, para citas. Quizá pruebe una. Parece ser bastante anónimo. Algo que se puede probar para luego borrar y fingir que nunca pasó. Mis palabras me recuerdan algo más que se acerca—. Puedo empezar a atender de nuevo el mes que viene. No puedo creer que ya haya pasado casi un año.

—¿Cómo se siente al respecto?

—Bien. Creo. Tendré que empezar de cero. El doctor Gerald Rodgers, ¿tal vez ha oído hablar de él?, dejó su jubilación durante un tiempo para cubrirme. Es maravilloso, pero tiene setenta y tantos años y un estilo diferente al mío. Desde que él me reemplazó más lo de los titulares, casi la mitad de mis pacientes se han ido. Así que estoy un poco preocupada, pero no tengo otra opción que dedicarme a reconstruir. Tiempo me sobra estos días. Y me preocupa la posibilidad de que haya más carteles o… algo peor.

—¿Carteles? —Frunce el ceño.

—Hay un grupo, como el de las madres que se enfrentan a los conductores que beben, pero que se dedica a perseguir a los doctores que abusan de sus privilegios para recetar medicamentos. Pasé por la puerta del consultorio la semana pasada y encontré un volante pegado en la parada del autobús con mi rostro. Y hace un tiempo, alguien solicitó una copia de mi expediente en el Tribunal de Disciplina. Parece que está permitido bajo la Ley de Libertad de Información. Primero pensé que podría ser alguien de los medios tratando de escribir un artículo. Pero ahora creo que podrían haber sido ellos.

—Lo siento —dice el doctor, parpadeando un par de veces.

—Es culpa mía. —Me encojo de hombros.

—No importa. No debe ser fácil.

—No, no lo es. Pero no voy a permitir que me desvíe. Me sentía bien antes de eso. Arranqué el volante que encontré. He pasado todos los días por el edificio para ver si aparece otro. Por suerte, no ha habido más.

—No dedicaría energía a eso, entonces. —El doctor sonríe—. Cuénteme cómo se siente acerca de volver a atender pacientes. ¿Se siente preparada?

—Sí. —Y es así. Al cien por cien. Pero he cambiado, y el modo en el que veo a mis pacientes ha cambiado—. Seré una psiquiatra diferente después de lo que me ha pasado.

—Las experiencias de vida pueden ser invaluables a la hora de empatizar con nuestros pacientes.

Asiento, pero tengo la mente en otro lado; pienso en que mi consulta apenas se mantiene a flote. Encorvo los hombros. Trabajé muy duro; no solo llegué a que fuera un éxito, sino que estaba floreciendo.

Una vez más, se filtra la idea de conocer a alguien. ¿Podría empezar de nuevo? ¿Intentar tener citas? Trago el nudo que se me forma en la garganta.

El doctor me hace mil preguntas: sobre mi vida diaria, sobre lo que escribo en el diario, mis metas para el próximo año.

—Ya casi no tenemos tiempo —dice, por fin—. ¿Le gustaría charlar de algo más?

Niego, prestándole atención a medias. Todavía estoy pensando en las aplicaciones de citas. ¿Es posible querer a otro como quise a Connor? El Connor con quien me casé y planeaba tener una familia, no el Connor que destruyó una familia.

—¿Ha cambiado últimamente su rutina?

La pregunta me devuelve a la realidad. Está preguntando si he vuelto a seguir a Gabriel. Lo cual no he hecho. Me he portado bien. Ya ha pasado un mes. No es que la tentación no haya vuelto a surgir. Todavía pienso. Pienso en él casi todos los días. En que es feliz…

—No, casi nada. —Fuerzo una sonrisa—. Supongo que sí funciona… Pero será bueno volver al trabajo pronto.

—Excelente —asiente el doctor Alexander y escribe algo más en su libreta.

Salgo unos minutos más tarde y vago por las calles sin rumbo. No he traído la ropa del gimnasio, así que no puedo ir allí para mantenerme ocupada. Las tiendas están en plenas rebajas post-Navidad. Me quedo mirando un escaparate bonito, pienso en entrar. Pero no necesito nada. Sería solo una forma de pasar el tiempo. Así que me voy a casa. Cerca de la entrada de mi edificio, mi mirada se detiene en una pareja que se besa, enredados en un abrazo. Las manos del hombre acarician las mejillas de ella; las de ella se hunden en su cabello oscuro. *Pasión.*

Siento un ramalazo de envidia mientras subo en el ascensor hacia mi apartamento. Pero cuando llego a la puerta y la encuentro ligeramente entreabierta, un sentimiento muy diferente se apodera de mí: *miedo*. Me quedo petrificada, paralizada físicamente mientras mi mente recorre un millón de escenarios diferentes.

Un hombre enmascarado con un cuchillo.

Un paciente, que traté en el hospital psiquiátrico hace años, se ha escapado. Me culpa por haber sido internado y quiere venganza.

Un ladrón.

Peor aún, un violador.

Perdí las llaves no hace mucho. ¿Y si alguien las recogió y me siguió a casa?

Debería escaparme, correr tan rápido como puedo. Buscar a un policía para que vuelva conmigo.

Pero no puedo moverme. Estoy inmovilizada. Mi respiración es rápida y superficial, y mi cabeza parece que está girando, pero mis piernas están paralizadas.

Así que hago lo único que puedo hacer y escucho. Contengo la respiración, esperando escuchar pasos o un estruendo, tal vez el sonido de los almohadones del sofá siendo rasgados por una persona desquiciada armada con un cuchillo. Pero lo único que escucho es la sangre zumbándome en los oídos.

Finalmente, no puedo soportarlo más. Empujo la puerta abierta, lo suficiente como para ver dentro. Está oscuro, aunque siempre dejo la luz del pasillo encendida y basta para ver que no hay nadie, y que nada parece fuera de lugar. Así que trago saliva y asomo la cabeza por el umbral.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Silencio.

La segunda vez grito.

—¡¿Hola?! ¡¿Hay alguien ahí?!

Un ruido me sobresalta; siento que el corazón me sube a la garganta. Pero resulta ser mi vecino abriendo la puerta.

—¿Meredith? ¿Estás bien?

El señor Hank debe tener ochenta años, pero en este momento siento que es Superman al

rescate.

Suspiro, aliviada.

—La puerta estaba abierta. Temo que haya alguien dentro.

Desaparece un instante y reaparece con un bate de béisbol.

—Quédate en mi apartamento. Echaré un vistazo.

—Ay, no puedo permitir que haga eso.

—Insisto. —Sale al pasillo y me señala su puerta abierta—. Ahora, entra.

—Me sentiría mejor si fuera con usted.

—De acuerdo —acepta, encogiéndose de hombros—, pero mantente unos metros detrás de mí. Porque si levanto el bate, no quiero golpearte la cabeza.

—Entendido. Gracias —asiento.

El señor Hank se lleva el bate al hombro y se adentra en mi apartamento con sigilo. Ambos revisamos la sala de estar y la cocina antes de aventurarnos por el pasillo. Todas las puertas están cerradas, como suelo dejarlas. El señor Hank abre cada una, tomándose su tiempo para revisar los armarios mientras yo miro debajo de las camas. Después de examinar todas las habitaciones, baja el bate del hombro.

—A veces mi llave gira en la cerradura —comenta—. Pero no engancha el perno. Pienso que la puerta está cerrada con llave, pero no lo está. Tengo que mover el pomo para comprobarlo.

—No he tenido ese problema.

—Quizá tenías prisa y olvidaste cerrarla. Suele pasar.

He estado con la cabeza en las nubes últimamente. Así que supongo que cualquiera de los dos escenarios es posible. Aun así, no me quedo tranquila del todo solo porque no había nadie dentro. Asiento y sonrío de todos modos.

—Debe haber sido eso. Muchas gracias por fijarse.

—No hay problema. Cuando necesites algo, llámame.

—Se lo agradezco muchísimo. De nuevo, gracias, señor Hank.

Cuando se va, vuelvo a revisarlo todo. Dejo la oficina para el final. Al principio, nada parece fuera de lugar, pero al cerrar la puerta, noto que el cajón del escritorio no está cerrado del todo. Así que voy y lo abro, rebusco dentro, hago un inventario mental. Parece que no falta nada. Al menos que me acuerde.

En el umbral, echo un último vistazo a la habitación, a mi escritorio, antes de apagar la luz y cerrar la puerta. Después voy directa a la nevera. Necesito vino para deshacer el nudo de tensión que tengo en la garganta. Bebo la primera copa de pie con la puerta abierta y contemplando la cerradura de la puerta principal.

Intento recordar cómo salí esta mañana. Mientras me vestía, tenía la televisión encendida, con las noticias. El presentador del tiempo dijo que había posibilidad de lluvia. Me había puesto unos

zapatos con la puntera abierta color gris topo y consideré por un instante ponerme zapatos cerrados para no mojarme los pies. Pero después miré por la ventana y no había ni una nube en el cielo azul, así que no me cambié. Después de eso, apagué el televisor, dejé el control remoto en la mesita de noche y fui a la cocina a coger mi bolso de la silla. La mesa redonda de la entrada tiene un colorido cuenco de cristal de Murano en el centro, que Connor y yo compramos en nuestra luna de miel en Italia. Allí echo las llaves tan pronto como entro todos los días. Recuerdo sacarlas y contener el ramalazo de dolor al ver el llavero nuevo que compré para reemplazar el que perdí. Cuando salí del apartamento, el pasillo estaba oscuro. La bombilla del techo se quemó hace al menos una semana. Pero lo más importante es que recuerdo cerrar la puerta y levantar mi mano con la llave.

Cerré la puerta con llave.

Termino de beber lo que me queda de vino.

¿Me estaré acordando de cerrar la puerta otro día?

No lo creo. El único momento del día en que tenía la cabeza despejada últimamente era por la mañana; reproduje el recuerdo en mi cabeza como si fuera un vídeo sin interrupciones.

Recuerdo girar la llave.

Recuerdo el sonido metálico.

Lo que significa…

Trago saliva. *Necesito más vino, eso es lo que significa.*

Así que me relleno la copa y cierro la nevera. Esta vez lleno la copa hasta el borde, tanto que tengo que tomar un sorbo para no derramar nada al caminar. Después de sorber medio centímetro de vino, llevo la copa conmigo hasta la puerta. Mis llaves están en el bol como siempre. Dejo la copa y las saco como recuerdo que hice esta mañana. El corazón me late fuerte cuando giro el pomo y la puerta cruje al abrirse. Asomo la cabeza, primero a la izquierda, después a la derecha. Pero la maldita luz sigue apagada en el pasillo y ahora tengo demasiado miedo para salir. Así que cierro la puerta de golpe, echo la llave y apoyo la cabeza contra el metal frío hasta que mi respiración vuelve a la normalidad.

No me sorprende que me termine mi segunda copa de vino más rápido que la primera: me la bebo como si fuera un medicamento que necesito por cuestiones de salud. Supongo que tal vez lo sea, al menos para mi salud mental. Realmente necesito relajarme, así que me obligo a sentarme en la sala de estar y encender el televisor. Pero me siento en el extremo izquierdo del sofá, opuesto a mi lugar de siempre. Puedo ver la puerta sin obstáculos y vigilar el pomo, a la espera de que alguien intente girarlo de nuevo.

Para la tercera copa, comienzo a navegar entre canales. Están dando *Jeopardy!*, así que me entretengo jugando mientras bebo. Al rato, mis hombros se relajan y dejo de obsesionarme con la puerta. Incluso convenzo a mi yo ebria de que lo que dijo el señor Hank es cierto. Los días se

confunden. Suelo salir de mi apartamento en piloto automático. Recuerdo el sonido de la cerradura al cerrarse de otro día. Después de levantarme para servirme una cuarta copa, regreso a mi lugar habitual. Ya no puedo ver la puerta, y no me importa. Me hundo en los cojines y pongo los pies sobre la mesita de café. Mi mente divaga: vuelve a lo que hablé antes con el doctor Alexander. Lo sola que he estado últimamente. Si tuviera a alguien en mi vida, tal vez hubiera estado conmigo esta noche al llegar a casa, y no habría tenido que depender de mi vecino de ochenta años para que me protegiera.

Me sirvo otra copa, meto el corcho en la botella casi vacía de merlot y me dirijo al dormitorio con el vino en la mano. Estoy cansada, pero mi mente todavía está demasiado estimulada como para relajarse. Así que cojo el móvil, abro la tienda de aplicaciones y busco *citas.* Mi dedo se detiene sobre la primera que aparece. Froto las piernas y me doy cuenta de que no me las he depilado en al menos una semana. La aspereza me irrita. Dios, ¿cómo se me ocurre salir con alguien cuando estoy hecha un desastre? ¿Y qué espero conseguir con eso? Una mirada alrededor de la habitación me muestra los despojos de mi matrimonio. Nuestra foto de boda sigue sobre la cómoda.

La bolsa con las cosas de *hockey* de Connor, que finalmente saqué de la entrada, todavía se cae del armario cada dos por tres. Ni siquiera sé por qué todavía tengo esos recuerdos; sí, quería a mi marido, pero ahora el odio es mayor. Odio lo que le hizo a los Wright, lo que nos hizo a nosotros. Hace unas semanas, el doctor Alexander me preguntó si aún tenía recuerdos de mi matrimonio en casa. Cuando admití tener algunos y le conté con qué frecuencia había pensado en deshacerme de ellos, me hizo pensar en por qué aún no lo había hecho y sugirió que tal vez me estaba castigando con los recordatorios constantes. En ese momento, no pensé que se tratara de eso, pero ahora, aquí sentada, es cierto que me causa dolor verlos. Tal vez el buen doctor no estaba equivocado, después de todo.

Suena una alerta en mi teléfono, es una notificación de CNN, pero me hace volver a la tienda de aplicaciones.

La aplicación de citas.

Dejo de pensar y presiono «descargar». Contengo la respiración mientras el círculo se llena lentamente, después lo abro. Toqueteo y creo un perfil simple. Solo quiero hacer una búsqueda. Solo quiero saber qué se siente al mirar el perfil de citas de otro hombre. Tantear el terreno para saber si es algo a lo que dedicarle tiempo. Pero me pide una foto. No estoy segura de estar lista para llegar tan lejos, exponerme tanto. Aunque no me deja continuar sin subir algo. Así que busco fotos viejas y encuentro una foto que tomó Irina cuando estábamos en un partido en Canadá. Está nevando, el viento me vuela el cabello, que me cubre casi toda la cara, todo excepto una sonrisa enorme y los labios pintados de rojo. Parezco feliz. Lo cual, por supuesto, es mentira. Pero la subo de todos modos, ya que estoy bastante segura de que nadie me reconocerá.

Configuro los parámetros de búsqueda, entre los treinta y los cuarenta años. Hombre. Por defecto, la distancia es de un kilómetro y medio, y dudo, ¿por qué sugeriría eso, a menos de que se trate de una aplicación para ligar? Pero lo dejo como está y salto lo que no me importa: color de ojos, pelo, etnia, y de repente aparece una lista de hombres. Imágenes, con estadísticas básicas. Se me estruja el pecho mientras los miro. Me detengo, contemplo una vez más nuestra foto de boda.

Pero han pasado veintidós meses, casi dos años.

Me froto la cara con la mano libre y me doy cuenta de que estoy temblando. Dios, ¿por qué esto es tan difícil?

Vuelvo a desplazarme hacia abajo, y otra vez. Presiono la siguiente pestaña para ver más perfiles. Solo quiero normalizar esto, acostumbrarme a la idea de considerar salir con alguien. Abro el perfil de un hombre bastante apuesto, e ignoro que la verdad es que se parece un poco a ti, y deslizo el dedo por sus fotos hasta que encuentro una que me deja boquiabierta: una foto de él y una rubia que probablemente es modelo en su tiempo libre. *Buscamos hacer un trío,* pone. Se abrazan, el culo de ella prácticamente se asoma de la falda plateada brillante. Deslizo hacia atrás lo más rápido que puedo. No tengo nada en contra de ese tipo de cosas para los demás… simplemente no es lo que estoy buscando.

Respiro hondo y vuelvo a desplazarme hacia abajo e inspecciono algunos perfiles con más detenimiento. Incluso presiono el corazón una o dos veces, para guardarlos para más tarde. ¿O tal vez eso pone el partido en marcha? No estoy segura. Solo sé que es lo que todo el mundo hace ahora. Para conocer gente.

Me acabo el vino, me levanto para aplicarme una mascarilla facial limpiadora espumosa y para servirme otra copa entera. Pasa una hora, luego dos, tal vez más; giro las muñecas para relajarlas. Se me cierran los ojos del cansancio. He mirado a cientos de hombres, pero ninguno parece ser el indicado. Ninguno que quiera conocer.

Un suspiro hondo me recorre el cuerpo.

Vuelvo a mirar nuestra foto de bodas.

Dios, te quiero tanto.

Dios, te odio tanto.

Siento que se me encoge el corazón otra vez. O tal vez nunca ha dejado de sentirse así desde esa noche en que sonó el teléfono. La noche en que arruinaste nuestra vida. Pero ya está. Punto final. Me levanto tambaleándome y camino hacia la foto. La contemplo un rato antes de ponerla boca abajo.

Ya está. Algo es algo. Pasos de bebé…

CAPÍTULO 10

Pasado

Cuando el teléfono suena a las dos de la madrugada, nunca son buenas noticias. Tanteé en la oscuridad hasta encontrar mi móvil.

—¿Hola?

—¿Hablo con la señora Fitzgerald?

El corazón me dio un vuelco.

—Sí.

—Soy el doctor Bruner del Hospital Presbiteriano de Nueva York.

Me di la vuelta para mirar el otro lado de la cama. El lado de Connor. Estaba vacío. No había regresado a casa después de la pelea de anoche. De alguna manera ya lo sabía, pero me quedé mirando el espacio vacío donde debería estar él.

—¿Qué ha pasado?

—Señora Fitzgerald, lamento mucho decirle esto, pero ha habido un accidente. Su marido, Connor, ha sufrido un accidente automovilístico.

—¿Está bien? —pregunté, tragando saliva.

El doctor guardó silencio demasiado tiempo.

—Es muy grave. Debe venir al hospital de inmediato.

No recuerdo haber colgado. Ni haberme vestido. Ni haber parado un taxi. ¿Me despedí del doctor? Debí haber levantado el brazo para llamar la atención del taxista. Pero no pude, por nada del mundo, recordar ese simple gesto. Es como si hubiera un vacío desde que hablé con el doctor hasta que, de repente, estábamos aparcando bajo el voladizo del hospital.

URGENCIAS

Letras grandes, rojas. Mayúsculas.

A un lado, una ambulancia esperando; dos hombres uniformados se apoyaban en ella mientras bebían café. Uno se reía de algo que el otro había dicho. Total normalidad. Para ellos.

Nos detuvimos ante las amplias puertas correderas y me apresuré a bajar del taxi.

—¡Oiga, señora! —gritó el conductor, cuando ya había abierto la puerta y puesto un pie en el pavimento—. Tienes que pagar el viaje.

Negué con la cabeza.

—Ah. Lo siento. Claro. —Metí la mano en mi bolso, saqué dos billetes de veinte sin mirar el taxímetro y se los entregué al taxista—. Gracias.

Dentro, corrí hacia la ventanilla de recepción. Una mujer estaba sentada detrás del plexiglás, hablando por el móvil. Estaba segura de que me había visto, pero mantuvo la vista baja y continuó con su conversación, sonriendo y riéndose.

Me agaché hasta la pequeña abertura hecha para pasar papeles.

—Disculpe.

—Te llamo luego, amor —dijo la recepcionista, frunciendo el ceño.

—Alguien me ha llamado —dije antes de que siquiera colgara—. Un doctor. Mi marido ha tenido un accidente. Lo han traído aquí.

—¿Nombre?

—Connor Fitzgerald.

Me señaló las sillas a mis espaldas

—Siéntese mientras averiguo dónde está.

Pero no podía sentarme. Así que empecé a pasear de un lado a otro. Contando las veces que iba y venía para mantener mi mente enfocada en algo que no fuese: «Es muy grave. Debe venir al hospital de inmediato».

Treinta y dos.

Treinta y tres.

Treinta y cuatro.

Finalmente, alguien abrió la puerta a unos metros de la ventanilla de recepción. La mujer me miró.

—¿Señora Fitzgerald?

—Sí —respondí, corriendo hacia ella.

—Venga conmigo, por favor.

Respiré hondo y la seguí. El área médica era un cuadrado grande, con salas de examen con paredes de cristal más pequeñas ocupando los cuatro lados. Los pacientes yacían en camas, y los doctores y enfermeras conversaban alrededor del puesto central de enfermería. Se suponía que era una sala de urgencias, pero nadie se movía con urgencia. Cuando llegamos a la última sala a la izquierda, la mujer extendió la mano.

Esperaba ver a mi marido acostado en una cama. Pero en vez de eso, me encontré con tres hombres de pie: un doctor con una bata blanca y dos hombres con trajes grises. Junto a ellos, la

camilla me llamó la atención. La mitad superior era rojo oscuro; estaba manchada con mucha sangre.

El doctor siguió mi mirada y extendió una manta para cubrirla. Aunque el rojo aún asomaba través de la ropa de cama.

—¿Señora Fitzgerald? —preguntó, tendiéndome la mano.

—Sí.

—Soy el doctor Bruner. Hablamos hace un rato por teléfono.

Asentí. Al menos eso creo.

—¿Dónde está Connor?

Intercambió una mirada rápida con los dos hombres y señaló una silla.

—¿Por qué no se sienta?

—No quiero sentarme. ¿Dónde está mi marido?

Uno de los dos hombres trajeados me tendió la mano.

—Señora Fitzgerald, soy el detective Green. Su marido sufrió un accidente muy grave. Llegué a la escena cuando extraían al señor Fitzgerald del vehículo.

¿Extraer? No soportaba más los nervios.

—¿Alguien puede decirme dónde está Connor?

El doctor avanzó. Me tomó de la mano.

—El señor Fitzgerald sufrió heridas muy graves en la cabeza durante el accidente. Estaba inconsciente cuando lo trajeron en ambulancia. Lamento mucho decirle que no pudimos reanimarlo. Su marido falleció, señora Fitzgerald.

La habitación comenzó a girar.

—¿Qué?

El doctor me apoyó una mano en la espalda.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar?

—¿Llamar?

—Para que la acompañe —asintió—. No debería estar sola.

Sentí una oleada de náuseas.

—Creo que necesito sentarme —dije, llevándome la mano al estómago.

El detective más bajo tomó la silla que tenía al lado. Las patas de metal se deslizaron por el suelo cuando la acercó hacia mí.

—¿Necesita agua? —El doctor me ayudó a sentarme—. Iré a buscarle un poco.

Hizo un gesto con la cabeza a los hombres con traje antes de salir, cerrando la puerta tras él.

Me miré las manos y froté la punta del pulgar contra las yemas de los dedos.

No las sentía. No podía sentir las yemas de los dedos.

Contemplé mi pulgar tocando cada una, pero no sentía nada.

¿Esto era real?

Quizá estoy soñando.

¿Por qué no estoy llorando?

Un médico acaba de decirme que mi marido ha muerto. Debería estar llorando. Histérica. Ahogándome.

Alcé la vista hacia los dos hombres que me observaban en silencio.

—¿Estoy soñando? —Extendí la mano derecha y con el pulgar toqué las yemas de todos los dedos—. No siento esto.

—Es muy probable que esté en *shock*, señora Fitzgerald —explicó el detective Green, poniéndose de cuclillas frente a mí—. Suele suceder.

Pero yo era psiquiatra. ¿No debería saber si estaba en estado de *shock* o no?

Quizá sí.

Quizá no.

El detective carraspeó.

—¿Se encuentra bien como para responder unas preguntas, señora Fitzgerald?

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

—¿El accidente?

Asentí.

—Todavía estamos tratando de recomponer el rompecabezas. Pero parece que el señor Fitzgerald conducía demasiado rápido y se saltó un semáforo en rojo. Atropelló a dos peatones, perdió el control del coche y chocó de frente contra un edificio cercano.

Puse unos ojos como platos; se me cayó el alma a los pies.

—¿Atropelló a dos peatones?

—Me temo que sí —asintió el detective, taciturno.

—¿Están bien?

El detective Green echó un vistazo al otro hombre antes de negar.

—No, desafortunadamente no. ¿Tiene algo que decirnos acerca de esta noche? ¿De dónde venía el señor Fitzgerald en el momento del accidente?

—No lo sé —negué—. Tuvimos una pelea y se fue.

—¿A qué hora fue eso?

—No estoy segura. Apenas estaba oscureciendo. Miré por la ventana para ver hacia dónde iba. El sol se estaba poniendo. Recuerdo que el cielo estaba naranja.

—Entonces probablemente sería alrededor de las cinco y media o seis, ¿verdad?

—Quizá —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Su marido solía beber alcohol?

—¿Estaba borracho?

—No estamos seguros. Pasará un tiempo hasta que tengamos los informes de toxicología. Pero un testigo informó de que su coche estaba zigzagueando antes del accidente. ¿Y drogas?

—Drogas, no. Es un atleta profesional.

Inmediatamente pensé en drogas ilegales: heroína, cocaína, las cosas que usan los adictos. Pero después me di cuenta de que no todas las drogas que afectan la capacidad de conducir se compran en la calle. Algunas personas iban a la farmacia para alimentar su adicción.

Me cubrí la boca con la mano y me puse de pie.

—Necesito ir al baño. Voy a vomitar.

El detective gritó pidiendo una enfermera y, de pronto, me encontré de pie frente a un lavabo y alguien me metió en las manos un cuenco de plástico rosado, con forma de riñón. La mujer tuvo la amabilidad de sostenerme el cabello mientras yo vaciaba el contenido de mi estómago. Después, me lavé la cara y ella me acompañó de vuelta a la salita. Los policías ya no estaban ahí. En cambio, estaban al otro lado del puesto de enfermeras, junto con el doctor Bruner. Los tres escoltaron a un hombre con barba hasta una salita igual a la mía y el doctor cerró la puerta. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo, antes de que él se volviera para encararse al hombre.

—Tengo que ir a examinar a un paciente —me dijo la enfermera desde el umbral de la salita —. ¿Se encuentra bien?

Señalé hacia donde estaba el doctor Bruner.

—¿Es familiar de las otras personas que estaban en el accidente?

El rostro de la enfermera se entristeció.

—La niña tenía apenas cinco años.

Por primera vez, las lágrimas empezaron a mojarme el rostro. Era espantoso, pero no podía apartar la mirada.

El doctor señaló un asiento.

El hombre negó con la cabeza.

Una escena que ahora me resultaba familiar y que probablemente había ocurrido miles de veces allí.

Una ocurrencia regular.

Normal, incluso.

Pero no para nosotros. No para las familias que quedan destrozadas.

El detective Green estrechó la mano del hombre.

El doctor Bruner le puso la mano en el hombro e inclinó la cabeza mientras hablaba.

Los ojos del hombre se abrieron con espanto.

Se derrumbó y cayó de rodillas.

Sollozando.

Temblando.
Un lamento agudo resonó a través del cristal.
Destrozándolo.
Y destrozándome.

CAPÍTULO 11

Pasado

El Señor es misericordioso y justo; nuestro Dios está lleno de compasión.

Clavé la vista en el sacerdote, aferrándome a las palabras del Salmo 116, aunque ya había pasado a balancear un incensario ornamentado alrededor del ataúd, bendiciéndolo con incienso.

«¿El Señor es misericordioso y justo?». La niña tenía solo cinco años.

«¿Lleno de compasión?». ¿Para quién, exactamente? ¿Para mi marido? ¿Que no la merece?

Debería haberme opuesto con más fuerza a la madre de Connor para no tener un funeral tan grande. Era una falta de respeto para la familia que él había destrozado. Ni siquiera estaba segura de por qué había venido tanta gente (compañeros de equipo, entrenadores, amigos, familia) después de que se publicaran las noticias con los informes toxicológicos definitivos. Mi marido había estado conduciendo bajo los efectos del alcohol. Pensé que sus amigos se escabullirían como hormigas al sentir una pisada, pero no fue así. La iglesia estaba llena. Todos los bancos, y había personas de pie.

Solo quería estar sola.

Llorar.

Gritar.

Ir y venir entre odiarte por lo que hiciste y odiarme a mí misma por no encontrar una manera de detenerte.

Sabía que lo estabas pasando mal.

Lo sabía.

Yo permití que ocurriera.

Por fin, la misa concluyó. Apenas recuerdo la ceremonia junto a la tumba que la siguió. Más llanto. Más palabras inútiles acerca de lo grandioso que es Dios por parte de un sacerdote. Cuando terminó, no podía hacer más que poner un pie delante del otro y caminar hasta las limusinas que nos esperaban. Mi hermano Jake me siguió.

Habló con el conductor que esperaba fuera mientras yo me subía al automóvil.

—¿Puedes hacerme un favor? Hay espacio suficiente en los otros dos coches para que quepan todos los demás. Ponte frente a esta puerta y dile a la gente que el coche está lleno. Mi hermana necesita descansar.

Extendió la mano y no dudo que tenía un billete escondido en la palma. Así era mi hermano: una gran propina para conseguir que las cosas sucedan. Había heredado el gesto de nuestro padre. *Nuestro padre.* Pensar en él me llenó de tristeza. Era la primera vez en la vida que me alegraba de que mis padres ya no estuvieran. No serían humillados públicamente por lo que había hecho mi marido. Lo que *yo* podría haber evitado.

Jake subió al coche y cerró la puerta tras él.

—Me pareció que ya no podías más —me dijo, desabrochándose la chaqueta del traje y sentándose frente a mí.

—Ya no podía más antes de salir de casa esta mañana —le respondí con una sonrisa triste.

—Mientras estaba en la iglesia intenté pensar en algo para decirte que te hiciera sentir mejor, pero lo único que se me ocurrió fue que la tía Francine parecía estar realmente sorprendida de verme.

—¿Por qué estaría sorprendida de verte?

Jake usó sus dedos para levantarse las cejas como Spock.

—¿Qué cojones se ha hecho en la cara?

Me cubrí la boca y me reí por primera vez en días.

—Ay, por favor. Sí que se parece. Supongo que son inyecciones de Botox mal hechas.

Jake sonrió y me señaló el rostro.

—Ahí está. Mi pequeña Merry Berry. Sabía que estaba ahí, en algún lugar.

Mi hermano era la única persona que podía hacerme reír en un momento como ese. Aunque no duró mucho. La opresión volvió a apoderarse de mí. Suspiré y sacudí la cabeza.

—Siento que estoy en una pesadilla. Y solo quiero despertarme.

—No puedo ni imaginarlo. Erais tan felices. Una vez que salimos a cenar con vosotros, Raylene se enfadó conmigo cuando llegamos a casa. Estaba enfadada porque yo no la miraba como Connor te miraba a ti.

—No había sido así los últimos meses —admití, frunciendo el ceño.

—¿De verdad? Jamás lo hubiera creído.

Aparentemente, había engañado a todos, incluida yo.

—Ven a quedarte con nosotros. —Jake me cogió de la mano—. Raylene ya ha preparado la habitación de invitados. Ni siquiera tenemos que volver a tu casa para esa estúpida cena. Podemos decirle al conductor que nos lleve directamente a Connecticut.

—Ojalá pudiera. Pero vendrá toda la familia de Connor, y probablemente medio equipo. No

puedo no estar.

—¿Y mañana? Puedo ir al trabajo en coche en lugar de coger el metro y recogerte cuando termine.

—Creo que quiero estar sola en casa unos días. Creo que necesito ese tiempo para mí.

Jake frunció el ceño, pero asintió.

—¿Quizá el fin de semana?

—Sí. Quizá.

—Sé que ahora no es el momento adecuado, pero también necesitamos hablar de negocios. Así que, aunque no vayas a Connecticut, que tengo la sensación de que no lo harás, al menos quedemos para almorzar pronto.

Vacilé, confundida, intentando entender a través de la niebla del dolor lo que quería decirme.

—¿Qué clase de negocios necesitamos discutir?

—Creo que deberíamos hacer planes por si te demandan los familiares.

Me llevé la mano a la garganta, que, de pronto, sentí que se cerraba.

—Ni se me ocurrió que podrían demandarme.

—Y no tienes por qué hacerlo. Para eso estoy yo.

Mi hermano se ocupaba de sucesiones y fideicomisos en un gran bufete en Manhattan, pero en ese momento, eso no me proporcionaba mucho consuelo.

—Cuando tramitemos la sucesión, quizá podemos proteger algunos de los bienes de un juicio, según a nombre de quién estén —explicó—. Así que deberíamos averiguar cómo están registrados tus bienes y todos los detalles de la pensión y el seguro de vida de Connor.

—No puedo pensar en eso ahora.

—Veremos si te sientes con ánimo en unos días. Si no, haremos que firmes unos poderes para que yo pueda encargarme de todo en tu nombre. Quiero ayudarte, Mer. —Me apretó la mano y me miró a los ojos cuando levanté la mirada—. No sé cómo hacerte sentir mejor, cómo quitarte el dolor. Así que déjame al menos encargarme de estas cosas por ti.

Respiré hondo y asentí.

—Gracias.

El viaje de vuelta a mi apartamento fue rápido. Todas las limusinas salieron del cementerio al mismo tiempo, así que no tuve ni un instante para mí misma cuando llegamos a mi edificio. Los padres de Connor y un tío y una tía ya me estaban esperando fuera, al igual que la furgoneta del *catering* del lugar donde su madre había encargado toda la comida.

Durante las siguientes dos horas, docenas de personas entraron y salieron. Las condolencias genéricas se confundían unas con otras; cada vez que alguien me decía lo mucho que lamentaba mi pérdida, me daban ganas de gritar que debería lamentarse por la familia Wright, no por mí. Menos mal que el vino me impidió hacerlo. Pero cuando la madre de Connor empezó a contar

historias de cómo su hijo había sido voluntario en un comedor en la universidad, agradecí que el timbre sonara porque había alcanzado el límite de lo que era capaz de soportar.

Abrí la puerta y me encontré con dos hombres que me resultaban conocidos, pero no sabía bien de qué. Eso me había pasado durante todo el día, porque no conocía a muchas de las personas que trabajaban para el equipo, y varias habían pasado a saludar.

—¿Doctora McCall?

—¿Sí?

—Soy el detective Green —dijo el más alto, presentándose—. Y este es el detective Owens. Nos conocimos en el hospital, la noche del accidente.

Dios mío. ¿Cómo me había olvidado de ellos? Estos hombres estuvieron conmigo en el peor momento de mi vida.

—Ah, cierto. Hola. Gracias por venir. —Señalé a mi espalda—. ¿Les gustaría… pasar? Tenemos mucha comida.

El detective Green echó un vistazo por encima de mi hombro hacia el abarrotado apartamento antes de hacerme un gesto para que no me preocupara.

—No, gracias. Lamentamos molestarla cuando tiene la casa llena de gente, pero tenemos algunas preguntas que realmente necesitamos que nos responda. —Gesticuló hacia el pasillo—. ¿Podría salir y hablar con nosotros un momento, para tener algo de privacidad? No nos llevará mucho.

—Mmm… claro. —Salí al pasillo y cerré la puerta detrás de mí. Me crucé de brazos—. ¿En qué puedo ayudarlos?

El detective Green sacó una libretita y un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta.

—Tenemos algunas preguntas sobre la lesión de Connor. La que sufrió en la pista hace unos meses.

—De acuerdo…

—¿Fue el primero de febrero, correcto?

—Sí.

—¿Y cómo iba su recuperación?

—Lenta, pero de la manera esperada. Connor había empezado fisioterapia unas tres semanas antes… —Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y tuve que parar un instante—. Antes del accidente.

—¿Y antes de la fisioterapia? Estaba viendo al doctor Martin en la Clínica de Control del Dolor en el West Side, ¿correcto?

Parpadeé. El detective había dicho que tenía preguntas, pero ¿por qué me las estaba haciendo si ya sabía las respuestas? Me pilló por sorpresa y me hizo sentir inquieta.

—Sí, fue allí durante unas cuatro semanas después de la cirugía.

—¿Bebió su marido la noche del accidente? Cuando estaba con usted, quiero decir.

—No había tomado nada antes de irse de aquí.

—¿Y tuvieron una discusión esa tarde?

—¿Cómo lo saben? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Lo mencionó usted en el hospital, la noche del accidente.

—Ah. —Forcé una sonrisa—. Lo siento. Los últimos días se me desdibujan.

—Es comprensible —asintió—. ¿Puedo preguntar por qué discutieron?

Mis ojos se llenaron de lágrimas, recordando la trivialidad que había desencadenado una serie de eventos que arruinaría tantas vidas.

—La basura. Me enfadé porque cuando llegué a casa del trabajo, el cubo de basura de la cocina desbordaba.

—Volviendo a la clínica del dolor, el doctor Martin le recetó a su marido un analgésico, ¿es eso correcto?

—Sí. Oxicodona.

—¿Y cuándo se las dejó de recetar?

—No estoy segura de la fecha exacta. Pero Connor compró el último frasco el día antes de comenzar fisioterapia.

El detective Green me señaló con su bolígrafo.

—¿Y fue entonces cuando empezó a escribirle recetas a su marido? ¿Después de que el doctor Martin dejara de hacerlo?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué? No le di recetas a Connor.

—¿No le recetó oxicodona al señor Fitzgerald?

—Por supuesto que no. —La garganta estaba a punto de cerrárseme—. Nunca.

Los detectives intercambiaron una mirada.

—Tal vez hay un error en la información que nos dieron —dijo el detective Owens. Era la primera vez que hablaba.

—Tiene que haberlo. —Miré a ambos hombres, tratando de entenderlo.

—Doctora McCall, algo más —dijo el detective Green—. Cuando voy al médico, ya no me dan la receta en papel. La envían electrónicamente. Entonces, ¿por qué los médicos tienen esos tacos de recetarios a la vieja usanza?

—Para cuando un paciente viaja fuera del estado. Cada estado tiene su propio sistema electrónico. Es obligatorio usar el sistema digital de Nueva York, excepto en ciertas ocasiones, como cuando se hace una receta que se usará en otro estado.

—Su marido aún viajaba con el equipo después de lesionarse, ¿verdad?

—Sí.

—Así que si usaba recetas en papel cuando estaba de viaje por un partido, no sería fácil rastrearlas, ¿verdad?

—Imagino que no, pero repito, no le di ninguna receta a Connor.

El detective Green cerró su libretita.

—Lo investigaremos. Gracias por su tiempo, doctora. Una vez más, lamentamos haberla apartado de sus invitados.

De vuelta al apartamento, fui directamente al despacho. Connor y yo lo compartíamos, pero él casi nunca lo usaba, excepto para alguna llamada con su agente. El corazón me latía con fuerza cuando me senté y bajé la vista hacia el cajón donde guardaba mis recetarios de repuesto. Solo quedaba uno en casa desde que me llevé uno a la oficina para escribir la receta del señor Mankin cuando se me acabaron allí. Una parte de mí no quería abrir el cajón. No quería enterarme. Aunque en el fondo ya lo sabía, ¿verdad?

Apretando los ojos, agarré el tirador.

¿Qué había dicho el sacerdote?

El Señor es misericordioso y justo; nuestro Dios está lleno de compasión.

Por favor, Dios, me vendría bien un poco de esa compasión en este momento. Que esté aquí. Necesito una cosa buena al menos.

Respiré hondo y abrí el cajón.

Se me paró el corazón.

Vacío.

CAPÍTULO 12

Ahora

Nada está bien.

Reordeno las macetas con suculentas en el alféizar de la ventana. Levanto las persianas para que entre el sol. Cuando giro, te veo esperando en el escritorio, el mismo escritorio que me ayudaste a trasladar aquí, ciento treinta kilos de nogal sólido. La imagen es tan real que siento que no la estoy imaginando. Me sonríes, con todos los dientes, los ojos entrecerrados y la cicatriz en tu ceja de cuando el *puck*… Parpadeo y entonces ya no estás. Así de rápido. Sacudo la cabeza y me obligo a seguir limpiando.

El sonido de mis tacones resuena por la habitación. Tomo una foto enmarcada. La añado a la creciente pila de cosas de las que hay que deshacerse. Estoy agitada, pero solo tengo siete minutos antes de que mi primer paciente en un año entre y se siente en el sofá verde azulado para desahogarse. Es estresante, pero todo estará bien una vez que vuelva a trabajar.

Tiene que ser así.

Finalmente, me he deshecho de todo indicio de ti, salvo el escritorio.

Cuatro minutos.

Empujo la caja hasta un rincón, detrás del ficus que, de alguna manera, sobrevivió a mi ausencia. Gerry, mi reemplazo, se las arregló para mantenerlo con vida.

A diferencia de mi consulta.

No, mi consulta no está muerta, solo… he perdido clientes. Exhalo al oír que la puerta exterior se abre con un chirrido y se cierra de golpe. Me llega la voz amortiguada de mi asistente Sarah saludando a mi paciente, una paciente que, afortunadamente, he tratado durante años. Una de las primeras. Una de las pocas que se ha mantenido fiel a mí.

Me hundo en la silla. Es probable que la mayoría de los que se quedaron no sepan lo que pasó… los pacientes, quiero decir. De alguna manera logré mantener el rostro lejos de los periódicos y de las noticias. Escondí la cara al entrar y salir de casa, al entrar y salir del funeral.

Ayudó que las fotos de jugadores de *hockey* famosos entrando a un velatorio valiera más dinero que el rostro semiescondido de una mujer que no había aparecido en los medios de comunicación con anterioridad. Mi nombre salió en las noticias, pero no el nombre con el que me conocen mis pacientes. Siempre he ejercido usando el apellido de soltera, algo que a ti no te gustaba, pero ahora me alegro de haberlo hecho. Ha funcionado como mecanismo de protección.

Escucho a Sarah decir algo sobre un seguro médico nuevo y papeleo, y cierro los ojos, agradecida por tener unos minutos más. Siento que llevo meses esperando este día; he gastado las suelas de los zapatos para pasar el tiempo hasta poder volver y tener un propósito en la vida. Pero ahora que ha llegado, ¿qué pasa si ya no puedo hacerlo?

¿Qué pasa si, después de todo lo que ha pasado, soy incapaz de ayudar a nadie?

Saco el teléfono para distraerme y el dedo se dirige automáticamente hasta mi correo electrónico, donde me espera una notificación:

Tu anuncio ha sido aprobado y se publicará durante otros catorce días…

Cierro el correo, disgustada. Estamos publicando anuncios para la consulta, como si fuera una abogada de accidentes de poca monta, cuando antes todos mis pacientes solían venir a verme por recomendaciones. Debería agradecer que Sarah sepa cómo hacer estas cosas por mí, en lugar de amargarme por tener que hacerlo.

—Volverás a tener recomendaciones —me aseguró la semana pasada cuando pasé de visita y le expresé mi recelo acerca de los anuncios—. Pero has perdido el cuarenta por ciento de tus pacientes. Tienes que hacer algo.

Así que acepté. Hacemos publicidad y ofrecemos descuentos a quienes pagan de manera privada y esa clase de cosas que hubiera despreciado hasta hace no mucho.

Pero se trata de sobrevivir.

El consultorio y yo.

Algún día será algo más. Algún día la gente vendrá porque ha escuchado cosas buenas acerca de mí.

Toco un icono diferente, atenta a la puerta; tengo un minuto o dos antes de que la paciente termine de actualizar sus datos. Los nervios y la emoción me hacen sentir escalofríos en la espalda cuando la aplicación de citas me dice que tengo *Mensajes nuevos*.

Dos mensajes.

Uno es de un hombre que tiene cinco años menos que yo, de pelo rubio, ojos azules y una sonrisa traviesa. Se llama Phil, y aunque no suelo sentirme atraída por ese tipo de hombres, hay algo en su sonrisa que me hace pensar que hay más de lo que se ve a simple vista. Es pura fantasía, por supuesto. Hemos intercambiado algunos mensajes sugerentes y él propuso ir a tomar un café. No planeo aceptar a corto plazo. Pero le envío un mensaje breve, porque esto me hace bien. Estoy probando. Haciéndome a la idea de tener un compañero en el futuro. Además,

es seguro, casi anónimo. Puedo decir cualquier cosa, equivocarme o decidir dejar de responder sin repercusiones reales, ya que no usé mi apellido para crear el perfil y mi foto es solo una sonrisa difusa.

Inclino la cabeza, mordisqueando la punta de un bolígrafo, y abro el segundo mensaje. Es de un hombre con el que no he chateado aún. Aunque ambos debemos habernos puesto un corazón, si no él no podría enviarme un mensaje. Es apuesto. Pelo oscuro, ojos oscuros y una sonrisa con hoyuelos que me hace pensar que es aventurero. Leo su mensaje. El primer párrafo está lleno de cumplidos; me dice que le encanta mi sonrisa y todas las cosas que le llamaron la atención de mi perfil. Es un buen comienzo. El segundo párrafo profundiza en detalles sobre él: abogado, treinta y ocho años, vive en el centro. Pero las cosas se tuercen cuando llega a sus pasatiempos. «Soy fanático del *hockey* sobre hielo; jugué cuando estaba en la universidad, pero no tenía lo necesario para llegar a las grandes ligas».

Eliminar.

Y así, la sonrisa se desvanece de mi cara y vuelvo a pensar en ti y en si estoy lista para salir con alguien.

Unos golpes en la puerta interrumpen mis cavilaciones. Sarah asoma la cabeza, sonriendo.

—Ha llegado tu primera paciente. Tienes unos minutos más. Todavía está actualizando sus datos.

Inspiro, nerviosa.

—Genial. Gracias.

—Y ha llegado este paquete para ti —continúa Sarah, entrando—. Lamento haberlo abierto. Pensé que era el papel que ordené en Amazon ayer.

No he pedido nada para la oficina. Al menos, no que recuerde. Pero mi memoria no ha sido muy aguda últimamente. Tomo la caja. Hay un libro dentro.

You, de Caroline Kepnes. He oído hablar de él, pero no lo he leído.

—Yo no he comprado esto, Sarah.

—¿En serio? Vi que la dirección tiene el número de oficina incorrecto. Pero está a tu nombre. —Se encoge de hombros—. Se deben haber equivocado en Amazon. ¿Has visto la serie?

—No.

—Es muy buena. —Sonríe Sarah—. Superescalofriante, pero adictiva. Trata sobre un hombre que acosa a mujeres.

Parpadeo varias veces, mirando la etiqueta. Mi nombre está definitivamente ahí, aunque el número de oficina esté mal.

—¿Sobre un acosador?

—Sí. Deberías leerlo. No lo leas de noche y sola. Te dará mucho miedo. Hay asesinatos sangrientos y todo eso.

Lo dejo caer en la caja abruptamente.

—Devuélvelo. No quiero leerlo.

—Ah. Vale. —Sarah fuerza una sonrisa—. No hay problema. Haré pasar a la señora Amsterdam en cuanto termine con los formularios.

—Gracias.

Cuando mi asistente cierra la puerta del despacho, me quedo bastante inquieta. ¿Un libro sobre un acosador llega a mi nombre? Es una coincidencia muy extraña. Aunque la culpa te hace conectar puntos para formar una línea que en realidad no está ahí. ¿Cuántas veces les he dicho eso a mis pacientes? Es un recordatorio nada sutil de que estoy jugando a un juego peligroso.

Unos minutos después, llaman otra vez a la puerta. Esta vez, Sarah hace pasar a mi primera paciente. Estoy nerviosa, pero cuando la señora Amsterdam sonríe, le doy la bienvenida y le digo que yo también la he echado de menos, y sí, he vuelto para quedarme. Algo se me enciende en el cerebro después de eso. Las palabras me salen de la boca y con la mano tomo notas en mi libreta. La paciente me habla de su marido, su perro y su nuera. Es como ir en bicicleta; me he subido y estoy pedaleando como si nada hubiera cambiado.

Aunque todo ha cambiado.

En lo que parece nada, suena el temporizador. Echo un vistazo al reloj, convencida de que no ha pasado una hora. Sorprendentemente, sí ha pasado. La señora Amsterdam y yo concluimos la conversación y charlamos sobre su medicación, porque necesita algo diferente para la ansiedad. Después, la acompaño a la puerta.

—¿Cómo ha ido? —Sarah me recibe con una taza de café recién hecha y una sonrisa alentadora. Le devuelvo la sonrisa y me pregunto si podríamos ser amigas. ¿Arruinaría nuestra relación profesional? Nos llevamos bien…

—Bien —respondo—. Es un alivio que la primera paciente haya sido alguien que conozco. Creo que eso me ayudó a retomar el ritmo.

—Me alegro. —Saca algo de su bolsillo trasero y lo sostiene, pero no me lo entrega—. Lamento decirte que esta persona pasó por aquí.

Miro la tarjeta de presentación que sostiene y reconozco el logo de inmediato. Dos puños. Frunzo el ceño.

—¿Alguien de Madres en Acción contra el Abuso Médico estuvo aquí? ¿En la oficina?

—Mary Ellis. Tenía un aspecto bastante intimidante. Maníaca, con un tic nervioso en la cara y uñas comidas hasta la cutícula. Le temblaba la mano cuando me dio la tarjeta de presentación.

—¿Qué quería?

—Pidió hablar contigo cuando estabas en sesión con la señora Amsterdam. Cuando le dije que estabas ocupada, me contó sobre su organización y su lucha. Después me preguntó si podía agendar una cita para hablar contigo. Le dije que podía dejarme un mensaje y que, si estabas

interesada en hablar, la llamaríamos.

Estoy descompuesta. Primero llega el libro para ponerme nerviosa, y ahora esto.

—¿Dejó algún mensaje?

Sarah asiente.

—Me pidió que te dijera que más de dieciséis mil personas murieron por sobredosis de opioides recetados el año pasado, mil cien eran niños. Le pedí que se retirase y le dije que este es un consultorio privado, que no volviera. Que si lo hiciera, estaría cometiendo el delito de invasión de propiedad ajena.

Aunque sé que Sarah lo hizo con buena intención, no creo que haya sido prudente amenazar a un grupo al que le gusta pegar mi foto por la ciudad como si se tratase de una ficha policial. Quizá sea mejor cerrar la consulta, volver a casa y repensar mi carrera, tal vez dedicarme a algo donde no tenga que ser yo la persona mentalmente estable. Sin embargo, me trago los miedos y asiento.

—Gracias. Siento que hayas tenido que lidiar con eso, Sarah.

—No me molesta en absoluto —replica, encogiéndose de hombros—. Lamento que te estén molestando.

Ansiosa por cambiar de tema, fuerzo una sonrisa.

—Entonces…, ¿cómo sigue el resto del día?

—¡Agenda completa! —exclama con alegría—. Acabo de añadir una cita en el último momento, así que hoy tienes dos pacientes nuevos.

Da la vuelta al escritorio y señala el horario donde ha escrito los nombres.

—Les di una cita de hora y media, como me pediste. Ah, y no olvides que tengo que irme a las cinco para la clase de violonchelo de Charlie. Pero… —Frunce el ceño—. Rayos. El último paciente no llegará antes de las cinco y cuarto, después de que me haya ido. Haré lo siguiente, me quedaré un poco más. No me gusta nada la idea de que un desconocido entre cuando estás sola. Tal vez llegue temprano, suelen hacerlo, y yo pueda escabullirme mientras estás en sesión.

Sarah ha hecho mucho para mantener mi consulta a flote.

—No, vete tranquila. Lleva a Charlie a su clase. Estaré bien. Pondré el cartel y… —me encojo de hombros—, todo estará bien.

—¿Segura?

—Segura.

—Vale, de acuerdo. Avísame si cambias de opinión.

La puerta de entrada chirría con la llegada de otro paciente, y vuelvo a mi despacho para terminar mis notas sobre la señora Amsterdam antes de que el siguiente paciente llegue al sofá. Mantenerme ocupada es clave. No puedo pensar en el libro que *oh casualidad* llegó hoy o en la organización que quiere crucificarme. Si me permito pensar en eso, seré yo la que termine en el

sofá, hecha un ovillo y chupándome el pulgar.

Horas más tarde, la luz del sol que se filtra por la ventana lateral cambia. El resplandor dorado de la tarde comienza a perderse en el anochecer. El penúltimo paciente me saluda para despedirse, y bebo un sorbo de té de hierbas, que reemplaza el café de la tarde, según la sugerencia del doctor Alexander.

Una sesión más. Será larga, ya que es otro paciente nuevo.

Exhalo, busco la lista de citas y la recorro hasta el final, donde encuentro el nombre del nuevo paciente que Sarah ha añadido.

Pero tiene que haber un error.

Porque el nombre que está escrito a mano en la parte inferior de la lista mecanografiada es…

Gabriel Wright.

Parpadeo al verlo y me froto los ojos, como si eso fuera a hacer desaparecer la ilusión. Pero no, las letras siguen ahí, escritas con tinta negra, la cursiva gruesa y familiar de Sarah. Me quedo en blanco. Y es entonces cuando me doy cuenta de lo que es: una coincidencia. Tiene que serlo. No es él.

Wright es un apellido común. Fui a la escuela de Medicina con una Bianca Wright y al instituto con un Bobby Wright, antes de que se mudara. Es probable que haya cientos de Wright en Nueva York. Justo este se llama Gabriel.

Sí, es una coincidencia, sin lugar a dudas. Es chocante.

Pero no por eso deja de ser una coincidencia.

Saco el portátil del cajón del escritorio. Seguro que Sarah apuntó sus datos cuando programó la cita. Información básica, fecha de nacimiento, dirección y seguro médico, deberían estar guardados en el sistema. Esa información me calmará. Tecleo, inicio sesión, busco el icono del programa, entro al sistema… Mientras espero a que se abra, me abanico; la ansiedad me ha dado calor.

No puede ser él. No puede ser.

Abro el expediente del nuevo paciente, navego hasta la pestaña de información personal y siento que un escalofrío me recorre la espalda al leer la dirección.

No es una coincidencia.

Gabriel Wright, el hombre al que dejé de seguir hace poco, ha agendado una cita. Sacudo la cabeza, no puede ser. Simplemente… no puede ser.

Pero entonces llaman a la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —pregunta una voz profunda.

No me muevo. Estoy paralizada por el miedo. Ni siquiera respiro. Pasan unos segundos eternos antes de que vuelva a llamar. Esta vez, seguido del chirrido de la puerta al abrirse…

Una cara familiar se asoma, y aparece una sonrisa.

—Perdón, no encontré a nadie fuera. Espero estar en el lugar correcto. Estoy aquí para ver a la doctora McCall.

Tardo un segundo en encontrar la voz.

—S-sí, soy yo.

—Excelente. —Acaba de abrir la puerta y me mira directamente a los ojos—. Soy Gabriel Wright.

CAPÍTULO 13

Pasado

—Me parece una muy mala idea, Meredith. Al no presentar ninguna defensa, el comité asumirá que eres culpable de negligencia. Y establecerán un castigo acorde.

No era la primera vez que escuchaba esas palabras de la boca de mi abogado. Sabía que lo decía con buena intención. Martin Hastings trabajaba en la firma de mi hermano. Quería lo que él pensaba que era mejor para mí.

—Pero sí fui negligente, Martin. Debería haberme dado cuenta de lo que estaba pasando con mi marido.

—Quizá. Pero te acusan de recetar en exceso al firmar veintidós recetas para tu marido. Tú no firmaste nada. No es lo mismo asumir que no tomaste las precauciones necesarias para proteger tus recetarios en la privacidad de tu casa u oficina a dejar pensar al comité que tú firmaste todas esas recetas.

Suspiro. Para el comité puede que haya una diferencia, pero el resultado final fue el mismo. Había personas muertas porque enterré la cabeza, me negué a ver lo que realmente estaba sucediendo con Connor.

—Necesito que esto termine, Martin.

Martin respiró hondo y asintió.

—La admisión de negligencia médica es motivo suficiente para revocar permanentemente tu permiso. ¿Al menos me das permiso para hablar en tu nombre con el comité, extraoficialmente? ¿Explicar lo que realmente sucedió? Como mínimo, me gustaría intentar negociar la acción disciplinaria que tomen.

—¿Puedes hacerlo hoy, mientras estamos aquí?

Habían pasado seis meses desde el accidente de Connor. Aunque estaba segura de que la mayoría de la gente temía entrar en el Tribunal de Disciplina del Departamento de Salud del Estado, yo había estado tachando los días en el calendario, esperando. Necesitaba seguir con mi

vida. Y no podía hacerlo hasta que me hiciera responsable de mis acciones, o más bien, de mis inacciones, en este caso.

—Sí. Dame una hora. Veré qué puedo hacer antes de que comience la audiencia.

Odiaba esperar ni siquiera un minuto más, pero seguir la recomendación de Martin era lo mínimo que podía hacer. Dios sabe que no había escuchado ninguno de sus otros consejos.

—Vale. Gracias —asentí.

—Genial. —Indicó un banco al otro lado del pasillo de la sala de audiencias—. Siéntate. Volveré tan pronto como pueda.

Pero no pude sentarme. Cuando Martin desapareció tras la puerta cerrada, deambulé de un lado a otro, pensando por centésima vez cómo había llegado hasta aquí.

El señor Mankin. El paciente que iba a hacer un viaje a Florida para visitar a su madre y necesitaba una receta en papel. Solo que cuando abrí el cajón de mi escritorio, mi talonario de recetas había desaparecido. Justo la tarde en que Connor estuvo solo en mi oficina.

¿Qué hice al respecto?

Lo ignoré.

Me fui a casa y busqué uno de los otros dos recetarios que guardaba en el escritorio de casa.

Problema resuelto.

Pero debería haberlo sabido.

Debería haber hecho algo al respecto.

No haber ignorado mis sospechas.

¿La ira de Connor? Antes de su lesión, nunca me había levantado la voz como lo hizo después de tomar esas pastillas que le recetaron en la clínica del dolor. Tampoco había tenido problemas para dormir. O incapacidad para sentarse y relajarse cuando llegaba a casa.

Efectos secundarios del abuso de OxyContin: Cambios de humor. Ira. Dificultad para dormir. Ansiedad.

¿Qué hice al respecto?

Fingí no verlo. Justifiqué cada estallido. Hice la vista gorda ante cada señal de advertencia para no disgustar a Connor.

Pero en el fondo, lo sabía. ¿Verdad?

Lo sabía.

Quizá no sea culpable de escribir la receta, pero enterré la cabeza. Fracasé.

Como esposa.

Como médica.

Así que deambulé de un lado a otro. Mi abogado dijo que saldría en menos de una hora, pero pasaron más de dos antes de que la puerta se abriera.

Martin cerró la puerta tras él y exhaló el aire que había estado conteniendo.

—Quieren un año.

—¿Una suspensión de un año?

Asintió.

—Lo he intentado todo. No ceden.

Dejé que eso calara. Un año sin pacientes. Sería difícil. Pero ¿no me estaba librando con facilidad, en comparación con la familia Wright? Un año pasaría volando. Estaría de vuelta en el consultorio en poco tiempo. Pero ¿dónde estarían ellos?

Aún muertos.

Aún enterrados a dos metros bajo tierra.

Tragué saliva.

—Está bien.

—También quieren que veas a un terapeuta durante tu suspensión y durante un año después de tu regreso. Aunque te responsabilizan, también reconocen que has pasado por mucho, que has experimentado una gran pérdida. Quieren asegurarse de que tu salud mental esté bien cuando vuelvas a tratar pacientes.

—Me parece justo —asentí.

Martin inspiró.

—Vale. Tenemos que pasar para que formalmente admitas haber cometido negligencia médica y después nos marcharemos. A partir de hoy, no podrás ejercer la medicina ni atender pacientes. Te darán catorce días para que organices tu consulta, lo que implica ordenarle a tu personal que llame a los pacientes y cancele sus citas o hablar con otro psiquiatra para que te sustituya durante tu suspensión. Después de eso, no podrás tener ningún tipo de participación en tu consultorio. Recomiendo que no tengas contacto con ningún miembro del personal ni vayas a tu consulta por ningún motivo, para evitar dar la impresión de incumplimiento. Es mejor hacer un corte limpio.

—De acuerdo —asentí.

—También debo advertirte de que hay una organización que podría molestarte una vez que esto sea de conocimiento público. Le pasó a otro médico que representé hace unos años. Organizaron una protesta frente a su consulta. Persiguen a los médicos que se han metido en problemas por vender recetas o recetar en exceso. La mujer que fundó la organización perdió a su hijo cuando se quedó dormido al volante y se salió de la carretera. Era adicto a la oxicodona. Su médico le había escrito algo así como cuarenta recetas. Esta es una situación muy diferente, así que no deberían causarte problemas. Pero pensé que deberías saberlo.

Dios mío.

Tiré del cuello de mi blusa; de pronto me sentí claustrofóbica.

—¿Podemos entrar y acabar con esto de una vez? Realmente necesito aire fresco.

—Por supuesto.

Menos de quince minutos después, estaba en la calle. Me doblé hacia delante y puse las manos en los muslos, jadeando como si acabara de correr una carrera.

—¿Estás bien? —preguntó Martin.

Asentí y cerré los ojos.

—Lo estaré, ahora que eso ha terminado.

Martin esperó uno o dos minutos en silencio.

—¿Vas a casa? ¿Quieres que te llame un taxi?

Me enderecé.

—No, gracias. Tengo que pasar por otro lado. Creo que voy a caminar.

—Lamento que las cosas no hayan salido mejor —dijo, poniéndome la mano en el hombro—. Pero esto es solo el final de un capítulo de tu vida, Meredith. No es el final del libro.

Le di las gracias y asentí. Aún me quedaba una cosa que hacer antes de poder cerrar este capítulo infernal. No compartí mis planes con Martin, porque si mi hermano descubría lo que estaba a punto de hacer, se volvería loco.

Curiosamente, media hora después, mi móvil vibró justo cuando llegué a destino. Miré el nombre que aparecía en la pantalla. *Jake*. Era imposible que supiera lo que estaba a punto de hacer, así que supuse que Martin acababa de llegar a la oficina y lo había puesto al tanto. Aun así, que llamara justo entonces era inquietante. Esperé a que dejara de sonar y la llamada fuera al buzón de voz, no quería mentirle a mi hermano sobre dónde estaba o qué estaba haciendo, antes de abrir la puerta y caminar hasta la recepción de la Comisaría Diecisiete.

—Hola. ¿Está el detective Green?

El oficial me miró de arriba abajo rápidamente.

—¿Su nombre?

—Meredith Fitzgerald.

—¿La está esperando?

—No, no lo está —negué.

Me señaló los asientos a mis espaldas.

—Espere ahí. Veré si está disponible.

Unos minutos después, el detective Green salió por una puerta lateral.

—¿Doctora McCall? —Miró a mi espalda—. ¿Sin abogado hoy?

La única vez que había estado allí, mi primera vez en una comisaría, fue unos días después del funeral de Connor. El detective Green me había pedido que fuera a responder más preguntas. Mi hermano Jake había insistido en acompañarme.

—No, no lo necesito.

—Pase. —Lo seguí por un largo pasillo y nos detuvimos ante la misma puerta por la que había pasado meses atrás. Me indicó con la mano que entrara primero—. ¿Le gustaría una taza de café

o algo?

—No, gracias.

—Por favor, tome asiento. —El detective Green se sentó frente a mí—. ¿En qué puedo ayudarla hoy, doctora McCall?

Intenté entrelazar las manos sobre la mesa, pero me temblaban. Metí los dedos debajo de los muslos.

—Una semana antes del accidente, mi marido y yo tuvimos una pelea. Al día siguiente, apareció en mi oficina con flores. Esa misma noche, noté que había desaparecido un recetario de mi cajón.

El detective Green se recostó en su silla y cruzó los brazos.

—Vale…

Era la primera vez que escuchaba la historia verdadera. Mi hermano no me había permitido responder la mayoría de las preguntas que el detective me hizo en su momento, invocando la Quinta Enmienda y la confidencialidad entre cónyuges. En ese momento, yo me sentía perdida y habría saltado de un puente si Jake me lo hubiera pedido.

—Me convencí a mí misma de que debía de haber usado la última receta. Pero con el tiempo, me doy cuenta de que me hubiera acordado si hubiera usado la última receta. —Hice una pausa —. La tarde del funeral de Connor, después de que vinierais a mi apartamento, revisé el escritorio. Tenía otro recetario ahí. Ese también había desaparecido.

Asintió.

—¿Algo más?

—Dije la verdad cuando afirmé que no escribí ninguna receta de OxyContin. Pero debería haber hecho algo al respecto.

El detective Green se frotó la barbilla.

—¿Por qué ahora? ¿Qué la ha hecho venir y contarme todo esto hoy, tantos meses después?

Lo miré directamente a los ojos.

—No podía seguir viviendo una mentira. Ni conmigo misma. Hoy reconocí mi responsabilidad ante el Tribunal de Disciplina, y estoy aquí para aceptar el resto.

El detective ponderó mi respuesta antes de inclinarse hacia delante.

—Aprecio eso. Pero como parte de nuestra investigación, entrevistamos al fisioterapeuta y al cirujano de su marido. Ambos dijeron que el señor Fitzgerald presentaba un deterioro significativo en ambas rodillas, por años de uso excesivo y lesiones constantes. Así que, incluso si usted le hubiera recetado los analgésicos a su marido, no se puede afirmar que no formase parte de un tratamiento razonable. Además, aunque fuese negligente al dejar un recetario por ahí fuera y no bajo llave, demostrar que sus acciones fueron criminales es mucho más complicado. También entiendo que, aunque está mal visto, no es ilegal que los médicos receten medicamentos

a familiares. Por eso nunca presentamos cargos contra usted. Al final, fue su marido quien decidió tomar demasiadas pastillas y beber y conducir esa noche. Y eso es culpa de él. No suya.

—Pero… si hubiera hecho algo al respecto, tal vez el accidente nunca habría ocurrido.

—Tal vez —asintió—. Pero no se trata de un caso criminal.

Unos minutos después, el detective Green me acompañó de regreso al vestíbulo. Se detuvo antes de abrir la puerta principal.

—¿Puedo darle un consejo, doctora McCall?

Asentí.

—Tiene que encontrar la manera de soltar la culpa, o la carcomerá.

—¿Cómo hago eso?

—No soy más que un policía tonto —dijo, con una sonrisa leve—. Usted es la doctora. Estoy seguro de que lo descubrirá.

CAPÍTULO 14

Presente

Siento que mi corazón está a punto de explotar, mientras espero que me reconozca. A que sus ojos se abran de par en par cuando se dé cuenta de quién soy: la esposa del asesino de su familia o la mujer con la que chocó al salir de un callejón. Pero él sonríe y se sienta en el sofá mientras yo lo contemplo boquiabierta.

—Buenas tardes —asiente—. Es un placer conocerla.

—¿Gabriel… Wright? —De alguna manera, logro que mi voz tenga el tono suave que uso como terapeuta. Tengo la esperanza de que, sea lo que sea que se deje ver en mi rostro, se haya transformado de sorpresa a seguridad en mí misma. Intento infundir seguridad en mis pacientes, especialmente el primer día. Llegan tímidos y cohibidos, y encorvados. Aunque Gabriel no parece tener ese problema. Tiene los hombros relajados y sus ojos oscuros recorren la habitación antes de volver a posarse en mí. Podría estar esperando una mesa en un restaurante, no sentado en mi consultorio.

Indiferente. Tranquilo. Seguro de sí mismo.

Carraspeo, trasteo en mi escritorio mientras mis pensamientos se descontrolan. Mi móvil está en una esquina; me inclino para guardarlo en un cajón cuando se me ocurre: podría fingir una emergencia.

Pretender recibir una llamada.

Pedir disculpas, prometer reprogramar la cita.

Decirle a Sarah que lo traspase a otro terapeuta, preferiblemente al otro lado de la ciudad. Así, este problema desaparecería, y yo podría volver a concentrarme en hacer crecer mi negocio y no en seguirlo.

—Lo siento, ¿necesita un minuto? He entrado sin avisar. —Gabriel esboza una sonrisa comprensiva—. No me molesta. Puedo esperar fuera.

—No, no… No es necesario.

Cálmate, Meredith.

Logro poner un pie delante del otro y caminar hacia mi asiento. Contemplo la libreta, respiro hondo e indico el sofá.

—Bienvenido, señor Wright. Por favor, póngase cómodo.

—Por favor, llámeme Gabriel —me pide.

—Por supuesto. Gabriel. ¿Cómo está hoy?

Levanto la vista y espero a que responda; me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Pero son más que nervios. Realmente *quiero* saber cómo está. ¿Ha rehecho su vida? Sí, desde fuera parece que sí. Lo he visto reír, salir con varias mujeres y hacer todo tipo de cosas que parecen normales. Pero no puede sentirse normal por dentro. No después de lo que permití que le sucediera a su familia.

Esta, quizá, sea la oportunidad perfecta.

Tal vez descubra la verdad…

—Estoy bien —responde—. Solo… creo que necesito ver a alguien.

Me tomo un momento para procesarlo y encontrar la manera adecuada de formular mi siguiente pregunta.

—¿Puedo preguntarle cómo llegó a mí? —Sacudo la cabeza—. Quiero decir, ¿cómo conoció mi consulta? ¿Se la recomendaron?

—Sí, me la recomendaron.

—Eso es maravilloso. —Fuerzo una sonrisa—. ¿Y quién me recomendó? Me gusta agradecer a las personas que me recomiendan.

—Fue Johnson & Johnson.

—¿Johnson & Johnson?

—Los fabricantes de Tylenol PM. —Sonríe, juguetón—. Lo siento, es broma. Vi un anuncio publicitando su consultorio, para personas que tienen problemas para dormir, en la página web de Johnson & Johnson cuando estaba buscando cuánto tiempo dura el efecto del Tylenol PM como somnífero. Me pareció que sonaría mejor decir que la habían recomendado.

—Ah. Está bien. —Trago saliva—. Bueno, me alegra que esté aquí. Tengo que hacerle unas preguntas iniciales y luego podemos hablar. ¿Qué le parece?

Asiente, y conduzco la entrevista inicial básica: confirmo su médico de cabecera, sus datos demográficos, historial psiquiátrico familiar, medicamentos, y así sucesivamente. Ninguna señal de alarma. Sin historial, en realidad, aparte de lo obvio: lo que *tú* le hiciste. Lo que *nosotros* le hicimos. Gabriel habla con facilidad, recostado en el sofá, gesticulando con las manos. Me mira a los ojos al hablar, y me descubro comenzando a relajarme, y que es aún más guapo de cerca. Una suave sombra le cubre la mandíbula afilada, lo que me indica que lleva un par de días sin afeitarse. Cuando habla, su cuerpo entero se anima, y sonríe con toda la cara, no solo con sus

labios, muy gruesos. Sus emociones se dejan ver en sus grandes ojos marrones, como si no se guardara nada, y hay algo en eso que me parece casi liberador.

Pero no puede sentirse libre. Lo sé mejor que nadie.

—¿Qué lo trae aquí hoy?

Vuelvo al presente, esperando, bolígrafo en mano, para tomar notas detalladas. Solo cuando bajo la vista y escribo su nombre en la parte superior, Gabriel Wright, me doy cuenta de que no saqué un cuaderno de los que uso para los pacientes. Saqué mi libreta del escritorio. La que tiene páginas y páginas de notas y observaciones sobre él. La calma que había comenzado a sentir se esfuma, y me empieza a temblar la mano. Sujeto el cuaderno con fuerza para intentar detener el temblor.

—Estoy teniendo problemas para dormir. He intentado de todo: medicamentos de venta libre, incluso me recetaron Ambien. Me ayuda a dormir. Pero ya hace un tiempo que lo tomo. No quiero ir siempre medicado. Preferiría tratar la raíz del problema.

Mis entrañas se estremecen. Del miedo. De la expectativa. *Sabía* que no era posible que hubiese superado lo que sucedió. Quizá esa es la razón por la que nos hemos cruzado de nuevo. Estoy destinada a ayudarlo. Ayudarlo a avanzar, a superar su dolor.

El dolor que causé.

Algo me preocupa.

Trago con fuerza. Pero ¿cómo ha sucedido? Hay millones de personas en esta ciudad, ¿cómo es posible que coincidiéramos en la misma cafetería hace unos meses? ¿Y ahora, que esté sentado frente a mí en mi consultorio? ¿De verdad no sabe quién soy?

Vuelvo a enfocar la vista y me doy cuenta de que Gabriel ha estado en silencio demasiado tiempo. Está esperando que diga algo. Pero ¿qué diablos fue lo último que dijo? Algo sobre el sueño. Medicación. *¡Ah! ¡La raíz!*

Carraspeo.

—¿Y cuál es la raíz del problema?

Su pecho se hincha cuando respira hondo.

—Perdón, me cuesta hablar de esto.

Mira a cualquier parte menos a mí, y mi mirada sigue la suya hacia una estantería cercana, con libros sobre todo tipo de temas de psiquiatría, mezclados con algunos libros ilustrados que traje de la sala de espera. Y es entonces cuando noto la pieza de ti que me faltó.

Nuestra foto de bodas. Tú, yo, brazo en brazo, vestido blanco y esmoquin negro, riendo como si no tuviéramos preocupaciones. Y en ese momento no teníamos ninguna. La foto solía estar sobre mi escritorio, mirando hacia dentro para que los pacientes no la vieran. Pero la moví cuando estuve ordenando, la aparté para envolverla y evitar que se rompiera el cristal. Ha quedado en plena exhibición, contemplando a mi paciente.

Es posible que Gabriel no me haya reconocido, pero te reconocería a ti sin lugar a dudas, ya sea de tus días como jugador de *hockey* sobre hielo o por las fotos que se publicaron en todos los periódicos y redes sociales después del «accidente».

Mierda.

—Mi esposa e hija murieron el año pasado. —Gabriel posa la mirada en las manos, que tiene sobre el regazo—. Las mató un conductor que estaba bajo la influencia de…. Lo que cojones sea que tomase. Perdón. No quería hablar mal, solo que…

Suspira profundamente.

Sentada en mi asiento, vibro de tensión. Tengo que mover la foto. Tengo que deshacerme de esa maldita cosa. Pero esto es importante, este momento. Gabriel Wright compartiendo sus pensamientos más profundos conmigo. Sus verdades.

Suelo esperar en silencio, pacientemente. El silencio anima a las personas a seguir hablando, a llenar el espacio. Pero hoy no puedo.

—Lo lamento mucho —digo—. Cuénteme más. ¿Sus problemas para conciliar el sueño comenzaron cuando ellas murieron? Y discúlpeme un momento, por favor. Necesito buscar un bolígrafo nuevo.

Me levanto y me acerco a la foto. Me encantaba esa foto. Sonreía cada vez que la miraba. Pero ahora, la cara sonriente de mi marido ya no me parece alegre. Está marcada por lo que hiciste. Por lo que yo permití que hicieras. Hay un vaso lleno de bolígrafos nuevos cerca y cojo uno, al mismo tiempo que extiendo la mano hacia ti, con la esperanza de, con la sangre corriendo acelerada por mis venas, poder moverlo antes de que él se dé cuenta.

Un golpe fuerte resuena en la habitación cuando el marco cae de cara contra la madera del estante.

Gabriel se pone de pie de inmediato.

—¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

Da un paso hacia mí, hacia la foto que finjo haber derribado accidentalmente.

—Oh, no, gracias —digo, agitando la mano—. Está bien. Lamento mucho la interrupción. Háble me de su familia.

Vuelve a sentarse en el sofá, intranquilo. Como si los buenos modales dictaran que debía ayudarme.

Me gusta eso de él.

Me vuelvo a sentar en mi lugar y le sonrío con calidez.

—Por favor, continúe.

Le lleva un momento, pero continúa. Gabriel se tira de cabeza a la parte honda de la piscina. Me cuenta cosas que ya sé: la manera en la que su esposa e hija fueron atropelladas. Que murieron al instante. Pero también me cuenta cosas que no sabía, que su hija tenía discapacidad

auditiva y usaba audífonos, y que su esposa provenía de una familia adinerada. Escucho, fascinada, pero cuando habla del funeral, me descubro preguntándome si mencionará dónde las enterraron. Pero no lo hace, y no encuentro cómo preguntarlo. Tomo notas detalladas, sabiendo que las repasaré un millón de veces esta noche. Intentaré recordar cada una de sus expresiones, cada emoción que se escapó de su mirada cálida. De repente, desearía grabar las sesiones.

Soy también muy consciente de que mi comportamiento no es nada profesional. Que aceptar a Gabriel como paciente, lo cual he hecho al continuar con la sesión, es moralmente incorrecto. Y es otra razón más que podría meterme en problemas con el Tribunal de Disciplina. Problemas serios. Pero es como si el universo quisiera que enmendara mis errores.

O… Y no puedo evitar el pensamiento. O tal vez no es una coincidencia que él siga apareciendo en mi vida. Me incomoda esa idea, el pensar qué hace aquí además de querer ayuda de verdad. Pero fui yo quien empezó todo esto cuando lo seguí.

—¿Qué le parece? —me pregunta Gabriel.

Un momento de silencio. No lo he estado escuchando. Estaba demasiado perdida en mis propios pensamientos para oír una palabra de lo que ha dicho en los últimos minutos.

—Creo que… —Invoco a mi terapeuta interior, pienso en las frases comunes que he repetido a mis pacientes a lo largo de los años—. Es probable que estés lidiando con algo que está afectando a tu inconsciente.

Ladea la cabeza y me mira, y empiezo a preocuparme de haber dicho algo incorrecto, que mi respuesta a lo que sea que él haya dicho sea inapropiada.

Pero, por fin, asiente.

—Sí, creo que probablemente tenga razón. Mi hermana piensa que nunca lidié realmente con la pérdida, que me está afectando ahora, y por eso no puedo dormir.

Pienso en las sonrisas, la risa, la felicidad que presencié. No era más que una fachada.

—Eso es posible. ¿Qué cree usted?

—No estoy seguro. —Se frota la cara con una mano, un gesto atípico para este hombre que suele estar tan sereno, tan seguro de sí mismo. Es una grieta en el caparazón, y quiero asomarme para entender qué hay debajo, y poder ayudar—. Debería haber estado con ellas esa noche. Pero no estaba. Yo…

Un silencio cargado. Baja la mirada, flexiona las manos. Veo un destello metálico en su mano, en el dedo anular: un anillo de bodas. Uno que nunca le había visto usar antes, y estoy segura de haberme fijado.

—Siento mucha culpa —concluye.

En ese momento, suena el temporizador. Quiero agarrarlo y apagarlo y decirle que continúe. Pero eso no es lo que haría una terapeuta. Es lo que la parte retorcida de mí quiere hacer, la parte que apenas está actuando de manera profesional. Y necesito mantener al menos una apariencia de

profesionalismo. Es mi paciente, después de todo.

—Supongo que dejamos la culpa para la próxima sesión. —Gabriel sonríe, y es una sonrisa genuina, o eso parece. Aunque de nuevo está esa preocupación: «quizá me ha estado engañando todo este tiempo».

Hay demasiados *quizá*.

Quizá no es feliz, en realidad.

Quizá no está bien.

Quizá necesita ayuda profesional de verdad.

Quizá tenemos mucho más en común de lo que pensaba.

Quizá sabe quién soy.

O… quizá no.

—Sí, me parece bien. Gabriel, me alegra mucho que haya buscado ayuda. Ha sido un placer conocerlo hoy.

Me levanto y lo acompaño hasta la puerta. Quiero decirle que llame de inmediato y pida otra cita; que cuanto antes, mejor.

Pero me controlo.

—Ey, ¿nosotros…? —Vacila en el umbral y se da la vuelta, estudiándome con el ceño fruncido—. ¿Nos conocemos de algo?

Respondo rápidamente. Demasiado rápido.

—No, no lo creo.

El corazón me late con fuerza. Aunque no puedo evitar sentirme extrañamente complacida de que algo en mí le resulte memorable.

Gabriel se encoge de hombros y atraviesa el umbral.

—Me resulta conocida. Ya me acordaré.

Cuando se va, apoyo la frente contra la puerta. *Dios, espero que no.*

CAPÍTULO 15

Presente

Muevo la pierna de arriba abajo.

Es un síntoma nervioso que comenzó cuando estudiaba medicina. Ansiedad por los exámenes.

Pero hace años que no lo hacía. Aunque hoy mi ansiedad parece estar en su punto más álgido. Por supuesto, no han pasado ni dos años desde que murió mi marido, el hombre que pensé que era el amor de mi vida. Mi para siempre. Sin embargo, la pierna no se me movió ni una vez durante el funeral. Ni una vez durante el interrogatorio policial. Y tampoco cuando abrí el cajón del escritorio y descubrí que faltaba otro de mis recetarios. Sin embargo, mientras contemplo las agujas del reloj avanzar segundo a segundo y espero que llegue la segunda sesión con mi paciente especial, muevo más la pierna que en la cinta del gimnasio. Mejor no pensar en lo que eso dice de mí como esposa o doctora.

Aún estoy a tiempo para cancelarlo. No es demasiado tarde. Ya debería haberlo cancelado. Dios sabe cuánto pensé al respecto esta semana. Incluso le escribí un correo electrónico a Sarah pidiéndole que transfiriese a Gabriel a otro terapeuta. Pero no pude apretar «enviar». ¿No es lo mínimo que debería hacer para ayudar al hombre a superar su pérdida? Me necesita. Claro, es poco profesional. Probablemente motivo suficiente para perder mi licencia médica. No, más que suficiente. Si me descubriesen…

La puerta de entrada a la recepción chirría al abrirse, y mi pierna inquieta se detiene. La voz de Gabriel resuena cuando le dice algo a Sarah, y toda la ansiedad que he sentido a lo largo de la semana se transforma instantáneamente en algo distinto: euforia. Esas emociones no son tan diferentes entre sí. Ambas me aceleran el pulso. Me sudan las palmas, y siento que cualquier ruido repentino me sobresaltará. Pero también me siento viva. Tan. Jodidamente. Viva. Me imagino que se parece a tirarse de un avión: el subidón de adrenalina al levantar los brazos en el aire y dejar que el viento y la gravedad te lleven. Solo que no sé si funciona el paracaídas.

Quizá caiga al suelo a doscientos kilómetros por hora y quede aplastada como un insecto.

Sin embargo, sentada en el borde del avión, balanceando los pies en el vacío, esperando para inclinar el cuerpo hacia delante y dejarme caer, me muero de ganas de que pase.

Toc, toc.

Sarah abre la puerta.

—El paciente de las doce está aquí. Voy a salir a buscar un café. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

¿Quién piensa en comida cuando estás esperando para saltar de un avión?

Sarah entra y cierra la puerta tras ella.

—Tu nuevo paciente es muy *sexy* —susurra mientras sonríe y alza las cejas—. No es la clase de hombre que suele atraerme, pero tiene algo.

Sí, ciertamente tiene algo.

Carraspeo.

—¿Podrías decirle que pase cuando salgas, por favor?

—Claro.

Unos segundos después, Gabriel llama dos veces y asoma la cabeza.

—¿Se rumorea que está lista para mí? —pregunta con una sonrisa.

He tenido taquicardia toda la semana, desde que él entró en mi despacho por primera vez. Pero ahora siento que el corazón me rebota contra las costillas. Estoy aterrada.

Debería suspender la sesión ahora mismo. Decirle que me encuentro mal. De hecho, puede que ni siquiera necesite decirlo, porque estoy bastante mareada.

Pero lo controlo. Porque *Gabriel me necesita.*

Y una parte de mí lo necesita a él. Necesita hacer que se sienta mejor.

Así que esbozo la sonrisa que tengo muy bien ensayada y le indico con la mano dónde sentarse.

—Estoy lista para usted. Por favor, tome asiento, señor Wright.

Vuelve a sonreír. En realidad, es más bien una media sonrisa. Ladeada y engreída. Y despierta algo en mí. Algo femenino que hace mucho que no despertaba. *Algo tremendamente inapropiado.*

—Pensé que ya habíamos establecido eso. —Inclina la cabeza—. Gabriel, no señor Wright, ¿recuerda?

¿Está coqueteando? ¿O me lo estoy imaginando? No estoy segura, pero no tengo tiempo de pensar al respecto ahora. Asiento.

—Por supuesto, Gabriel. Lo siento. Déjeme coger mi cuaderno de notas.

Esta vez me aseguro de tomar un cuaderno nuevo, no el cuaderno de acosadora que saqué sin darme cuenta la sesión pasada. Tomo asiento frente a él, cruzo las piernas y paso la mano sobre la falda que llevo hoy, alisándola.

La mirada de Gabriel baja, y veo que su nuez sube y baja al tragar. Después, me mira directamente a los ojos.

—Bueno… ¿Me ha echado de menos?

Está bromeando, por supuesto. No tiene la más mínima idea.

—¿Cómo ha ido su semana? —le pregunto.

Inhala y exhala.

—No ha estado mal. Tuve que corregir exámenes, así que estuve ocupado. Por cierto, ¿desde cuándo da lo mismo escribir «de que» cuando debería usarse solo «que»? Todos mis estudiantes dicen «Yo creo de que…» —dice, enfatizando las últimas dos palabras.

Sonrío. Es auténtico, y me ayuda a relajarme un poco. El mal uso del idioma también es una de mis manías.

—Creo que ocurrió cuando empezaron a añadir «rollo» al principio de todas las frases. *Rollo*, no tengo ni idea.

Se ríe. Es una risa generosa. Desinhibida. Y hasta un poco *sexy*.

—Eso está a la par con «de locos». Ciertas expresiones me hacen sangrar los oídos. Cuando le digo a un estudiante que ha sacado un excelente y responde «de locos», me dan ganas de bajarle la nota.

Me relajo un poco más. Podría pasarme el día entero así, entretenida por el ingenio de este hombre. Pero no somos dos amigos tomándose un café. Me está pagando por la terapia. Así que me pongo manos a la obra.

—¿Cómo ha dormido esta semana?

—No muy bien.

Asiento.

—La última vez que charlamos, me contó que siente mucha culpa con respecto a su pérdida. ¿Podemos hablar un poco sobre eso? ¿La culpa es porque debía estar con su esposa e hija ese día?

La cara de Gabriel se ensombrece. Baja la vista al regazo durante un rato antes de volver a hablar.

—Mi esposa y yo teníamos problemas de pareja.

Oh. Vaya. No me esperaba eso.

—Entiendo.

—Peleábamos todo el tiempo. —Frunce el ceño—. Incluso la noche en la que murió. Por eso no estaba con ella esa noche, y por eso había salido a caminar con nuestra hija tan tarde. Lo último que le dije antes de que saliera hecha una furia fue «Vete al infierno».

Se me estruja el corazón. ¿Cuántas veces habrá reproducido en su cabeza esos últimos instantes? El remordimiento es como un ancla que se envuelve alrededor del corazón,

arrastrándolo al fondo, e impidiéndole que navegue libremente. Yo entiendo ese sentimiento, sin lugar a dudas. Connor y yo también nos dijimos cosas horribles antes de que él se fuera esa última vez. Entiendo el peso de la culpa a un nivel profundamente personal. Odio a Connor por lo que hizo, pero no pasa un día en que no piense «ojalá hubiera hecho algo cuando descubrí que había desaparecido ese primer recetario, habría buscado ayuda en lugar de enterrar la cabeza».

No sé bien cómo guiar a este hombre para que supere su culpa, cuando yo ni siquiera soy capaz de superar la mía. Así que le doy la respuesta de manual y sigo adelante.

—Bueno, obviamente es muy difícil superar un momento así. Pero su relación de pareja era más que esos últimos momentos. ¿Puedo preguntarle qué fue lo que causó la ruptura de su matrimonio?

—Descubrí que mi esposa me estaba engañando con un compañero de trabajo. Lo sospeché durante un tiempo, pero ella no lo admitía. —Gabriel me mira a los ojos—. Así que la seguí. Y los sorprendí en el acto.

Pongo unos ojos como platos. *La seguí.*

—Lo sé —reconoce, encogiéndose de hombros—. No estoy muy orgulloso de eso.

Ha interpretado mi sorpresa como un juicio de valor, cuando en realidad lo que me perturba es solo la idea de él siguiendo a alguien de la misma manera que yo lo seguí.

—No, no, no —aclaro, agitando las manos—. No creo que haya hecho algo mal. Estaba pensando que debió haber sido espantoso encontrarlos.

—Ah. Sí, lo fue. —Sus ojos me recorren el rostro—. ¿Está casada?

—Divorciada.

Por lo general, nunca comparto información personal con mis pacientes. Pero la pregunta me pilla tan desprevenida que la mentira sale disparada antes de que se me ocurra que la respuesta adecuada sería no responder en absoluto.

—¿Fue infiel?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que se divorció?

Siento que estoy bajando a toda velocidad por un camino lleno de baches, pero no sé cómo parar.

—Hace unos dieciocho meses.

Asiente.

—Tuve una cita hace unas semanas. Me invitó a su casa. Quería acostarme con ella. Pero me entró la culpa. Una parte de mí todavía siente que estoy casado. Supongo que debe ser más fácil volver a tener otras relaciones después de un divorcio. ¿Es así? Mi esposa murió más o menos al mismo tiempo que usted se divorció. ¿Ha estado con alguien desde entonces?

—No.

La mirada de Gabriel se posa en mis labios por una milésima de segundo. Ocurre tan rápido que dudo que haya sucedido de verdad. Quizá me lo he imaginado. No lo sé. Pero lo único de lo que estoy segura es que necesito ponerle fin a esta conversación antes de que se complique aún más. Nunca debí haber respondido a la primera pregunta, y mucho menos si he estado con alguien. Así que me siento más erguida, y dirijo la conversación a cómo se sintió cuando encontró a su esposa con otro. Dedicamos un buen rato a eso y, para cuando la conversación decae, casi siento que es un paciente común. *Casi.*

—Estamos avanzando. El primer paso para superar la culpa es reconocer su existencia.

—Sé que la tengo desde hace mucho tiempo. ¿Cuál es el segundo paso?

—El perdón. Su esposa era humana. Cometió un error. Necesita encontrar la manera de perdonarla para poder continuar con su vida.

—¿Cómo hago eso cuando ella está muerta?

—A veces ayuda hablar con la persona. No hace falta que estén físicamente presentes para que digas lo que necesitas decir. Quizá podría escribirle una carta haciéndole saber cuánto le ha herido.

Gabriel se pasa una mano por el pelo.

—La vida es realmente un gran círculo, ¿no? Solía escribirle cartas a Ellen cuando empezamos a salir.

Sonrío con tristeza.

—Qué tierno. Ya nadie escribe cartas.

—Salvo que valgan los mensajes que envías en una aplicación de citas cuando estás conociendo a alguien.

Una aplicación de citas…

Como la que estuve usando anoche. Ahí estaba yo, tomando una copa de vino y coqueteando con un desconocido, mientras Gabriel no podía dormir. No debería permitirme sonreír hasta que este hombre vuelva a ser verdaderamente feliz.

Dios, ¿es siquiera posible ser feliz después de lo que ha perdido?

Pobre Rose.

Y ahí va mi corazón, acelerándose otra vez. Es como si estuviera entrenando en intervalos hoy. Acelera. Desacelera. Lava. Enjuaga. Repite. Pero necesito mantener la cabeza fría para hacer mi trabajo. Así que me obligo a volver a nuestra conversación.

—¿Las usa? Me refiero a las aplicaciones de citas.

—Sí —asiente.

—¿Ha conocido a alguien interesante?

—Estoy conociendo a algunas personas. Es la primera vez que no conozco a una mujer de la manera tradicional. Ya sabe, en un bar después de un poco de valor líquido. Me sentí un

dinosaurio al principio.

—Han cambiado muchas cosas en el mundo de las citas en la última década —observo, sonriendo.

—¿Y usted? —me pregunta—. ¿Ha conocido gente por internet desde su divorcio?

Abro la boca para responder, para hablar nuevamente sobre mi vida personal, lo cual es totalmente inapropiado. Por suerte, el temporizador me salva. Me cuesta creer que ya haya pasado una hora. Me estiro y lo apago.

Gabriel me mira a los ojos y sonríe.

—¿Supongo que seguimos con las aventuras para dinosaurios la semana que viene? Tal vez podemos intercambiar historias sobre las personas más extrañas con las que hemos charlado, ¿no?

—Claro —digo y me levanto de la silla. Aunque estoy bastante segura de que la mujer más extraña de todas es la que tiene delante.

CAPÍTULO 16

Presente

—Bueno, ¿cómo ha ido la vuelta al trabajo? —El doctor Alexander se acomoda frente a mí. Es la primera vez que lo veo desde que volví a atender pacientes.

—Bien. Tuve un poco de nervios el primer día. Pero fue como volver a ir en bicicleta. Siendo sincera, viene bien hablar de los problemas de otra persona, aunque sea solo un rato. Estoy un poco harta de los míos.

Sonríe.

—Estoy seguro de que sus pacientes también están contentos de tenerla de vuelta.

Asiento.

El doctor no dice nada. Me mira a los ojos y luego baja la mirada a mis manos. Al parecer, las estoy retorciendo y ni me había dado cuenta. Las relajo y suspiro.

—¿Quiere hablar de algo hoy? —me pregunta.

No había decidido si iba a contarle lo de Gabriel. Pero ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que necesito la voz de la conciencia. Así que respiro hondo y lo suelto en una exhalación.

—He visto algunos pacientes nuevos.

—Me había contado que algunos de sus pacientes se habían ido durante su ausencia. Y que su asistente ha estado publicitando el consultorio, en anticipación a su regreso. ¿Le resulta más estresante que ver a sus pacientes habituales?

Bajo la mirada. Estoy tentada a decirle que eso es lo que me preocupa. Que me pongo nerviosa cada vez que un nuevo paciente quiere hablar sobre la pérdida de un ser querido. Aún no ha sucedido con ninguno de mis pacientes regulares, pero lo he pensado. ¿Y si me rompo al escuchar a alguien hablar sobre la muerte de una pareja? Sería tan fácil decirle que eso es lo que me preocupa. El doctor Alexander nunca se daría cuenta. Pero quiero sentirme mejor. Quiero avanzar.

—Uno de mis pacientes nuevos… —me callo y me muerdo el labio inferior. No es fácil

decirlo. Siento vergüenza. Sé que lo que estoy haciendo está mal. Moral y profesionalmente.

Cuando pasa un minuto entero sin que retome la frase, el doctor asume que el motivo de mi vacilación es algo que no es.

—Podemos hablar sobre sus pacientes y sus problemas —asegura—. Muchos psiquiatras hacen terapia y charlan acerca de lo que surge en las sesiones. Es normal que a veces nos afecte lo que escuchamos en nuestro trabajo.

Levanto la mirada para encontrarme con la suya. Me late fuerte el corazón y tengo que recurrir a todas mis fuerzas para pronunciar las palabras en voz alta. Salen de golpe.

—Uno de mis nuevos pacientes es… Gabriel.

—¿Quiere decir Gabriel, el hombre al que estuvo siguiendo? ¿El hombre cuya…?

Asiento.

A favor suyo, hay que decir que, salvo unos parpadeos, se las ha arreglado para no transmitir ningún juicio de valor. También ha conseguido mantener un tono de voz estable.

—¿Cómo ha ocurrido eso?

Balbuceo durante unos minutos y le explico lo sorprendida que me sentí cuando entró al consultorio. Que fue completamente inesperado. Nada que yo haya hecho. Que me puse en mi rol de terapeuta y le tomé los datos e hice las preguntas habituales, porque no sabía cómo manejarlo. Qué hacer.

—Entonces, ¿lo ha atendido una sola vez?

Trago saliva y niego con la cabeza.

—Vale. Bueno, imagino que la descolocó completamente cuando apareció por primera vez. Parece que entró en pánico y prefirió evitar la confrontación. Pero ¿por qué lo atendió por segunda vez? Hubiera sido muy sencillo hacer que su asistente lo llamara y le dijera que su agenda está demasiado cargada o que cree que le iría mejor con otro terapeuta.

Aparto la mirada y busco el árbol junto a la ventana, que ya me resulta conocido. Después de pensarlo un poco, sacudo la cabeza.

—Al principio, me costó creer que la casualidad lo trajese a mi consulta. Quiero decir, ¿cuáles son las probabilidades de que el hombre al que mi marido, al que nosotros…? —Inhalo profundo —. Que Gabriel Wright aparezca en mi consultorio. Hay cuatro mil psiquiatras en el estado de Nueva York. Lo busqué el otro día. Si el cuarenta y tres por ciento de la población del estado vive en la ciudad, es lógico pensar que hay unos mil setecientos psiquiatras aquí. Y Gabriel entró a mi consultorio. ¿El primer día que vuelvo a trabajar? Incluso dejando de lado el accidente, se trata de un hombre al que seguí todos los días durante bastante tiempo. Incluso me encontré con él una vez.

—Sí que parecen demasiadas casualidades. Pero supongo que ha descartado que se trate de algo más siniestro, ya que ha dicho «Al principio, me costó creer que la casualidad lo trajese a mi

consulta».

—Tendría que ser un sociópata para monologar tan sinceramente como lo hace en la sesión. Gabriel Wright es solo un hombre destrozado que necesita ayuda, que por casualidad vio uno de mis anuncios, y que por casualidad mi consulta no queda muy lejos de donde vive.

—¿Por qué no lo ha transferido a otro profesional?

—Porque realmente creo que puedo ayudarlo. ¿No es lo mínimo que puedo hacer cuando es culpa mía, en parte, que su vida se arruinase?

—Está justificándose, Meredith —replica el doctor, frunciendo los labios—. Sabe que ha cruzado un límite. Una cosa es seguir a alguien, y otra cosa tratar a un hombre con quien tiene un vínculo personal serio, sin que él conozca su verdadera identidad… No es ético.

Suspiro.

—Entonces probablemente no debería decirle que también me siento un poco atraída por él.

Con eso por fin lo logro. He descompuesto al siempre compuesto doctor Alexander. Se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz.

—Lo he decepcionado. —Frunzo el ceño.

—Estoy preocupado por usted. Profesionalmente y como paciente. —Vuelve a ponerse las gafas y se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas—. No necesito decirle que existe un motivo por el cual el código de ética médica prohíbe a los médicos tener cierto tipo de relación con sus pacientes. Los pacientes, y en especial los pacientes en el ámbito de la salud mental, llegan a nosotros en situaciones muy vulnerables. Tener cualquier tipo de relación fuera del consultorio en la que se pongan en juego las emociones puede obnubilar su juicio. Está jugando con fuego, Meredith. Y eso a nivel profesional. Como su médico, me preocupa seriamente el efecto que esto puede tener en su salud mental. Debe ser devastador escuchar cómo las acciones de su marido le arruinaron la vida. ¿Por qué se somete a eso?

Se me cierra la garganta; siento como si solo quedara un pequeño orificio por el que puede pasar el aire. Trago varias veces e intento mantener a raya las lágrimas. Pero es inútil. Se desbordan y caen por mi rostro.

El doctor busca la caja de pañuelos y me la ofrece.

—Lo siento si he sido duro. Suelo moderarme más. Pero como colega suyo, siento la obligación de recordarle las consecuencias.

Moqueo y me seco los ojos.

—No tiene por qué disculparse. Tiene razón. Tiene toda la razón. Y necesitaba escucharlo.

Me tomo un minuto para recomponerme.

—Antes me preguntó por qué me sometería a algo que sé que me causará dolor. Es porque me lo merezco.

El rostro del doctor se suaviza.

—Empecemos por ahí…

CAPÍTULO 17

Presente

Media de tiempo de pantalla esta semana: 4 horas y 16 minutos diarios.

—Vete —murmuro, deslizando la notificación para que desaparezca. Soy muy consciente de la cantidad de tiempo que he pasado con mi móvil. Y también sé que el noventa por ciento de ese tiempo ha sido dedicado a la aplicación de citas. Así es como me he entretenido desde mi sesión con el doctor Alexander.

Por una vez, al menos estoy ocupando mi tiempo en algo que no tiene nada que ver con Gabriel. He empezado a mensajearme con alguien nuevo. Alguien que hasta me parece interesante. Eso es bueno. Debería aprovecharlo, y lo hago: le escribo un mensaje a Robert, con quien hice *match* hace dos días. Cuando eso pasa, un corazón explota en la aplicación y una lluvia de corazoncitos cae por la pantalla. A partir de ese momento, la aplicación te permite enviarle un mensaje a la otra persona. Comunicarte.

En un momento de debilidad, o desesperación (o tal vez fueron las tres copas de *sauvignon blanc*), le escribí un mensaje y lo envié. Me respondió enseguida. Y ahora no podemos parar.

Se me acelera el corazón por un motivo que no tiene nada que ver con Gabriel Wright. Una oleada de calor me invade cuando una notificación me informa que Robert me ha enviado un mensaje. Por primera vez desde la última vez que me dijiste que me querías y lo decías con sinceridad, me siento deseada. Lo cual ahora me doy cuenta de que echaba de menos.

Redacto otro mensaje para Robert. Añado un emoji y luego lo borro, porque quizá ya han pasado de moda. ¿La gente sigue usando emojis? Llevo años sin ligar.

—Disculpa, Meredith. —La puerta se abre y Sarah asoma la cabeza.

—¿Sí? —Levanto la vista del teléfono y dejo de escribir. Se queda callada y, por un segundo, pienso que ha ocurrido algo malo—. ¿Qué pasa? —pregunto.

—Oh, nada. Es solo que… estás sonriendo. Hace mucho que no te veía sonreír.

—¿En serio? —Me lleva un momento darme cuenta de que sí, estoy sonriendo: una jodida

sonrisa. Es la misma calidez que me enciende el cuerpo.

—Pareces feliz. —Sarah abre más la puerta y da un paso hacia dentro—. Me alegra verte así.

Siento que me arde el rostro. Bajo la cabeza hacia el teléfono y luego le sonrío.

—¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

—¿A quién se lo contaría? —replica, riéndose.

—No sé. —Las palabras salen rápido, nerviosas—. Me registré en una aplicación de citas. Estoy hablando con alguien.

Nunca he buscado la aprobación de Sarah antes. Nunca la he buscado ni la he necesitado. Le pago para que haga su trabajo, que hace bien, e intercambiamos cortesías apropiadas para la relación que tenemos. Pero se le ilumina el rostro y me siento aliviada.

—¡Ay, qué maravilla! Me encantan las aplicaciones de citas. Así es como conocí a Matthew. No se lo cuento a la gente, en general. Te critican cuando dices que has conocido a alguien por internet. Pero creo que todo el mundo lo hace. A la gente no le gusta admitirlo.

—Ah. —Me descubro asintiendo—. Es la primera vez para mí, pero este chico es muy interesante.

—Cuéntame.

Sarah se sienta en el borde de la silla más cercana a mi escritorio y, de repente, me siento como si volviera a la universidad, cuando le hablaba a mi compañera de habitación de ti. Excepto que tú estás muerto y estoy hablando de un chico a quien nunca he conocido, con mi asistente. Pero esto es bueno. Necesito hacerlo, necesito seguir con mi vida.

—Bueno, no sé mucho. Se llama Robert y es médico…

Sarah chilla y me hace reír, reír de verdad. Le cuento lo poco que sé, y empiezo a entusiasmarme. Es oncólogo y trabaja en una clínica. Le gusta el té, odia el café, pero no se lo voy a reprochar, y una miríada de otros datos aleatorios que hemos compartido en nuestras docenas de mensajes.

—Bueno, ¿habéis quedado? —me pregunta Sarah cinco minutos después.

La emoción de hablar sobre Robert, sobre nuestros mensajes, se desvanece en una sola exhalación.

—No. Aún no.

Vuelvo a mirar el teléfono, la pantalla oscura, esperando que la toque con el dedo y la despierte.

—¿Quieres salir con él?

Pienso en su pregunta, y estoy a punto de decir que sí, estoy segura de querer, cuando se oye el timbre y Sarah salta de la silla.

—Ay, rayos. Dejé la puerta de entrada cerrada con llave porque estaba almorzando. Debe ser tu paciente de las doce.

Desaparece y me quedo sola, mirando el teléfono. Pensando en si quiero conocer a Robert, conocer a la persona real detrás de los mensajes, o si tal vez hay algo mágico en que sea solo una idea. Quizá me basta con eso.

—Ha llegado Rebecca Jordan. —Sarah se para de nuevo en la puerta, pero esta vez parece estar guardando un secreto—. Es una paciente nueva.

—De acuerdo. —Inclino la cabeza—. ¿Pasa algo?

—No. —Sonríe—. Solo quería decirte que deberías conocerlo.

Me guiña un ojo y desaparece.

Un segundo después, entra una mujer alta y delgada.

—¿Señora Jordan? —Me levanto, me acerco a ella y le tiendo la mano—. Bienvenida.

Ella sonríe, y me doy cuenta de que es preciosa; no tiene una belleza común, sino que es deslumbrante. Su rostro parece ser perfectamente simétrico. Pómulos altos y una mandíbula marcada, labios en forma de corazón. Un ligero rubor en las mejillas. La clase de cara que alguien descubrirá algún día y que, de pronto, verás en una revista como la cara de alguna marca. De hecho, me parece que quizá ya la he visto en algún anuncio. Me resulta vagamente conocida. Tiene el cabello largo, rubio y tan suave que debe haberse hecho algún tratamiento. Y aunque los datos de su seguro médico indican que tiene veintitrés años, parece salida del instituto.

—Gracias. Estoy un poco nerviosa.

Se pone un mechón detrás de la oreja y mira a todas partes menos en mi dirección; parece que prefiere no tener contacto visual. Espero que al final de la sesión pueda sentirse lo suficientemente cómoda como para mirarme.

—Es normal. Creo que la mayoría de mis pacientes sienten nervios la primera vez que vienen. Por suerte, para la segunda sesión suelen estar bastante relajados. Creo que tú también te sentirás así.

La observo mientras cruza y descruza las piernas. Trata de decidir qué hacer con las manos hasta que decide rodearse el minúsculo torso con los brazos. Lleva pantalones de chándal y una camiseta de tirantes, así que debe haber dejado su chaqueta en el perchero del vestíbulo. Me doy cuenta, de repente, que me ha despertado algo, siento el instinto maternal de abrigarla. De decirle que todo estará bien. Me suele salir mejor el mantenerme objetiva.

—Tengo unas pocas preguntas que le hago a todo el mundo en la primera sesión, y luego podemos hablar de lo que quieras. ¿Te parece bien?

Asiente rápidamente, con los ojos aún en cualquier lugar menos en los míos. Recorro la lista de preguntas y tomo notas a medida que avanzamos. Mínimo apoyo familiar. Estudia en la universidad, pero a media jornada. Trabaja en una cafetería. No tiene amigos, solo una compañera de cuarto con la que se lleva más o menos bien. Finalmente, llego a la pregunta más importante.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí hoy?

Rebecca se queda quieta, como juntando valor.

—Mmm… es un poco embarazoso.

—He escuchado de todo, Rebecca. No estoy aquí para juzgarte. Estoy aquí para ayudarte.

Asiente despacio y se sienta un poco más erguida.

—Está bien. Bueno, he tenido malas experiencias con hombres. Mi padre nunca estuvo muy presente. Mi compañera de cuarto cree que por eso tengo este problema.

Me mira con ojos verdes con destellos de ámbar, como si buscara confirmación de que es eso lo que la ha metido en problemas.

—Cuéntame más.

—Está bien. Es solo que… siempre tengo novio. Y me gusta eso. —Su voz se acelera un poco —. Quiero decir, me gusta estar con alguien. Pero mi compañera de cuarto me dijo… Me dijo que tal vez debería tomarme un descanso. Pero no quiero tomarme un descanso. Y después me dijo que eso no es normal. No poder estar sola. O al menos entre… —Se detiene y se toma un momento para calmarse. Se pasa la mano por el cabello—. Y cuando estoy con alguien, quiero estar con él en serio. No sé hacer las cosas a medias. ¿Por qué tener algo casual si ya sabes que quieres estar con él? Si estás todo el tiempo con él, ¿por qué no irse a vivir juntos? Y si estás conviviendo, ¿no es eso una señal? ¿Y por qué…? ¿Por qué los hombres se asustan en ese momento? Quiero decir, si me piden que me mude con ellos…

Su voz se desvanece, y yo espero, y la dejo pensar.

—Y luego, a veces, terminan la relación sin más, y eso no está bien —continúa—. Es decir, si quieres a alguien, no rompes con esa persona sin más. Mi último novio, Collin, me dijo que pensara en cómo sonaba mi nombre con su apellido. Dijo eso después de dos citas. ¡Dos citas!

Ahora me mira, tan absorta en su historia que ha olvidado contenerse. La timidez ha quedado atrás.

—Así que yo pienso que eso significa que va en serio, y después un día me envía un mensaje diciendo que necesita espacio. Así que fui a su trabajo, lo cual es perfectamente razonable, si me preguntas a mí. Pero él se puso…

Otra pausa. Otra inspiración profunda. Baja las manos a los cojines del sofá y las uñas con manicura francesa rasguñan la tela.

—Quiero decir, me dijo que estaba loca. Consiguió una orden de alejamiento. No me merecía eso. Él fue quien dijo que debería probarme su apellido. Él estaba loco, no yo. Se asustó con el compromiso y solo… —De nuevo, se calla. Siento que el corazón me late fuerte por ella—. Pero no puedo renunciar a él.

—¿Qué quieres decir?

Tengo una docena de preguntas anotadas, pero no sé por dónde empezar. No es la primera

paciente con un corazón roto que veo. Pero intuyo que hay algo diferente aquí. Quiero dejar que siga hablando, que continúe explicando.

—Bueno, tengo que mantener cierta distancia de él. Pero… sé que estamos destinados a estar juntos. —Me recorre un escalofrío. Giro, inclino la cabeza y la animo a continuar con mi silencio —. Así que creé una cuenta falsa en Instagram y lo seguí. Y a veces yo… —Se detiene—. Esto queda entre nosotras, ¿verdad?

—Sí. Lo que dices aquí es confidencial.

—Vale, bien. —Respira hondo—. A veces también lo sigo. Sé que no debería. Pero ¿y si… me necesita? Como el fin de semana pasado, fue a tomar algo con su hermano, y sé que a veces beben de más. Tenía que asegurarme de que llegara a casa a salvo. Y solo quiero saber a dónde va. ¿Entiendes?

Me mira suplicante, como si yo fuera a decirle que todo esto es normal. Pero no lo es.

De hecho, su comportamiento es increíblemente anormal. Es la clase de cosa que puede indicar que ha sufrido malos tratos o abuso en la infancia. Un trastorno de estrés postraumático no diagnosticado o incluso un trastorno límite de la personalidad. Su actitud por sí misma es motivo de preocupación: la chica callada y tímida que de repente se convierte en una joven apasionada y ferviente que busca aprobación.

Y lo que es peor…

Pienso en mis propias acciones. Seguir a Gabriel. Espiar sus redes sociales. Sentarme fuera de su trabajo durante horas esperando a que saliera. Buscar las tumbas de su esposa e hija.

Sin mencionar que soy su maldita psiquiatra.

¿Lo que estoy haciendo yo es diferente de lo que está haciendo Rebecca?

No lo es.

—Incluso me hice pasar por otra persona y le mandé un mensaje. Solo para ver qué hacía. A mí me dijo que necesitaba espacio, que no tenía tiempo para salir con nadie. Y quería ver si eso era cierto o si me estaba mintiendo.

Levanto la vista de mis notas. Le ha cambiado la voz; la angustia se deja oír en la irritación.

Cuando Gabriel me dijo que estaba en una aplicación de citas, me fui a casa y me pasé horas deslizando el dedo sobre la pantalla para tratar de encontrarlo. Afortunadamente, no lo encontré. Y desde entonces conocí a Robert, que llena ese vacío que no sabía que necesitaba llenar. Sin embargo, ¿no estuve a punto de meterme en el mismo berenjenal que Rebecca? No se trata del mismo caso. Gabriel no es un exnovio al que estuve acosando. Pero quizá lo que hice es peor. Porque, técnicamente, era una terapeuta acechando a su paciente.

Rebecca se echa a llorar y busca una caja de pañuelos cercana. Pienso en mí, frente al doctor Alexander, reconociendo realidades no tan diferentes a las de Rebecca. Pero yo me detuve. *Lo hice*. Tomé una decisión y me detuve, y ahora se ha acabado. Necesito decirle a Robert que

deberíamos vernos en persona para tomar un café o tal vez una copa. Puedo seguir con mi vida. Seguiré con mi vida.

Y, sin embargo, mi mirada se dirige a la lista de pacientes impresa para mañana. El nombre de Gabriel Wright sigue allí. No lo he cancelado, aunque le prometí al doctor que lo haría.

Alzo la vista hacia Rebecca y me pregunto si estoy calificada para ser su terapeuta, ya que claramente no estoy haciendo las cosas mucho mejor que ella.

CAPÍTULO 18

Ahora

Robert: ¿Te gustaría cenar conmigo el viernes por la noche?

Se me para el corazón. Una cita. No he tenido una desde que Connor y yo nos conocimos. La realidad me aterra, a pesar de que he pensado al respecto. Por supuesto, ¿qué esperaba? Estoy en una aplicación de citas, hablando con un hombre todos los días. Es lógico que el siguiente paso sea conocernos en persona.

Robert y yo nos hemos estado enviando mensajes desde que llegué a casa del trabajo, pero esta vez no le respondo enseguida. Necesito vino antes para decidir cómo responder. Así que busco la botella de cabernet que tengo abierta en la nevera y me sirvo una copa llena. Quince minutos después, sigo dándole vueltas al asunto cuando el móvil vibra.

Robert: Has desaparecido. ¿Te he asustado?

Sonrío con tristeza. Es atento incluso cuando no le digo nada. Decido que lo mejor es ser sincera. He tenido una racha de sinceridad últimamente, desde la sesión con el doctor la semana pasada.

Meredith: Lo siento. Estoy nerviosa. No he tenido citas aún.

Robert: Lo entiendo. La primera fue la más difícil para mí también. No te presionaré si no estás lista todavía.

Me relajo un poco. Es justamente eso lo que me gusta de Robert. Tenemos mucho en común. Ambos somos médicos. Ambos perdimos a nuestras parejas al principio de la treintena, aunque han pasado ocho años desde que su mujer falleció, y las circunstancias no fueron tan siniestras

como las mías. Cáncer de mama.

El teléfono vuelve a sonar.

Robert: ¿Te interesa que te cuente cómo fue mi primera cita?

Sonrío.

Meredith: Claro.

Robert: Conocí a una mujer en una aplicación de citas. Me pareció que congeniábamos de maravilla. Tardé tres semanas en juntar el coraje necesario para invitarla a salir. Llegué pronto al restaurante. Y enseguida supe que no me podría quitar la chaqueta cuando ella llegase. Tenía manchas en las axilas de tanto sudar.

Me río y bebo un sorbo de vino, mientras contemplo los puntos que brincan mientras él sigue escribiendo.

Robert: Bueno, resulta que me dejó plantado. Mi primera cita fue una cita inexistente.

Meredith: Díos mío. Todo ese estrés para nada.

Robert: De hecho, creo que fue para bien. Fue una especie de simulacro (aunque mis axilas se lo tomaron muy en serio). Y a la siguiente, no sentí tantos nervios. Es más. Acepta mi invitación a cenar. Arréglate. Te dejaré plantada. Después me perdonas y salimos de verdad. Te sacarás de encima los nervios de la primera cita.

Sonrío de oreja a oreja. Suele suceder cuando me mensajeo con Robert.

Meredith: Me parece que no funcionará si sé que me vas a dejar plantada. Pero te agradezco la oferta.

Bebo mi vino a sorbos, me chupo el labio inferior y contemplo mi teléfono. Este hombre es guapo. Muy guapo, la verdad. Inteligente. Divertido. Tenemos mucho en común. Quiero seguir con mi vida. No, *necesito* seguir con mi vida. Dejar a Connor atrás.

Dejar a Gabriel atrás.

Así que respiro hondo y hago de tripas corazón.

Meredith: ¿Y si tomamos una copa en vez de ir a cenar?

Responde casi de inmediato.

Robert: Te lo compro.

Se me acelera el corazón. ¿Acabo de decir que sí a una cita? Me parece que sí.

Robert: Tengo que irme. Rondas nocturnas, o no vuelvo a casa nunca más. Te mandaré un mensaje mañana para decidir día y sitio. Pero me has alegrado el día. Tengo muchas ganas de conocerte, Meredith.

Me quedo sentada en estado de *shock* durante un rato. No puedo creer que tendré una cita, después de tanto tiempo. Pensé que esa parte de mi vida había quedado atrás.

El cambio en el proyecto vital es uno de los motivos más comunes por los que la gente termina en mi consulta. Pienso en lo que le diría a un paciente que se encuentra de pronto sin pareja y que tiene que prepararse para lanzarse de nuevo al mundo de las citas. Lo ayudaría a reconocer que su vida ha tomado un rumbo nuevo y a aceptar que no es posible volver el tiempo atrás y cambiar el pasado. Después, trabajaríamos en cómo lograr vivir en el presente. Eso es siempre lo más difícil: no obsesionarse con la pérdida, no vivir en el pasado.

Me acabo la copa y decido seguir mi propio consejo profesional. No seguir con mi vida mientras esté atada al ayer. Esta vez, cuando cojo el móvil, no le mando un mensaje a Robert. Sino a Sarah.

Meredith: Hola. Perdón por escribirte tan tarde. ¿Podrías llamar al señor Wright a primera hora para darle el contacto del doctor Pendleton? Dile que tenemos la agenda llena y que el doctor Pendleton es el profesional más adecuado para él.

Sarah: Pero la agenda no está llena. Pensé que necesitábamos más pacientes.

Sarah está confundida, con razón.

Meredith: Por favor, hazlo, Sarah.

Una pausa antes de su próximo texto.

Sarah: Vale, jefa. Dalo por hecho.

CAPÍTULO 19

Ahora

Lo estoy haciendo. Lo estoy haciendo de verdad.

—Entonces, ¿qué haces para divertirte? —Robert hace una pausa y se ríe—. ¿Acabo de preguntar eso? Qué frase tan de primera cita. Mis disculpas, déjame intentarlo otra vez.

Me descubro sonriéndole, cautivada por su capacidad para reírse, en especial de sí mismo.

—Vale, vale. Galletas de las Niñas Exploradoras. —Levanta una ceja gruesa y oscura, inquisitiva—. Primero lo primero, ¿sí o no?

Lo pienso. Tengo debilidad por el dulce, aunque no suelo admitirlo. Pero es una primera cita. Puede que no tenga práctica, pero sé esto: prefiero salir con alguien que no tenga miedo de comer una galleta de vez en cuando. Así que respondo que sí, obviamente. Tomo un sorbo de vino. Hemos pedimos una botella de cabernet para compartir y llevamos dos copas cada uno. No sé si está bebiendo tan rápido como yo porque también está nervioso o porque le gusta mucho el vino.

Se acerca un camarero.

—¿Otra botella? —pregunta.

—Sí, por favor —dice Robert, alzando la vista. Sin titubear. Me sonríe, burlón—. Lo siento. Estoy asumiendo cosas. Es una mala costumbre. ¿Te parece bien?

Me ruborizo del pecho al cuello. Nuestra primera cita está yendo… bien. Más o menos. No tengo mucho con qué compararla.

—Me parece genial.

—Perfecto —asiente—. Entonces. ¿Cuál es tu galleta de las Niñas Exploradoras favorita?

Casi respondo, pero me mira con tanta intensidad… Me gusta. Me gusta él. Llegamos al mismo tiempo, lo que nos llevó a esa incómoda situación en la que nadie sabe si darse la mano o abrazarse (él optó por un abrazo, para mi alivio: los apretones de mano son para los negocios, en mi opinión). Así que no contesto.

—¿Por qué no lo adivinas? —le propongo, en cambio—. ¿Soy una chica a la que le gustan las galletitas de chocolate con baño de chocolate y menta o las de mantequilla? ¿O esas de chocolate y caramelo…? ¿Cómo se llaman?

Frunce el ceño, fingiendo estar muy concentrado.

—Mmm… Te gusta el vino tinto, así que diría algo con chocolate. Pero no me parece que te gusten las de menta con chocolate. Así que diré que tus preferidas son las de chocolate, coco y caramelo.

Casi escupo el vino.

—¡Lo has adivinado! ¿Cómo lo has sabido?

Robert bebe un largo sorbo de su copa; parece muy satisfecho consigo mismo.

—Bueno, quizá tenga intuición para estas cosas. O para ti. —Nos sonreímos—. Disculpa. Vuelvo enseguida, voy al baño.

Me guiña un ojo y se dirige hacia un pasillo cercano. A nuestro alrededor, el bar de vinos bulle con varias conversaciones. Es viernes por la noche y está lleno. Miro la figura alta de Robert mientras se aleja. Es un buen partido, no se puede negar. Médico. Alto y guapo, con pelo oscuro y grandes ojos color caoba. Me imagino perdiéndome en ellos algún día. Bueno, tal vez. Es la primera cita. Mi *primera* primera cita.

El camarero trae la botella de vino poco después, para mi alivio. Me sirvo otra copa y tomo un trago. Esperaba que el alcohol me calmara los nervios, y *siento* el vino, pero mis nervios no están del todo calmados. Miro hacia el pasillo, pero Robert aún no vuelve, así que cojo el móvil y reviso las noticias y las redes sociales. Casi abro la aplicación de citas, pero no sería de muy buena educación hacer eso en una cita. No tengo tantas ganas, de hecho, solo necesito algo que me distraiga de pensar demasiado.

En que estoy en una cita.

En *ti*… Dios, quiero dejar de pensar en ti.

Y en *él* también, por supuesto. ¿Es Robert lo suficientemente atractivo y gracioso como para distraerme de ti y de Gabriel? Quizá. Es divertido. Y sabe cómo no tomarse tan en serio como para que su título de médico de Georgetown no sea tan intimidante.

Una figura se acerca a la mesa y miro hacia arriba, sonriendo, esperando ver a Robert. Pero no es Robert.

No es el camarero.

Es… *mierda.*

Parpadeo varias veces.

—¿Gabriel? Quiero decir… ¿Señor Wright?

Me clava la mirada. Robert es guapo, tiene unos ojos profundos en los que podría hundirme, pero la mirada de Gabriel es penetrante. Magnética. Y hay algo allí, una nota de… algo. No

puedo descifrar qué.

—Solo Gabriel. Me alegro de verla. Qué coincidencia encontrarla aquí.

El *shock* me pone la mente en blanco. Intento formar palabras, pero no surge nada.

Porque puede haber sido una coincidencia que nos encontráramos cuando salía del callejón aquel día. Después de todo, lo estaba siguiendo. Y puede que incluso haya sido una coincidencia que él decidiera venir a mi consulta.

Pero esto ya es demasiado.

Y, sin embargo, curiosamente, no estoy asustada. Ni siquiera perturbada. De hecho, estoy… Mierda. Estoy un poco excitada. Tiene la barba un poco más larga de lo habitual, sus ojos marrones parecen aún más oscuros. Probablemente se deba a la camisa oscura que lleva puesta. Robert me hace sonrojar, pero Gabriel me hace jadear. Y sudar. Cruzo las piernas, porque Dios, espero no estar mojada allí también…

—¿Está bien? —me pregunta, observándome, con el labio inferior ligeramente fruncido.

Me doy cuenta de que no he dicho ni una palabra en todo este rato.

—Ah, solo… sorprendida, supongo.

Se acerca y su aroma me envuelve, masculino y especiado, y no hay nada que desee más que estirar la mano, agarrarle la camisa y tirar de él hacia mí. Pero no puedo. *Jamás.* Me acuerdo de que le pedí a Sarah que lo llamase. Que le dijese que necesitaba buscar ayuda en otro lado. Quizá sea eso lo que tiene en mente mientras empuja la silla de Robert y se sienta junto a mí, tan cerca que nuestras rodillas se tocan mientras se pone cómodo.

—Vivo a dos calles. Sunny's es uno de mis bares favoritos. —Sonríe con esa sonrisa agradable, confiada.

—¿En serio?

De nuevo, me quedo sin palabras. La cabeza me da vueltas. Está cerca de su casa. Lo cual, por supuesto, supongo que sabía cuándo le sugerí el bar a Robert. No es que lo haya pensado, pero ¿y si… esto no ha sido una coincidencia, no porque Gabriel me haya estado siguiendo, sino porque elegí un lugar cercano a él? Un lugar de vinos, nada menos, y sé, de tanto seguirlo, que le gusta el vino. Tal vez fui yo quien sin querer nos condujo a este momento.

Y no voy a mentir: no me molesta.

Asiente.

—Sí. A menos de cinco minutos caminando. ¿Vive cerca?

—La verdad es que no. Es la primera vez que vengo —añado, como si eso lo explicara todo—. Estoy…

Estoy a punto de decir «estoy en una cita», pero en ese momento aparece Robert y duda, nos mira, intentando decidir qué está pasando.

—Este es Robert. Robert, este es… —No sé dónde poner el límite. Técnicamente, Gabriel es

un paciente. No puedo admitir eso públicamente, sería una violación de su privacidad—. Gabriel.

No explico cómo nos conocemos, y por la expresión de Robert (casi insolente; tal vez sí tiene un lado oscuro) me doy cuenta de que sospecha que Gabriel es otro descubrimiento de la aplicación de citas. Mi falta de precisión no colabora.

—Encantado de conocerte —lo saluda con un mínimo movimiento de la cabeza—. ¿Te importa si recupero mi asiento?

Gabriel no ha dicho ni una palabra, y aparto la mirada de Robert para mirarlo, y descubro que su rostro está completamente inexpresivo. Algo que nunca había visto, y he reunido bastante experiencia observando a Gabriel.

—Por supuesto. —Gabriel se levanta, tenso, y me echa una última mirada—. Nos vemos pronto.

Mira a Robert, como si buscara una reacción a ese comentario.

Pero Robert solo le sostiene la mirada y le ofrece una sonrisa apretada.

Gabriel retrocede, pero luego gira sobre sus talones.

—Ah, Meredith. —Intento ignorar la emoción que siento al escuchar mi nombre de pila en sus labios. No creo que lo haya dicho antes—. Tengo dos llamadas de su asistente. Aún no se las he devuelto. ¿Está todo bien?

—Ah, yo… no estoy segura. Probablemente sea algo del seguro médico. Nada importante.

Me estudia y asiente con lentitud.

—Está bien. Buenas noches.

Robert recupera su asiento. La incomodidad que me pareció ver en su expresión hace unos minutos ha desaparecido. Estoy segura de que la mención de Gabriel sobre mi consulta, y la subsecuente inferencia de que somos médico y paciente, ha contribuido mucho a suavizar las líneas de preocupación que le habían aparecido en la frente. Sonríe y empieza a hablar de las galletas de Girl Scout que prefiere, unas de mantequilla que no sé cuáles son, y me esfuerzo para concentrarme en él. En esas cejas oscuras y ojos cálidos que hace unos minutos me habían atraído e interesado. Pero toda mi atención está puesta en Gabriel, que se ha sentado en una mesa al otro lado del bar, dándome la espalda. Cada vez que Robert mira hacia otro lado, aprovecho para espiar. Cuando le pide al camarero el menú, le clavo la mirada. Y cuando Gabriel mira por encima del hombro y se encuentra con mis ojos, sé que no podré seguir así el resto de la noche. No con él sentado ahí.

—Lo siento —le digo a Robert justo cuando está a punto de pedir un aperitivo—. De repente no me encuentro bien. ¿Te importaría si la seguimos otra noche? —Sonrío—. He pasado un rato maravilloso, de verdad. Es solo que… siento que me va a empezar a doler la cabeza, y sufro de migrañas. A veces el vino me las provoca. No debí haber tomado esa última copa.

Robert ladea la cabeza y me examina, preocupado.

—Por supuesto, Meredith. Espera que pague y te conseguiré un taxi.

Hacemos las cosas típicas de fin de cita, conversando un momento más, nos prometemos mandarnos un mensaje o llamarnos pronto, y Robert levanta la mano para llamar a un taxi una vez que salimos al frío de la noche.

—Voy a caminar —le digo—. No vivo lejos, y el aire fresco me hará bien.

—¿Puedo al menos acompañarte? —Frunce el ceño.

—No creo que sea buena compañía. Pero gracias otra vez. Realmente he pasado un rato maravilloso.

—¿Tal vez podríamos vernos de nuevo el miércoles?

—Déjame revisar mi agenda. Trabajo hasta tarde un día de la semana que viene, pero no sé si es el miércoles o el jueves.

—Está bien. Por favor, ten cuidado.

—Lo haré.

No puedo respirar con tranquilidad hasta que doblo la esquina. Disminuyo el paso, pero a mitad de la calle, escucho pasos a mis espaldas. Como si alguien me estuviera siguiendo. Miro hacia atrás y veo una figura. Pero la luz de la calle no la ilumina, solo queda una sombra alta y oscura en la acera. Una que se acerca cada vez más. El corazón me late acelerado, y estoy a punto de echarme a correr cuando pasa un taxi. Levanto la mano y le hago señas.

Afortunadamente, el coche se detiene. Me meto rápidamente dentro y, una vez que cierro la puerta, echo un vistazo por la ventana trasera. Pero quienquiera que fuera ya está caminando en la dirección opuesta, doblando la esquina. Distingo la punta de un abrigo largo. Ni siquiera distingo si se trata de un hombre o una mujer. Pero Gabriel solía llevar un abrigo largo cuando lo seguía.

¿Me está siguiendo él a mí ahora?

Las preguntas giran en mi cabeza como un tornado en formación.

¿Por qué haría eso?

Se acercó a mí en el bar.

Los acosadores no suelen mostrarse al descubierto.

Si lo sabré yo.

Sin embargo… apareció allí hoy. De entre miles de bares y restaurantes, Gabriel Wright entró en *el mismo lugar* en el que yo estaba con mi cita.

Aunque, vuelvo a recordarme a mí misma, fui *yo* quien eligió el sitio para encontrarme con Robert. De entre miles de bares y restaurantes en Nueva York, *yo* le dije a mi cita que nos encontráramos en un bar de vinos a dos manzanas del apartamento de Gabriel, cuando sabía con seguridad que a él le gusta beber vino.

Así que tal vez la pregunta que debería estar haciéndome no es «¿Me está acosando Gabriel?»

sino «¿Por qué sigo acosando a Gabriel?».

CAPÍTULO 20

Presente

—Hola. —Sarah asoma la cabeza desde la puerta—. Ha llegado un paquete para ti.

—Ah, gracias. Pedí unos cuadernos nuevos el otro día.

Sarah deja la caja sobre mi escritorio y se queda allí.

—¿Podría irme a las tres hoy? Necesito llevar a mi madre al médico. Ya habrás terminado con la última sesión para entonces.

—No hay problema. —Frunzo el ceño—. Pero no pensé que acabaría tan temprano hoy. Pensé que tenía sesiones hasta las cinco.

—Sí. Pero me hiciste cancelar la sesión de las cuatro, ¿recuerdas? El señor Wright…

Me invade una oleada de pánico.

—¿Hablaste con él?

—Tuve que llamarlo tres veces, pero finalmente me atendió esta mañana.

—¿Cómo se tomó la noticia?

—Sorprendentemente bien, sin discutir. Fue educado y dijo que lo entendía.

Debería sentir alivio, pero a la vez siento algo más. Me tomo un momento para entender de qué se trata, y me doy cuenta de que estoy decepcionada. Y peor aún, la decepción me distrae tanto que me lleva unos instantes más darme cuenta de la enormidad de lo que acaba de suceder. Se acabó. Gabriel está fuera de mi vida. De una vez por todas.

Me quedo absorta en mis pensamientos durante no sé cuánto tiempo, pero cuando por fin vuelvo al presente, descubro que Sarah me observa, con la cabeza ladeada.

—¿Puedo preguntar por qué despediste al señor Wright como paciente? Es el único paciente nuevo que has derivado a otro profesional.

—Yo… no era la profesional adecuada para él.

Se muerde el labio y avanza un paso hacia el despacho.

—Somos amigas, ¿verdad, Meredith? Quiero decir, sé que eres mi jefa y todo eso. Pero me

gusta pensar que también eres mi amiga.

—Mmm, por supuesto —respondo, después de un momento, porque resulta evidente que quiere una explicación.

—Vale —se ríe—. Me doy cuenta de que mi pregunta te ha puesto nerviosa. Así que no voy a indagar demasiado. Solo diré esto: sé que sigues las reglas al pie de la letra. También me di cuenta de cómo Gabriel Wright te miraba las últimas veces que estuvo aquí. Y de cómo tú lo mirabas a él. Así que, si lo despediste para poder ligar con él, estoy totalmente de acuerdo. Adelante, chica. Te mereces ser feliz, jefa. —Me guiña un ojo, y disimulo el rubor que me enciende el rostro—. Tu próximo paciente llegará en cualquier momento. Voy a traerte el café de media mañana.

Cuando cierra la puerta, mi mandíbula aún sigue en el suelo.

¿La manera en que Gabriel me mira?

¿La manera en que yo miro a Gabriel?

Cierro los ojos y respiro hondo varias veces. Si Sarah supiera lo mucho que sigo las reglas al pie de la letra…

Por suerte, no tengo tiempo para pensar demasiado en lo que me ha dicho. Empezaré a atender pacientes pronto y necesito despejar la mente, distraerme de todo lo relacionado con Gabriel Wright. Así que meto la mano en el cajón, extraigo el abrecartas y corto la cinta adhesiva que cierra la caja que Sarah ha dejado. Lo que encuentro poco tiene que ver con lo que esperaba encontrar. No son los cuadernos. En su lugar, hay… un muñeco de Hello Kitty. Al principio asumo que es un error, otro error del correo. Pero después mi cerebro conecta un montón de puntos que ni siquiera sabía que estaban ahí. En términos psiquiátricos, experimento un *flashback*.

La foto en el periódico al día siguiente del accidente.

El charco de sangre roja sobre la acera blanca.

El coche destrozado de Connor a un lado.

La lona que cubre un cuerpo pequeño.

Tan, tan pequeño.

El peluche de Hello Kitty, a menos de medio metro de la niña muerta.

Me llevo la mano a la garganta. No puedo respirar. *Realmente no puedo respirar.*

Me tiemblan las manos, pero me las arreglo para sacar el muñeco de la caja.

El pequeño cuerpo cubierto.

Tan, tan pequeño.

Dejo caer el juguete de golpe en la caja y busco la etiqueta.

Es mi nombre. Y mi dirección. Pero el número de oficina está mal.

Igual que la vez anterior.

Sarah llama a la puerta y la abre.

—El paciente… —Frunce el ceño—. ¿Estás bien? Estás pálida.

—Este paquete no es para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Pedí cuadernos. No pedí esto.

Se acerca a mi escritorio y mira la caja.

—Ay, me encanta Hello Kitty. Se ha vuelto a poner de moda últimamente.

—¿Sí?

—Mi sobrina tiene una colección enorme. Es genial que no haya perdido vigencia. Yo también tenía estos muñecos cuando era pequeña. ¿Tú no? —Niego con la cabeza—. ¿Quieres que lo devuelva?

Parpadeo.

—¿Piensas que lo enviaron por error?

—Por supuesto. ¿Qué más podría ser?

¿Un recordatorio? ¿Una amenaza? ¿Una advertencia? Pienso inmediatamente en la organización que puso los carteles. Madres en Acción contra el Abuso Médico. Esas personas quieren que nunca me olvide. Una vez tuve una paciente cuyo esposo abusador la golpeó hasta dejarla al borde de la muerte. Llevaba años maltratándola hasta que ella finalmente logró que lo encerraran. Él se las arreglaba para enviarle regalos desde la prisión: la maceta con la que le había fracturado el cráneo, la botella de vino que rompió y usó para cortarle la cara. Son anclajes: objetos colocados para aterrorizar a la otra persona.

—¿Meredith? —Sarah me pone una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Me trago el nudo de miedo que se me ha formado en la garganta y asiento.

—Sí. Estoy cansada. Es eso.

No parece convencida, pero al menos se lleva la caja para que no tenga que verla más.

—Te daré unos minutos antes de hacer pasar al señor Holloran.

—Gracias.

Aunque unos minutos no me servirán de mucho. El daño está hecho. Mis nervios están crispados de nuevo. Un muñeco de Hello Kitty. Hace poco, un libro sobre un acosador. ¿Coincidencia? ¿Cuántas coincidencias son demasiadas coincidencias? ¿Tres? ¿Seis? ¿O no descubres el número mágico hasta que algo realmente malo sucede…?

Todavía estoy tratando de asimilarlo todo cuando Sarah hace pasar a mi primer paciente. No estoy lista, pero agradezco la interrupción. El trabajo se ha convertido en mi fortaleza: actúa como una barrera contra los pensamientos negativos y las preocupaciones. En la primera sesión siento que navego en una tormenta tropical. En la segunda sesión, unas pocas olas. Para cuando llega el último paciente, las cosas marchan viento en popa.

Henry Milton. Hace años que lo trato. Depresión. Y mitómano. A veces la gente usa esa palabra para referirse a alguien que tiene la tendencia a contar historias exageradas, pero un mitómano auténtico no tiene nada que ver con el tipo que dice que pescó un pez el doble de grande o que cuenta cuentos sobre aventuras amorosas que nunca ocurrieron. El mentiroso común miente por una razón: para salir de apuros, evitar la vergüenza, darse más importancia de la que tiene. Pero los mitómanos inventan historias que no tienen ningún beneficio para ellos. Es una compulsión. Y suele ser difícil darse cuenta de si hay algo de verdad en lo que dicen. Perfeccionan su oficio. Pero con Henry, por lo general, suelo reconocer las mentiras por el nivel de detalle y lo extravagante de la historia.

—A mi amigo lo atropelló un coche. Un Prius. Son muy silenciosos. Estaba cruzando la calle 64 este con el semáforo en rojo. Llegó a la mitad y… —Junta las manos de golpe—. Paf.

—Ay, qué horrible. ¿Está bien?

—Se rompió la espalda —niega—. Bueno, no se sabe si se rompió. Definitivamente tuvo un esguince. Pero tenía mucho dolor. Lo operaron. Es de Ohio, así que sus padres se subieron al coche para venir a verlo. Pero murió en el quirófano.

—¿Murió durante la cirugía?

Asiente, pero aparta la mirada. Otra señal de que Henry está mintiendo. Me pregunto por un instante si el doctor Alexander me lee así de fácil.

—Sus padres han puesto una demanda. Creen que fue la anestesia. El padre es un abogado conocido, también. Sale por la tele. Canales de verdad como Fox. Y encima el tío que conducía el Prius es un actor famoso. Bueno, no tan famoso. Pero suficientemente famoso como para tener dinero para llegar a un acuerdo.

Ahora estoy segura de que la historia es inventada. Porque sigue hilándola como una araña: para todos lados y dando vueltas y vueltas. Si no lo detengo, en diez minutos el cuento se habrá transformado en algo totalmente irreconocible.

—Henry… —Uso un tono severo pero medido—. ¿Su amigo tuvo un accidente de verdad?

Frunce el ceño y cambia de tema en lugar de responder a mi pregunta.

—Creo que no le caía bien a su sustituto.

—¿Por qué dice eso?

Se encoge de hombros. Después empieza a divagar con una nueva historia. Sobre una mujer con la que ha empezado a hablar y que no estoy segura de que exista. Debería prestar más atención, pero llevo todo el día distraída. Desde que Sarah me dio la noticia de que cierto paciente ya no es mi paciente. Por supuesto, el envío que llegó *por error* tampoco ayudó. Últimamente, siento que mi vida es un camino de barro. Cada vez que avanzo la marcha se vuelve más penosa, pero tengo que seguir adelante.

El temporizador suena mientras Henry está en medio de otra historia. Espero a que termine y

luego doy por finalizada la sesión. Sarah asoma la cabeza en cuanto Henry se va.

—Me voy en un rato. ¿Te quedas?

—Tengo que ponerme al día con las notas de algunas sesiones.

—Voy a prepararme un té verde para el camino. ¿Quieres uno?

—Me encantaría. Gracias.

Cuando Sarah se va, contemplo la agenda del día. Gabriel Wright es el único nombre que no está tachado. En el fondo sé que cortar todo lazo es lo correcto. Ni siquiera debería haber habido lazos que cortar. Sin embargo, siento una intensa sensación de pérdida. Y no puedo dejar de plantearme una docena de situaciones hipotéticas…

¿Y si él no fuera quien es y hubiera coincidido con él en la aplicación de citas en lugar de Robert? Es una locura pensar en eso, pero no puedo negar que me sentía atraída por él. ¿Estaría saliendo con él ahora? ¿Me habría encontrado con él para tomar algo la otra noche, en lugar de con Robert? ¿Me habría ido a casa con Gabriel? ¿Habría dormido con él? Hay química entre nosotros. Tristemente, los dos minutos en los que apareció durante la cita pusieron en evidencia que *no* tengo eso con Robert. No hay chispa. No hay fuego. No hay atracción. Lo que es una mierda porque Robert es un gran hombre, el hombre con el que *debería* haber estado soñando anoche, en lugar de con mi paciente. O expaciente, mejor dicho.

Pierdo otra hora sentada en el escritorio. No logro concentrarme para escribir las notas de las sesiones. Así que doy la jornada por terminada y decido acabar el trabajo en casa. Primero tengo mi sesión con el doctor Alexander, pero tal vez después de eso me dé un baño con sales aromáticas de lavanda para tratar de despejar la mente. Una copa de vino mientras estoy en el baño también me podría ayudar.

Ni he tocado el té verde que Sarah preparó antes de irse. Está frío, así que lo caliento en el microondas y lo vierto en mi taza térmica para llevarlo conmigo. Cuando llego a la puerta, sigo perdida en la niebla que me ha rodeado durante todo el día. Tengo los brazos cargados con un montón de archivos, el portátil y la taza térmica, y tengo que moverlos a un solo brazo para sacar las llaves del bolso. Abro la puerta con la cabeza gacha y avanzo, y me choco de frente con alguien.

Uno a uno, los papeles comienzan a deslizarse de mis brazos y me agacho para sujetarlos, lo que hace que derrame el té. No debo haber cerrado bien la tapa, porque se abre por completo y el contenido se derrama sobre la persona con la que he chocado. Todo ocurre en un segundo.

—Vaya. Lo siento mucho…

Me quedo congelada cuando veo el rostro apuesto que me mira desde arriba.

Gabriel.

Se acerca para sostenerme.

—¿Está bien?

Me lo quedo mirando.

—Yo, eh, no lo he visto. ¿Qué está haciendo aquí?

—Vine a hablar con usted. —Se aparta la camisa empapada de la piel—. Eso estaba bastante caliente.

Sacudo la cabeza y me obligo a quitarme el aturdimiento de encima. Acabo de derramar té hirviendo sobre este hombre.

—Lo siento mucho. Voy a buscar algo.

Gabriel me sigue hasta la recepción; voy directamente al último cajón del escritorio de Sarah. Está lleno de sobres de kétchup, salsa de soja, utensilios y montones de servilletas de diferentes lugares de comida para llevar. Tomo un montón de servilletas y nerviosamente seco la camisa de Gabriel. Pero cuando siento los músculos duros debajo, me doy cuenta de que lo que estoy haciendo es poco apropiado y me disculpo de nuevo, entregándole las servilletas.

Se limpia lo mejor que puede.

—Lo siento tantísimo. Yo pago la tintorería.

—No es necesario.

—Insisto.

Tomo las servilletas mojadas de sus manos y las tiro a la basura. Cuando me doy la vuelta, la habitación está en silencio, y ya no hay ninguna distracción. Gabriel espera hasta que nuestros ojos se encuentren para hablar.

—¿Por qué no me quiere como paciente? —pregunta.

Se me acelera el pulso, y de repente siento calor.

—Yo, eh, tengo que pedirle perdón por eso. Tengo la agenda demasiado llena y no puedo aceptar más pacientes nuevos. Debería haberme dado cuenta antes de que empezáramos a trabajar juntos.

Gabriel entrecierra los ojos.

—¿Demasiado llena?

Asiento y aparto la mirada.

—Creo que realmente le gustará el doctor Pendleton. Sabe escuchar.

La intensidad de su mirada me abrasa la piel.

—¿Y si le pago el doble?

—Ay, no. No tiene que ver con el dinero. De verdad que no.

Gabriel se queda callado durante demasiado tiempo. Me pregunto si puede oír mi corazón, que late enloquecido. Cuando finalmente habla, su voz es baja, casi íntima.

—¿Meredith?

Lo miro a los ojos. Odio que me guste el sonido de mi nombre saliendo de su boca en ese tono suave.

—Es usted la primera mujer con la que me he vinculado desde que murió mi esposa. —Hace una pausa y luego añade rápidamente—: La primera persona, quiero decir. —Trago saliva—. La otra noche, después de nuestra sesión, dormí seis horas seguidas. Eso es un récord desde… —Hace una pausa y deja que las palabras no dichas floten en el ambiente—. ¿Le parece que podría hacerme un hueco durante unas semanas más al menos? Déjeme avanzar un poco más antes de cambiar a alguien nuevo. Siento que estoy progresando, y cambiar en este momento me haría retroceder.

Abro la boca para decir que no, pero las palabras no salen. ¿Cómo podría decirle que no a un paciente en un momento tan crucial?

¿Cómo podría decirle que no al hombre al que ayudé a destruir?

La respuesta es que no puedo hacer eso.

Así que respiro hondo y fuerzo una sonrisa.

—Claro. Por supuesto. Llame mañana y Sarah lo agendará.

Y sin más, me encuentro de vuelta en el mismo baile.

CAPÍTULO 21

Ahora

Cuando subo al metro para ir al consultorio del doctor Alexander, tiemblo de emoción.

Había sentido la falta de Gabriel todo el día. El saber que nunca lo volvería a ver. Al menos, hasta que volviera a los viejos hábitos. Y estaba decidida a no hacer eso. Iba a trabajar y ayudar a la gente. Haría ejercicio. Escribiría en mi cuaderno, iría a las sesiones y sería normal. Absolutamente normal.

Pero quizá sabía, en el fondo, que no sería tan sencillo.

Que Gabriel haya aparecido, me haya rogado por un par de sesiones más, bueno, es como un bálsamo para mi alma. Siento que todo está bien. Como cuando rompes con alguien, vuelves a estar en pareja con él y, solo por un momento, el optimismo te hace sentir ligera y feliz, como si todo fuera posible. Contemplo mi reflejo en el cristal cuando llegamos a una estación y veo la sonrisa en mi rostro. Al menos, hasta que noto otra cara en la ventana, *una cara que me observa.*

Me giro rápidamente, pero es demasiado tarde: la gente sale del vagón. Tengo una imaginación hiperactiva últimamente. Muy hiperactiva. Necesito distraerme, así que saco el móvil y leo el último mensaje de Robert.

Robert: ¿Nos vemos el miércoles? ¿Qué te parece?

Guardo el móvil sin responderle. No sé. Es difícil seguir adelante con algo que sé que no va a ninguna parte. Sé que tengo la cabeza en otro lado, concretamente en Gabriel. Meto la mano en el bolso y me vuelvo a aplicar brillo labial, para hacer algo. Reviso el correo electrónico del trabajo y contemplo a los otros pasajeros mientras el metro se detiene. Me bajo. Mantengo la vista clavada en la espalda de un hombre que se dirige a hacer ejercicio en algún lugar, con su bolsa del gimnasio al hombro y un batido de proteínas en la mano. Es alto y ancho, musculoso, lleva poca ropa para la temperatura que hace. ¿Por qué no puedo obsesionarme con alguien así?

Alguien que tenga que ver con lo que *tú* hiciste, alguien que no sea un paciente.

Suspiro. Sería agradable encontrar a alguien normal.

Aunque no me siento muy normal últimamente. Tal vez lo anormal atrae a lo anormal, y eso es lo que me cautiva de Gabriel. O quizá sea el trauma que compartimos. A veces, el trauma une a las personas, las hace aferrarse una a otra. Diez minutos después, llego a la oficina del doctor Alexander y tomo asiento para beber una taza de té que su nueva asistente ha preparado para mí. Es de hierbas, descafeinado, lo cual es bueno: ya tengo taquicardia sin ayuda de nada; tengo un torbellino en la cabeza desde la aparición de Gabriel. No puedo dejar de reproducir en mi mente cómo me rogó que siguiera atendiéndolo; cómo dijo que soy la única mujer con la que ha conectado desde que su esposa murió. Respiro hondo y me recuerdo que lo importante es *ayudarlo*. No tiene nada que ver conmigo.

—El doctor la recibirá pronto —dice la secretaria, asomándose a la sala—. Perdón por la demora. Sigue ocupado.

Asiento y busco el teléfono; vuelvo a mirar el mensaje de Robert. Pero nada ha cambiado; sigo sin saber cómo responder. Hago clic en su foto de perfil y la contemplo, a la espera de que se me aclaren las ideas. No pasa nada, así que cierro la aplicación y hago algo que no he hecho en mucho tiempo. Voy al sitio web de la Universidad de Columbia y navego hasta la página del personal. Busco el Departamento de Literatura, hago clic en el profesor Gabriel Wright. Cuando aparece su rostro, se me acelera el corazón. Y me doy cuenta de que he encontrado la respuesta. Aunque no la que quería.

—¡Meredith! Discúlpeme por la demora. —Meto el móvil en el bolso, con las manos temblando. Me siento como si me hubieran atrapado haciendo una travesura—. ¿Estaba enviando un mensaje? Puede terminar de hacerlo. —Hace un gesto con la mano mientras se dirige a su escritorio y abre los cajones, en busca del cuaderno correcto, supongo.

—Sí, pero está bien. A veces es bueno hacerlos esperar. —Intento sonreír.

Las cejas del doctor Alexander se levantan.

—Ah. Parece que se trata de un hombre.

—Sí. —Esta vez, sonrío de verdad.

—Muy bien —asiente para alentarme, dándome espacio para continuar, pero sin presionarme.

—Tuve una cita. El viernes.

—Y ahora le sonríe al teléfono. Buena señal. ¿Cómo se siente?

Obviamente se refiere al hombre con el que piensa que me estaba enviando mensajes, que debería haber sido Robert. No Gabriel: casi me atrapa embobada mirándolo.

—Estoy… —Quiero ser sincera. Quiero decirle la verdad dentro de lo posible. Aunque estemos hablando de hombres distintos—. Me siento contenta. Feliz.

Asiente y garabatea algo.

—Me alegra escuchar eso. ¿Lo verá otra vez?

Sí. Tan pronto como sea posible. Tan pronto como Sarah lo agende.

—Espero que sí —digo.

—¿Le parece que está lista para una relación física? No tiene nada de malo si no lo está. Muchas personas salen mucho tiempo antes de sentirse listas.

Cambio mentalmente de hombre y considero la idea de besar a Robert. De tocarlo. Me gustó bastante, pero no, no lo llevaría a casa conmigo. La pregunta más importante es ¿por qué no? ¿Por qué no me permito sentirme bien, aunque sea solo por una noche?

La respuesta me llega sin dificultad, pero no es por *ti*. No, es porque me siento atraída por alguien más, y siempre he sido una mujer de un solo hombre.

Gabriel.

Pienso en su boca, sus ojos. Su cabellera abundante. Pienso en un sueño que tuve anoche, piel sobre piel, sus manos entrelazadas con las mías, sus labios en mi cuello…

—Soñé con eso.

—¿Y?

Abro la boca; por un momento pienso que quiere detalles. Pero, por supuesto, solo está preguntando cómo me siento al respecto. Cómo me sentí acerca de la intimidad física en mi sueño. Lo mismo que preguntaría a mis pacientes, porque los sueños a menudo reflejan algún elemento de la realidad.

—Me sentí bien —respondo—. Así que tal vez. Quizá con la persona adecuada.

El doctor asiente, satisfecho.

—¿Y cómo va el trabajo? Han pasado unas semanas desde su vuelta, ¿verdad?

—Va bien. —Me muerdo el labio y elijo las palabras con cuidado. El doctor Alexander inclina la cabeza, me mira por encima de sus gafas, y sé qué es lo que está esperando—. Transferí a Gabriel a otro médico.

Lo cual es cierto. Le pedí a Sarah que lo derivara a otro profesional.

—Bien hecho. Estoy seguro de que fue difícil. ¿Cómo se lo tomó él?

—Se lo tomó bien.

Técnicamente, no es una mentira. Pero siento la tensión: sé que estoy haciendo algo que podría meterme en problemas de nuevo. Que, como mi paciente mitómano, no le estoy diciendo la verdad a mi terapeuta. Pero lo mío no es patológico. Son mentiras normales. Pequeñas mentiras piadosas. Y, en este caso, es para beneficio de Gabriel, no mío.

Él dijo que lo estaba ayudando.

—Parece que has avanzado mucho, Meredith —afirma el doctor.

Me recuesto en el sofá y sonrío con calma.

—No podría estar más de acuerdo.

CAPÍTULO 22

Presente

—Gracias de nuevo por aceptar atenderme un poco más de tiempo.

La barba de Gabriel ha desaparecido. Es la primera vez que veo los ángulos de su mandíbula, la plenitud de sus labios. Me gustaba su barba. Pero esto… Esto es un nivel completamente diferente. Se da cuenta de que lo estoy mirando, así que digo algo.

—Lo siento. —Sonrío y me señalo la barbilla—. Parece tan diferente sin barba.

—¿Diferente para bien o mal? —Sonríe con picardía.

Dado que había ocultado una estructura ósea que emocionaría a un escultor hasta las lágrimas y unos labios por los que muchas mujeres pagarían una pequeña fortuna, definitivamente prefiero ver más de él. Sin embargo, opto por la respuesta objetiva.

—Le quedan bien ambos estilos.

—Esa es la respuesta segura. Lo que le diría a una mujer si me pregunta qué vestido le queda mejor.

—Bueno, ahora, así afeitado, puedo ver mejor su rostro. Muestra más sus expresiones, lo que me ayuda a entender mejor lo que está sintiendo. Así que, por razones profesionales, lo prefiero sin barba.

—Ay, no —replica, con una expresión burlona—. Será mejor que me la deje crecer si puede ver lo que siento.

Sonrío. Hoy está alegre. Casi coqueteándome. Me pregunto por qué.

Descanso las manos en el cuaderno que tengo cerrado sobre la falda.

—Entonces, ¿cómo han ido las cosas desde nuestra última sesión? ¿Algo nuevo que contar?

Gabriel baja la vista.

—Me da un poco de vergüenza hablar de esto, pero sí, algo se ha despertado. —Me mira con una sonrisa tímida, se da cuenta de que estoy confundida y se ríe—. Me ha vuelto la libido.

Trago la bola de celos inesperados que se me ha formado en la garganta.

—Entiendo. ¿Así que ha conocido a alguien?

—No, quiero decir que… Bueno, hace mucho que no sentía deseo sexual. —Gabriel levanta la mano y menea los dedos—. Ni siquiera para autosatisfacerme.

Ah. ¡Ah!

Los celos que me quemaron el pecho unos segundos atrás se ven reemplazados por algo diferente. Algo muy, muy diferente.

Este hombre.

Esa mano.

Agradezco no sonrojarme tan fácilmente.

Carraspeo.

—Bueno, la privación sexual como autocastigo es bastante común. En otra sesión dijo que sentía culpa cuando tenía citas, que le parecía mal estar con otra mujer porque todavía se siente casado.

—Eso es una mierda. —Gabriel sacude la cabeza—. Perdón. Disculpe mi lenguaje. Pero me parece una locura sentirme así cuando la vida sexual con mi esposa era inexistente.

Me acomodo en el asiento y abro el cuaderno.

—Hablemos de eso. Mencionó que su esposa tuvo una aventura con otro hombre. ¿Cuánto tiempo antes de que falleciera ocurrió eso?

Gabriel resopla.

—¿De cuál quiere hablar?

Se me estruja el corazón.

—Ah. No me di cuenta de que se trataba de más de una.

—¿Por qué la gente es infiel? —pregunta, apartando la mirada.

—Esa es una pregunta muy compleja, con muchas posibles respuestas.

—Dígame algunas. Respuestas, digo.

Hablamos durante un buen rato sobre las razones que llevan a las personas a ser infieles: fobia al compromiso, venganza, desconexión emocional, necesidades insatisfechas, baja autoestima, incluso en algunos casos porque se acaba el amor. Cuando nuestra conversación llega a un alto, junto las manos.

—¿Alguno de los motivos sobre los que hemos hablado le parece que podría ser la respuesta que está buscando?

—Más de uno, en realidad. —Suspira y sonríe tristemente—. Pero ¿podemos volver a esto de la privación sexual que mencionó antes? ¿No tendría que decidir hacerlo?

—No, nos castigamos inconscientemente de toda clase de maneras: autosabotaje, procrastinación, nos aislamos de los demás. Hay muchos tipos de privación que pueden ser actos de autocastigo. Cuanto más nos flagelamos, más sencillo nos es aliviar la culpa que sentimos.

—Han pasado casi dos años. Diría que mi castigo ha sido bastante severo. —Sonrío y apunto algo en el cuaderno—. Si estoy, ya sabe, ocupándome de mis necesidades de nuevo, ¿quiere decir que mi castigo ha terminado? ¿Que no me sentiré mal la próxima vez que una mujer me invite a pasar la noche?

—Me parece que, que la mente decida que es hora de permitirse sentir autoplacer, no quiere decir que su conciencia le ha dado rienda suelta para estar con mujeres.

—¿Ha pasado suficiente tiempo, entonces? ¿Cuánto tiempo debo esperar?

—No hay un plazo establecido para estas cosas. Cada persona es diferente. Solo usted sabrá cuándo está listo.

Gabriel se queda pensando un momento. Después levanta la vista para encontrarse con la mía.

—¿Y usted? ¿Cuánto tiempo le tomó volver a la acción después de su divorcio?

—Cuando suceda, le avisaré. —Sonrío.

Gabriel suelta una carcajada.

—Bueno, me alegra saber que no soy el único depravado.

Sonrío.

—Que se priva, no depravado.

Le miro la boca. Cuando la punta de la lengua se asoma y se desliza por el labio inferior, la siento por todos lados. *Por todos lados.*

Algo chisporrotea en el aire cuando levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. Al menos eso es lo que siento. El corazón me late con fuerza. Jadeo. Ay, Dios. ¿Será que lo siento solo yo? Pero no puedo apartar los ojos de los suyos. Y en ese momento…

Suena el temporizador.

No sé qué siento más, si alivio o decepción, pero el momento pasa, aunque no sé si era la única que lo estaba experimentando.

Carraspeo.

—Bueno, parece que nuestro tiempo por hoy ha terminado.

La mirada de Gabriel es inescrutable.

—¿Supongo que seguiremos la semana que viene desde donde lo dejamos?

No suelo apresurar a los pacientes para que se vayan, pero hoy me levanto para agilizar el trámite. Necesito un minuto para mí. Tal vez una hora. Tal vez un día. Y definitivamente un vaso grande de agua fría. Posiblemente una ducha.

Gabriel sale en silencio. Se detiene y se gira, con la mano en el picaporte.

—¿Alguna cita en el futuro cercano en Sunny's?

—No.

Sonríe.

—Nos vemos la semana que viene, doctora.

Es pasada la medianoche, y sigo obsesionada con la sesión de hoy con Gabriel. La atracción. La chispa. Ha pasado mucho tiempo desde que me siento tan viva. No desde *ti*. Han pasado horas, pero el ansia que siento es tan abrumadora que no puedo relajarme para dormir.

Contemplo el techo en la oscuridad. Cada vez que cierro los ojos, me imagino a Gabriel. Su mirada penetrante, el atisbo de sonrisa sensual en los labios, la forma en que la lengua le recorrió el labio…

Empiezo a sudar cuando pienso en lo que hubiera hecho él si yo hubiera hecho algo.

¿Me habría devuelto el beso?

Me imagino los labios de Gabriel contra los míos.

Mis uñas clavándose en la piel de su espalda.

Él dentro de mí.

Duro.

Profundo.

Ay, Dios.

Mi lado racional asoma la cabeza y me regaña por siquiera pensar en un paciente de esta manera. Y no se trata de cualquier paciente, por supuesto. Pero mi lado irracional es más fuerte esta noche. Quiere ser imprudente. Así que hago algo que no he hecho en *mucho* tiempo. Busco el vibrador en la mesita de noche.

Se enciende con un zumbido que me calienta el cuerpo, y me lo paso con una lentitud minuciosa por la piel; por la barbilla, por la clavícula y lo dejo vibrar sobre mis pezones hasta que empiezo a temblar. Después, lo bajo poco a poco hasta que lo deslizo en mis bragas y me abro bien de piernas, sintiendo el orgasmo que crece. El trueno antes de la tormenta.

Quizá Gabriel tenía razón. No nos privamos, somos depravados.

CAPÍTULO 23

Ahora

Mientras ordeno el apartamento el domingo por la mañana, me suena el móvil. Me detengo con el almohadón a medio ahuecar y miro al otro lado de la habitación, donde se ha encendido la pantalla del teléfono.

No recibo muchas llamadas últimamente.

Bueno, eso no es del todo cierto. Sí recibo llamadas. Solo que no las contesto. Irina me llamó el otro día. Me dejó un mensaje invitándome a almorzar. Pero no puedo enfrentarme a ella. Es difícil encontrarme con personas de esa época: la década de Connor y Meredith. Siento vergüenza. Me parece que gran parte de mi vida ha sido una mentira.

Pero podría tratarse de algo importante: quizá es el servicio de emergencias fuera de hora que me contacta por un paciente en crisis. Dejo el almohadón y atravieso rápidamente el salón; siento la alfombra suave bajo los pies. Estoy pensando en vender. Conseguir un nuevo apartamento, quizá uno más pequeño. Uno que no sea tan… tú.

El nombre de mi hermano aparece en la pantalla y deslizo para contestar.

—Jake —digo—. ¿Cómo estás?

No hemos hablado desde… no sé cuándo. ¿Navidad? Nuestra comunicación se limita a enviarnos mensajes de texto o compartir memes en las redes sociales.

—Hola, Mer, ¿qué tal el tiempo de Nueva York?

Me río, porque trabaja aquí y vive a un viaje de tren de distancia, en Connecticut. Es probable que el tiempo allí sea casi igual que el de aquí; sin embargo, se comporta como si viviera en la otra punta del país.

—Bien. Hoy por fin ha subido un poco la temperatura. ¿Cómo están las niñas?

—Muy bien. Las dos van a jugar a fútbol esta primavera.

—Es un buen ejercicio.

—Creo que no hacen mucho más que correr como un rebaño tras la pelota, pero por algo se

empieza.

—Ajá.

Me siento en el sofá y cojo otro almohadón para ahuecarlo. No es que no me guste hablar con Jake, es que me doy cuenta de que ha llamado por un motivo, y que está charlando de trivialidades por educación antes de pasar a lo que le importa. Lo delata el tono y la informalidad forzada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Bueno… —Jake carraspea—. He estado trabajando en el asunto del seguro de vida de Connor.

—Ah.

La sangre se me va de la cara de golpe. El cuerpo se me hiela al oír sus palabras. No quise lidiar con eso; ni siquiera quise pensar en recibir dinero después de lo que hizo. Así que le pedí a Jake que se ocupara. Le otorgué un poder notarial y me olvidé del asunto.

—Ha sido difícil. La compañía de seguros no quiere pagar. Tampoco el plan de pensiones del equipo. Sostienen que murió en la comisión de un delito, lo cual está dentro de las exclusiones de la póliza.

En la comisión de un delito.

¿Qué crimen? ¿Robar recetarios? ¿Matarse? ¿Matarlas? ¿Conducir bajo los efectos de las drogas y el alcohol? Podría ser cualquiera. Lo hiciste todo tan mal. *Yo* lo hice todo tan mal.

—Pero no se determinó que Connor cometiese un crimen. No hubo acusación criminal ni juicio. No tuvimos la posibilidad de montar una defensa.

Pienso en el detective, en mi confesión. *Fue culpa mía*. Pero me ignoró como diciéndome «vete a casa, vive tu vida». Como si eso fuera posible.

—Pero la buena noticia es que negociamos un pago del setenta y cinco por ciento. Es mucho dinero, Meredith. Podría cambiarte la vida.

—¿Cambiarme la vida? —Las palabras suenan como las siento: amargas—. No cambia nada, Jake.

Sigo sola. Mi marido sigue muerto. La familia de Gabriel Wright ha desaparecido para siempre. Pienso en qué hacer. Yo no debería recibir tanto dinero; no he hecho nada para ganármelo. Si alguien cometió un crimen, fui yo. No lo merezco. Y estoy segurísima de no quererlo.

—No me importa el dinero.

—Bueno, mañana se te acreditará.

Se hace un silencio; es probable que Jake espere que cambie de parecer. A que diga «vale, de acuerdo, lo acepto». Pero la idea de que tal suma de dinero se deposite en mi cuenta, casi como una recompensa por mi incapacidad para actuar, para detenerte, para evitar que tres personas

murieran, es demasiado.

—No. No lo quiero.

—Meredith, ¿qué quieres que haga? No puedo detener el pago. Me he pasado meses negociando para asegurarme de que recibas lo que te corresponde…

—No me estás escuchando. —Cojo la almohada más cercana y la aprieto contra mi pecho. Vuelco la rabia y la frustración y la estrujo—. No lo quiero. ¿Sabes qué? Envíaselo a la familia que Connor destruyó.

—¿Qué?

—Envíaselo a ellos. Perdieron a una madre, a una hija. Si alguien se merece el dinero, son ellos. Deberían haber interpuesto una demanda por la herencia y habérselo llevado todo. Ojalá lo hubieran hecho.

—Este es el dinero por el que tu marido trabajó. Son sus ahorros para la jubilación, el plan de seguros que adquirió. Son casi tres millones y medio de dólares… —Las palabras de Jake salen rápido, como si yo fuera un cliente al que puede convencer.

—No. Hablo en serio. Envíaselo a la familia. Que no aparezca mi nombre. Pon solo el nombre de Connor, di que es herencia suya. ¿De acuerdo?

—Meredith, sé que te sientes así ahora, pero ¿y si…?

—Por favor, hazlo, Jake. No voy a cambiar de opinión. Nunca. Y tengo que irme. Gracias por ocuparte de todo.

Básicamente le cuelgo a mi hermano en la cara. Hundo la cabeza en las manos y me quedo ahí sentada durante no sé cuánto tiempo, tal vez veinte minutos, tal vez una hora. El teléfono vibra, probablemente es Jake mandándome un mensaje porque me conoce y sabe que no responderé a las llamadas. Más adelante le pediré disculpas. Sé que ha hecho muchísimo por mí, pero necesito que respete mi decisión.

Por fin, levanto la cabeza. La luz ha cambiado, de media mañana a primeras horas de la tarde. Me levanto y voy al dormitorio, me cambio de ropa, me pongo una chaqueta, cojo mi cuaderno y salgo.

Es hora de caminar. Una larga caminata sin rumbo para despejar la mente. De esas que solía hacer antes de que el doctor Alexander me dijera que caminara en la cinta. Ahora el tiempo ha mejorado. La suave brisa primaveral sopla a través de los árboles en flor. La acera, irregular en algunos sectores, me obliga a concentrarme y me impide perderme en pensamientos más profundos y oscuros. Paso por escaparates y aprovecho para observar con disimulo a las personas con las que me cruzo.

En algún momento, compro un café. Más tarde, un cruasán. Brevemente me cruzo con mi antigua ruta, cuando solía seguir a Gabriel. Pero hoy, cuando llego a la universidad, no me detengo. Giro y sigo caminando. El sol ya no está alto, se ha acercado al horizonte. No es aún la

hora dorada. Pero pronto lo será. Sigo caminando. Tomaré un taxi de vuelta a casa. Me encuentro en un lugar nuevo, donde los edificios me resultan desconocidos.

Rayas naranjas cruzan el cielo cuando bajo una colina y descubro un vasto césped rodeado por una cerca de hierro forjado. Es un cementerio, uno que nunca había visto ni explorado antes.

Uno en el que nunca he buscado sus tumbas.

Es demasiado tarde para que haya alguien en la pequeña edificación donde podría preguntar si la familia Wright está enterrada aquí, así que camino y paso fila tras fila de lápidas. El cementerio está bien cuidado, con el césped recortado bajo la suela de mis zapatos. Hay flores frescas plantadas aquí y allá. Algunas lápidas son más antiguas, pero la mayoría son nuevas, de los dos mil. Cuando descubro dos lápidas idénticas, me detengo. No solo son idénticas, como las de marido y mujer, sino que ambas han sido pulidas hasta brillar. Nuevas. Como si las hubieran colocado al mismo tiempo, y hace poco.

Ellen Wright.

Rose Wright.

Las he encontrado. Me quedo sin aire y me dejo caer de rodillas frente a sus nombres.

La familia de Gabriel. El césped ha crecido sobre sus tumbas. Pero la fecha de la muerte es la correcta. Es un día que jamás olvidaré. Abro la boca como si fuera a decirles algo: «Lo siento tanto» o quizá «Os echa de menos». Pero no necesitan que yo les diga eso. Unas lágrimas calientes me ruedan por las mejillas. Por supuesto que él ha estado aquí. Lo demuestran las rosas que descansan sobre cada lápida, que están empezando a marchitarse. Pues claro que ha venido y les ha dicho lo que necesitaba decirles, probablemente cien veces. Ellas yacen aquí por *tu* culpa. Por *mi* culpa.

Se me escapa un sollozo. Me tiemblan las manos cuando las estiro para tocar las lápidas; desearía poder cambiar esto de alguna manera. Curarlo. Me quedo mucho tiempo. El mundo se oscurece a mi alrededor. Debería preocuparme por mi integridad física, pero no lo hago. Merezco que me hagan sufrir. Una sombra que avanza por el cementerio hacia mí, la silueta recortada contra una única farola, finalmente me pone en movimiento. Echo un último vistazo a las tumbas y veo que en las lápidas pone *Hija querida* y *Madre querida*, pero no «esposa» (qué extraño), y me pongo de pie.

Al otro lado del cementerio hay una calle, y camino hacia allí, sin mirar hacia atrás hasta que me encuentro a una distancia segura. Cuando me detengo y echo un vistazo por encima del hombro, el visitante está de pie donde yo estaba antes. En las tumbas de Ellen y Rose. Aún en la oscuridad, siento que me fulmina con la mirada. Desearía poder ver quién es, si es hombre o mujer. Tal vez se trata del vigilante, que venía a decirme que era hora de irse, que ha anochecido.

Llamo un taxi y, segundos después, uno se detiene. Con el pulso acelerado, me subo, pero no puedo evitar mirar hacia atrás una última vez. Siento escalofríos cuando veo que la persona aún

no se ha movido. Parece que me está observando.

—¿Adónde?—pregunta el taxista.

Le doy mi dirección y el taxi se aleja de la acera.

Pero la figura oscura permanece en el cementerio… acechando.

CAPÍTULO 24

Ahora

He contado los días: me cuesta fingir que no estoy nerviosa cuando Gabriel entra al consultorio la semana siguiente. Sin embargo, me las arreglo para aparentar calma. Cruzo las piernas, coloco el cuaderno sobre la falda, y esbozo una media sonrisa.

—¿Qué tal la semana? —pregunto.

Gabriel suspira.

—Difícil. Finalmente escribí esa carta que sugirió que le escribiera a mi esposa. —Sacude la cabeza—. Fue mucho más difícil de lo que pensé que sería.

Asiento.

—Suele ser una experiencia catártica, pero también remueve muchas emociones. ¿Cómo se sintió al escribirla?

—Enfadado, más que nada.

—¿Por la infidelidad?

Me fulmina con la mirada.

—Enfadado porque un gilipollas egoísta decidió que las leyes no eran para él, se puso al volante y mató a mi esposa.

Trago saliva y me empiezan a temblar las manos. Necesito sujetar algo para mantenerlas firmes antes de que él lo note. Así que me pongo de pie abruptamente y me señalo el cuello.

—Disculpe. Voy a buscar agua. Tengo la garganta seca. Alergias.

Asiente sin decir nada.

Me tomo mi tiempo para caminar hasta el escritorio; desenrosco la tapa de la botella con mucho aspaviento y me bebo la mitad de un trago. Cuando vuelvo a mi asiento, me sujeto a la botella con ambas manos.

—Perdón por eso.

—No hay problema.

Me observa atentamente. ¿Siempre me mira así? ¿Por qué siento que es capaz de verme el alma y todas mis oscuras mentiras? ¿O me lo estoy imaginando?

Respiro hondo y enderezo la espalda.

—Bueno, me estaba hablando de la carta. Dijo que estaba enfadado al escribirla. ¿Cómo está ahora?

Se encoge de hombros.

—No creo que vaya a cambiar nada de un día para otro, pero supongo que me recordó lo positivo en nuestro matrimonio. No sabía cómo empezar la carta, así que escribí acerca de la noche en que nos conocimos. Ella estaba en una cita a ciegas y yo la arruiné.

—Ah, parece interesante. ¿Se sentiría cómodo contándome más al respecto?

Gabriel aparta la mirada. Sus ojos se desenfocan como si estuviera visualizando la escena.

—Tenía que encontrarme con unos compañeros de trabajo en un bistró a unas manzanas de Columbia. Llegué temprano y me senté en la barra. Ellen se acercó y pidió una copa de vino. Era preciosa, así que quise hablar con ella. Pero me rechazó educadamente. Me dijo que estaba allí para encontrarse con alguien, era una cita a ciegas. La hice reír, intenté que dejara plantada a su cita, pero ella era demasiado amable para hacer algo así. Al menos conseguí que hiciera un trato conmigo. Yo estaría atento y si su cita resultaba ser un desastre, me haría una señal y la rescataría con alguna excusa. La señal era que se pondría un mechón de cabello detrás de la oreja. Diez minutos después, Ellen se rascó la nariz, así que me acerqué y fingí ser su primo. Le dije que nuestra abuela estaba enferma y que teníamos que ir al hospital. No tuvo más remedio que seguirme el juego en ese momento. Cuando salimos del bar, me regañó porque no se había puesto el cabello detrás de la oreja. Le mentí y le dije que había pensado que la señal era rascarse la nariz. Me dijo que era un mentiroso de mierda. Discutimos. Después la convencí de que cenara conmigo.

Sonrío.

—Parece el comienzo de una novela romántica: un primer encuentro de película.

—Lo que sigue es mejor aún. Resulta que Ellen era estudiante en Columbia. Estábamos de vacaciones de verano. Las clases empezaban la semana siguiente. Cuando me preguntó qué enseñaba y le dije Shakespeare, buscó qué clases cursaría ese semestre y, efectivamente, acudiría a una de las mías.

—Dios mío. Entonces, ¿qué hicieron? ¿Un profesor puede salir con una alumna?

—Técnicamente es una violación del código de conducta. Pero lo mantuvimos en secreto.

—Guau. Bueno, supongo que estaban destinados a estar juntos.

—Volvimos al bistró donde nos conocimos todos los años para San Valentín, que además era el día de cumpleaños de Ellen. Una vez le propuse ir a un lugar más elegante, pero me dijo que prefería celebrarlo recordando su regalo favorito: el día en que nos conocimos. —Gabriel suspira

—. Al principio, todo iba bien.

—Aunque ha sido difícil escribir la carta, parece que le ha hecho mucho bien. Ha sonreído al hablar de su esposa. En el proceso de duelo, es importante poder hablar sobre la persona que perdimos, recordar los buenos momentos.

Asiente.

—Supongo. Quizá me dé menos rabia cuando marque mi PIN a partir de ahora. Uso su cumpleaños para todo: desde el código del cajero automático hasta los códigos de las puertas.

Sonrío.

—¿Qué hizo con la carta cuando la terminó? Creo que no hablamos de eso, pero algunas personas queman la carta como símbolo de dejar ir todo eso. Otros prefieren sellarla y guardarla en algún lugar seguro.

—En realidad, ya me he deshecho de ella. La llevé a su tumba, junto con sus flores favoritas, y las planté en la tierra.

—¿Cuándo? —pregunto, frunciendo el ceño.

Los ojos de Gabriel se encuentran con los míos.

—¿Cuándo enterré la carta?

Me doy cuenta de que es una pregunta extraña, el día específico no es relevante para su terapia, así que trato de justificarme de la mejor manera posible.

—Sí, quería saber si la enterró el mismo día que la escribió. Solo me pregunto si se permitió el tiempo suficiente con ella.

Por supuesto, no hay una recomendación específica acerca del tiempo que debe pasar. Me ha ganado la curiosidad y la pregunta ha salido de mi boca sin pensar.

—Escribí la carta el viernes y fui al cementerio durante el fin de semana —responde Gabriel.

Pongo unos ojos como platos y recuerdo a la persona que me observó cuando salía.

Estuve en el cementerio el domingo, y no había nada plantado. Solo algunas rosas marchitándose sobre las lápidas. El césped estaba crecido y no había tierra revuelta. Si él hubiera estado allí antes y hubiese enterrado o plantado algo, me habría dado cuenta. Así que tuvo que haber ido después de mí.

¿Era él la persona que me observaba?

No. No. No. Por supuesto que no. Si Gabriel me hubiera visto, habría dicho algo, me habría preguntado qué demonios hacía en la tumba de su familia. Ciertamente no estaría sentado aquí actuando como si nada hubiera pasado.

¿O sí?

Dios mío. Claro que no. ¿Por qué haría eso?

Hoy me está superando la paranoia. Supongo que eso es lo que ocurre cuando tienes secretos. Asumes que todos los demás también los tienen.

Tengo dificultades para concentrarme en lo que hablamos durante el resto de la sesión. Afortunadamente, Gabriel parece tener deseos de hablar y logro salir del paso con algunos «cuénteme más sobre eso» y unos movimientos de cabeza. Por primera vez, no veo la hora de que la sesión termine. Necesito asimilar algunas de las cosas de las que hemos hablado hoy. Unos minutos antes de la hora, la conversación llega a una pausa. No quiero abordar otro tema profundo con tan poco tiempo, así que hago una pregunta que creo que es segura.

—¿Alguna novedad que haya pasado en la última semana?

Gabriel frunce el ceño.

—Casi lo olvido. Recibí un cheque con parte de la herencia del tío que asesinó a mi esposa e hija. Increíble. La caradurez de esa familia.

Me pongo tensa.

—¿Por qué le molesta?

—Mi hermano trató de convencerme de poner una demanda después del accidente. No lo hice porque ¿de qué sirve el dinero? No compensa la pérdida de vidas. Sentiría que estoy tratando de sacar provecho. No quiero ese dinero manchado de sangre.

Se me acelera el pulso. Me había convencido de que hacerle llegar el dinero a Gabriel era lo correcto. Pero quizá estaba siendo egoísta y solo quería lavarme la sangre de las manos.

—¿Y si usa el dinero para algo bueno? Recuerdo que me contó que su hija llevaba audífonos. Quizá crear una fundación para ayudar a niños con problemas auditivos que no puedan pagarlos.

Sacude la cabeza.

—No lo sé. ¿Tal vez?

—O donarlo a un refugio o alguna organización benéfica que sea importante para usted, o alguna causa que fuese importante para su esposa.

—Supongo.

Suena el temporizador. Nunca había estado tan contenta de que una sesión terminase. Dios sabe cuántas veces más metería la pata si tuviéramos diez minutos más.

Esbozo mi mejor sonrisa mientras alcanzo el temporizador.

Gabriel se frota las manos en el pantalón.

—Quizá tiene razón. Una fundación no es una mala idea.

Asiento.

—Tómese tiempo para pensarlo. Estoy segura de que puede hacer mucho bien con tres millones y medio de dólares.

En el instante en que las palabras dejan mis labios, el mundo se congela porque me doy cuenta de lo que he hecho. «Ay, Dios. Creo que voy a vomitar».

Gabriel entrecierra los ojos.

—¿Cómo ha sabido que el cheque era de tres millones y medio?

—Me parece que lo ha mencionado.

Me estudia, inclinando la cabeza ligeramente.

—No creo haberlo hecho.

Sonrío. Estoy tan nerviosa que la siento forzada. Demasiado grande y amplia, con todos los dientes y encías. Ruego no parecer desquiciada.

—¿Cómo lo sabría si no?

Me sostiene la mirada durante lo que parece una eternidad, pero es probable que no hayan pasado más de diez segundos. Después sonríe.

—Sí. Claro. ¿A la misma hora la semana que viene?

CAPÍTULO 25

Ahora

Parece ser que pensar demasiado es mi nueva obsesión. O quizá ahora reconozco que lo hago. Deambulo por el departamento reviviendo mi sesión con Gabriel una y otra vez. Y no solo lo que dije (mi enorme metedura de pata que obviamente notó), sino también la forma en que me miró después.

¿Lo sabrá?

¿Lo he arruinado todo?

¿O me lo he imaginado y todo está bien, y volverá la semana que viene como si nada hubiera pasado?

La semana que viene.

Mierda.

Me dejo caer en el borde de la cama y miro fijamente la pared. No puedo hacer esto. No puedo seguir atendiéndolo. No cuando hay tantos secretos, cuando estoy tan profundamente metida en su vida, y él ni lo sabe. A menos que lo sepa. Pero de nuevo, todo eso es especulación: el resultado de una conciencia culpable, probablemente.

Solo estoy tratando de ayudar. ¿Verdad?

Ya no sé nada. Quise ayudar, pero el dinero no hizo más que contrariarlo.

Voy a la cocina y descubro que la nevera de vinos está casi vacía. Todo lo que queda es un Riesling: demasiado dulce, demasiado pesado, como miel. Pero cumplirá su rol. Me sirvo una copa y me apoyo contra el ventanal que se extiende del suelo al techo. Contemplo la ciudad que se extiende ante mí. Me daba tanta alegría tener acceso a la vida de Gabriel. Pero ese acceso amenaza con exponerme.

Bebo más vino y voy de una habitación a otra. Un fantasma que deambula por su propia casa. Peor aún, un fantasma que bebe demasiado. Ignoro el teléfono cuando suenan las notificaciones de nuevos mensajes en la aplicación de citas. Silencio una alarma que me recuerda enviar un

correo electrónico de trabajo. Tengo la cabeza demasiado confusa, de todos modos. Juro que el vino dulce me sube más rápido a la cabeza. Después de un rato, me siento y me pongo al día con una docena de notificaciones: una solicitud de una nueva receta en mi correo del trabajo, un mensaje de Sarah recordándome un cambio de horario de última hora. Tres mensajes me esperan en la aplicación de citas, pero no estoy segura de que valga la pena.

Otra copa de vino.

Recostada en el sillón reclinable que tanto te gustaba (el ángulo perfecto para las rodillas, me decías, te permitía relajar la espalda dolorida) pienso en la docena de hilos que se desharían en un instante si Gabriel supiera que lo he seguido, que tengo un cuaderno con anotaciones de sus idas y venidas, que he acechado la tumba de su familia, que soy *tu* esposa. Tu viuda.

Súbitamente, un pensamiento me hace ponerme de pie de un salto. *¿Y si Jake no hizo lo que le pedí y mi nombre aparecía en el cheque que envió?*

Cojo el móvil, deslizo los dedos por la superficie, pasando de pantalla en pantalla hasta llegar a destino, hasta que una voz distante llega a través del altavoz.

—¿Hola? —me saluda una cansada voz masculina.

—Jake, necesito preguntarte algo.

—¿Mer? ¿Estás bien? —Tose—. Jesús, es la una de la mañana. ¿Qué pasa?

Me desconcierta escuchar lo tarde que es: me he acabado la mayor parte de la botella de vino dulce. Y ahora estoy llamando a mi hermano en medio de la noche, probablemente he despertado a su esposa, a su familia…

—Te pedí que te aseguraras de que mi nombre no apareciera en el cheque. Ni en ninguno de los papeles. —Jake no responde. Probablemente está confundido—. El cheque, Jake. ¡Para la familia que Connor mató!

—Jesús, Mer. ¿Me has despertado para esto? Te dije que me ocuparía. Tu nombre no figura para nada. Todo se envió a nombre de la herencia de Connor Fitzgerald.

—¿Estás seguro? —Mi voz suena demasiado aguda, demasiado desesperada. Incluso yo lo noto.

—Hice lo que me pediste. Ahora dime qué está pasando. ¿Qué sucede?

—Lo siento. Lo siento —respondo. Quiero dejar caer el teléfono. Quiero hacerme una bola y dormir y fingir que el día de hoy no ha pasado. Fingir que los últimos dos años no han pasado. Pero si hago eso, Jake volverá a llamar. Incluso podría aparecer en casa—. Estoy bien. Lo prometo. Lamento haberte despertado. Solo que… no puedo dormir. Empecé a darle vueltas a las cosas.

—Me preocupas. No suenas como alguien con insomnio. Pareces desesperada.

—Estoy bien. De verdad. Te enviaré un mensaje mañana, ¿de acuerdo?

No espero a que él responda. En cambio, cuelgo, miro el teléfono y empiezo a hacer una lista

mental de cosas para hacer. Arriba de todo: «decirle a Gabriel que nuestro tiempo ha acabado». Acepté atenderlo unas semanas más. Ya han pasado. Lo haré a primera hora del lunes. Tengo que hacerlo.

Pero por ahora, necesito una distracción. Cualquier cosa me vendrá bien. Así que vuelvo al teléfono y abro una aplicación a la vez: la aplicación del tiempo (lluvia mañana), el correo electrónico (uf, lidiaré con eso el lunes), redes sociales (demasiadas esposas felices y niños sonrientes; ¿no les importa ni un poco cómo hacen sentir a las personas como yo?), y por último, la aplicación de citas. Porque no tengo nada que perder.

Los mensajes que me esperan son de hombres que buscan una mujer que los mantenga. Hombres que piensan que posar con latas de cerveza es atractivo. Hombres que mencionan a sus exmujeres en sus perfiles. Una señal de alerta tras otra.

¿Por qué no puedo conocer a alguien normal?

Entonces recuerdo que conozco a alguien así. El médico. Robert.

Necesitaré más vino. Voy a la cocina, casi me tropiezo con mis propios pies, y me encuentro con la botella vacía. Me he olvidado de que me serví las últimas gotas hace solo diez minutos. Sé que no me sentiré bien mañana, ¿para qué parar entonces?

Encuentro una pequeña botella de prosecco escondida en el fondo de la nevera; desenrosco la tapa, dejo que el corcho salga y chupo las burbujas que se me derraman sobre la mano. Me inclino sobre el fregadero para evitar que quede un charco pegajoso en la encimera.

Y no puedo evitar pensar en *ti*. Cómo hacia el final tropezabas por la cocina en busca de cualquier bebida alcohólica que pudieras encontrar.

Aparto ese pensamiento y me dedico a vaciar la botella de prosecco. Cuando me la acabo, decido que es una buena idea enviarle un mensaje de texto a Robert.

Meredith: Me debes una segunda cita, ¿no?

Ignoro por completo los mensajes anteriores: cuando le dije que tenía que fijarme en la agenda y le respondería, y los muchos que siguieron en los que él continúa la conversación, pero que nunca respondí. Lo dejé en visto y desaparecí, igual que la mujer en la historia que me contó de cuando volvió a salir de nuevo.

Pasan los segundos, después un minuto. En algún momento, enfoco la mirada en la hora: la una y treinta y dos de la mañana. Dios santo. Me olvidé de que era tan tarde. Otra vez. Estoy a punto de abandonar el teléfono, echarme en el sofá y desmayarme.

Pero suena una notificación, un nuevo mensaje. Me incorporo y lo leo.

Robert: ¿Eres un fantasma?

Tardo unos segundos en entender qué quiere decir; me está haciendo pasar un mal rato. Por desaparecer, cual fantasma. Sonrío y respondo.

Meredith: Lo siento. Mucho trabajo.

Robert: Me sorprende saber de ti, para serte sincero. La excusa del dolor de cabeza es un clásico.

Meredith: Me dolía la cabeza de verdad. Tal vez *yo* te debo a *ti* una segunda cita.

Doy golpecitos con la uña contra la botella de prosecco vacía; de pronto siento vértigo. Me entusiasma hablar con él. Demasiado. Me obligo a respirar hondo y a pensar, a pensar *por qué*. Si yo fuera mi terapeuta, ¿qué diría?

Probablemente que me siento sola.

Que me hará bien hablar con alguien además de Gabriel.

Robert: Quizá.

Mi corazón hace algo raro: «quizá…». Quizá no quiere hablar conmigo. O volver a verme. Pero aparecen los tres puntos que indican que todavía está escribiendo.

Robert: Es tarde. A menos que estés en, digamos, Londres. En ese caso, es temprano. ¿Estás en Londres?

Se me estruja el corazón de alegría. Está jugando conmigo. Coqueteando.

Meredith: Ojalá. Podríamos ir.

Robert: Vale. ¿Ahora?

Por un segundo me lo imagino: el encuentro en el aeropuerto, coger el primer vuelo que sale a Londres. De vacaciones con un casi desconocido apuesto. La excitación de la espontaneidad. Podría hacer eso. Podría. Tengo el pasaporte en la caja fuerte. En cinco minutos podría tener un Uber en la puerta. Empiezo a escribir «sí, ¡vayamos!», pero responde antes que yo.

Robert: Ah, volver a ser joven. Poder irme en cualquier momento. Tendré que dejar el viaje por el mundo para otro día, pero ¿tal vez un restaurante internacional sea un buen sustituto? ¿Mañana por la noche?

Y yo que ya estaba lista para decirle a Sarah que cancelara mis sesiones. Iba a hacerlo. Coger un avión, dejarlo todo por puro antojo. Me había entusiasmado, además. O tal vez es porque estoy borracha.

Meredith: ¡Perfecto!

La mañana empieza tarde para mí; el sol está alto en el horizonte cuando abro un ojo y me descubro contemplando el cielorraso de la sala de estar. Estoy cubierta a medias por una manta en la que aparentemente me envolví cuando sentí frío anoche. Cuando me siento, me duele el cuello; un recordatorio de que ya no tengo veinte años. Ya no puedo desmayarme y dormir en cualquier lado.

Hablando de desmayarse. Entrecierro los ojos para mirar la mesita de café. Una botella grande de Riesling. Una botellita de prosecco.

Cielos. Seguro que me la bebí sola, porque no tuve invitados. Busco el teléfono entre los almohadones del sofá. Cuando lo encuentro, miro la hora: las once y ocho minutos. Hoy es el día de la semana en que atiendo más tarde, así que no tengo citas hasta el mediodía, pero tengo que darme prisa. Me meto en la ducha y grabo un mensaje de audio a Sarah para avisarle de que llegaré unos minutos tarde. En eso, veo que tengo un mensaje de texto. Le envío la nota de audio a Sarah y dejo el teléfono para no distraerme en la ducha.

Pero cuando salgo y me envuelvo en la toalla, tengo que mirar el mensaje; puede ser importante.

Es un mensaje de Robert, el hombre con el que tuve una cita, después de la cual desaparecí. Limpio el espejo empañado y descubro mi expresión confundida. Han pasado semanas. ¿Por qué me está enviando mensajes ahora? ¿No es obvio que no estoy interesada?

Pero entonces leo el mensaje.

Robert: ¡Deseando que llegue la hora!

¿La hora de qué?

Casi se me cae el teléfono cuando me ajusto la toalla; me pongo a mirar los mensajes anteriores a la mayor velocidad posible. Hemos intercambiado una docena de mensajes. Mensajes de los que no tengo ningún recuerdo. Bebí mucho, pero no tanto como para perder la conciencia, ¿verdad?

Ay, Dios mío.

Mierda.

Yo mandé el primer mensaje de texto. Después de la medianoche.

Justo en ese momento, llega otro mensaje, esta vez de Jake.

Jake: ¿Estás bien? No he vuelto a saber de ti.

Estudio sus palabras y trato de descifrar lo que quiere decir, pero no se me ocurre nada. Reviso mi registro de llamadas y, efectivamente, lo llamé. Hablamos durante tres minutos y cuarenta y dos segundos.

Y no tengo ningún recuerdo de eso.

Me siento sobre el inodoro e intento recordar qué dije. Qué hice. No tengo recuerdos de la mayor parte de la noche. ¿Y si hice algo peor? Como llamar a Gabriel.

Dejo de respirar mientras reviso frenéticamente el registro de llamadas.

Gracias a Dios.

Maldita sea, gracias a Dios.

Me miro en el espejo. He preocupado a mi hermano. He concertado una cita con un hombre que no me interesa. Diablos, al parecer estaba lista para subirme a un avión con él rumbo a Inglaterra.

Y en ese momento me doy cuenta de que tengo un poco de miedo. De mí misma.

Y de lo que soy capaz de hacer.

CAPÍTULO 26

Ahora

No seas tan dura contigo misma. Hazlo lo mejor que puedas.

Es un consejo que suelo darles a mis pacientes, pero últimamente no me hago caso a mí misma. Me detengo ante la puerta del restaurante y respiro hondo. Sí, concerté una cita con este hombre estando borracha. Pero tal vez sea lo mejor. Tal vez esto es justo lo que necesito: un empujón para salir y hacerlo *en serio* esta vez. *Cena*. No solo ir a tomar algo. Segunda cita.

Abro la puerta y miro a mi alrededor. Robert está a unos metros de distancia, pero no es a él a quien estoy buscando, ¿verdad? *Maldita sea*. Esta vez no elegí el sitio; Robert se ocupó. Y aun así, seguimos cerca del apartamento de Gabriel.

Robert sonríe y se acerca. Durante unos instantes incómodos, ninguno de los dos sabe cómo saludar al otro. ¿Un beso? ¿Un abrazo? ¿Ambos? ¿Ninguno? Al final, nos decidimos por un abrazo torpe, en el que ambos vamos hacia la derecha al mismo tiempo y luego nos movemos hacia la izquierda al unísono. Se ríe y me pone las manos sobre los hombros.

—¿Qué te parece si yo voy a la izquierda y tú a la derecha?

El reconocimiento de nuestra torpeza ayuda a romper la tensión y nos abrazamos.

—Perdón por llegar tarde.

—No te preocupes. Ni me he dado ni cuenta. —Me guiña un ojo—. Solo ha sido un minuto y treinta y seis segundos, por cierto. Ni se me ocurrió que me fueras a dejar plantado. —Sonrío. Es un buen hombre. La mezcla justa de sarcasmo e ingenio. Robert me ayuda a quitarme el abrigo —. Me dijeron que nuestra mesa estará lista en unos minutos. ¿Te gustaría tomar algo en la barra mientras esperamos?

La idea de beber alcohol después de cómo me sentí esta mañana me revuelve el estómago. Pero la última vez tomamos algo juntos, y no quiero confesar que tengo resaca, porque revelaría que nuestra cita fue el resultado de mandarle mensajes borracha. Así que asiento.

—Claro, me parece bien.

Robert informa a la recepcionista dónde estaremos y nos sentamos en la barra. El diseño del lugar no es muy diferente al del último donde nos encontramos, con mesas de bistró y reservados a lo largo de una de las paredes. No puedo evitarlo: examino cada uno buscando a Gabriel.

—Entonces… —Robert se vuelve para mirarme—. Me sorprendió saber de ti después de que no contestaras a mis últimos mensajes.

Bajo la mirada.

—Lo siento. Supongo que me confundí y no me acordé de responder.

Robert espera hasta que nuestros ojos se encuentren para volver a hablar.

—¿Es cierto eso?

Mi reacción instintiva es ponerme a la defensiva, decir «por supuesto que sí». Pero si quiero tener una relación con él, mentir no es la manera de empezar las cosas. Así que suspiro y sacudo la cabeza.

—No, lo siento. No es cierto.

Asiente.

—Volver a salir después de perder a alguien puede ser difícil. Lo entiendo.

Finjo que es eso lo que ha sucedido, pero ¿es así, de verdad? ¿Haber ignorado a Robert tiene algo que ver con Connor y volver a la soltería? ¿O es otra cosa, u otra persona, lo que me está distrayendo? Ya no estoy segura. Asiento.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Un poco más tarde, la recepcionista nos conduce a nuestra mesa. Desde mi asiento tengo una vista sin obstáculos de la entrada, y preferiría que no fuera así. De espaldas a la entrada, me habría sido mucho más difícil estar atenta a cada persona que entra y sale del restaurante. No podría haber girado todo el cuerpo cada dos minutos. Pero así, sonrío y asiento, bebo vino, desvío los ojos ligeramente por encima del hombro de Robert y echo vistazos a la entrada. Él ni siquiera nota mi vigilancia constante.

A mitad de la segunda copa de vino que me había dicho que no iba a tomar, finalmente empiezo a relajarme. Mis nervios se calman y relajo los hombros. Incluso dejo de mirar la entrada tan a menudo.

—¿Qué te hizo elegir la psiquiatría? —pregunta Robert—. ¿Era la especialidad en la que estabas interesada cuando comenzaste la universidad?

Niego.

—Entré pensando que quería hacer cardiología, aunque te parezca increíble.

—Es un cambio importante. Pero la mayoría de las personas con las que estudié Medicina tenían interés en una especialidad y terminaron practicando otra. Cuando comencé, quería ser cirujano plástico. Dos operaciones de nariz y un aumento de pechos e irme a casa a las cinco en el Porsche.

Me río.

—¿Al menos conseguiste el Porsche?

—Mi único coche es el metro. —Se ríe—. Pero cuando estaba cursando el segundo año de Medicina, le diagnosticaron cáncer de páncreas a mi madre. El pronóstico era sombrío, y terminé haciendo mucha investigación para tratar de encontrar ensayos clínicos y cosas por el estilo. Mientras lo hacía, me di cuenta de que me interesaba mucho la especialidad. Mi madre murió el día después de mi graduación. Me hizo darme cuenta de que la vida es corta, y que solo me interesaba la cirugía plástica por el dinero. Así que cambié de especialidad por algo que me pareció correcto.

—Lamento tu pérdida. Pero parece que tu madre te llevó a algo que te da felicidad, y eso es bonito.

—Gracias. Me gusta pensar que así fue. —Robert bebe y levanta la barbilla—. ¿Y por qué te dedicas a la psiquiatría?

—Me gusta la variedad. Un cardiólogo trata lo mismo durante la mayor parte de su profesión. Por supuesto, aparecen tratamientos y procedimientos nuevos que hacen avanzar la medicina, lo cual siempre es emocionante. Pero me gustó que los pacientes de salud mental fueran todos tan diferentes, con diagnósticos diversos. Además, durante las rotaciones clínicas, le pregunté a cada residente con el que trabajé si recomendaba su especialidad. En casi todas las especialidades, solo alrededor del cuarenta por ciento me respondió que sí. Pero el cien por cien de los psiquiatras respondió que sí la recomendaban, y generalmente me lo decían con una sonrisa.

—Apuesto a que tienes pacientes interesantes.

Mi mente se dirige automáticamente a Gabriel. Pero reprimo esos pensamientos y me obligo a mirar al otro lado de la mesa y no a la entrada.

Robert y yo nos pasamos la siguiente hora conversando y compartiendo una comida deliciosa. Además de la medicina y de haber perdido a nuestras parejas, tenemos otras cosas en común. Ambos somos zurdos, nos encantan las películas de suspense psicológico, preferimos las vacaciones en lugares fríos a los cálidos y, curiosamente, nuestros abuelos eran grandes fanáticos de Elvis, lo que nos convirtió en fans también.

Después de la cena, nos quedamos parados fuera del restaurante.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Robert.

—¿La cena? Estaba deliciosa.

Sonríe.

—No, me refería a tu primera cita en una década.

—Ah. —Me río—. Me lo he pasado muy bien. Gracias.

Pero entonces tengo una sensación extraña, se me eriza el vello de la nuca porque estoy segura de que alguien me está vigilando. Recorro la calle con la mirada hasta que descubro una figura al

final de la isla de casas. Está oscuro, así que es difícil de ver. Pero definitivamente hay una persona apoyada contra un edificio. Tan pronto como la veo, se pone una capucha y se da la vuelta. La tela le cubre ambos lados de la cabeza, así que ni siquiera distingo el perfil. Pero cuando una bocanada de humo se eleva en el aire frío, pongo unos ojos como platos. ¿Es que acaso…?

Gabriel compró cigarrillos una vez.

Entorno los ojos para ver mejor, pero quien sea que está allí se mete las manos en los bolsillos, se aparta del edificio y empieza a caminar en dirección contraria.

Dios, realmente estoy perdiendo la cabeza.

Robert se vuelve y mira por encima de su hombro.

—¿Está todo bien?

Sigo mirando y veo a la persona girar en la esquina cercana y desaparecer de mi vista.

—Eh, sí. Lo siento. Me pareció ver a alguien conocido. —Vuelvo a enfocar la atención en la cita; el corazón me late enloquecido—. Perdón. ¿Qué decías?

Robert extiende la mano para coger la mía. Entrelaza los dedos con los míos y balancea nuestras palmas unidas de manera juguetona.

—Estaba tratando de reunir el valor para preguntarte si te gustaría venir a mi casa a ver mi colección de Elvis y tal vez tomar una copa. Pero no importa cuántas veces lo practique en mi cabeza, siempre suena cursi. —Sonríe y me doy cuenta de que está nervioso—. No quiero que la noche se acabe. Solo será una copa, lo prometo. Entiendo que esto de las citas es nuevo para ti.

Alguien grita desde otra manzana, en la dirección en la que se fue la persona que estaba apoyada contra el edificio. Pero unos segundos después, dos adolescentes aparecen en esa misma esquina. Ríen mientras cruzan la calle cogidos de la mano. Uno de ellos lleva una sudadera con capucha. ¿Es eso lo que vi? ¿Un chico cualquiera? Aunque también tiene la capucha bajada, la sudadera parece ser de un color más claro. Al menos, eso me parece. No, me he confundido. Probablemente sea el mismo color. La mente me está jugando una mala pasada.

¿O no?

Cuando finalmente le presto atención de nuevo, Robert sonríe.

—¿Qué dices? ¿Una copa de vino y un álbum de Elvis, y después te pido un Uber?

Miro por encima de su hombro otra vez. La calle está vacía. Hasta los adolescentes se han ido. El acosador que he imaginado en mi cabeza no está por ningún lado. *Dios, realmente necesito quitarme de encima esta paranoia.* Dejar atrás *todo* lo relacionado con el pasado. Y como no hay mejor manera de dejar atrás el pasado que avanzar, me obligo a sonreír.

—Claro. Me encantaría.

CAPÍTULO 27

Ahora

—Rebecca, me alegra mucho verte hoy.

Saco un bolígrafo y una libreta, y escribo su nombre en la parte superior. Rebecca se sienta en el mismo lugar del sofá, con las piernas cruzadas; lleva tacones altos y un vestido corto, como si estuviéramos en pleno verano. Vuelve a vestir de forma reveladora, lo cual, en sí, no tiene nada de malo. La gente puede expresarse como quiera. Pero es un día frío, nublado, con el viento agitando las primeras hojas primaverales, y debe estar muriéndose de frío.

—Gracias.

Está doblada sobre sí misma, con los hombros caídos, las manos contra las rodillas. Rebecca estudia la estantería a mi derecha como si contuviera algo más que textos médicos anticuados y aburridos. Hoy me he mantenido enfocada en el trabajo. Me he concentrado en mis pacientes y solo ocasionalmente me he permitido pensar en Gabriel. Me he estado enviando mensajes con Robert, mensajes sugerentes, llenos de emojis guiñando el ojo. Me hace sentir cómoda y acalorada, y sé que cuando la sesión termine, tendré mensajes de él esperándome.

—¿Cómo te has sentido desde nuestra última sesión? —pregunto.

—Bien.

Ladeo la cabeza y aguardo en silencio a que continúe. La vez pasada también le llevó un rato entrar en confianza. Quiero darle el espacio para que eso vuelva a pasar.

—¿Alguna novedad? —digo después de un minuto de silencio. Rebecca es una de mis pacientes más jóvenes; no atiendo a niños ni adolescentes, así que rara vez tengo que tratar con pacientes que no quieren hablar. Los adultos vienen a terapia en busca de ayuda. Aunque a veces cuesta llegar a lo que realmente quieren decir, suelen llenar el silencio hablando de algo.

—Tengo un novio nuevo.

Le brillan los ojos cuando dice «novio». Siento una incomodidad fugaz: no hay duda de que es obsesiva. Apenas hemos tocado la superficie, pero los diagnósticos se arremolinan en mi mente,

entrelazados como espaguetis. Necesita ayuda. Antes, habría sabido exactamente qué hacer, qué decir para poner en marcha el proceso. Ahora, aparece un destello de duda. Pero puedo hacerlo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Se llama Steve. Nos conocimos por Internet.

Me esfuerzo para mantener una expresión neutral. No hay nada de malo en conocer a una pareja por Internet. De hecho, así conocí a Robert. Pero Rebecca parece rebotar de un hombre a otro. En cuanto se me cruza ese pensamiento por la mente, me doy cuenta de que no soy muy distinta últimamente. Mientras Robert me besaba, mientras presionaba sus caderas contra las mías, mientras su aliento me calentaba la piel, yo pensaba en Gabriel.

Carraspeo.

—Steve. Cuéntame más. ¿Qué te gusta de él?

Mi esperanza es centrarme en las características positivas de la relación. Y dejar que comparta sus frustraciones, para trabajar cómo manejarlas; con suerte de una manera más resiliente y apropiada que aparecer de pronto en el trabajo de Steve o acosarlo. Es probable que vuelva a esa clase de comportamiento si es algo aprendido en la infancia. Pero tal vez pueda tener una relación más sana. Aunque tenga problemas subyacentes que tratar.

El problema con la terapia es que no se le puede decir a las personas qué deben hacer. Como terapeuta, puedo guiarlas, pero tienen que llegar a sus propias conclusiones. No le organizo la vida a Rebecca: la ayudo a aprender a planificar su propia vida; esperemos que de una manera más sana.

—Es guapo. Y juega al béisbol para la Universidad St. John. Me gusta la forma en que me mira. Como si yo fuera especial. —Se calla, mordisquea una uña y me mira de reojo, nerviosa. Nuestras miradas se cruzan un segundo—. Me trajo flores en la primera cita. Nadie había hecho eso por mí antes.

—Qué atento de su parte.

—Sí, es muy atento. —Sus bonitos rasgos expresan indecisión. Se muerde el labio—. No sé. Tiene un no sé qué. Me gusta mucho.

Tiene un no sé qué.

La entiendo. *Gabriel tiene un no sé qué…*

No, no, no. Aprieto la punta del bolígrafo contra el papel con demasiada fuerza, y se rompe.

—Bueno, decidimos empezar a salir. Y quería preguntarte algo.

—Adelante. —Me inclino y sonrío amablemente. Se está abriendo. Reconociendo ante mí y ante sí misma que quiere ayuda.

—¿Es normal pensar en alguien todo el tiempo? —Abre mucho los ojos—. Porque, digo, creo que lo quiero. Y pienso en él *todo* el tiempo. Cuando me despierto, cuando me ducho, en clase, ahora mismo. Quiero decir, estoy hablando de él ahora, ¿no?

Se ríe, nerviosa.

Mantengo la máscara de psiquiatra: amable, imparcial. Una leve sonrisa. Pero por dentro, el nombre de Gabriel late al ritmo de mi corazón. Pienso en él. En cómo casi siento que hemos estado juntos, en cómo me imaginé que le pasaba los dedos por el pelo, que era su boca la que besaba, su dureza la que se presionaba contra mí.

Aunque sé que era Robert.

¿Es normal pensar en alguien todo el tiempo?

Echo un vistazo hacia el escritorio, donde está guardado mi teléfono, en silencio. Sé que Robert no es Gabriel. *Lo sé*. Y, sin embargo, lo estoy usando. Usándolo como un reemplazo para mi propia obsesión.

—Cuando comienza una relación, solemos pensar mucho en la persona —me escucho decir—. Nos sentimos eufóricos. Eso ocurre debido a la liberación de dopamina en el cerebro. Por supuesto, eso no lo vuelve menos real.

Es una respuesta neutral. No le digo que está equivocada. No me digo *a mí misma* que estoy equivocada. Son solo los hechos.

Y la verdad es que no soy muy diferente a Rebecca. Aunque he tomado decisiones distintas. Elegí alejarme de mi obsesión. Dejarlo en el pasado. Enfocarme en Robert, aunque me haya permitido fantasear una vez.

—Bueno, no todo es perfecto. O sea, ¿existe alguien así? —Pone los ojos en blanco, interrumpiendo mi monólogo interno. Recordándome que es una paciente, y que tiene veintitrés años, y que se supone que debo ayudarla. Es una oportunidad para ayudarla. Para guiarla.

—Cuéntame más sobre eso.

—Bueno… —Exhala con fuerza—. Bueno, me da un poco de vergüenza, pero él no quiere hacer, ya sabes, ciertas cosas. —Nos miramos a los ojos y luego aparta la mirada—. Me enfadé mucho con él anoche.

Hay algo que no estoy entendiendo. No estoy segura de qué.

—Bueno, nuestra pareja no puede leernos la mente. ¿Has hablado con él?

—Sí. Cada vez.

—¿Cada vez…?

—Cada vez que tenemos sexo. —Ahora me mira directamente, con un brillo salvaje en la mirada—. Quiero decir, solo quiero que haga lo que uno de mis ex hacía. O que lo haga como él lo hacía. Quiero decir, el sexo debería ser placentero para *ambas* personas, ¿sabes? Y si yo quiero que haga algo de cierta manera, él debería hacerlo. ¿Verdad?

Me tomo un momento antes de responder. Examino las posibilidades de lo que podría estar pidiéndole a este nuevo novio, Steve. Pero antes de que le pida que me aclare de qué habla, continúa:

—Bueno, el último chico que realmente me gustó, el que pensé que era *el indicado*, hablé de él la última vez. Era intenso. Muy intenso. —Se lame los labios—. Le gustaba todo, y quiero decir todo. Y no se contenía. Ni siquiera sabía que me gustaba de esa manera… tan duro. —Exhala, temblorosa, como si incluso el pensamiento de lo que ella y su ex solían hacer la estimulara—. Me empujaba la cara contra la almohada hasta que apenas podía respirar. Y fue… —Busca la palabra adecuada—. Quiero decir, me dio un poco de miedo la primera vez, pero lo investigué. Es jugar con la respiración. Y es todo un mundo en sí mismo. Y realmente lleva la cosa a otro nivel. ¿Sabes a lo que me refiero?

De nuevo, me mira en búsqueda de confirmación.

—¿Qué quieres decir con que lleva la cosa a otro nivel? —Me inclino hacia delante, interesada. He oído hablar de esto antes, pero no tengo experiencia al respecto. Ni en mi vida sexual ni con mis pacientes. Nunca he tenido un paciente que me contara que su pareja lo asfixiaba eróticamente, al menos, no fuera del ámbito de la violencia doméstica. ¿Es eso lo que pasó en realidad y ella lo confunde con algo positivo?

—Hay muchos estudios al respecto; al restringir el oxígeno, como que mejora la experiencia sexual o algo así. —Hace el gesto de comillas como si estuviera citando un estudio concreto—. Me empujaba la cara contra la almohada cuando lo hacíamos estilo perrito, o, bueno, me apretaba el cuello con el brazo. Lo hacía justo como debía ser. Y los orgasmos, nunca experimenté algo igual. Y él sabía cómo… —Se sonroja—. Metérmela duro —susurra—. Ni sabía que me gustaba así. Pero me gusta. Me gusta mucho.

Me quedo en silencio esta vez porque no sé qué decir. Anoto algunas de las cosas que ha dicho, porque en algún momento tendré que entenderlo. Realmente entender cómo esto se relaciona o no con todo lo demás que le ocurre ahora o le ha ocurrido en el pasado. O tal vez sea algo bueno. El sexo puede ser un lugar para jugar, para el juego de roles, para hacer cosas que no son aceptables en la vida cotidiana.

—Entonces quieres… —Trago saliva, mirando las palabras que he escrito. *Metérsela duro. Asfixia erótica. Cara aplastada contra la almohada*. Es como si estuviera escribiendo una escena pornográfica—. ¿Quieres que Steve haga lo que hacía tu ex?

—¡Sí! —Prácticamente salta del asiento—. Y él no quiere. Así que no estoy satisfecha. Y se lo dije, lo cual, por supuesto, lo enfureció porque puso en duda su masculinidad o algo así. Al final lo intentó, pero no lo hizo con la fuerza necesaria como para asfixiarme. Lo que arruina todo el asunto, y tuve que imaginar que era mi ex, no Steve, para poder tener un orgasmo.

Rebecca sigue y sigue, pero yo me quedo en que fingió que Steve era su ex.

Igual que yo fingí que Robert era Gabriel.

Me hace pensar. ¿Qué más tengo en común con mi paciente?

¿A mí también me gustaría un poco de rudeza?

CAPÍTULO 28

Ahora

Ha llegado el día.

Oigo a Gabriel hablando con Sarah en la recepción y mi cuerpo reacciona de inmediato: se me acelera el pulso, me sonrojo y se me endurecen los malditos pezones. Es un recordatorio que pone en evidencia lo que tengo que hacer: hoy es la última sesión de Gabriel Wright. Esta locura ha durado demasiado. Mis intenciones fueron buenas al principio, pero, en algún momento, tomaron la dirección equivocada.

Sarah llama dos veces a la puerta y la abre sin esperar a que le responda. Le brillan los ojos y esboza una sonrisa pícara. Claramente no soy la única que se siente atraída por mi paciente.

—Tu cita de las dos está aquí —canturrea.

Respiro hondo y asiento, asumiendo una expresión profesional.

—Genial. Hazlo pasar.

Gabriel entra al consultorio. Hoy recibo un asentimiento seco a modo de saludo, en lugar de su habitual saludo juguetón. Se le han profundizado las líneas de tensión de la frente, las ojeras parecen más marcadas, al igual que las patas de gallo. Ha estado entrecerrando los ojos o frunciendo el ceño últimamente.

Señalo el sofá y le ofrezco una sonrisa medida, junto con un saludo ensayado.

—Hola. Me alegro de verlo.

Se sienta sin decir nada. Ahora que estamos más cerca, creo que he confundido estrés con preocupación. Parece como si le hubieran atropellado al perro. Pero nunca hago comentarios acerca de la apariencia de un paciente.

Cruzo las piernas. Gabriel mantiene los ojos bajos mientras se pasa la mano por el pelo.

—¿Cómo le ha ido esta semana? —pregunto.

—No muy bien. —Suspira.

—Ah, ¿sí? Lamento escuchar eso. Cuénteme qué ha sucedido.

—Tuve una cita. No fue bien.

Siento que se me despiertan los celos, rápida e intensamente. Siento calor en las mejillas y espero que Gabriel no se dé cuenta.

—¿Qué pasó?

Mira por la ventana.

—La llevé a cenar. Pasamos un buen rato. Me invitó a su casa.

—Bien…

Aprieta los labios.

—No pude… ya me entiende.

—¿Quiere decir físicamente?

—Sí, claro que físicamente. ¿Necesito deletrearlo? ¿Quiere que le diga que no pude tener una erección?

Parpadeo unas cuantas veces.

—Lo siento. No quise contrariarlo. No estaba segura de si se refería a que no pudo seguir adelante mental o físicamente. Hemos hablado mucho sobre la culpa reprimida que siente, así que pensé que tal vez…

Exhala y agacha la cabeza.

—Lo siento. He sido muy maleducado. Es que me siento frustrado. Y me da vergüenza contarlo.

—Está bien. Lo entiendo. Pero ¿por qué no retrocedemos un poco? Porque, aunque se manifieste en el cuerpo, esta clase de problema a menudo ocurre debido a la ansiedad y el estrés. La mente casi siempre es responsable de lo que pasa físicamente. ¿Y si me habla de la mujer con la que tuvo la cita? ¿Es alguien que conoce desde hace tiempo o alguien que ha conocido recientemente?

—La conocí hace poco.

—¿Cómo la conoció?

—Aplicación de citas.

Aprieto los labios.

—¿Qué aspecto tiene?

Levanta la cabeza para mirarme y entrecierra los ojos.

—¿Qué importancia tiene eso?

Mierda. Ninguna importancia. Salvo la de alimentar mi curiosidad morbosa. Pienso en todas esas rubias con las que andaba por diferentes restaurantes. Me pregunto si esas mujeres también eran citas.

Afortunadamente, me he vuelto experta en ocultar mis traspiés.

—Tal vez le recordó a su esposa y eso le provocó emociones encontradas.

—No creo que tenga nada que ver con ella. —Su mirada va y viene a la mía, como si estuviera pensando en algo, hasta que se enfoca y sus ojos se posan en mi rostro—. Hay otra mujer.

Es como un golpe, un puñetazo en el estómago cuando menos te lo esperas.

Trago saliva.

—Continúe…

Gabriel se vuelve a pasar la mano por el pelo.

—Me consume. No puedo dejar de pensar en ella. Solo puedo, ya sabe, tener una erección cuando pienso en ella.

El corazón me ha estado latiendo rápido desde que Gabriel entró, pero ahora parece querer salir de mi pecho. No hay una mujer, sino *dos*.

—Háble me de la otra mujer. ¿Ya ha salido con ella?

Niega con la cabeza.

—No puedo.

—¿Es una estudiante?

—No.

Aprieta la mandíbula.

Pienso en cuando lo seguía, en la mujer del restaurante italiano. La joven rubia con la risa estruendosa. ¿Es ella? ¿O tal vez es la mujer con la que a veces camina entre edificios después de clase? *Otra rubia*. Ella es mayor. ¿Es una compañera de trabajo? ¿Quizá es su supervisora? Eso complicaría las cosas…

—¿Hace mucho que tiene esos sentimientos?

Aparta la mirada y parece perderse en sus pensamientos, después me mira a los ojos.

—¿Por qué el sexo es mucho mejor cuando lo tienes con alguien con quien no deberías?

—Supongo que es el efecto del fruto prohibido. Es excitante pensar en estar en una relación sexual o romántica con alguien con quien no deberíamos tenerla. Agudiza los sentidos. Para algunas personas, sin embargo, la idea de estar con alguien, incluso alguien tan tabú como un sacerdote o el cónyuge de tu jefe, también proporciona una sensación de seguridad.

—O tal vez… —Gabriel traga saliva—. Tu doctora.

El aire se enciende y chisporrotea peligrosamente a nuestro alrededor.

Me aferro al apoyabrazos de la silla.

—La seguridad radica en que, aunque se fantasee con la persona prohibida, la realidad es que no ocurrirá nunca nada. Si fantaseamos con una persona que está a nuestro alcance, esa seguridad desaparece, ya que existe una posibilidad real de que ocurra.

Gabriel se acerca.

—¿Y si la persona prohibida no es tan inalcanzable como pensamos? ¿Es peligroso entonces?

Abro la boca para responder (¿qué?, no tengo ni idea) pero no sale nada. Los ojos de Gabriel

brillan, casi como si disfrutara viéndome incómoda. Pero no puede ser eso, ¿o sí?

Se aleja del borde de su asiento.

—¿Ha probado el fruto prohibido alguna vez, doctora McCall? ¿Se ha acostado quizá con algún paciente?

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—¿Lo ha pensado?

Repaso mentalmente las docenas de veces que he pensado en ello: cómo me he masturbado pensando en Gabriel; cómo besé a Robert imaginando que era mi paciente prohibido, uno que es aún más inalcanzable que cualquier otro paciente; cómo deseé con todo mi ser sentir sus grandes manos por el cuerpo.

La comisura de los labios de Gabriel se curva.

—Se está sonrojando. Sí que lo ha pensado.

—No. Yo, yo… No me parece que esta sea una conversación apropiada.

La situación se está descontrolando, y no tengo ni idea de dónde están las riendas. En medio de mi pánico, llaman a la puerta. Las sesiones no deben interrumpirse nunca, pero ahora me siento agradecida.

—¡Adelante!

Sarah entreabre la puerta y asoma la cabeza.

—Lamento mucho interrumpir. Me acaban de llamar de la escuela de mi hijo. Tiene fiebre y no logro localizar a mi madre para que lo recoja. ¿Hay algún problema si voy?

—Claro que no. Ve.

—Gracias. —Sarah mira a Gabriel con una expresión compungida, él ni siquiera se molesta en girar la cabeza—. Perdón de nuevo por la interrupción.

La puerta se cierra y mi consultorio, que es de un tamaño decente para Manhattan, de repente parece muy pequeño. Y parece ser que yo fui la única que permitió que la interrupción de Sarah cortara la tensión. Porque Gabriel me está mirando con una intensidad que me hace sentir como si hubiera tocado un cable eléctrico.

—Perdón por eso —digo. Fuerzo una sonrisa que, en el mejor de los casos, es turbada.

—¿Puedo hablarle de la mujer con la que fantaseo? Sobre algunas de las cosas que quiero hacerle.

—No creo que…

—Quiero doblarla sobre el escritorio.

Se me afloja la mandíbula.

—Metérsela desde atrás.

Mi respiración se vuelve rápida y superficial. Debería decir algo. Detener esta conversación. Pero no puedo. Quiero escuchar más. Caminar por el borde.

Le miro los labios y siento que me mareo. El marrón cálido de sus iris casi ha desaparecido, oculto por las pupilas oscuras. Imagino lo que acaba de describir. Yo, doblada sobre el escritorio, el cuerpo esbelto de Gabriel sobre el mío. Empujones bruscos. Quizá él tirándome del pelo. Rindiéndome por completo a la sensación de ser completamente dominada por otro ser humano. *Penetración profunda, bien profunda.*

Ni me doy cuenta de que tengo la vista clavada en el escritorio hasta que aparto los ojos y me encuentro con los de Gabriel. Sus labios se curvan en una sonrisa lenta y maliciosa.

—Creo que deberíamos dar por terminada la sesión de hoy.

Las palabras salen de mi boca tan rápido que no me permito ni siquiera pensarlas antes de decirlas.

Gabriel cierra los ojos. Traga y asiente.

—Está bien. Lo siento.

Sin pronunciar ni una palabra, se levanta y camina hacia la puerta. Contengo la respiración mientras gira el pomo de la puerta, cierro los ojos con fuerza; deseo desesperadamente que se abra, aunque Sarah no esté al otro lado y no haya nadie para salvarme de mí misma.

Espero y espero, muriéndome por oír el chirrido de la puerta abriéndose y cerrándose, pero cuando por fin lo oigo, entro en pánico y me levanto de un salto.

—¡No! ¡No te vayas!

Gabriel no se mueve. Permanece rígido y quieto mientras el corazón me galopa en el pecho. *¿Qué estoy haciendo? ¿Qué demonios estoy haciendo?*

Los segundos pasan lentamente. Puede que no sepa en qué me estoy metiendo, pero sí sé que es su turno de jugar, así que espero a que hable. Cuando finalmente lo hace, no se da la vuelta.

—Pienso en ti todo el tiempo —dice. Su voz suena tan tensa que parece que está sufriendo algún dolor.

Trago saliva.

—Yo también pienso en ti.

Agacha la cabeza y la sacude.

—Sé que está mal.

—Yo también —susurro—. Pero ya no me importa.

Hay otro rato de silencio, muy largo. El aire se ha espesado, es como el de una habitación llena de secretos que esperan ser desvelados. Sigo mirando la espalda de Gabriel, esperando…

Por fin, él se estira para coger el picaporte. Cierro los ojos; se ha acabado. A diferencia de mí, él tiene la fuerza suficiente para irse. Pero entonces…

Un *clic* fuerte resuena en la habitación.

La cerradura de la puerta se cierra con un ruido metálico.

¡Ha echado el cerrojo!

Abro los ojos de par en par.

Gabriel se da la vuelta y nuestras miradas se encuentran. Me mira con una intensidad que me hace arder la piel.

Empieza a caminar. Lentamente. Como si me estuviera dando la oportunidad de detenerlo. Pero cada paso suyo me acelera el pulso. Cuando llega al escritorio, siento que soy una olla de agua hirviendo con la tapa a punto de volar. No me muevo. Ni un centímetro. Gabriel sigue avanzando, rodea el escritorio y se acerca tanto que puedo sentir el calor de su cuerpo, su aliento caliente haciéndome cosquillas en el cuello.

—No haré nada que no quieras. —Me mordisquea el lóbulo de la oreja y una corriente eléctrica me recorre el cuerpo—. Solo tienes que pedirme que me detenga.

Pasan unos latidos. No me doy la vuelta. No lo enfrento. Pero doy un paso atrás y presiono su cuerpo con el mío. Siento su erección clavándose en la parte baja de mi espalda. Sin embargo, percibo cierta renuencia. No me ha tocado, al menos no intencionalmente.

Apoyo la cabeza contra su pecho.

—Tócame —gimo.

Gabriel me rodea el cuerpo con el brazo y me toquetea un pecho a través de la seda de la blusa. Es doloroso y brusco, pero es exactamente lo que quiero. Lo que merezco.

—Dime que quieres que te folle, Meredith. —Cierro los ojos y jadeo. Gabriel entierra la cabeza en mi cabello y me chupa el cuello—. Dímelo —gruñe, sus labios vibrando contra mi piel —. Dime que quieres que te folle.

—Quiero que me lo hagas —grazno. Ya sé que me odiaré mañana, probablemente incluso antes, pero nunca he deseado tanto a nadie como deseo a este hombre en este instante.

Su mano se desliza entre nosotros. Puedo sentirla bajando hacia su erección, y luego hay un sonido que me hace poner los ojos en blanco. *El ruido de la cremallera abriéndose.* Es lo más erótico que he escuchado en mi vida. Gabriel se dispone a girarme, pero lo detengo; me inclino hacia delante y apoyo el pecho sobre el escritorio como me dijo que había imaginado.

Se inclina sobre mí para acercar su boca a mi oído.

—¿Hacer qué? Quiero oír las palabras.

Apenas puedo hablar, tengo las palabras enredadas en la garganta, pero de alguna manera logro emitir un susurro.

—Quiero que me agarres y me folles duro.

—Buena chica…

Se incorpora, pero deja una mano pesada posada sobre mi espalda, para que no me levante. Después me levanta la falda, me aparta la ropa interior y, antes de que pueda prepararme para lo que está a punto de suceder (voy a acostarme con un paciente; no, a acostarme con el marido de la mujer que mi esposo mató), noto su glande.

Y estoy mojada. Empapada. Lista y preparada; no siento ninguna clase de vergüenza.

Gabriel me penetra con un solo movimiento. No hay preliminares. O tal vez eso es lo que hemos estado haciendo todos estos meses. No lo sé. Pero se entierra hondo en mí y deja escapar un gemido atronador. Sus caderas se apoyan contra mi culo y siento su cuerpo temblando de dentro hacia fuera. Cuando se coloca bien, me coge del pelo con la mano y tira hasta que mi cuello queda completamente extendido hacia atrás. Entonces hago algo que nunca había hecho antes. En el momento, ni siquiera me doy cuenta de dónde sale el impulso, pero contengo la respiración. Gabriel me embiste por detrás, embestida tras embestida, cada vez más hondo. Empiezo a sentirme mareada, desesperada por respirar. Empiezo a temblar a medida que pasan los segundos sin oxígeno. Justo cuando siento que estoy a punto de desmayarme, se entierra profundamente en mí y me deja sin aire. Mi cuerpo responde con una oleada de dopamina, serotonina y endorfinas que me provoca una excitación que no había sentido jamás. Es un éxtasis que quiero que dure para siempre. Pero pronto termina. Gabriel se retira y acaba con un rugido.

Estoy satisfecha, cada hueso de mi cuerpo se ha convertido en líquido, pero mi cerebro se activa.

¿Qué he hecho? ¿Qué cojones acabo de hacer?

Sigo en una neblina, haciéndome preguntas, cuando Gabriel me suelta el pelo. Tira de mi falda y la baja para taparme el culo.

—Meredith… —dice con suavidad.

Me invade una oleada de adrenalina. Llega tan rápido que siento que podría vomitar. Me llevo la mano a la garganta.

—Tienes que irte. —Sus jadeos se intensifican. Necesito que pare. Ahora—. Por favor —ruego—. Por favor, solo vete.

Silencio. Debe estar conteniendo la respiración como yo. Pasan treinta largos segundos; después, de repente, el sonido de unos pasos atravesando el consultorio. Sin palabras. Sin discusión sobre lo que acaba de pasar. Solo el tintineo del picaporte, el chirrido de la puerta al abrirse.

—Nos vemos la semana que viene, doctora McCall.

CAPÍTULO 29

Ahora

Me paso el resto de la semana distraída. Casi espero que Gabriel llame, que se comunique de alguna manera.

Tuvimos sexo.

Yo tuve sexo.

Con alguien que no es mi marido.

Tú fuiste la única persona con la que tuve sexo… durante más de una década.

Sé que ya no tiene la misma importancia que antes, que muchas personas tienen sexo todo el tiempo y no significa más que eso. Diversión. Una actividad que se hace con otra persona, sin ataduras.

Pero con Gabriel existen todo tipo de ataduras. Nudos enredados y lazos complicados de toda clase, porque en la lista de personas con las que no debería haber tenido sexo, él está arriba, muy arriba.

Me tiró del pelo, y me gustó.

Me dijo que era «una buena chica», y me encantó.

Peor aún, intenté autoasfixiarme para aumentar aún más el placer.

Algo que una paciente me contó que le gusta hacer.

Una joven muy enferma.

Y yo fui quien lo inició todo. Gabriel estaba a punto de marcharse.

Lo detuve.

Y le pedí que me follara duro.

Nunca había hecho esas cosas con mi marido.

Sin mencionar que no usamos protección. Sigo tomando anticonceptivos, pero él no sabía eso. Además, hay otras consideraciones aparte del embarazo, ¿verdad? Fuimos imprudentes.

Sin embargo, sonrío ante ese pensamiento. *Imprudentes*. Y disfruté cada maldito minuto.

Golpeteo los dedos sobre la taza de café, aún llena hasta el borde. Hay una ensalada sin tocar en una esquina del escritorio, cortesía de Sarah, que se ofreció a comprar el almuerzo. Pero no puedo despegar los ojos de donde me dobló, y me gustó.

Me encantó.

Me pasé las siguientes tres noches recordando y encendiendo mi vibrador al máximo, porque no existen medias tintas cuando se trata de Gabriel.

Sacudo la cabeza, trato de quitarme de encima los pensamientos, las fantasías. Debería ponerme en contacto con él. Decirle que fue un error. Incluso disculparme por haberlo alentado. Como su psiquiatra, estoy en una posición de poder. Podría perder mi licencia. Otra vez. Quizá para siempre. Fue extremadamente inapropiado, aunque él básicamente admitió que me deseaba durante la sesión…

Se me seca la boca. Me deseaba a mí.

—¿Meredith? —Sarah asoma la cabeza. Salto como si me hubieran descubierto haciendo algo malo—. Ay, perdón por asustarte. ¿Estás bien? Estás un poco pálida.

Mejor que estar roja como un tomate.

—Estoy bien, cansada nada más. ¿Qué ocurre?

—Tengo la agenda actualizada de pacientes para la semana.

Me alcanza los papeles, tres en total, uno para cada día. Busco el viernes, pero en lugar de las cinco sesiones que tenía programadas, veo solo cuatro. Y falta un nombre. Falta *su* nombre.

—Pensé que tenía una sesión con Gabriel Wright el viernes.

Sarah se encoge de hombros.

—Llamó para cancelar esta mañana. Mencionó algo sobre un viaje imprevisto por trabajo.

—Está bien, gracias.

Sarah se va; no puedo dejar de mirar la lista. ¿Qué viaje imprevisto de trabajo puede haber tenido Gabriel? Es profesor. ¿Quizá una conferencia?

Mi reacción inmediata es sentir un vacío profundo que se asemeja mucho a la decepción. No es el tipo de emoción que debería sentir por un paciente. Incluso por Gabriel. Y después, algo más: un destello de pánico.

No me quiere.

El sexo no le gustó.

Lo arruiné todo.

No. No, no, no. Soy su psiquiatra, y lo que hicimos estuvo mal. Es normal que cancele la sesión. Joder, sería normal que me denunciara. Si hace unos años me hubiera enterado de que un psiquiatra había hecho lo mismo, y no solo el sexo, sino el *acoso*…

Ay, Dios mío. Escondo la cara en las manos y las apoyo en el escritorio, pero hasta eso me hace pensar en él. Yo doblada, él follándome contra el escritorio mientras…

Debería quemar esa falda. Esas bragas. Jamás podré usarlas sin pensar en él. En nosotros. El calor me invade; sujeto los papeles que Sarah dejó y me abanico con ellos.

Tal vez me está evitando. O tal vez está ocupado de verdad. Pero, de todos modos, es mejor que no lo vea. Es mejor que nunca permitamos que vuelva a pasar.

Cuando mis sesiones terminan poco después de las cinco, cojo el tren y me dirijo a mi propia sesión. Cuando la programé era una sesión de rutina: ver a mi terapeuta de vez en cuando. Un chequeo de rutina. Para que se quede tranquilo de que aún soy apta para ejercer.

Pero hoy me alegro de tener la sesión. Me alegro de haberla programado con semanas de antelación, me alegro de tener a alguien con quien hablar. Porque debo hablar. Y ya que al parecer no tengo a nadie más, le pagaré con gusto al doctor Alexander para que me escuche.

—Doctora McCall, bienvenida. —Me hace pasar con un gesto; frunce el ceño al mirar el cuaderno que tiene en el regazo—. Por favor, tome asiento.

Me siento, con las manos sobre la falda. Está ocupado con algo, quizá escribiendo una nota de su último paciente o preparándose para nuestra sesión. Echo un vistazo al consultorio y me viene el pensamiento, sin querer: ¿habrá tenido alguna vez sexo con un paciente? ¿En este mismísimo consultorio?

Seguro que no. Seguro que es un buen terapeuta.

No como yo.

—Entonces, ¿cómo se encuentra hoy?

El doctor me dedica una sonrisa cálida y amable. Como siempre. Debe haberla perfeccionado frente al espejo. Practicando día tras día. ¿Les sonrío así a mis pacientes? ¿Los hago sentir bienvenidos con una mirada?

—Estoy… estresada. Tensa. —Me obligo a esbozar una sonrisa que a lo mejor le muestra exactamente cómo me siento.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno. —Me lamo los labios y me miro las manos—. Le conté que estoy saliendo con alguien.

—Sí. —Asiente alentadoramente.

Vacilo; busco la manera de contárselo. Tampoco sé si debería. Quiero decir, no puedo contarle lo de Gabriel, la verdad. Pero necesito contárselo a alguien.

—Tuve sexo —digo. No es mentira. Tuve sexo. Sé que asumirá que fue con el hombre con el que estoy saliendo, con Robert. Y no me siento conflictuada. Me inunda el alivio al encontrar la manera de hablar al respecto.

—¿Y cómo estuvo? ¿Cómo se sintió?

El escritorio. Las manos de Gabriel en mi cuerpo. El placer y dolor intensos y maravillosos…

—Estuvo bien. Al menos, eso me pareció.

—Maravilloso.

La palabra sale de la boca del doctor Alexander y me doy cuenta de que tiene razón. Tener sexo con Gabriel, que me follase, porque esa es la única palabra apropiada para lo que hicimos, fue confuso e inesperado y obviamente no estuvo bien, pero también fue maravilloso.

—Entonces, ¿por qué está estresada?

—Bueno. —Clavo los dientes en el labio inferior. Exhalo lentamente—. Ha desaparecido.

No es del todo cierto. No es mentira, tampoco. Por supuesto, normalmente no nos llamamos ni mandamos mensajes ni nada. Excepto por las sesiones, o cuando lo acosaba, cosa que ya no hago más.

Dios mío, ahora hasta yo digo que lo que he hecho ha sido acoso.

—Entiendo. ¿Cómo la hace sentir eso?

—Horrible. Como si hubiera hecho algo mal. Como si hubiera algo malo conmigo. Como si… me hubieran usado. —Siento que me he sacado un peso de encima al nombrarlo. Al darme cuenta—. Y estoy enfadada. Muy enfadada.

—¿No han tenido ninguna comunicación entonces?

Sacudo la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿él no se ha puesto en contacto con usted?

—No. Para nada.

Me tiemblan las manos, una energía nerviosa me recorre el cuerpo.

—¿Y usted lo ha hecho?

Eso me calma de repente.

—No. No lo he hecho.

—¿Es posible que él sienta que usted ha desaparecido también?

Las palabras del doctor flotan en el aire. Es una pregunta justa. Si fuera Robert, me pondría en contacto. Le enviaría un mensaje de texto o lo llamaría, o incluso pasaría por su casa…

Pero no es Robert.

Es Gabriel.

Y con Gabriel, no hay reglas. Porque no estamos saliendo. No tenemos sexo casual.

Estamos… Busco la palabra o frase adecuada, pero no se me ocurre nada. Es como si estuviéramos jugando a un juego. Un juego sin reglas ni límites. Es emocionante y aterrorizante. Me aferro a la tela de mis pantalones y me pregunto quién hará el próximo movimiento. Y cuál será.

—¿Qué cree que pasaría si se pusiera en contacto con él?

—No lo sé. Me enteré… que tuvo que irse de viaje.

—Parece un hombre ocupado. —El doctor Alexander cruza un tobillo sobre el otro y me

estudia.

Sus palabras hacen mella en mí. Está haciendo lo que hacen los buenos terapeutas, me sugiere que considere el punto de vista de Gabriel. Y tiene razón. En cualquier otra circunstancia, estaría totalmente de acuerdo con él.

Excepto que se trata de Gabriel.

Y cuando se trata de Gabriel, las reglas habituales no se aplican.

CAPÍTULO 30

Ahora

La mayoría de los psiquiatras no lo admitiría jamás, pero hay pacientes a los que no dan ganas de atender. La señora Rensler, que solo quiere hablar sobre la vida de su hija y lo deprimida que está porque Gracie no le dedica más tiempo. El señor Altman, quien, por suerte para mí, ya no es paciente. Tenía que asistir a sesiones de terapia por orden judicial después de haber golpeado a su esposa; se quejaba de que ella se lo había buscado, que lo había provocado con su insistencia de que se buscara un trabajo. Pero hay pacientes a los que esperamos con ansia. Quizá es porque notamos el progreso, o simplemente porque son personas interesantes con historias especiales. Tengo algunos pacientes así. Pero la razón por la que espero con ansiedad a mi próxima paciente es muy egoísta.

Rebecca Jordan se ha convertido en un espejo para mí. Al escucharla recibo una dosis de realidad. Me recuerda a dónde podrían llegar las cosas si continúo con mi comportamiento inapropiado. Y estuve a punto de pasar en dos ocasiones por el apartamento de Gabriel; realmente necesito el recordatorio hoy.

Sarah acompaña a Rebecca al consultorio. Hoy se ha vestido aún más provocativamente que de costumbre: estilo colegiala, con una camisa blanca anudada a la cintura que deja ver su esbelto y bronceado abdomen, y una falda plisada de cuadros azul marino y negro tan corta que espero que no se le caiga nada al suelo. Medias blancas hasta la rodilla y zapatos clásicos tipo Oxford completan el atuendo.

Sonrío.

—Hola, Rebecca. ¿Cómo estás?

Se deja caer en el sofá, como una niña.

—Cansada.

—Ah, ¿sí? ¿No estás durmiendo bien?

Niega con la cabeza.

—Rompí con mi novio.

—¿Es por lo que hablamos? ¿Sentías que no erais compatibles en la cama?

Juguetea con un mechón rubio y se encoge de hombros.

—Supongo. También empezamos a discutir mucho. Lo llamé por el nombre equivocado sin querer durante el sexo una o dos veces, y eso lo molestó.

—Entiendo. ¿Estás reconsiderando tu decisión de terminar con él y por eso no duermes bien?

Aparta la mirada.

—No, no me importa él. Mi ex está saliendo con alguien.

—¿Otro ex?

Rebecca asiente.

—Está bien, ¿y eso te molesta? ¿Te causa problemas para dormir?

—Por supuesto que me molesta. Deberíamos seguir juntos. Era el amor de mi vida. Y yo era el suyo.

—¿Y por qué terminasteis?

—Estaba casado.

—Ah.

No sé qué más decir. Así que espero a que ella hable de nuevo.

—Iba a dejar a su esposa por mí.

Claro que sí. ¿Acaso no es lo que dicen todos?

—¿Por qué no lo hizo?

—¿¡Y yo qué sé!?

El grito me pilla por sorpresa. Me sobresalto y retrocedo, poniendo un poco más de distancia entre nosotras. No suelo hacer eso. En mi profesión, los pacientes suelen tener arrebatos. Estoy bastante acostumbrada. Hoy estoy nerviosa. Tensa. Porque *él* todavía no ha hecho contacto. Porque *yo* tampoco he estado durmiendo bien.

—¿Cuánto hace que rompiste con tu ex?

—No lo sé. Hace un tiempo. —Vuelve a mirar por la ventana, después, inesperadamente, sonríe—. Me acosté con alguien el día antes de romper con él.

—¿Él? ¿Te refieres a Steve? ¿El hombre con el que acabas de romper? —Me estoy perdiendo con todos estos hombres sin nombre.

Rebecca pone los ojos en blanco.

—¿Quién más podría ser?

No voy a señalar que ha hablado de tres hombres en los primeros cinco minutos de nuestra sesión; es razonable estar confundida. En cambio, asiento y sonrío.

—Cierto. Está bien. ¿Te gusta este otro hombre? ¿Con el que te acostaste antes de romper con Steve?

Se encoge de hombros.

—No particularmente. Era agradable, supongo.

A Rebecca y a mí nos separa poco más de una década, pero siento que es una generación de distancia en cuanto a sexo y citas. Nunca había usado una aplicación para citas hasta hace poco, ni había tenido una aventura de una noche. Demonios, la idea de tener sexo casual ni siquiera existía cuando comencé a salir con Connor, al menos no en mi vocabulario.

—Entonces, este otro hombre no fue la razón por la que rompiste con Steve. ¿Solo fue sexo?

—Steve y yo nos peleamos, así que pasé por un bar de camino a casa. Un chico se acercó y quiso invitarme a una bebida. No quería perder el tiempo si era como Steve en la cama, así que le dije que me gustaba el sexo duro y le pregunté si podía hacer eso conmigo. Si le interesaba, le dije que podía guardarse la cartera y venir a mi casa.

Ay, cielos. Eso no parece seguro.

—¿Así que fuisteis a tu casa y él… satisfizo tu necesidad?

Rebecca se encogió de hombros.

—Fue mejor que con Steve. Pero faltaba algo. Me dio unos azotes y me tiró del pelo y esas cosas. Pero me daba cuenta de que solo lo hacía por mí. No lo impulsaba la pasión, como a mi ex.

Echo un vistazo hacia el escritorio, el escenario de mi apasionado encuentro. Me imagino a Gabriel detrás de mí, empujándome hacia abajo. Sujetándome. Se me eriza la piel. Y me doy cuenta de que Rebecca está hablando, pero no la he escuchado.

—De todos modos, me mandó otro mensaje. Pero no creo que lo vuelva a ver.

—¿Al chico del bar?

Asiente.

—Así que voy a dejarlo en visto.

Dejarlo en visto. Como parece que Gabriel ha hecho conmigo. Me acomodo en el asiento y cruzo las piernas de nuevo. *Hablemos un poco más de eso.…*

—¿Puedo preguntarte por qué lo dejarías en visto, en lugar de decirle que lo pasaste bien pero que no estás interesada en verlo otra vez?

—¿Por qué debería hacer eso? No es como si estuviéramos saliendo. No me llevó a cenar ni me trajo flores. No tengo ningún compromiso con él. Ni siquiera hablamos mucho. Si él no lo entiende, entonces es tonto.

Se me hunden los hombros. Soy para Gabriel lo que el camarero es para Rebecca; ni siquiera merezco un mensaje de cortesía. Pero Gabriel y yo somos más que eso, ¿no? Hemos hablado bastante. Aunque solo sea porque soy su terapeuta y él mi paciente, somos algo más que un encuentro casual en un bar, ¿verdad?

O tal vez no.

Tal vez soy la única de los dos que piensa al respecto.

Me doy cuenta de pronto de que mi paciente me está ayudando *a mí*. Lo que es peor aún, le estoy haciendo preguntas en busca de consejos para mí misma, en lugar de tratar de guiarla. Sin mencionar que mi paciente es compulsiva. Probablemente no sea la mejor persona para darme consejos sobre citas. O consejos sobre sexo. Porque Gabriel y yo *no* estamos saliendo. Y tengo que recordar eso.

Me las arreglo para pasar el resto de la sesión con Rebecca; hago mi mejor esfuerzo para aconsejar a una mujer que se obsesiona con los hombres, aunque yo he pasado la última semana, incluso los últimos meses, perdida en mi propia obsesión.

Cuando termina la sesión estoy agotada pero feliz de que sea mi última paciente del día. De camino a casa, me detengo en la licorería y compro dos botellas de vino. No porque planee beberme ambas esta noche, sino porque el chico detrás del mostrador me sonrió como si fuera una clienta habitual. Es una cuestión de semántica, lo sé. Comprar dos de una vez o ir dos veces significa beber la misma cantidad de vino, pero al menos no me convertiré en el Norm de *Cheers* en la licorería local.

En casa, me como un palito de queso y frío una bolsa de *pierogi* congelados, pero solo como dos y tiro el resto a la basura. Me termino la segunda copa de vino y preparo la bañera para un baño caliente. Cuando la bañera se llena, queda un cuarto de vino en mi tercera copa; ya que estoy, podría terminármela para meterme en la bañera con una copa llena, ¿no? Así que hago eso. Me siento bastante bien. El cuello se relaja, la mente se desacelera, y casi que recupero la calma. El alcohol es un gran terapeuta.

Antes de meterme en la bañera, me recojo el pelo, enciendo una vela y pongo un poco de jazz suave en el teléfono. Es agradable. Sereno. Así que sigo bebiendo, me sumerjo en el agua tibia y dejo que se lleve todos mis problemas. Pero entonces suena una notificación en el teléfono. Y soy la clase de persona que necesita saber qué se está perdiendo. Incluso cuando estoy a punto de terminar la cuarta copa de vino. Así que deslizo el dedo por la pantalla para ver de qué va la notificación y me encuentro con un mensaje de texto de Robert. Robert, que no me deja en visto. Robert, que me lleva a cenas agradables y es un caballero, incluso cuando voy a su casa, porque sabe que no estoy lista.

No estoy lista.

Es para reírse, la verdad.

No estoy lista para tener sexo con un hombre que es un gran partido, que me besa con amor y que parece estar muy interesado en mí. Pero sí estoy lista para la asfixia erótica y acostarme con un paciente en mi escritorio.

Sostengo el teléfono en el aire, por encima de la cabeza, y me sumerjo en el agua, empapando el cabello que había recogido y que no planeaba mojar. Cuento los segundos mientras contengo

la respiración. Quince. Luego treinta. Sesenta. Cuando llego a los noventa, siento presión en la cabeza. Sin embargo, llego hasta los ciento cinco. Diez segundos más pasan, y salgo del agua, salpicando, jadeando. El agua se derrama por los costados de la bañera.

La vela se apaga.

Y ahora tengo que secarme el pelo con secador.

Además, mi copa está vacía, otra vez.

Así que es hora de salir.

Salgo tambaleándome de la bañera, me envuelvo en una toalla y miro la alfombra del baño. Nunca me he sentado en ella. Parece cómoda. Así que uso la pared como apoyo para deslizarme hasta el suelo y busco el móvil.

Quizá Robert es demasiado bueno para mí.

Quizá ahora soy como Rebecca. Quizá el accidente me cambió. Necesito a alguien un poco más bruto. Me parece apropiado que me castiguen.

No puedo imaginarme a Robert empujándome boca abajo, tirándome del pelo. Probablemente es amable y cariñoso en la cama. Cálido y atento.

Con ese pensamiento, abro la aplicación de citas. La he evitado últimamente. No tiene sentido buscar un tercer hombre cuando no sé qué demonios está pasando con los dos que tengo. No es que *tenga* a Gabriel. Pero qué más da.

Paso el dedo por la pantalla: deslizo a la derecha a cualquier chico que *parezca* más rudo: chicos con tatuajes, con ojos pequeños. ¿Moto? ¡Perfecto! Y luego voy a la web de Columbia para mirar la foto de Gabriel. Es aún más guapo en persona. Miro su rostro sonriente, preguntándome qué estará haciendo ahora. Pero también recuerdo a todas las jóvenes rubias con las que ha pasado un rato.

Se me cae el alma a los pies. Probablemente esté cenando con una joven atractiva en este mismo momento. Dondequiera que esté. No sé si es esa idea la que me da náuseas o si son las cuatro copas de vino que bebí con el estómago casi vacío. Pero ya no puedo mantenerme erguida. Así que me recuesto en la bonita alfombra en la que nunca me he sentado y me envuelvo con la toalla.

Solo cerraré los ojos unos segundos. Después me levantaré y me iré a la cama. También tengo que cepillarme los dientes y enchufar el teléfono al cargador.

Y ese es el último pensamiento que recuerdo cuando me despierto a la mañana siguiente: con mal aliento, un móvil sin batería, la bonita alfombra marcada en la mejilla y una horrible sensación en la boca del estómago de que algo malo va a pasar.

CAPÍTULO 31

Ahora

Otra semana.

Otra visita nocturna a la tienda de licores, porque ya me he acabado las dos botellas. Esta vez, compro seis porque, ¿por qué no? ¡Hay descuento si compro media docena!

Ahora estoy en el consultorio, mirando el teléfono, con la aplicación de citas abierta. Hay un nuevo mensaje de Robert, pero no me animo a leerlo.

—La agenda de la semana —anuncia canturreando Sarah, después de abrir la puerta de par en par. Está de su habitual estado de ánimo alegre y le sonrío, tratando de fingir normalidad.

—Gracias.

Busco su nombre en los papeles. Viene el viernes; faltan tres días hasta que lo vea. Hasta fingir que no pasó nada o… Me relamo los labios. Repitamos la última sesión. No puedo hacer eso. No puedo permitirlo. Lo sé, y se me han ocurrido decenas de maneras de disuadirlo. De hacerle entender que lo que hicimos estuvo mal. Pero en el fondo del corazón, sé que, si intenta empujarme y tumbarme sobre el escritorio, no me resistiré.

Encuentro la hoja del viernes y repaso los nombres, pero la sesión de las cinco ha desaparecido. Estaba convencida de que ese era su horario. Me muerdo la mejilla e ignoro mi pulso acelerado, porque seguramente me he confundido. Extiendo las hojas sobre el escritorio en busca de Gabriel Wright.

Pero no está allí.

De repente, me siento sudorosa. Acalorada. Esto significa que se acabó. Cancelar una vez no es nada, pero ¿dos veces? Quiere decir que me está evitando.

A menos que…

—¿Sarah? —la llamo. No responde enseguida, así que me levanto y asomo la cabeza por la puerta—. Ey, Gabriel no aparece en la agenda. Otra vez.

Sarah alza la vista del mensaje de texto que está escribiendo.

—Ah, sí, dijo que sigue de viaje. Le ofrecí una sesión virtual, pero no quiso.

Frunzo el ceño. Cuando volví a aceptarlo como paciente, programamos una sesión semanal indefinidamente.

—¿Canceló solo la sesión de esta semana?

Sarah ladea la cabeza.

—¿Ajá? ¿Por qué? —me pregunta.

Así que no las ha cancelado *todas*. Lo que significa que no ha dado por terminada nuestra relación. La relación médico-paciente, claro está. Trago saliva; las ideas se arremolinan en mi cabeza a toda velocidad. Es posible que esté de viaje de verdad. Quizá dijo que era por trabajo, pero, quizá, se trataba de una emergencia familiar y no quiso mencionarlo.

—¿Estás bien? —Sarah deja a un lado el móvil y comienza a incorporarse.

—Bien. —Frunzo el ceño—. Eh, hemos terminado por hoy, ¿verdad?

—Sí. El señor Wilson era tu último paciente.

Asiento y apenas sonrío; vuelvo a mi consultorio y cierro la puerta. Deambulo de un lado a otro y pienso en lo poco que conozco a Gabriel en realidad. Claro, conozco su rutina diaria y sé que tiene debilidad por las rubias y una familia muerta.

Pero tal vez tiene padres que necesitan ayuda. O un hermano o hermana. O, diablos, quizá realmente se trata de algo del trabajo, aunque no se me ocurre por qué un profesor universitario necesitaría viajar de un día para otro.

O, simplemente, me está evitando.

Me detengo de golpe, con la mirada clavada al mundo más allá de la ventana, donde la naturaleza está volviendo a la vida: las flores se abren, las hojas brotan de los árboles. Y, sin embargo, aquí sigo yo, sin cambiar.

Tengo que saber.

Lo que implica descubrir dónde está Gabriel.

No me es difícil recordar el recorrido, aunque solía hacerlo de día. Hoy hace rato que el sol se ha puesto; el cielo está salpicado por algunas estrellas y una fina luna, una rareza con la contaminación lumínica de Manhattan. He cambiado el pesado abrigo de invierno por una chaqueta más ligera y un fular. Cuando llego al edificio de Gabriel, miro hacia arriba y considero mi próximo movimiento. Sé por su ficha de paciente que vive en el cuarto piso. Y desde aquí, el cuarto piso se ve oscuro, vacío. Abandonado. Como si su ocupante, bueno, se hubiera marchado.

Camino de un lado al otro de la calle, vigilando esas ventanas oscuras, esperando ver algo, cualquier cosa, que indique que Gabriel está dentro de esas paredes. Después de cinco minutos sin indicios de que alguien esté en casa, saco el móvil del bolsillo e intento algo nuevo. En el tren

de camino, descargué una aplicación que permite hacer llamadas y enviar mensajes de texto anónimos. La abro y escribo su número. Presiono «llamar». Y luego espero.

Pasa una pareja, de camino a cenar o quizá volviendo. Un hombre sintecho sale de un callejón, me echa un vistazo y se aleja tambaleándose. Y, por fin, oigo el sonido de un teléfono desde la aplicación. Lo acerco a mi oído, casi conteniendo la respiración.

—¿Hola?

La voz de Gabriel se escucha a través de la línea. Miro de nuevo al cuarto piso. Ninguna luz. Ninguna señal de que alguien se haya levantado de la cama para contestar el teléfono o haya pasado de una habitación a otra.

—¿Hay alguien ahí?

Quiero cerrar los ojos y empaparme de su voz. Empaparme del sonido de Gabriel. Pero no puedo. Cuelgo la llamada.

Así que no mintió. No está en casa. Debe estar fuera, de viaje, donde quiera que haya ido. Y, por supuesto, no me debe ninguna explicación. No es como si estuviéramos en pareja. Me siento avergonzada de mí misma. ¿En qué estoy pensando? Acosando a este hombre de nuevo. Igual que Rebecca; Rebecca, que probablemente necesita mucho más cuidado y terapia de lo que soy capaz de proporcionarle en este momento.

Trato de no pensar en lo que eso dice de mí.

Doblo la esquina, quiero ir a cualquier lugar que no sea mi casa. Lo último que debería hacer ahora es ir a casa, donde me beberé otra botella de vino y probablemente llame a Robert o, peor aún, a Gabriel, borracha. Si voy a hacer alguna estupidez, al menos debería hacerlo de manera anónima, sin repercusiones en mi vida real. Tal vez finja ser otra persona. Una médica de otra especialidad, o quizá ni siquiera médica. Podría decir que soy maestra, o contable, o lo que quiera. Encontraré un buen bar y entraré como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Como hizo Rebecca la noche antes de romper con Steve.

Encontraré a un hombre guapo que me invite a copas y me sentiré joven y deseable y…

Y alzo la mirada. He estado caminando, pero no he encontrado un bar.

He caminado en piloto automático, de la manera en que siempre caminaba desde la casa de Gabriel. Al trastero.

Me detengo y entrecierro los ojos bajo la tenue luz de la farola. Hay una figura cruzando la calle, alejándose del trastero, hacia mí.

No puede ser él, *no puede ser.*

Pero cuando el hombre levanta la cabeza, se aparta el pelo de la cara y levanta la mirada, nuestras miradas se cruzan.

Es él.

Gabriel Wright no está de viaje.

Está aquí, justo frente a mí. Se me cae el alma a los pies, y si tuviera tiempo, me daría la vuelta y echaría a correr. Pero no tengo tiempo. Me está fulminando con la mirada, y avanza hacia mí con determinación.

CAPÍTULO 32

Ahora

—¿Doctora McCall? —Gabriel se acerca, entornando los ojos. Sabe que soy yo: se está preguntando qué demonios hago aquí. Y es una buena pregunta. Una que debería haberme hecho antes de que me descubran.

Parpadeo, para darme tiempo a preparar la actuación digna de un Óscar que necesitaré para salir de este apuro.

—¿Gabriel? Ah, hola.

Inclina la cabeza, estudiándome

—¿Qué haces en este vecindario? ¿Vives por aquí?

—Yo, eh, no muy lejos. —Señalo hacia la calle y digo lo primero que se me ocurre—. Estaba en la tienda de teléfonos. Mi móvil no funciona muy bien.

No aparta la mirada de mí.

—¿Cuál? ¿El Verizon de la esquina?

Soy una mujer ahogándose a la que acaban de lanzar un salvavidas.

—Sí, ese es. El Verizon de la esquina.

Sonríe. En realidad, es más una mueca traviesa.

—¿No es raro que te llame doctora McCall? Ya sabes, después de nuestra última… sesión.

Me sonrojo.

—Hablando de eso…

Ha abierto la puerta. Necesito decir lo que pienso y cerrarla de golpe. Trabarla y tirar la llave para siempre. Sin embargo, lucho por encontrar las palabras para comunicar lo inapropiada que fue nuestra última sesión.

Antes de que mis labios se muevan, Gabriel estira una mano y me la apoya en la mejilla. La acaricia con el pulgar.

—Te he echado de menos, Meredith. —Avanza y me acerca la boca a la oreja—. ¿Me has

echado de menos?

Un escalofrío me recorre los brazos y se me eriza cada uno de los vellos del cuerpo. La mente se me llena de pensamientos a toda velocidad. Debería decirle que no lo he echado de menos y que lo que pasó entre nosotros fue un error colosal. Pero eso no es cierto, ¿verdad? Bueno, tal vez la última parte sí, pero sí lo he echado de menos. Y la reacción de mi cuerpo lo demuestra. Aunque… me acuerdo de algo, y me obligo a dar un paso atrás.

—Cancelaste la sesión. Otra vez. Pensaba que estabas de viaje.

Gabriel desliza la mano de mi mejilla a mi nuca. La rodea con sus dedos largos y aprieta. No me hace daño, pero sirve para recordarme lo fuerte que es, cómo mantuvo mi cuerpo pegado al escritorio con una mano en la espalda mientras me follaba por detrás.

—Mis planes cambiaron. Acabo de aterrizar. Iba a llamar a tu consultorio mañana a primera hora para ver si podíamos programar una sesión para el viernes.

—Ah.

—Tu asistente me ofreció una sesión virtual. Pero después de cómo dejamos las cosas la última vez, me pareció que necesitarías un tiempo. También pensé que sería mejor que, cuando habláramos, lo hiciéramos en persona.

Lo miro a los ojos, buscando indicios de insinceridad. ¿Está mintiendo? ¿Es verdad que acaba de llegar? ¿Es verdad que ha estado de viaje?

Pero no encuentro nada, ni en un sentido ni en el otro.

Sonríe.

—He respondido a tu pregunta, pero tú aún no has respondido a la mía, Meredith. —Mientras repaso mentalmente la conversación para entender a qué se refiere, se ríe—. Te he preguntado si tú también me has echado de menos.

—Ah —repito. Al parecer, hoy estoy muy habladora.

Gabriel se muerde el labio inferior.

—Ven a casa conmigo. Vivo a unas pocas calles de aquí.

Es una idea malísima, y lo sé. Pero… me gustaría ver el interior de su apartamento. Tal vez eso me ayude a entenderlo. Además, no estoy convencida de que realmente haya estado de viaje. Encontrar una maleta junto a la puerta me tranquilizaría, ya que confirmaría que ha dicho la verdad.

No me he decidido aún, pero él me da un empujoncito.

—Vamos. Nos tomamos una copa de vino.

No sé cómo sucede, pero de pronto Gabriel está abriendo la puerta de su edificio. Mientras camino por el vestíbulo, observo las filas de buzones, las mismas que examiné hace unos meses para confirmar su identidad, esa primera vez que lo vi desde la ventana de la cafetería.

Llama al ascensor.

—¿Te gusta el vino tinto o blanco?

—Cualquiera está bien.

—¿El vino blanco se echa a perder si no se abre? Creo que tengo una botella en la nevera. Pero debe tener por lo menos tres meses.

Qué gracioso. Las mías duran unas tres horas.

Fuerzo una sonrisa.

—Creo que se mantiene bien durante años.

Se me acelera el pulso cuando las puertas del ascensor se abren y entramos. No puedo creer que esté haciendo esto. *Estoy entrando en el apartamento de Gabriel Wright*. He cruzado una línea, pero ya he cruzado tantas, ¿qué más da una más?

—¿Qué tal tu semana? —pregunta Gabriel.

—Bien. ¿Y la tuya? —Me callo y luego añado—: Tuviste que viajar inesperadamente, ¿verdad? Espero que todo esté bien.

—Ahora sí. —Sonríe.

Tengo diez preguntas en la punta de la lengua. ¿Dónde has estado? ¿Con quién estuviste? ¿Qué era lo que no estaba bien pero ahora sí? Sin embargo, en lugar de eso, no hago más que sonreír.

—Me alegro.

Cuando llegamos al cuarto piso, Gabriel me pone la mano en la espalda. Me guía fuera del ascensor y hacia la izquierda. Tres puertas más allá, saca las llaves del bolsillo.

—Espero no haber dejado ropa interior en el suelo. No esperaba tener compañía.

¿Eso quiere decir que no está quedando con nadie más o simplemente que no ha invitado a nadie hoy? Es curioso, tengo muy buenas preguntas, pero ninguna sale de mi boca.

Gabriel enciende las luces. Entramos por un pasillo estrecho que desemboca en la sala de estar. Mi mirada salta de un lugar a otro con rapidez, al ritmo de mi corazón. Busco pistas, pero no estoy segura de qué misterio estoy tratando de resolver. Lo primero que veo es que no hay equipaje. Ni junto a la puerta ni en la sala de estar. Yo tardo días en moverlo más de unos pocos centímetros de la entrada de mi apartamento cuando regreso de un viaje. ¿Es Gabriel el tipo de persona que lleva de inmediato la maleta al dormitorio y la deshace? Quizá ya la ha vaciado y guardado el equipaje.

Lo segundo que noto es que tiene muchos libros. Son preciosos, encuadernados en cuero, antiguos. De esos que se encuentran en un anticuario, con un propietario que usa guantes blancos para manipular las ediciones guardadas en vitrinas cerradas con llave. Toda una pared está cubierta con estanterías empotradas. La sección central, la más larga, se hunde bajo el peso de las pilas.

Gabriel se acerca por detrás mientras lo observo todo y me quita el abrigo de los hombros.

—Supongo que mi secreto ha salido a la luz. Soy un ratón de biblioteca.

Sonrío.

—Tienes una colección impresionante.

Desaparece con mi abrigo y regresa a mi lado. No nos tocamos, pero siento el calor que emana de su cuerpo, su aliento caliente acariciándome el cuello. Me pone las manos sobre los hombros y yo pego un salto.

—Alguien está nerviosa —dice. Sigue a mis espaldas, pero oigo la sonrisa en su voz.

—Esto, nosotros, es… —Busco el sinónimo correcto: «inapropiado, poco ético, inmoral, depravado». Debo elegir con cuidado una palabra que se refiera solo al hecho de que soy su médica.

—Deja de pensar tanto. —Gabriel me aprieta los hombros—. Somos dos adultos plenamente conscientes de sus actos. Ambos solteros.

Ambos solteros por culpa de mi marido. Por mi culpa.

Se inclina y me besa el cuello. Sus labios suaves vibran sobre mi piel cuando habla.

—¿Está bien esto? —Trago saliva y asiento—. He pensado en ti a menudo esta semana —susurra—. ¿Pensaste en mí?

Cada instante desde que me despierto…

Me cuesta respirar. Me gusta tanto, cuando me toca, aunque sé que no debería. Como no le respondo, me mordisquea el cuello.

Gimo.

—Te gusta eso, ¿verdad? —Otra vez oigo la sonrisa en su voz—. No he podido dejar de pensar en ti desde que me pediste que te agarrase y te follase duro. —Trago saliva—. ¿Pensaste en mí? ¿Pensaste en lo que pasó en la última sesión? —Asiento. Creo que es lo único sincero que he dicho desde que me encontró en la calle—. Bien. —Me besa la piel que ha mordido—. Muy bien, Meredith.

Gabriel me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia él. Su cuerpo se siente muy duro, muy cálido. Me chupa el pecho siguiendo la clavícula; cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás para darle más espacio, sin ningún tipo de vergüenza. Y luego nos movemos. Caminamos. Me guía, su cuerpo firmemente pegado a mi espalda. Pasamos por una puerta. Veo la cama, mis rodillas chocan con el borde. Me entrego a la mano firme sobre la espalda que me empuja hasta que tengo el pecho contra el colchón.

Gabriel se acuesta encima de mi cuerpo. Me sujeta las manos con una de las suyas y me estira los brazos por encima de la cabeza. Me mordisquea el lóbulo de la oreja y no puedo contenerme. Gimo.

—Me encanta ese sonido. —Gruñe—. Me lo he imaginado cada noche desde lo que pasó en tu consultorio. —Su mano libre se desliza entre nosotros, bajo mi vestido. Llega a mis piernas, me

aparta con impaciencia las bragas; luego sus dedos llegan a mi abertura húmeda—. Te parece que esto está mal, pero ya estás tan mojada.

Dos, quizá tres dedos se hunden dentro de mí. No tengo ni idea, pero me hace jadear. Es brusco, no hay preliminares, igual que la última vez. Pongo los ojos en blanco, y otro gemido escapa de mi boca cuando me penetra.

—Precioso. —Gabriel aprieta los dientes. Retira los dedos por completo y los vuelve a hundir aún más hondo. No llego a recuperar el aliento antes de que lo haga otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Estoy al borde de perder el control cuando se detiene abruptamente.

Se pone de pie. Escucho el sonido de un cinturón desabrochándose, una cremallera bajando, y luego lo siento en mi abertura. Pero no entra. En cambio, me sujeta el pelo en un puño.

—¿Lo quieres duro otra vez?

Lo quiero de cualquier manera que él quiera dármelo, pero duro, tan duro que duela, me parece bien. Así que asiento.

—Más duro.

El puño envuelto en mi pelo tira tan fuerte que me levanta de la cama. Gabriel usa la mano libre para sujetarme la cintura y ponerme a cuatro patas. Me arde el cuero cabelludo, pero cuando me penetra con un solo empujón, me olvido de todo el dolor. O tal vez el dolor acrecienta el placer, intensifica todos mis sentidos, porque nunca he sentido algo tan delicioso. Se clava tan profundamente en mí que me hace estirar el cuello hacia atrás. Estoy bajo su control total y me relajo, me rindo. He estado tensa desde nuestro encuentro la semana pasada, pensando que debía decirle que se trató de un error, que no podía volver a pasar. Pero resulta que era exactamente lo que necesitaba.

Gabriel se mueve dentro de mí a mis espaldas. Es brusco e intenso, pero necesito que me duela más. Así que me muevo hacia atrás cuando él empuja hacia delante, con cada embestida nos encontramos ruidosamente. Es una paliza; es violento. Probablemente tendré que sentarme sobre un cojín mañana y aún sentiré dolor, pero disfruto cada segundo. Cada embestida es más dolorosa que la anterior, me penetra más y más profundamente. Alcanzo el clímax de pronto. No pienso en nada: ni preocupación, ni tristeza, ni arrepentimiento; solo siento un placer desenfrenado acompañado por un dolor que no quiero que termine nunca. Pero, por supuesto, termina. Gabriel ruge al acabar y sale de mí.

Mi mente, que estaba tan en blanco hace apenas unos segundos, se convierte en un torbellino de ideas.

Gabriel se mueve. Lo sigo con la mirada desenfocada por el dormitorio hasta que desaparece detrás de una puerta. El baño, supongo. Después enfoco los ojos y percibo el entorno por primera vez. Veo fogonazos de cosas que pasan más rápido que mi respiración.

Una foto de boda enmarcada.

Un albornoz de mujer colgado en el interior de la puerta del armario.

Un anillo de boda en la mesita de noche.

Instantáneas pegadas en el espejo sobre la cómoda.

Rostros sonrientes.

Besándose.

Una niña preciosa.

Se me llenan los ojos de lágrimas de lágrimas.

Una niña preciosa y perfecta.

Que está muerta.

Muerta.

Me levanto. Y luego corro.

A través de la sala llena de libros.

Por el pasillo.

Salgo del apartamento.

De alguna manera, logro recoger el bolso y el fular al salir, pero doy por perdida la chaqueta.

Encuentro una escalera y bajo.

Cuatro tramos de escaleras.

Salgo a la calle.

No dejo de correr durante varias calles, hasta que llego a una esquina y giro bruscamente. Entonces, me apoyo contra un edificio de ladrillos, con las manos en las rodillas, y trato de recuperar el aliento. No sé cuánto tiempo pasa. Un buen rato. Pero por fin mi respiración vuelve a la normalidad. Me incorporo y miro a mi alrededor. La gente va y viene, como si fuera cualquier otro aburrido día de la semana. Nadie me presta atención. Después de todo, es Nueva York. Una mujer sin aliento y ligeramente desquiciada no es nada inusual, supongo. Pero después miro bien dónde estoy. Es la esquina donde le dije a Gabriel que había ido a reparar el teléfono. Me preguntó si era la tienda de Verizon. Sonrió cuando le dije que sí.

Pero aquí no hay ninguna tienda de Verizon…

CAPÍTULO 33

Ahora

Horas más tarde, sigo vagando por las calles; soy incapaz de pensar con claridad.

Todavía siento sus manos sobre mí. Lo siento dentro de mí. Me veo jadeando por el esfuerzo, por pura necesidad y placer, y sin embargo… cuando cierro los ojos, la veo a ella. A su esposa. Y luego a su hija. Las fotos. El maldito albornoz.

Un escalofrío me recorre la columna. Hace demasiado frío para estar fuera sin abrigo. Oigo pasos a mis espaldas: se acerca una figura. ¿Quizá Gabriel ha venido a buscarme?

O tal vez es otra persona que vaga por la ciudad en medio de la noche.

No quiero lidiar con eso tampoco, así que corro para volver por donde he venido. Izquierda en vez de derecha. Derecha en vez de izquierda. Y de repente, estoy frente al trastero.

No había una tienda de Verizon. No había ninguna tienda de Verizon. Sonrió como si ya lo supiera.

Me detengo, me apoyo contra un edificio, para una vez más recuperar el aliento. Quizá la tienda de Verizon cerró. Quizá estaba allí, pero ha cerrado, y él no se dio cuenta.

O… él sabe que lo estaba buscando, dando vueltas cerca de su apartamento.

Me estremezco ante el pensamiento. ¿Qué significaría eso? Me muerdo una uña y siento mariposas en el estómago: Dios, el sexo era exactamente lo que necesitaba. Duro y doloroso. Me permitió relajarme. Es adictivo. Entiendo a Rebecca, que desea que su novio lo haga de esa manera. Especialmente si está acostumbrada a ello. Quiero decir, ¿cómo volver a la normalidad después de algo así?

Tal vez me fui demasiado rápido. Es que me asusté mucho al encontrarme rodeada por los restos de su vida anterior. La vida que destruí. Dios, tendré que decirle algo después de todo esto. Ninguna mujer en su sano juicio sale corriendo en plena noche después de tener sexo con un hombre. La cuestión médico-paciente sigue siendo, obviamente, un gran problema. Tal vez pueda usar eso como excusa. ¿Se dará cuenta?

Un momento: ¿me estará observando ahora mismo?

Miro a la izquierda, después a la derecha. La calle está vacía; cierro los ojos. Una exhalación profunda me devuelve a mí misma. Al presente. A la fría calle de Nueva York, al edificio de cemento contra el que apoyo la espalda. Necesito ir a casa. Necesito cerrar la puerta, cerrarla con llave y pretender que esto no ha pasado. Soy una persona horrible. Seguir al hombre cuya familia destruiste. Y después he permitido que ocurra todo esto…

Pero en cuanto me alejo de la pared para irme, echo otro vistazo al trastero y me pregunto qué podrá tener escondido allí. ¿Qué es lo que lo hace volver día tras día y pasar no cinco minutos ni diez minutos, sino treinta minutos, una hora, en sus profundidades?

Antes habría dicho que eran las pertenencias de su familia. Tal vez se acerca el jersey preferido de su esposa contra el rostro como yo he hecho con el tuyo, para sentir el aroma que aún permanece, temeroso de que un día se disipe y no haya nada más, y que ella desaparezca al igual que tú. Ese último rastro, desaparecido.

Pero ya no pienso eso. El apartamento de Gabriel sigue lleno de cosas de su esposa.

Contemplo el trastero de ladrillos una vez más.

Necesito saber.

Necesito. No quiero.

Ni siquiera entiendo *por qué* necesito saber. Ni siquiera el buen doctor Alexander podría decírmelo. Pero es un deseo que surge desde lo más profundo del alma. Y esta vez nada me impedirá que lo obedezca.

Al otro lado de la calle, un hombre camina por la acera. Lleva dos cajas en los brazos, una encima de la otra. Disminuye la velocidad cuando se acerca al trastero y deja las cajas frente a la puerta. *Va a entrar.*… En un santiamén, sin siquiera pensarlo, cruzo la calle al trote y sujeto la puerta que el hombre acaba de abrir con una tarjeta llave.

—Déjeme ayudarle con eso —digo. El hombre se da la vuelta y le sonrío con simpatía—. Mi unidad está justo al final del pasillo.

Si yo fuera hombre, es probable que me lo hubiese pensado dos veces. Pero no supongo una amenaza para él. Al menos, eso es lo que cree. Por suerte, no parezco tan desquiciada como me siento.

—Muchas gracias.

Recoge las cajas y entra, camina hacia la derecha unos pasos y desaparece dentro de un ascensor.

Contengo la respiración todo el rato y siento que mi corazón está a punto de estallar en cualquier momento. Cuando el hombre desaparece, exhalo un suspiro tembloroso y avanzo hacia la derecha, en la misma dirección en la que he visto ir muchas veces antes a Gabriel.

Cuento las unidades mientras camino. Por fin me sirven para algo las notas sin sentido que

escribí hace meses. En ese momento, no eran más que pensamientos dispersos; garabatos de una mujer al borde de un colapso nervioso.

Cigarrillos.

Café corto.

Doce.

La última anotación es el número de ventanas desde la entrada del trastero hasta la ventana donde vi que se encendía una luz en cada una de sus visitas.

Llego a la unidad y me paro frente a ella. No parece diferente de las otras puertas que me rodean. Está pintada de azul, y un candado redondo cuelga del cerrojo.

La contemplo durante un rato, mientras pienso en una conversación que tuvimos no hace mucho tiempo. Hablábamos sobre la carta que le hice escribir a su esposa. «Quizá de ahora en adelante, cuando escriba mi pin, no me enfadaré tanto», había dicho. «Todo es su cumpleaños, desde el código del cajero automático hasta los códigos de las puertas». Y cómo olvidar que su cumpleaños era el día de San Valentín.

Me trago la culpa, cojo el candado y rompo otra regla. ¿Qué más da?

Cuando se trata de Gabriel, las reglas parecen no aplicarse. O mejor dicho, no me importa romperlas. Casi vale la pena sufrir las consecuencias, porque… necesito saber.

Muevo el candado hasta que los números se alinean: 0214. Oigo un placentero *clic*. Y de repente, el candado se abre. Y todo lo que Gabriel ha escondido se vuelve accesible.

Hay cajas, más que nada. Grandes, de las que usan las empresas de mudanzas, con listados preimpresos en un lado para marcar con un rotulador a qué habitación pertenece cada caja. Ninguna de estas cajas está marcada, como si las hubiera hecho con prisa para meterlas aquí. También están colocadas de cualquier manera; la más cercana parece que podría caer con la más mínima brisa.

No es lo que esperaba.

¿Qué demonios hace un hombre adulto en un trastero lleno de cajas?

Me quito el fular. El ambiente está climatizado. No hace calor, pero tampoco hace frío como fuera.

Tal vez haya algo en las cajas. Por un momento, considero cerrar la puerta enrollable detrás de mí; me resulta un poco extraño estar revisando las cosas de otra persona tan públicamente, en particular cuando, bueno, estoy infringiendo la ley. ¿Y si alguien entra y sabe a quién pertenece la unidad? Pero un vistazo al pasillo oscuro me dice que será mucho peor bajar la persiana y quedarme atrapada aquí.

Rozo con los dedos la caja más cercana, después me pongo de puntillas para abrir la tapa y ver

qué hay dentro. Un destello de rosa, violeta: suelto la caja y doy un paso hacia atrás; el contenido me ha sobresaltado. Juguetes. Juguetes de niña, desordenados y revueltos. Una Barbie, un oso de peluche, lo que parece ser una muñeca American Girl y… Exhalo. No esperaba encontrar los juguetes de su hija. Hace que todo se vuelva muy real. Muy terrible.

Las manos me tiemblan; doy otro paso atrás, dudando. Quizá no quiero saber. Tal vez él viene aquí para estar cerca de sus cosas, cosas que no soportaba ver en su casa todos los días.

Pero ¿qué hace? ¿Se queda aquí parado sin hacer nada?

Me trago las emociones y la confusión, y me obligo a avanzar hacia otra caja. Algo pequeño y cuadrado brilla encima, un juego de llaves o un llavero, tal vez. Pero cuando me acerco lo suficiente para distinguir los detalles, lo reconozco.

Se me vacían los pulmones en una sola exhalación.

Lucho por respirar, por moverme.

Lo reconozco porque te pertenecía a *ti*. Tu camiseta. Tu número 17. El llavero que mandé hacer después de que ganaras el campeonato. Te lo di la noche en que decidimos formar una familia. Y después de tu muerte comencé a llevarlo conmigo, para tener una parte de ti, un recordatorio…

Hasta que un día desapareció. El día que salí del callejón y choqué con Gabriel. Asumí que se había perdido.

Aparentemente fue así.

Y Gabriel lo recogió.

Lo que significa… Trato de contener el pánico que amenaza con ahogarme.

Gabriel sabe quién soy.

Lo ha sabido todo el tiempo.

Dejo caer el llavero y me sujeto a la pila más cercana de cajas, aferrándome con todas mis fuerzas.

No. No puede ser.

Siento que se me hiela la sangre, el cuerpo, que se me hace un nudo en el estómago.

Pero lo es. Con seguridad. Este es el llavero que encargué para ti, un regalo único que encargué a un artista. Incluso tiene el pequeño error: un poco de la pintura roja se mezcla con la azul. El fabricante iba a venderlos, pero debido al accidente nunca se fabricaron. *Y ahora lo encuentro en el trastero de Gabriel.*

Cojo el llavero; su suavidad es familiar en mi palma, aunque es como si me quemara. Por un lado, me alegra recuperarlo; es un trozo de ti de antes de que todo se fuera a la mierda.

Pero por otro lado estoy confundida. Aterrada. No puedo pensar, no me funciona la mente, como si se me hubiera congelado el cerebro. Luchar, huir o… quedarse congelado. Trato de respirar. Trato de poner el cuerpo en movimiento otra vez.

¿Él… ha tenido el llavero todo este tiempo? Me lo imagino saliendo del trastero hace menos de una hora y cruzándose conmigo. Sugiriéndome una tienda de Verizon que no existe. Jugando conmigo. Trago saliva, contemplo el número. Es evidente que es tuyo. Es el mismo equipo, el mismo número de camiseta. Lo que quiere decir que él sabe quién soy. Sabe que soy tu viuda. Pero ¿por qué querría conocer a la viuda del hombre que mató a su esposa e hija?

La respuesta me llega rápido.

Todo este tiempo, he sentido que soy yo la acosadora.

Pero ¿será que él me ha estado acosando a mí?

La sensación sofocante que reconozco como un ataque de pánico inminente amenaza con hacerme caer de rodillas, y de repente, tengo que salir. Y no quiero esto. Lanzo el llavero, que hace un ruido metálico al caer en el suelo de cemento. De alguna manera, logro salir de la unidad. Pero en cuanto estoy en la acera, el eco de unos pasos llega a mis oídos.

No lo veo corriendo por la acera, no veo a nadie, y es muy posible que los pasos sean fruto de mi imaginación. O alguien caminando por un pasaje o callejón cercano. Pero no me importa. Tengo que irme de aquí.

Llego a mi apartamento jadeando. Camino con celeridad, pero no corro. No he tenido razón para hacerlo. Siempre he detestado correr y con frecuencia he recurrido a la frase «Solo correré cuando alguien me persiga».

Y esta noche, literal o figurativamente, alguien me está persiguiendo.

Gabriel.

Me obligo a sentarme en el sofá, a encender la lámpara de lectura, a intentar pensar con racionalidad. Pero me arden los pulmones y mi mente es un torbellino de ramificaciones. Esto lo cambia todo. Vuelvo a aquellos primeros días, cuando lo seguía de lejos. Lo veía entrar y salir del trastero, después dirigirse al campus. Almorzar con todas esas mujeres.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que perdí el llavero?

¿Y por qué no se enfrentó a mí? Han pasado meses.

La noche en que Gabriel apareció en mi cita con Robert. Cuando se presentó en mi consultorio y fingió no conocerme. Pensé que se trataba de coincidencias. Pero no lo eran.

Y el seguirme: ¿cuántas veces he pensado que alguien me estaba siguiendo? Ay, Dios, cuando alguien entró a mi apartamento. *¡El libro sobre acoso! ¡El muñeco Hello Kitty!*

Desesperada, cojo el móvil. Me tiembla la mano mientras busco mis contactos y me dirijo al dormitorio. El apartamento de repente parece muy grande. Muy vacío. Más que nada, necesito oír una voz familiar. ¿Irina? ¿Puedo llamarla después de tanto tiempo? Solíamos ser buenas amigas. Necesito alguien a quien poder confiar este secreto. Alguien que me acoja, que me deje dormir en la habitación de invitados. Porque no puedo quedarme aquí. Esta noche no. Sola no. Irina, entonces.

Me desplazo hasta su nombre y presiono «llamar», y al mismo tiempo agarro la primera bolsa de gimnasio que encuentro y empiezo a guardar básicos: ropa interior, una muda de ropa, zapatos. El teléfono suena y suena antes de ir al buzón de voz.

—Mierda —murmuro. Tiro el teléfono sobre la cama.

Sabe dónde vivo. Sabe dónde trabajo. Me ha seguido muchas veces.

No lo estoy acosando.

Él me está acosando a mí.

Y no tengo ni puñetera idea de cuál es su objetivo: el mío originalmente era ayudarlo. Bueno, tal vez no al principio. Al principio tenía curiosidad. ¿Cómo podía sonreír? ¿Reírse? Pero yo sabía que era una fachada. Tenía que estar sufriendo. Y necesitaba verlo. Necesitaba sentir su dolor; me merecía sufrir con él. Y eso hice, durante nuestras sesiones. Pero después pensé que podía ayudarlo. Redimirme, quizá. Encontrar una manera de ayudarlo a lidiar con su pena. Pero tal vez ya había encontrado la manera: la venganza. Contra mí.

No, no, no. Si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho, ¿verdad?

Me quedo completamente quieta, con un par de pantalones en la mano, la mirada desenfocada, tratando de entenderlo. Es cierto, ¿no? Si su objetivo fuera hacerme daño, hacerme sufrir, ya podría haberlo hecho. Ha tenido muchas oportunidades. Podría haberme herido físicamente o haber hecho que me quitaran la licencia. Pero no lo hizo.

Lo que me hace preguntarme qué plan tiene, si no es herirme. Qué *quiere* de mí.

Trago saliva. Cierro la bolsa. Cojo el móvil y llamo a Sarah.

Su voz suena adormilada, pero no me importa qué hora es. Solo empiezo a gritar en el teléfono.

—¿Hola? ¿Sarah? Cancela todas las futuras citas con el señor Wright. No. No quiero discutirlo. No me importa lo que le digas. Cancélalas.

Cuelgo la llamada y reviso la mirilla de la puerta principal.

No hay señales de Gabriel.

Abro la puerta con cuidado, corro por el pasillo y salgo disparada del edificio.

No sé a dónde voy, pero será a algún lugar donde él no pueda encontrarme.

CAPÍTULO 34

Ahora

Tic. Tac. Tic. Tac.

Tengo este despacho desde hace más de cinco años, pero nunca había oído el tictac del reloj. Alguien tiene que ser responsable. ¿Le habrá cambiado Sarah las pilas y ahora la mecánica funciona a la perfección? Contemplo la aguja de los segundos dar sus saltos de número en número y me pregunto si estoy perdiendo la cabeza. Es posible que esté en plena crisis nerviosa y ni siquiera lo sepa. Pienso en mi primer o segundo año de la escuela de Medicina, en lo que decía el grueso libro de psiquiatría sobre los síntomas típicos de una ruptura con la realidad.

Nerviosismo. Si el rebote constante de mi pierna no es suficiente confirmación, creo que la forma en que me sobresalté cuando el recepcionista del hotel me dijo «buenos días», sí. Sí, sigo en un hotel, casi una semana después. Uno tan al norte que prácticamente estoy en el Bronx. El viaje en Uber en hora punta me lleva casi cuarenta y cinco minutos. Pero no voy a coger el metro porque Gabriel podría verme.

Pérdida de apetito. Fácil, visto y considerando que no puedo recordar la última vez que introduje algo en mi cuerpo que no sean grandes cantidades de café y vino.

Alejarse de familia y amigos. Supongo que eso empezó el día después de la muerte de Connor. Me daba demasiada vergüenza enfrentarme a la gente, y ahora aún más. Quiero decir, ¿qué iba a decirle a la gente que me pregunta por mi vida? «Ah, no hago mucho. Solo me dedico a seguir al esposo de la mujer que mi marido mató. En realidad, no estoy segura de si soy la acosadora o la acosada, pero bueno. Ahora también follamos». Mi única comunicación real ha sido con mi hermano Jake y con Sarah. Pero no he devuelto las últimas tres llamadas de Jake, y, recientemente, me paso el día metida en el consultorio, evitando hasta a mi asistente.

Insomnio. ¿Dormir? ¿Qué es eso?

Adicción. Automedicación y consumo excesivo de alcohol. Los adictos fuman crack y beben botellas de vodka de cuatro dólares en envases de plástico. La botella y media de vino que

consumo cada noche en una copa elegante no tiene nada que ver con ellos, ¿verdad?

Paranoia y delirios. Alguien realmente me ha estado siguiendo. No. En serio. Juro que sí.

Cambio en la rutina. Cambios de humor. Sentimientos de desesperanza y desesperación.

Sí.

Sí.

Y un gran y pesado sí.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Jesús, ese maldito reloj necesita callarse.

—¡Sarah! —Abre la puerta enseguida. Señalo la pared—. ¿Cambiaste las pilas del reloj?

Sarah lo mira y frunce el ceño.

—No. ¿Hay que cambiarlas?

Niego con la cabeza.

—No, no.

Entra al consultorio y cierra la puerta detrás de ella.

—¿Está todo bien, Meredith?

Fuerzo una sonrisa. Una sonrisa tan extraña que seguro que parezco el Joker.

—Por supuesto. ¿Por qué no estaría bien?

Me recorre con la mirada.

—Porque me llamaste en medio de la noche el otro día, y has estado muy callada últimamente. Y… llevas la misma blusa que ayer.

Bajo la vista y me sorprendo. No es posible. Fui a una *boutique* de camino al hotel hace dos días. Compré algunas blusas, ropa interior y un par de pantalones. Ayer, después del trabajo, colgué la blusa y esta mañana…

Saqué la blusa de la percha y me la volví a poner.

Ay. Dios. Mío.

—Es del mismo color —miento. Ni siquiera estoy segura de por qué—. Pero es otra blusa.

—Ah. Está bien. —No me cree. Me doy cuenta. La expresión de Sarah se suaviza—. Pensé que tal vez esta semana en particular te estaba resultando difícil.

—¿Esta semana?

Sonríe con tristeza.

—El cumpleaños de Connor sigue en el calendario de la oficina.

Se me estruja el corazón. Cojo el móvil y miro la fecha. Claro, mañana es su cumpleaños. Habría cumplido treinta y dos. Me siento descompuesta. ¿Cómo me he podido olvidar del cumpleaños de mi marido muerto?

Trago el nudo de culpa que se ha formado en mi garganta y asiento.

—Sí, es una semana difícil.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Por qué no salimos a cenar mañana por la noche? Para que te mantengas ocupada. Puedo conseguir una niñera.

Fuerzo una sonrisa. Tiene buenas intenciones.

—Gracias. Pero ya tengo planes con mi hermano, Jake. —Una mentira. ¿Qué importa una más?

—Ah, bien. Al menos solo te queda una cita. —Hace una pausa antes de agregar—. Ya que el señor Wright ya no está en la agenda.

Está tratando de hacerme decir algo al respecto. Sé que siente curiosidad. ¿Cómo no sentirla? Le pedí que lo despidiese como paciente dos veces. Ayer, cuando me dijo que había contactado con Gabriel y le había cancelado las sesiones, trató de sonsacar más información. Pero la ignoré.

Se abre la puerta de la recepción; me salva de su curiosidad, por ahora. Sarah echa un vistazo por encima del hombro en dirección a la puerta que se cierra.

—Debe ser la señora Epstein. Hablamos luego.

Afortunadamente para mí, la señora Epstein es una de mis pacientes más antiguas y fáciles. Tiene un trastorno obsesivo-compulsivo, y estamos trabajando en algunos de sus comportamientos repetitivos. Me concentro sin dificultad en la sesión, por primera vez en días. La hora pasa rápido. Estoy tan cansada cuando se va que creo que podré dormir un poco esta noche. De hecho, quizá me duerma en el Uber de regreso al norte de la ciudad. Saco mi bolso del cajón del escritorio, desenchufo el móvil y me pongo la chaqueta barata que compré para reemplazar la cara que dudo que vuelva a ver.

Estoy de pie, lista para irme, cuando llaman a la puerta. Sarah la abre; también lleva la chaqueta puesta.

—Mmm… El señor Wright acaba de entrar.

Estoy segura de que me pongo blanca como el papel.

—¿No cancelaste su sesión?

—Sí. Dice que necesita hablar contigo un minuto. ¿Quieres que le diga que se vaya?

Lo considero. Eso solucionaría el problema inmediato. Pero lidiar con Gabriel es como jugar al ajedrez: siempre hay que pensar dos jugadas por delante. Si le pido a Sarah que lo eche, ¿me esperará fuera del edificio? ¿Se acercará a mí cuando salga? ¿Y si me sigue hasta el hotel y averigua dónde me estoy alojando? No. No puedo hacer eso. Necesito tener algún tipo de control sobre este juego que está jugando. Así que inhalo y exhalo.

—No, está bien. Lo veré. Puedes hacerlo pasar.

Sarah asiente.

—Está bien. Pero me quedaré hasta que se haya ido.

Esta vez no quiero quedarme a solas con Gabriel. Quiero poder pedir ayuda a gritos, si es necesario. Así que asiento.

—Gracias.

Sarah desaparece y regresa un minuto después. La imponente figura de Gabriel aparece a sus espaldas. Odio notar lo apuesto que es, cómo la barba en su rostro resalta su fuerte mandíbula, y cómo sus gruesas y oscuras pestañas enmarcan su mirada seductora a la perfección. Esbozo una sonrisa.

—Gracias, Sarah.

Gabriel espera hasta que cierre la puerta para moverse. Después camina con confianza hacia el sofá y toma asiento. Estira los brazos sobre el respaldo como si estuviera relajado, cómodo incluso. Yo estoy de todo menos cómoda. Mantengo mi distancia, y me quedo detrás de la silla, en lugar de sentarme como normalmente lo haría.

—Hola. —Asiento—. ¿Me ha dicho Sarah que querías hablar conmigo un minuto?

El fantasma de una sonrisa le baila en los labios. A menos que estuvieras pendiente, la mayoría de la gente no la notaría. Pero yo sí.

—¿Por qué cancelaste la sesión?

Si él va a actuar como si todo estuviera bien, yo haré lo mismo.

—Ya no puedes ser mi paciente, Gabriel. Creo que sabes por qué.

Se pasa el pulgar por el labio inferior.

—Está bien. Pero si ya no soy tu paciente, entonces no tiene nada de malo que nos veamos, ¿verdad?

—No creo que sea una buena idea.

Los ojos de Gabriel bajan a mis manos, que agarran la silla con tanta fuerza que se me han puesto blancos los nudillos. Después de un rato, levanta la mirada para encontrarse con la mía.

—Vamos a tomar algo, a hablar fuera del consultorio. Me doy cuenta de que te estresa charlar aquí.

Para mi tranquilidad mental, necesito saber qué busca. Qué juego está jugando. Así que, aunque sé que estoy jugando con fuego, asiento.

—Blackstone’s está a la vuelta de la esquina, y suele estar tranquilo. Es un restaurante con un pequeño bar.

Gabriel se levanta.

—Enséñame el camino.

Sarah sigue ante el escritorio cuando salimos de mi despacho. Me había olvidado de ella.

—Voy a acompañar al señor Wright.

Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro.

—Que tengáis una buena noche.

Mi mente es un caos mientras caminamos por la calle. No voy a desvelar que sé que conoce mi verdadera identidad, así que tendré que seguir con lo de la violación de las reglas médico-

paciente. Es para reírse. Lo que menos me preocupa en este momento es acostarme con mi paciente.

En el restaurante, Gabriel me acerca un taburete, como si fuera un caballero y esto fuera una especie de cita. Son las cinco, así que el bar está vacío, salvo por nosotros y el camarero. Pedimos dos copas de vino, pero yo no toco la mía. Necesito tener la mente despejada. Bueno, tan despejada como me es posible últimamente.

—Así que… —dice Gabriel. Sonríe con timidez y, por mi vida, juraría que es sincero—. ¿Tan mal lo pasaste que tuviste que salir corriendo?

Bajo la vista hacia mi copa de vino y niego.

—La relación médico-paciente es sagrada. Nunca debió haber pasado.

—Pero ahora ya no eres mi médica.

Giro y lo miro a los ojos.

—¿Me seguiste? La otra noche… ¿Después de…?

—¿Qué? —Gabriel entrecierra los ojos y se echa hacia atrás. Parece ofendido—. No. Claramente necesitabas espacio. ¿Por qué me preguntas eso?

O es el mejor mentiroso del mundo o está diciendo la verdad. Pero ¿cómo es posible? ¿Puede haber recogido el llavero sin saber a quién pertenecía? Si lo encontró en la calle el día en que nos cruzamos, ¿por qué lo guardó? Y todos conocen los colores del equipo de *hockey* sobre hielo de Nueva York…

Una voz interrumpe mis pensamientos. Una voz femenina conocida.

—¿Meredith?

Me vuelvo y encuentro a Irina de pie. A su lado está su marido, Ivan.

Me quedo con la boca abierta.

—Irina…

Me envuelve en un gran abrazo.

—Me pareció que eras tú.

Ivan asiente con una sonrisa triste.

—Hola, Mer.

Después de los saludos, ambos miran a Gabriel. No tengo más remedio que presentarlo, *al mejor amigo del hombre que mató a su esposa.* Mi mundo se ha hecho tan pequeño que siento que me estoy asfixiando.

—Este es Gabriel. —No explico quién es ni digo su apellido. Cuanto menos se diga, mejor—. Gabriel, te presento a Irina e Ivan.

Ivan Lenkov es aún más famoso de lo que fue Connor. Cualquiera que haya visto un partido de *hockey* en Nueva York lo reconocería. Pero Gabriel no se inmuta. Se levanta y le ofrece la mano, y los hombres se saludan con un apretón.

—Encantado de conocerte.

—Hace tiempo que quiero llamarte —dice Irina—. Para que vayamos a almorzar. Pero el tercer hijo me ha llevado al límite. No salgo mucho últimamente. No fui ni a la mitad de los partidos de *hockey* de esta temporada.

Le echo un vistazo a Gabriel ante la mención del *hockey*. Una vez más, parece impasible. Siento que la cabeza me va a explotar del esfuerzo por entender a este hombre. Por suerte, llega otra pareja, los compañeros de cena de Irina e Ivan, y aprovecho para despedirme. Irina promete llamarme. Probablemente lo hará, pero dejaré que su llamada vaya al buzón de voz y nunca se la devolveré. Qué más da.

Otra vez nos quedamos solos. El corazón me late con fuerza, me duele la cabeza y… me doy cuenta de que no puedo seguir. No puedo jugar más a este juego. No quiero ser el gato ni el ratón. Solo quiero volver a casa. Pienso en escaparme y correr, pero llevo demasiado tiempo escapando. Así que me levanto y contemplo al hombre que tengo al lado.

—Se acabó, Gabriel.

Frunce el ceño.

—¿Te vas?

Asiento y salgo por la puerta, sin más. Esta vez sin mirar atrás.

CAPÍTULO 35

Ahora

Solía disfrutar del final del día. Organizaba los archivos, pensaba en los pacientes del día y en cómo los ayudé o en qué más decir o hacer para lograr que venciesen las dificultades a las que se enfrentaban.

Hoy, mientras sorbo un té de manzanilla supuestamente relajante, miro hacia la ventana, a la acera de enfrente.

—¿Algún mensaje? —le pregunto a Sarah. Mi voz suena fuerte, confiada. Pero estoy lejos de sentirme así.

He recibido una docena de mensajes esta semana. Ocho de Gabriel.

Y no solo eso. También me ha enviado correos electrónicos, llenándome la bandeja de entrada con:

Meredith, hablemos.

Y…

Meredith, no me ignores. Comportémonos como adultos.

Adultos. *Adultos* conlleva la idea de que somos maduros. Que podemos tener una conversación normal, juiciosa. Pero eso no es posible. Me está mintiendo. Probablemente a sí mismo también. Porque sabe quién soy. Sabe quién eras *tú*.

Inhalo con dificultad y me envuelvo aún más fuerte en mi cárdigan para ahuyentar el frío. No hace frío en la oficina; yo estoy helada. Helada de miedo, porque no puedo entender qué es lo que busca a largo plazo. No he pensado en otra cosa.

Pensé que era yo la que estaba obsesionada con él. Ahora me parece que él es quien está

obsesionado conmigo. Y esa diferencia me corta la respiración.

—¿Sarah? —repito, porque no ha respondido.

—Lo siento, Meredith. Estaba cogiendo un mensaje. —Se apresura a entrar, con dos hojas amarillas cubiertas por notas garabateadas—. Uno es del señor Wright. Me dijo que te estaba devolviendo la llamada y que te lo comunicara de inmediato, pero estabas con un paciente.

Alza las cejas a la espera de que yo confirme o niegue, o le brinde detalles. Asiento con firmeza y tomo el papel.

—Gracias.

—Y este es de la señora Nash. —Me entrega la otra nota, expectante.

—Puedes irte a casa, Sarah. Gracias.

Con eso, la ignoro. La dejo fuera.

Me sonríe, asiente, y se da la vuelta para marcharse. Y por un instante, espero que se detenga. Espero que se gire y me exija saber qué está pasando con Gabriel. Es probable que piense que tenemos alguna clase de amorío extraño. Aunque no sé en qué universo un hombre llama a la oficina de una mujer y le deja mensajes sin parar a su asistente.

Suspiro. Si le pasara a una paciente, diría que es acoso.

Pero ¿puedo llamarlo acoso? Quiero decir… ¿quién acosó primero a quién?

Oigo a Sarah preparándose para irse a casa: un cajón que se abre y se cierra. Ya tiene el bolso colgado del hombro. Se oye la cremallera de su chaqueta y a continuación sus pasos.

Casi la paro. Casi le digo «¿Puedo hablar contigo?» y se lo cuento todo, porque necesito la perspectiva de otra persona. ¿Me estoy volviendo loca? Puede que sí. Puede que esté pasando eso. Inhalo, temblorosa y avanzo hacia la puerta que separa las salas. Sé que ella no se lo contará a nadie. Es mi empleada.

Pero cuando abro la boca para llamarla, ya se ha ido. La puerta de entrada se cierra. Y como aún no estoy lista para salir, y porque no me sorprendería que Gabriel apareciese, me levanto rápidamente y cierro con llave.

Veinte minutos después, he recogido mis cosas. Tengo el cuerpo tenso, rígido. Ojalá hubiera una mirilla en la puerta del consultorio. Pero al menos da a un pasillo, un pasillo donde hay otras oficinas por si necesito ayuda.

Recapacito. ¿Gabriel quiere hacerme daño?

No puedo afirmarlo. Pero tampoco puedo decir que no.

En cuanto salgo, juro que me siento observada. Esa sensación de hormigueo que te indica que alguien aparecerá a tus espaldas. Casi que estoy acostumbrada; la he sentido todos los días desde aquella noche en el apartamento de Gabriel. Incluso antes de eso, aunque creía que me lo estaba imaginando. No es nada nuevo, pero una no se acostumbra a sentirse presa. Hoy me puse zapatos sin tacones, por si acaso.

Trago saliva.

Por si necesito correr.

Echo un vistazo a mis espaldas. La calle está llena de gente: apresurándose para llegar a casa después del trabajo, de la mano en una primera cita, madres de las manos de sus hijos. Pero no veo a Gabriel. Siento las miradas de reojo mientras examino la multitud. Estoy segura de que piensan: «¿Quién es esa loca que no deja de mirar por encima del hombro?».

Repaso el diagnóstico del trastorno paranoide de la personalidad: desconfianza persistente, generalizada y duradera hacia los demás, algo así. Pero yo no soy así, ¿verdad? No siento eso con *todo el mundo*. Solo con él.

Agarro mi bolso con más fuerza y doblo una esquina, para variar mi ruta. Porque eso es lo que hago ahora.

Llevo el móvil en la mano sudorosa. Quizá debería llamar a Irina. ¿O al doctor Alexander? ¿O a Sarah, para decirle que necesito que vuelva a la oficina, o que voy a su casa? No, no, ella tiene un hijo. No puedo permitir que me siga allí.

Doblo otra vez y entro en un minimercado. Finjo mirar revistas, pero en realidad observo la acera. Pasan dos hombres. Una mujer joven. Dos niños que caminan rápido para llegar a casa después de la escuela. No hay señal de Gabriel.

Cuando salgo, con una revista en la mano (para no disgustar al hombre que atendía el lugar después de haberme pasado diez minutos mirando) reconozco dónde estoy. La consulta del doctor Alexander está a una calle. Lo que quiere decir que he caminado varios kilómetros en círculos siguiendo mi camino habitual, para tratar de atrapar a Gabriel siguiéndome.

Esto no es normal. Para nada.

Pero me brinda una solución a la cuestión.

Camino rápido hacia el consultorio y le echo un vistazo a la hora en el teléfono: son las seis y diez de la tarde. Está anocheciendo. Pero quizá aún siga allí. Tal vez me deje entrar, y pueda hablar, aliviar algo de esta presión que siento dentro. Tal vez él me dé su opinión personal: «No, Meredith, creo que eres completamente normal». Se me escapa una risa. No soy normal. Esto no es normal. Al menos puedo reconocer eso.

Lo descubro un instante después. Su figura alta y delgada bajando a saltitos los escalones, con las llaves tintineando en la mano, silbando, despreocupado: ojalá fuera yo.

—Doctor Alexander —llamo. No me escucha y gira para caminar en la dirección opuesta. Con el cerezo en flor sobre él, casi parece un cuadro—. ¡Doctor Alexander! —grito y corro detrás de él.

Esta vez se da la vuelta. Pone unos ojos como platos y adopta una postura defensiva, como si lo estuviera acosando en la calle una paciente, lo cual está ocurriendo.

Eso me obliga a respirar. A recordar quién soy.

¿Qué pensaría yo si alguien hiciera esto?

Pensaría que está desesperado. Lo cual es cierto.

—Lamento aparecer así —digo—. Realmente necesito hablar. Es una emergencia.

El doctor me mira. Abre la boca y duda.

—Lo siento, Meredith, pero tengo planes.

—Por favor. Puedo… —Rebusco en el bolso—. Puedo pagarle en efectivo. Podemos caminar y hablar. Realmente necesito ayuda.

—Meredith, sabe tan bien como yo que existen ciertos límites en nuestra práctica. —Me dedica una sonrisa triste—. Pero puedo mandarla a una clínica de emergencias, mi recepcionista todavía está trabajando. Podría llamarla y ver si podemos programar una visita para mañana a primera hora. Vendré más temprano, si es necesario.

Cierro los ojos. No puedo esperar hasta mañana por la mañana. Y no iré a una clínica de emergencias ni en broma. No puedo contarle a un desconocido lo que está sucediendo.

Cuando abro los ojos, clavo la mirada en el doctor Alexander, y lo digo, sin más.

—Me follé a Gabriel Wright en mi consultorio.

Impresión, espanto, juicio de valor. Todo eso pasa por su rostro en un instante antes de que recupere su excelente cara de póker de terapeuta. Su nuez sube y baja, y pasa el peso de un pie al otro. Por fin, asiente y, un segundo después, me indica la escalera que nos llevará de vuelta a su despacho.

CAPÍTULO 36

Ahora

—Ha llegado esta caja para ti. —Sarah señala el extremo de su escritorio. Sé exactamente qué hay dentro. Gracias al cielo por Amazon Prime y sus entregas de un día para el otro.

—Gracias. —Levanto el paquete—. ¿Por qué no has apagado el ordenador y te has ido a casa? Charlie tiene clase de chelo hoy, ¿no es cierto?

Sarah asiente.

—Me iré en unos minutos. Pero quería hablar contigo antes de irme.

Uf. Ya estamos. Hace una semana que evito tener cualquier conversación con ella que no sea acerca de la agenda. Noto cómo me mira: como si me faltara un tornillo. No anda equivocada. Aunque estos últimos días siento que estoy mejor. Bajo la vista a la caja que tengo en los brazos. *Tal vez no mucho mejor*.

Sonrío con educación.

—¿Qué ocurre? ¿De qué quieres hablar?

Sarah espera hasta que la miro a los ojos.

—Gabriel Wright.

El corazón se me acelera como un tren desbocado ante la mera mención de su nombre. Me aferro a la caja.

—¿Qué pasa con él?

Frunce el ceño.

—Ha llamado dos veces más hoy.

Aun así, es menos que la semana pasada.

Antes de que pueda responderle, continúa:

—¿Ha pasado algo entre vosotros dos? Desde que me pediste que cancele sus sesiones, no pareces la misma. Y él sigue llamando. Prometo no juzgarte si pasó algo, ya sabes, personal.

Hace una semana, estaba desesperada por hablar de todo lo que estaba pasando. Habría

vomitado cada detalle si Sarah hubiera insistido como hoy. Pero hablar con el doctor Alexander me ayudó, y sinceramente siento que he progresado en los últimos días. Miro menos por encima del hombro, dejé el hotel y volví a mi apartamento, una vez cogí el metro en lugar de un Uber. Incluso le devolví la llamada a mi hermano y respondí un mensaje de texto de Irina prometiéndole ir a almorzar juntas pronto.

Pero no quiero revivir todo lo que ocurrió y retroceder. Además, no es una historia breve, y tengo una paciente dentro de quince minutos: Rebecca, para ser exactos. Y ni hablar de que Sarah tiene que volver a su casa a estar con su hijo. Así que le digo la verdad, pero solo una parte minúscula.

Suspiro.

—El señor Wright perdió a su esposa. Hablar de ello fue muy doloroso para mí. Pensé que podía manejarlo, pero me afectó más de lo que esperaba.

La mirada de Sarah se suaviza.

—Lo siento mucho, Mer. Debió ser difícil.

Asiento.

—Sí. Pero lo estoy hablando con mi terapeuta. Así que no tienes que preocuparte por mí.

—Bueno. Pero tenme en cuenta también. Cuando necesites hablar. De día o de noche. Aunque no estemos en el consultorio, siempre puedes llamarme, ¿sabes?

Sonrío genuinamente esta vez.

—Gracias, Sarah. Eres una buena amiga.

Saca el bolso del cajón y se pone la chaqueta.

—Voy a pasar por la tienda de *delicatessen* a buscar un café antes de irme. Hoy tengo poca energía. ¿Quieres que te suba uno?

—¿Sabes qué? —Echo un vistazo a la hora—. Tengo casi veinte minutos antes de la última sesión del día. Así que creo que voy a bajar a tomarme una taza. Me vendrá bien el aire fresco, y hoy hace tan buen tiempo…

—Está bien. Nos vemos por la mañana.

—Buenas noches, Sarah. Y gracias por preocuparte por mí.

Cuando se marcha, llevo la caja al consultorio. Corto la cinta adhesiva con el abrecartas, retiro el papel de embalaje y extraigo el contenido.

El Reloj Silencioso.

Internet decía que era cien por cien silencioso, ya veré yo si es así…

Después de insertar las pilas, me lo acerco a la oreja. Ah, silencio. Satisfecha, arrastro una silla hasta el ruidoso reloj que cuelga en la pared y me subo para hacer el intercambio. Cuando lo tengo en las manos, me saluda el viejo reloj.

Tic. Tac. Tic.

—Ah no, ni se te ocurra —digo en voz alta. Le quito las pilas antes de bajar de la silla. Y por las dudas, después de extraerlas, me lo acerco a la oreja.

Nada.

Suspiro, aliviada.

Ahora me toca una dosis rápida de aire fresco y té de hierbas, y me sentiré como nueva.

O eso creo…

Hasta que las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo, y veo a un hombre que atraviesa la puerta giratoria del edificio.

Gabriel.

Me escabullo dentro del ascensor, me pego a una de las paredes del costado, y aprieto el estómago para que no me vea. Después presiono frenéticamente el botón de cerrar, al menos treinta veces en diez segundos. No respiro hasta que las puertas se cierran y me encuentro sola dentro. Tiemblo durante el viaje hacia mi piso, y en cuanto las puertas del ascensor se abren, corro hacia la seguridad de la oficina.

Una vez dentro, decido que lo único que puedo hacer es fingir que no estoy aquí. Así que me encierro en el consultorio e intento calmar mi respiración para no hacer ruido. Pero mientras jadeo, me doy cuenta de que no cerré con llave la puerta de la recepción. Odio tener que salir, pero no quiero que entre siquiera a la recepción. Antes de salir corriendo, pego la oreja a la puerta para escuchar y, justo en ese instante, oigo el chirrido de la puerta al abrirse.

El corazón me late tan rápido que me preocupa estar al borde de un ataque cardíaco.

—¿Hola? ¿Doctora McCall? ¿Sarah?

Mierda. No es Gabriel. Es Rebecca Jordan, mi siguiente paciente.

No sé qué hacer. ¿Debería hacerla pasar? ¿Será su presencia un disuasivo para Gabriel? ¿Le impedirá hacer lo que vino a hacer que haya otra persona de testigo? Quizá. Pero entonces sabrá que estoy aquí, y Rebecca se irá en cuanto termine la sesión, y yo tendré que salir del consultorio en algún momento. Él podría esperar. Y esperar.

El pomo de la puerta contra la cual me apoyo se mueve y pego un salto. Me tapo la boca con la mano para no gritar. Necesito fingir que no estoy aquí, aunque implique dejar plantada a mi paciente.

Toc. Toc. Toc.

—¿Doctora McCall? ¿Está ahí?

Contengo la respiración, aunque me esté tapando la boca.

Después oigo que la puerta de la recepción vuelve a abrirse. ¿Se está yendo ya? ¿O es Gabriel entrando…?

La respuesta me llega cuando una voz masculina retumba desde la otra habitación.

—¿Qué *demonios* haces aquí?

—Yo… La doctora McCall es mi psiquiatra —responde Rebecca. Parece asustada. Aunque me muero de miedo, no puedo dejar que Gabriel maltrate a una paciente. Estiro la mano temblorosa hacia el pomo de la puerta. Pero me quedo helada cuando escucho lo que viene a continuación.

—¡Mentira, Rebecca! —ruge Gabriel—. Me estás siguiendo otra vez, ¿verdad?

CAPÍTULO 37

Ahora

Me quedo apoyada contra la puerta y contengo la respiración. *¿Qué demonios está pasando?* Tengo la mano en el pomo, pero no me atrevo a moverlo. Todavía no.

—¡Respóndeme, maldita sea! ¿Por qué me estás siguiendo otra vez? —exclama Gabriel, después de un largo silencio.

Rebecca no dice nada.

No entiendo nada. *Siguiéndolo… ¿otra vez?* ¿Por qué lo estaría siguiendo mi paciente? Espero con el corazón en la boca, pero no ocurre nada. Pasan los segundos lentamente. Mi ansiedad crece y crece. ¿Y si ella está callada porque tiene las manos de Gabriel alrededor del cuello? ¿Y si ha perdido el control? Después de todo, me ha quedado claro que no conozco al verdadero Gabriel. Pero este es mi consultorio, Rebecca es mi paciente y tengo que protegerla.

No puedo esperar más. Abro la puerta de par en par.

—¿Qué está pasando aquí?

Intento invocar toda mi autoridad médica, pero me quedo corta. Ninguno de los dos me mira. Gabriel y Rebecca de pie, separados por unos dos metros, se fulminan con la mirada, parece que ni siquiera han notado mi presencia.

—¿No lo entiendes? —dice Rebecca. Gesticula salvajemente con las manos—. Ahora podemos estar juntos. Por fin eres libre. Puedes decirme todo lo que no puedes decirle a nadie más, como antes. Te he echado de menos. Sigo intentando ponerme en contacto contigo, pero…

Le tiembla la barbilla.

Gabriel gruñe. Gruñe de verdad.

—¡Te quiero fuera de mi vida, maldita sea! ¡Es culpa tuya que estén muertas!

El silencio inunda la habitación. De repente, Rebecca solloza y sale corriendo. La veo marcharse con la mente hecha un embrollo; no entiendo qué está ocurriendo.

Antes de que pueda decir algo, o pedirle a Gabriel que se vaya, se gira y me clava la mirada.

Se me revuelve el estómago al ver la furia en sus ojos.

—¿A qué clase de juego enfermo estás jugando? —me pregunta.

—¿Qué?

—No respondes mis llamadas, no respondes mis mensajes. Vengo a verte ¿y *ella* está aquí?

Dudo, porque no quiero violar la confidencialidad entre médico y paciente. No me corresponde decirle que Rebecca es mi paciente. Pero ella ya lo ha dicho.

—No entiendo lo que está pasando. —Trago saliva. Sigo temblando. Quiero que se vaya, pero también siento curiosidad—. ¿De dónde conoces a Rebecca?

—Es la mujer que me arruinó la vida. La que la destruyó. Estábamos… juntos. No era mi esposa la infiel. Era yo. Pero fue un error, y traté de arreglar las cosas. Corté la relación con ella. —Señala la puerta—. Rebecca. No quiso aceptar que se había acabado. Dejé de verla. No le hablé más. Entonces, una noche, vino a casa y se lo contó todo a mi esposa. Ellen se fue. Cogió a mi hija y salió corriendo y… —exhala—… lo siguiente que supe es que las habían atropellado, asesinadas por un conductor borracho.

Su expresión violenta se transforma en desesperación. El dolor inunda cada palabra, la postura derrotada de su cuerpo. Estira un brazo para sostenerse del marco de la puerta, como si no pudiera mantenerse en pie.

Las revelaciones me dejan pasmada. Me dejo caer en la silla de Sarah.

—Ella era tu novia…

Cuando él asiente, recuerdo lo que Rebecca me contaba acerca de su exnovio. El que quería recuperar, con el que comparaba a todos los demás hombres. ¿Era Gabriel?

—No tenía ni idea. —Sacudo la cabeza—. Vino un día, agendó una cita, y no tenía cómo sospechar que fuera algo más que una paciente. Nunca preguntó por ti ni nada. —Dejo de hablar, porque estoy demasiado cerca de quebrantar la confidencialidad de mi paciente—. Lo siento —añado.

—¿Cuándo empezaste a atenderla? —pregunta.

Reflexiono y trago saliva al darme cuenta.

—No mucho después de que vinieras por primera vez.

Espero que se marche. Que se lleve su dolor a otra parte. Desde luego, no puedo ser yo quien lo ayude, no después de todo lo que ha sucedido. Pero él sigue hablando, como si estuviéramos en una sesión.

—Me destruyó la vida. Cuando rompí con ella… Fue estudiante mía, pero no cuando estábamos saliendo, antes de eso. —Se desliza por la pared hasta sentarse en el suelo, las manos sobre las rodillas—. Cuando rompí con ella, contactó con los demás profesores. Mis colegas, mi jefe. Se lo contó todo. Estuve a punto de perder el trabajo. Pero es mayor de edad, y no era mi alumna en ese momento. Siempre hubo consentimiento. Después empezó a seguirme. Pensé que

había dejado de hacerlo, pero debió de seguirme hasta aquí.

Lo siguió. Igual que yo.

Se me estruja el corazón y quiero decirle que pare, que se vaya, porque no quiero saberlo. No quiero que quede aún más en evidencia lo equivocada que he estado todo este tiempo. Pero sigue hablando.

—La situación se descontroló. La amenacé con ir a la policía. Y por un tiempo pensé que finalmente había entendido que se había acabado. Pero después apareció en mi trabajo, lloraba y me decía lo mucho que me echaba de menos. Empezó a quitarse la ropa y le pedí que no lo hiciera. Y eso fue… —Hace una pausa para respirar hondo—. Esa fue la noche en que murieron. La noche en que me arruinó la vida. Mi esposa nunca habría salido esa noche si Rebecca no le hubiera contado lo que hicimos.

—Lo siento mucho.

Son palabras inútiles. Las digo de todos modos, porque no tengo otra cosa que ofrecer.

Gabriel levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos, al otro lado de la habitación.

—Y así es cómo pasó. Por eso tu marido asesinó a mi familia. —Ahogo un grito. Lo sabe. Lo ha sabido todo el tiempo, y ahora yo también tengo la certeza. Gabriel baja la vista al suelo, sacude la cabeza y se pone de pie con gran esfuerzo—. Adiós, Meredith.

Sale sin cerrar la puerta.

CAPÍTULO 38

Ahora

No puedo procesarlo; es demasiado.

Horas después, mi mente aún no puede asimilar toda la información. No entiendo cómo he sido tan tonta como para no darme cuenta de que Gabriel me manipuló desde el principio. No colabora haber empezado a beber. Otra vez. *Jamás ayuda.*

Necesito hablar con alguien. Mis opciones son limitadas. Está mi hermano, pero si le cuento una décima parte de la historia de locos que estoy viviendo, se preocuparía tanto que acamparía en mi sala de estar y no se iría nunca más. Además, Jake tiene familia. No tiene por qué ser su problema. *No voy* a ser su problema. Podría llamar al doctor Alexander, por supuesto. Pero él querrá profundizar en mi psique, intentar convencerme de que lo deje ir. Lo que necesito es profundizar en *sus psiques*, la de Gabriel y la de Rebecca. Además, está el asunto de la confidencialidad entre médico y paciente. Por eso, solo existe una persona con la que puedo hablar de todo esto: Sarah. Mis pacientes firman formularios que permiten la divulgación de información confidencial a mi personal. Después de todo, Sarah se encarga de facturar a las aseguradoras, así que conoce los diagnósticos e historias de los pacientes.

Pero ya son casi las diez de la noche, y ella tiene a Charlie. Me da pena llamarla. Aunque después de otra copa de vino, parece que se me pasa.

—¿Meredith? —responde ella—. ¿Todo bien?

—No. No lo está, Sarah. Necesito hablar con alguien.

—No se diga más. Estaré allí en veinte minutos.

—¿Y tu hijo?

—Hoy está con su padre.

—Ah. Eso me hace sentir un poco mejor. Gracias, Sarah. Nos vemos pronto.

Me acabo la copa que estoy bebiendo y me bebo otra antes de que Sarah llame a la puerta. Me echa un vistazo y adopta una expresión preocupada.

—Tienes muy mal aspecto, Mer. ¿Alguien te ha hecho daño?

Niego y me hago a un lado para dejarla pasar.

—No. Nada de eso. En serio.

Dentro, destapo otra botella de vino y sirvo dos copas.

—Para que lo sepas —digo, ofreciéndole una copa—; ya he tomado tres.

—Está bien. Yo me tomé dos en casa hace un rato.

Sonrío y vamos a la sala de estar, y nos sentamos en el sofá. Me siento sobre las piernas y trato de encontrar un punto de partida. Pero esta historia es como un ovillo de lana; si tiro de un hilo y empiezo a desenrollarlo, todo se desmoronará. Así que decido empezar por el peor lugar, sacarlo fuera de una vez.

Trago saliva.

—Gabriel Wright no es cualquier paciente. Es el marido de la mujer que Connor atropelló, que mató.

Sarah pone unos ojos como platos. Se lleva la copa a los labios y se bebe la mitad de un sorbo.

Sonrío con tristeza.

—Ambas nos vamos a sentir fatal mañana. Porque eso no es más que el comienzo.

—¿Y si traigo las botellas y les ponemos pajitas? —propone Sarah.

—No me tientes.

Durante la siguiente media hora, le cuento a Sarah toda la historia, desde cómo empecé a seguir a Gabriel, pasando por su misteriosa aparición en la oficina aparentando no saber quién era yo, hasta cuando me acosté con él durante nuestra sesión. Después le coloco la guinda al pastel: Rebecca y cómo encaja en todo esto.

La mandíbula de Sarah está en el suelo cuando por fin me detengo para recobrar el aliento.

—Cielos, Mer. Es una locura todo. ¿Le tienes miedo a él? ¿A ella? ¿A ellos? ¿Temes por tu integridad física?

Asiento.

—Hasta hoy, no. Aunque llevo meses sintiendo como si alguien me siguiese. Sospechaba que tal vez era Gabriel, pero no estaba segura. Reflexionando, quizá no era que no pudiera estar segura, sino que no quería estarlo. Porque si lo admitía, tenía que dejar de hacer lo que estaba haciendo. Y no quería. Estaba enredada emocionalmente con Gabriel de muchas maneras. —Hago una pausa—. Pero ahora sí temo por mi integridad física. Sabía que Rebecca tenía problemas, pero ¿venir a mi consulta porque el tío con el que está obsesionada es paciente mío? Al menos, tengo que aceptar que eso es lo que hizo. Está a nivel de *Atracción fatal*. Me parece que podría necesitar una orden de alejamiento o algo así.

—Creo que deberías conseguir una —dice Sarah asintiendo—. No puedes andar por la vida en un estado constante de pánico.

Me bebo lo que me queda en la copa.

—Será complicado ir a la policía, por la confidencialidad entre médico y paciente.

—¿No existe una excepción a esa regla cuando alguien corre peligro?

Asiento.

—Sí, pero ¿y si me equivoco? ¿Y si Rebecca es solo una exnovia despechada con una obsesión por su novio? No es más que una sensación que tengo, eso de que podría ser peligrosa. Nunca me ha amenazado ni nada. Y hasta donde yo sé, tampoco ha amenazado a Gabriel. Y Gabriel nunca me ha amenazado. De hecho, tuve sexo con él en más de una ocasión y fui a su apartamento. —Me paso los dedos por el cabello—. Sarah, ¿qué diablos he hecho? ¿En qué me he metido? Todo esto podría haberse evitado si no hubiera seguido a Gabriel la primera vez que lo vi. Yo empecé esto. Me lo busqué.

—No, no lo hiciste. No te atrevas a hacerte cargo de eso. Lo seguiste, pero todo empezó de manera inocente. Tú misma lo dijiste: lo seguiste ese primer día para averiguar si era feliz, porque sentías mucha culpa por lo que pasó. Pero más allá de eso, incluso aunque seas responsable de haber dado el primer paso, ahora ha ido demasiado lejos. No hay razón para que te sientas en peligro.

—Ni siquiera sé si tengo la historia completa. Incluso con todo lo que sé ahora, siento que tengo la mitad de las piezas del rompecabezas. Ojalá le hubiera preguntado a Gabriel por qué apareció en el consultorio, qué quiere de mí. Y por qué me ha estado siguiendo.

—Ay, Dios mío. —Sarah vuelve a poner los ojos como platos—. Me acabo de dar cuenta de algo.

—¿Qué?

—Hace unas semanas, tú y yo salimos del consultorio al mismo tiempo. Estaba en la parada del autobús como siempre, al otro lado de la calle, y vi a Rebecca haciéndolo.

—¿Haciendo qué?

—Estaba a media calle de distancia de ti, abriéndose paso en medio de la gente de un lado a otro. Me pareció que era una manera extraña de desplazarse, pero bueno, vivimos en Nueva York. Ahora tiene sentido. Quería mantenerse lejos de ti y usaba a la gente para esconderse. Mer, ¿y si no es Gabriel Wright quien te ha estado acosando los últimos meses, sino Rebecca Jordan?

CAPÍTULO 39

Ahora

Cuando abro los ojos, no estoy en la cama.

Ni siquiera en el sofá.

Desorientada, me pongo de espaldas y siento el frío de los azulejos bajo los omóplatos.

El baño. He pasado la noche en el baño otra vez. Los focos brillantes sobre el lavabo casi me dejan ciega. Hago fuerza para sentarme y luego, con una mano en el borde de la encimera, me incorporo.

Gran error.

Me mareo. Me caigo al suelo cuando el estómago amenaza con vaciarse entero. Algo huele mal. ¿Yo? Yo huelo, y huelo horrible. Restos de vómito, tal vez no llegué al inodoro a tiempo.

Exhalo y lágrimas calientes me ruedan por las mejillas. Me siento como una de mis copas de vino, frágil, a punto de romperme en mil pedazos.

Intento levantarme de nuevo, desesperada por beber agua para aplacar la sequedad de mi boca, para quitarme el sabor acre de la bilis de los dientes. Me enjuago la boca, escupo y tomo grandes sorbos de agua fresca. Finalmente, cierro el grifo y levanto la vista para encontrarme con mi reflejo en el espejo.

Dios mío.

Apenas me reconozco. El maquillaje corrido, la piel manchada, el pelo despeinado. Estoy casi segura de que las manchas en mi jersey son de vómito. Abro el agua caliente de la ducha, sin molestarme en desnudarme antes de meterme. Ahogo un grito cuando siento la temperatura abrasadora del agua, pero aguanto hasta que se vuelve insoportable antes de enfriarla un poco. Después me despojo de la ropa y agarro una esponja de baño, añado gel de ducha de eucalipto y empiezo a frotar cada centímetro de mi cuerpo.

Soy asquerosa. Y me doy asco a mí misma.

Mientras me lavo para intentar sentirme limpia, normal de nuevo, me acuerdo.

Anoche. Vino. Sarah.

Se lo conté todo.

Y ella dijo… Contengo las náuseas. Dijo que vio a Rebecca siguiéndome. Me apoyo en la pared, el agua de la ducha me golpea, y pienso en qué quiere decir eso. Pienso acerca de la relación que debió tener con Gabriel. El hecho de que él me ha estado acosando. O ella. O tal vez ambos.

Me froto la cara hasta que me duele.

Después de un rato, cierro el grifo. En algún lugar de mi apartamento, mi teléfono suena, y otra vez. Una tercera vez. Cada notificación me estresa, me sube el ritmo cardíaco; me pregunto quién tendrá tanta prisa para contactar conmigo. Me envuelvo en una toalla, una toalla que huele mal, que necesita que la lave. La tiro al suelo y abro el armario de la ropa blanca para coger una nueva.

Pero está vacío. Se me acelera el pulso. Ni siquiera tengo una toalla limpia. Recojo la sucia y me envuelvo en ella, mientras pienso qué más me habré olvidado de hacer. Qué otras cosas me habré perdido en esta bruma en la que he estado viviendo.

El móvil está hundido entre los cojines del sofá. La única razón por la que lo encuentro es porque llega otro mensaje. Suspiro, aliviada, cuando veo quién es: Sarah, preguntando por mí. Ya ha enviado dos mensajes.

Sarah: Buenos días. Quería ver cómo estabas después de la trasnochada de anoche. ¿Te has levantado ya?

Y después:

Sarah: Oye, estoy un poco preocupada. Ten cuidado, ¿vale? Llámame si necesitas algo.

Compongo rápidamente una respuesta, odiando haberla preocupado cuando ha sido tan amable conmigo.

Meredith: Todo está bien. Gracias por anoche.

Luego miro el correo electrónico. Hay dos mensajes de Gabriel. Ambos están vacíos, excepto por el asunto. El primero dice:

Tenemos que hablar.

El segundo llegó diez minutos después.

En serio. Llámame.

Sus palabras no parecen amables. No es una petición educada. Son una exigencia tajante. La advertencia de Sarah vuelve a mi mente. Está preocupada. Cree que debo tener cuidado.

Me doy cuenta de que yo pienso lo mismo. Y de que es hora de hacer algo al respecto.

—Busco al detective Green, por favor.

La policía de la recepción me mira por encima de sus gafas.

—Nombre, por favor. ¿Y de qué se trata?

—Meredith McCall. —Y como la mujer no reconoce el nombre, añado—: La esposa de Connor Fitzgerald.

Abre los ojos, sorprendida.

—Tome asiento, por favor. Voy a ver si está disponible.

Elijo una silla en la esquina, con la espalda contra la pared. Un segundo después de sentarme, me doy cuenta de que es una postura defensiva. Algo que veo en pacientes.

Clavo los ojos en la puerta de entrada. He estado mirando por encima del hombro todo el camino hasta aquí, atenta por si veía a Gabriel o Rebecca. Le echo un vistazo al teléfono, y me ha enviado otro correo. Solo el asunto, como antes.

¿Puedo ir a verte?

Me pongo tensa y alzo la vista, esperando ver al detective Green. Un reloj hace tictac sobre la recepción, el mismo tictac que mi antiguo reloj. Por un momento breve, entiendo cómo mis pacientes llegan a volverse delirantes. Cómo comienzan a pensar que hasta el reloj está en contra suya. Exhalo con dificultad y aparto los ojos del maldito reloj. Ojalá el detective llegue pronto.

La puerta se abre. Y aparece frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos del traje barato, con una expresión paciente que probablemente cree que es una sonrisa. Pero no lo es, no realmente.

—Doctora McCall, ¿cómo puedo ayudarla? —Lo miro, pero no digo nada. Frunce el ceño—. ¿Está bien?

—No.

La indecisión le cruza el rostro, pero me hace un gesto con la mano.

—Pase, doctora. ¿Le apetece un café? ¿Agua?

—Agua, gracias.

Un minuto después, estamos instalados en un cubículo gris. Hay algunas fotos viejas pegadas en la pared, pero por lo demás, está ordenado y limpio. Una sola taza de café, una botella de agua de plástico, un bloc de notas, un bolígrafo y un ordenador.

Toma el asiento detrás del escritorio y extiende las palmas hacia arriba.

—¿Qué está pasando?

Toco el vaso de agua de plástico con dedos temblorosos. Me he hidratado, me he duchado y me he puesto ropa limpia, pero no me puedo quitar de encima los restos de anoche, de estos últimos meses. Me pregunto si me volveré a sentir normal, si volveré a ser yo. Quizá algún día. Cuando todo esto no sea más que un recuerdo. Tal vez aún haya tiempo para conocer a alguien nuevo. Para formar una familia. Lo vislumbro, un destello de luz en un mundo que me ha parecido crepuscular durante demasiado tiempo.

Respiro hondo antes de mirarlo a la cara.

—Necesito obtener una orden de alejamiento contra alguien. Él y su… —Busco la palabra adecuada—. ¿Exnovia? Me han estado acosando. Siguiéndome por la calle. Saben dónde vivo. Creo. Hace unos meses, llegué a mi apartamento y encontré la puerta abierta. No había nadie dentro, pero alguien había estado allí. Lo sé.

Intento pensar en cómo explicar que Rebecca se convirtió en mi paciente, supongo, para acercarse a mí. Probablemente Gabriel también lo hizo. Pero decido omitir esa parte, al menos por ahora. Implicaría violar la confidencialidad de mis pacientes. He leído el Código de Ética de la Asociación de Medicina varias veces en los últimos días. Un médico puede romper la confidencialidad cuando un paciente amenaza con causar daño físico serio a una persona específica y cuando existe una probabilidad razonable de que el paciente lleve a cabo la amenaza. O cuando es probable que ocurra un crimen. Ni Gabriel ni Rebecca me han amenazado. Si Gabriel me hubiese contado que mató a su esposa, tampoco podría decírselo al detective Green, a menos que también hubiera amenazado mi vida o la de alguien más, y yo creyese que se trataba de amenazas serias. Pero me han seguido, fuera de nuestras sesiones, fuera de mi tratamiento como médica. Y el acoso es un crimen. Así que puedo reportar que me han seguido, pero no divulgar que son pacientes míos ni nada que se haya dicho durante nuestras sesiones. Soy consciente de lo delgada que es la línea sobre la que camino.

El detective Green frunce aún más el ceño, pero he captado su atención.

—¿Quién?

Respiro otra vez, en un intento de calmar mi sistema nervioso.

—Gabriel Wright.

Pone unos ojos como platos.

—¿Gabriel Wright? ¿El hombre cuya familia…? —Sacude la cabeza—. ¿Cuándo comenzó? ¿Puede ser más específica acerca de lo que ha estado haciendo?

Extrae un bloc de notas y empieza a escribir mientras respondo sus preguntas.

—¿Y qué interacciones ha tenido con él? ¿Ha iniciado él todas o ha iniciado alguna usted?

Aprieto los labios y respondo con la mayor sinceridad posible. Le cuento lo que puedo sobre sentirme observada, sobre oír pasos a mis espaldas. Pero de nuevo: no puedo decirle que se trata de un paciente. Tampoco le contaré que Gabriel y yo tuvimos relaciones, porque eso es otra cosa que puede meterme en problemas. Hay tanto que no puedo decir. También me doy cuenta de la ironía de estar aquí pidiendo una orden de alejamiento contra un hombre que, hace unos meses, habría tenido razones suficientes para obtener una contra mí por acoso. Pero nunca tuve la intención de hacerle daño; en realidad, todo lo contrario. Y no tengo ni idea de cuáles son las intenciones de Gabriel.

Cuando termino de responder todas las preguntas del detective Green, se echa hacia atrás en su silla de una manera que me indica que lo que le he dicho probablemente no es suficiente para obtener una orden de alejamiento. Aprieto los puños, a punto de confesar el resto: que Gabriel y Rebecca *aparecieron* para tener terapia conmigo. Pero en vez de hacer eso, continúo y le explico que Gabriel me siguió hasta una de mis citas, interrumpiéndola. Y que en otra salí a caminar y él apareció de la nada. Nada de eso es falso. Solo omito que me alegré de verlo, que me fui con él a su apartamento y que tuvimos sexo.

—No sé qué decir, doctora. Todo esto es muy inusual. Y encontrarse a alguien en la ciudad, especialmente en Manhattan, quiero decir, claro que va a reconocer a la persona, pero no significa que le está acosando.

Dejo de respirar. Necesito más. Tengo que decirle más.

—Su exnovia. Como ya he dicho, también me está acosando.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi asistente la ha visto siguiéndome. Ha aparecido en mi lugar de trabajo. Me ha seguido. —Trago saliva, tratando de pensar en qué más puedo decir—. No me siento segura. Quiero órdenes de alejamiento contra ambos.

—Bueno, podemos intentarlo. —El detective Green toma más notas—. Aunque debo decirle que no encuentro ninguna amenaza específica a su integridad física. Y por alguna razón, siento que no me está contando toda la historia, doctora McCall.

Se me escapa un suspiro y asiento.

—Hay cosas que no le puedo decir porque no se me permite. Si es capaz de leer entre líneas…

Entrecierra los ojos.

—¿No es que no *quiera*, sino que no *puede*? Entonces esto tiene que ver con la confidencialidad médico-paciente, ¿verdad?

Trato de mantener mi rostro lo más impasible posible.

—No puedo decírselo.

Frunce el ceño y abre un cajón.

—Está bien. Bueno, tendrá que rellenar unos formularios. Se los llevaré al fiscal del distrito y luego un juez los revisará. ¿Puede decirme el nombre de la novia?

De nuevo, vacilo, pero tengo derecho a protegerme.

—Rebecca Jordan.

El detective anota el nombre, pero a mitad de escribir el apellido, se detiene.

—¿Por qué me suena ese nombre? —murmura, contemplándolo. Termina de escribir, parpadea y luego me mira—. Ahora vengo.

Se levanta, va a un archivo y abre el cajón del medio. Revisa lo que parece ser un centenar de archivos. Lo observo, confundida, deseando que me entregue los formularios para poder acabar con esto. Quiero salir de aquí y volver a casa.

Por fin, regresa a su silla, hojeando papeles. Pasa un dedo por un formulario que ha sido rellenado con tinta negra y se queda muy quieto.

Me mira.

—Obviamente, no hubo juicio, así que la única vez que me encontré con el nombre fue cuando tomé la declaración y luego cuando la escribí. Lo cual fue hace mucho tiempo. Por eso no la ubicaba del todo.

—¿Declaración? —repito—. No lo entiendo.

El detective Green gira el papel hacia mí y señala el centro de la página.

—Rebecca Jordan es la testigo que vio el coche de su marido atropellar a las Wright.

CAPÍTULO 40

Ahora

—Comisaría Decimoséptima. ¿Con quién quiere hablar?

—Hola. Me gustaría hablar con el detective Green, por favor.

Es mi segunda llamada en dos días, pero han pasado tres días desde que fui a hablar con él. Y nada. Ninguna llamada. Ninguna actualización. Ni ninguna orden de alejamiento.

—El detective Green no está hoy. ¿Puedo ponerle en contacto con otra persona para que la ayude?

Suspiro.

—No.

—¿Le gustaría dejar un mensaje en su buzón de voz?

—Eh, sí. Gracias.

La mujer me conecta. El mensaje de bienvenida del detective Green dice algo sobre colgar y llamar al 911 en caso de emergencia, y luego hay un pitido largo y constante. Normalmente organizaría mis pensamientos antes de dejar un mensaje, pero ni siquiera lo intento. Ya sé que no me es posible sonar calmada y serena, y no me importa.

—Hola, detective Green. Soy Meredith McCall. Quería saber en qué estado está la orden de alejamiento porque, bueno… Tengo que ir a trabajar hoy. He cancelado las sesiones de los últimos dos días, pero no puedo seguir haciéndolo. Mis pacientes me necesitan. Y me he quedado sin leche. —Y vino, pero eso no lo digo—. En fin, no puedo quedarme encerrada en mi apartamento, así que voy a tener que salir. Pero, para serle franca, la idea me aterra. Quiero decir, ¿por qué me están haciendo esto? ¿Qué quieren? —Deambulo por el apartamento mientras hablo. Mis ojos se posan en las cerraduras nuevas que hice instalar en la puerta de entrada; trago saliva—. Si pudiera llamarme cuando reciba este mensaje, lo apreciaría mucho. Gracias.

Miro el móvil y veo que tengo un mensaje de Sarah.

Sarah: Buenos días, jefa. Solo para saber que todo sigue en marcha para hoy.

Quiero escribir *Cancela todas las sesiones hasta nuevo aviso*. Pero no lo hago. Necesito atender tanto como mis pacientes me necesitan a mí. Además, siento que se me vienen encima las paredes del apartamento. Así que escribo que llegaré a la oficina a las ocho y me pongo a intentar disimular las ojeras. Es un esfuerzo inútil, por supuesto. Porque las ojeras son solo la mitad del problema. También he perdido peso. Más de lo que pensaba. Y hace rato que no veo la luz del sol. Así que tengo los ojos hundidos en una cara pálida y delgada que parece enferma. Lo cual, supongo, es cierto.

Salgo del apartamento como una criminal que se ha dado a la fuga: miro por la mirilla antes de abrir las tres cerraduras que ahora tengo en la puerta, echo un vistazo a ambos lados de la calle antes de lanzarme al Uber que me espera. Incluso cuando estoy protegida ya dentro del coche, no me siento segura. Examino las calles en su búsqueda. *Busco a Gabriel. A Rebecca.*

Cuando entro en el consultorio, Sarah me mira con expresión de preocupación.

—Ay, Mer. No tienes buen aspecto.

—No he dormido muy bien.

—O no has dormido nada… —Sacude la cabeza y se acerca a su escritorio—. ¿Estás segura de que esto es una buena idea? Tal vez deberías esperar hasta saber algo del detective antes de intentar volver al trabajo.

Fuerzo una sonrisa.

—Estoy bien. De verdad. Me irá bien estar ocupada.

Sarah ni siquiera tiene la oportunidad de decirme que miento. No es necesario. Lo demuestro cuando pego un salto cuando se abre la puerta de la recepción.

Tengo el corazón en la garganta y no es más que la señora Radcliff. La primera paciente del día.

Asiento a modo de saludo y me escabullo al despacho, donde encuentro una gran taza de té de manzanilla y un *bagel* sobre el escritorio. Gracias al cielo por Sarah.

También se las arregla para entretener a la primera paciente unos minutos, seguro que para darme la oportunidad de recomponerme, algo que realmente necesito.

La primera sesión no empieza bien. Me cuesta concentrarme, pero con el paso del tiempo entro en calor y empiezo a calmarme. Por la tarde, me siento más normal. Tomar un almuerzo saludable me ayuda. Dejo de saltar cada vez que el teléfono vibra. Cuando termina la última sesión del día, cierro la puerta detrás del paciente y Sarah me sonríe.

—Lo lograste.

—Gracias a ti. No habría podido salir adelante esta última semana sin ti, Sarah.

—Ey. Eso no es cierto. Eres fuerte como un roble, querida.

Señalo la puerta.

—¿Por qué no te vas a casa? Creo que me quedaré un rato más y completaré las notas de los pacientes.

—No, está bien. Puedo quedarme hasta que estés lista para marcharte.

El día de hoy me ha envalentonado, y ya me he apoyado lo suficiente en mi asistente.

—No, insisto. Ve a casa. Estaré bien sola.

—¿Estás segura?

Sonrío.

—Sí, lo estoy. Tengo que hacer esto.

Sarah estudia mi rostro un momento antes de asentir.

—Está bien. Pero cierra la puerta con llave cuando me vaya.

—Lo haré.

Y eso hago. Cierro ambas puertas, la de entrada a la recepción y la del consultorio. Me dedico a escribir las notas del día, y antes de darme cuenta, ha pasado más de una hora y media, y solo me quedan las notas de una paciente.

Pero entonces oigo que llaman.

Y no a la puerta de entrada de la recepción, que cerré con llave.

La del consultorio.

Ha entrado alguien.

El sonido ha sido tan suave que me convenzo de que me lo he imaginado.

Hasta que vuelvo a oírlo.

—Sé que está ahí, doctora McCall.

Rebecca.

¡Ay, Dios mío!

Dejo de respirar y no muevo ni un músculo.

¿Cómo ha entrado? ¿Sarah cerró con llave cuando se fue y yo la abrí pensando que estaba cerrando? ¿O Rebecca ha forzado la cerradura? Y, ay Dios, aquella vez que la puerta de mi apartamento quedó abierta, ¿también fue ella?

La habitación está tan silenciosa que desearía tener de vuelta el reloj ruidoso.

Quizá se vaya.

Si me quedo en silencio, tal vez se vaya.

El pomo de la puerta se mueve.

—Solo quiero hablar, doctora.

Cojo el móvil y marco un nueve y un uno, pero me tiembla tanto la mano que se me cae el maldito teléfono sobre el escritorio antes de marcar el último número. Cae con un estruendo. Ya no puedo fingir que no estoy aquí.

—¡Lárgate! —grito—. Voy a llamar a la policía.

—No te voy a hacer daño. Solo quiero contarte toda la historia, completar las piezas que faltan. Sobre Gabriel. —Hace una pausa—. Y Ellen. Y la pequeña Rose. Sigues siendo mi terapeuta, y confío en ti.

Esos nombres, Gabriel, Ellen, Rose, flotan en el aire, como la manzana frente a Eva. Sé que es una estrategia. Rebecca está tratando de atraerme, igual que ha hecho desde el principio con sus historias, con las que conecté tanto, porque estaba tratando al hombre del que hablaba, y lo sabía.

A pesar de eso, me descubro avanzando hacia la puerta. Pero no la abro.

—Di lo que quieras decir y vete.

Hay un largo silencio antes de que vuelva a hablar. Apoyo la oreja contra la puerta para no perderme ni una palabra.

—Esa noche, la noche en que murió, ella iba a dejarlo. Después de que le contase que estábamos juntos, lo enamorados que estábamos, ella se fue de casa. Cogió a su hija y salió. Las seguí durante varias calles. Llevaba un bolso. Llamó a alguien y le dijo que esta vez lo iba a dejar de verdad. Que él había tenido *otra* aventura y que estaba harta. Estaba enfadada, tan, pero *tan* enfadada. Pero entonces *él* la llamó. Gabriel. Y ella empezó a llorar. Lo oí en el altavoz disculpándose y mintiéndole a Ellen sobre cuánto la quería y cuánto lo sentía, y que la aventura no significaba nada para él. Que iba a hacer todo lo posible para recuperarla. Y yo no podía permitir eso. Gabriel me quería. Solo que sentía que tenía un compromiso con ella. —Rebecca se queda callada otra vez, pero está justo al otro lado de la puerta, así que la escucho respirar. Cuando vuelve a hablar, lo hace en voz más baja—. Gabriel tenía que ser libre. Ellen era débil y habría vuelto con él. Así que cuando ella se detuvo para esperar a que cambiase el semáforo, y vi un coche que se acercaba zigzagueando… la empujé. No quise hacerle daño a su hija. No me di cuenta de que la llevaba de la mano y que la arrastraría con ella.

Siento que me ahogo.

Debería terminar de marcar el 911 y poner el escritorio como barricada contra la puerta hasta que lleguen a salvarme. Pero en lugar de eso, me encuentro haciendo exactamente lo contrario. Cojo el pomo y abro la puerta. Necesito verle la cara. Estoy demasiado conmocionada para hablar. Rebecca tiene la vista clavada en el suelo, así que solo espero. ¿Qué espero? No tengo ni idea.

Cuando finalmente levanta la cabeza, las comisuras de su boca se curvan hacia arriba y sus ojos brillan con alegría. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Esta mujer acaba de admitir que asesinó a una mujer y a una niña y está *sonriendo*. He subestimado lo desequilibrada que está. Se lleva el índice hacia los labios.

—Recuerde la confidencialidad entre médico y paciente, doctora McCall.

Se da la vuelta y sale del consultorio.

CAPÍTULO 41

Ahora

Pasan tres días más, y sigo sin tener noticias del detective Green. No responde a mis llamadas, no me devuelve los mensajes. Así que decido ir a verlo, y nada va a detenerme, ni siquiera la maldita lluvia.

Me ajusto más el impermeable y tiro de la capucha para cubrirme la cara, pero las gruesas gotas se acumulan y me caen en la nariz, en las mejillas. Lucho con mi paraguas, pero por tercera vez acaba girado, completamente inútil.

—Maldita sea.

Maldigo, y golpeo el paraguas contra un edificio, frustrada. Un hombre trajeado se detiene, me observa un momento y se apresura a alejarse como si yo fuera uno de mis pacientes, al borde de perder la cordura.

Pero ya he cruzado el límite. Hace rato que perdí la cordura. Miro por encima de mi hombro cuando estoy encerrada en mi apartamento, y vigilo la calle escondida detrás de las cortinas de la sala de estar. Espío por la mirilla cuatro veces antes de abrir la puerta, llevo un cuchillo de cocina en el bolsillo y nunca tomo el mismo camino más de una vez.

Me siento observada. Esa presencia pesada hace que cada respiración me cueste un poco más. Con cada paso siento como si estuviera cargando una mochila llena de ladrillos.

No he visto a ninguno de los dos, pero el saber, *saber que Rebecca es una asesina*, me sacude hasta la médula. Esa sonrisita después de haberlo admitido, ese recordatorio sobre el derecho a la confidencialidad de los pacientes, me da escalofríos cada vez que pienso en eso. No solo me siguen, sino que ahora cargo con el conocimiento del crimen de Rebecca. Nadie tendría que cargar con semejante secreto.

Por fin llego a la comisaría. Entro tropezando, quitándome el impermeable empapado y dándome cuenta de que necesito uno nuevo, porque no me ha mantenido para nada seca. Descubro mi reflejo en un cristal que separa la recepción en dos, y tengo el aspecto de alguien

que se ha escapado de un hospital psiquiátrico. Una paciente, más que una profesional de la salud mental.

—Busco al detective Green, por favor —le digo al hombre que está en la recepción. Me parece conocido y, por cómo me mira, claramente sabe quién soy. No creo que eso sea algo bueno.

—Tome asiento. Veré si está disponible.

Vacilo.

—No pienso marcharme hasta que me reciba. Estoy en peligro.

El hombre asiente, con una sonrisa leve en los labios.

—Lo entiendo, señora.

Reprimo un suspiro. No solo tengo el aspecto de un paciente psiquiátrico, sino que siento que me tratan como a uno. Sonrisas falsas, respuestas neutras. Es de manual: «no alterar a los pacientes».

Para mi sorpresa, el detective Green aparece en dos minutos. Lo sé porque miro el reloj mientras hace tic tac, tic tac, tic tac.

—¿Doctora McCall? Pase por aquí. —Sostiene la puerta para que pase. Ya sé dónde queda su cubículo, así que voy hacia allí. Y, por un instante, siento alivio. Me siento segura aquí, dentro de estas paredes. Aunque no sean más que unos minutos de descanso, es más de lo que he conseguido tener estos días—. ¿Cómo puedo ayudarla? —Toma asiento y gira para quedar cara a cara—. Tenía planeado llamarla hoy, de hecho.

Siento esperanza y, por un momento, me olvido de que tengo el aspecto de una rata mojada. De un paciente psiquiátrico desesperado.

—¿Por la orden de alejamiento? —pregunto. Juguetea con un bolígrafo. Algo en su mirada me pone nerviosa—. Me la han denegado, ¿verdad?

Suspira.

—Lo siento. Nos lo han comunicado hace una hora. Una orden de alejamiento es algo serio. Limita los derechos de las personas, así que es necesario presentar suficientes pruebas. El fiscal dijo que no había prueba de amenazas y usted misma dijo que no sabía con seguridad quién la estaba siguiendo la mayor parte del tiempo. —Deja el bolígrafo y abre las manos—. Lo siento. Lo intenté. Quisiera darle mejores noticias.

—Pero… —Cierro los puños, me muerdo el labio y contemplo las vetas de la madera falsa del escritorio—. Pero corro *peligro*. Son *peligrosos*. Peligrosos para mí. Rebecca en particular.

Reproduzco mentalmente una y otra vez la escena en mi consultorio. Esa sonrisa. El brillo en su mirada, el saber que asesinó a la mujer de Gabriel y se salió con la suya. El saber que no puedo decírselo a nadie.

—Me temo que no tiene pruebas. Las coincidencias no prueban nada. Que haya sido testigo del accidente me intranquiliza, pero no existe ninguna prueba concreta de que represente una

amenaza para usted. —Se encoge de hombros—. Lo lamento. A menos que tenga algo más para decirme, no puedo hacer nada más.

Se me cae el alma a los pies.

No puedo seguir viviendo así.

Día tras día, mirando por encima del hombro. Sintiendo que me miran y darme la vuelta y, por supuesto, no descubrir a nadie, porque vivo en Nueva York, y hay una ciudad entera en cada acera. Es la mejor ciudad del mundo para seguir a alguien.

—Pero es peligrosa —repito. Aunque hasta yo oigo la derrota en mi voz.

El detective Green se inclina hacia delante, con las manos juntas. Me mira directamente a los ojos.

—¿Por qué está tan segura, doctora McCall? ¿Hay algo que no me está diciendo? Me imagino que trata con toda clase de pacientes. ¿Por qué está tan segura de que esta paciente es peligrosa?

Trago.

—Ojalá pudiera decírselo. Pero no puedo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento muy impotente.

El detective se acerca más, baja la voz y con un dedo me toca las manos, que están heladas.

—Le voy a ser sincero. Tengo mis sospechas de Rebecca. Hay algo que no cuadra. Ella no cuadra. Investigué un poco después de su última visita, fui a la universidad donde Gabriel Wright trabaja. Hay registros que confirman que había algo entre ellos dos. ¿Por qué, la noche del accidente, Rebecca no mencionó que tenía una aventura con el hombre cuya familia vio morir? Yo fui el que le tomó la declaración. Nunca dijo que lo conociera. —Sacude la cabeza y se aparta —. Pero no hay pruebas. De nada. Así que…

Se queda en silencio.

Me está pidiendo que le dé algo. Lo siento.

Y podría hacerlo. Podría decirle lo que me contó Rebecca. Si lo hiciera… Cierro los ojos con fuerza. Si lo hiciera, podría perderlo todo. Mi licencia, mi trabajo, mi consulta. No volvería a trabajar nunca más como psiquiatra.

Suspiro y me pongo de pie.

—Supongo que es hora de marcharme.

Recojo el impermeable empapado con una mano y me preparo para salir.

—Lo siento, doctora.

No respondo. Camino. Recorro el pasillo, atravieso la puerta y salgo a la entrada principal.

Pero me quedo paralizada cuando veo a una mujer. Una madre. De unos treinta años. Sostiene la puerta y estira la mano para sujetar a su hija, su versión en miniatura. Ambas tienen el cabello rubio y lo llevan suelto. La madre parece cansada, como si hubiera estado llorando. Pero la niña, que debe tener unos seis años, sonríe con una mirada curiosa. Mira para todos lados, claramente

está encantada de estar en una comisaría.

Pienso en la hija de Gabriel. No volverá a sonreír. No volverá a coger la mano de su madre. Nunca experimentará la emoción de algo nuevo.

Se llamaba Rose.

Y Rose se merece más. Se merece que se haga justicia. Más de lo que yo necesito mi licencia, mi capacidad de ayudar a los demás, que está en duda últimamente.

Giro sobre mis talones. Vuelvo a encarar al recepcionista.

—Tengo que volver a hablar con el detective Green. Me olvidé de decirle algo.

—¿En serio?

—En serio. —De pronto, ya no soy una rata mojada, una mujer enloquecida. Soy una mujer que por fin sabe exactamente lo que tiene que hacer. Y es fantástico.

El hombre me indica la puerta, aprieta un botón y se oye un zumbido.

—Estoy seguro de que sigue en su oficina. Pase.

Camino a zancadas por el pasillo y me encuentro al detective examinando un expediente. Veo el nombre de Rebecca, escrito en tinta negra. Es *el* expediente.

—Voy a contarle algo —anuncio sin más preámbulo. Me dejo caer en la silla y lo miro a los ojos—. Rebecca Jordan me confesó que asesinó a la familia Wright.

CAPÍTULO 42

Ahora

Toc, toc, toc.

Agarro el palo de *hockey* que tengo junto a la entrada. Es un avance respecto al cuchillo de cocina que mantenía siempre cerca hasta hace un par de días. Aunque cada vez que me pongo de puntillas y miro por la mirilla, sigo conteniendo la respiración, por si tengo que ocultar mi presencia.

Parpadeo al mirar por el agujerito redondo, sorprendida por el visitante inesperado. Con algo de esfuerzo, destrabo todas las cerraduras y abro la puerta.

—¿Detective Green? Me alegro de verlo.

El detective contempla la puerta, nota todas las cerraduras relucientes, y frunce el ceño.

—Hola, doctora McCall. ¿Puedo pasar unos minutos?

—Por supuesto. —Me hago a un lado. El detective Green entra y su mirada baja al palo de *hockey* que olvidé que aún tengo en la mano—. Ah. —Lo dejo junto a la puerta—. Estaba ordenando un poco.

Asiente.

—¿Cómo se encuentra, doctora?

—Bien. Bueno, estaría mejor si no me diera pánico salir de mi apartamento, para serle sincera. —Me obligo a sonreír y señalo la cocina—. ¿Le apetece un té? Justo iba a prepararme una taza, el agua ya está caliente.

—Eso sería fantástico. Gracias.

Green me sigue hasta la cocina. Ambos permanecemos en silencio mientras cojo otra taza del armario y coloco dos bolsas de té en el agua caliente.

—¿Leche?

Niega.

—Solo un poco de azúcar, si tiene. Mi esposa dice que me gusta un poco de té en mi azúcar de

la mañana.

Sonrío y alcanzo el azucarero. No se ha usado mucho desde que Connor ya no está.

—Mi marido era igual. —Me siento frente a él e inhalo profundo—. Entonces, ¿cómo va la investigación?

—Muy bien, en realidad. Vine a hablarle de eso. Rebecca Jordan ha sido arrestada.

La declaración suena como una aguja deteniéndose en seco sobre un vinilo. Me deja sin aire, como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—¿Cuándo?

—Anoche. Fue procesada esta mañana. El juez negó la fianza. La señorita Jordan ya no es una amenaza para usted, doctora.

Se me acelera el corazón.

—¿Estás seguro?

Sonríe.

—Estuve en la sala del juzgado y vi a los oficiales llevársela esposada. No irá a ninguna parte durante un tiempo muy largo. Confesó anoche, en vídeo, los dos asesinatos: Ellen y Rose Wright. —Me cubro la boca con la mano. Un torrente de alivio me invade, pero se mezcla con algo más: tristeza, creo. Otra vida destruida por este embrollo. El detective Green rodea la taza con las manos—. La señorita Jordan también proporcionó detalles de todas las veces que la siguió. Dijo que llevaba mucho tiempo haciéndolo, desde una vez que salió de una cafetería el otoño pasado.

¡Dios mío! La mujer con el pelo rubio largo y un montón de libros en los brazos. *Sabía* que Rebecca me había parecido vagamente familiar por alguna razón. Nunca había podido ubicar su rostro. Pero estaba claro como el día. Estaba a mis espaldas, vigilándome, la tarde en que vi a Gabriel por primera vez y lo seguí. Asumí que simplemente nos habíamos cruzado. Ese día estaba muy alterada. Ocurrió meses antes de saber que existía. Es aterrador pensar la cantidad de tiempo que pasó sin que yo me enterase de nada. Cuán expuesta estuve.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me siguió todo ese tiempo?

—Nunca se trató de usted, en el fondo, sino de su relación con el señor Wright. Parece que ella está un poco… obsesionada con él. Dijo que la siguió porque usted lo estaba siguiendo. —El detective Green sacude la cabeza—. Quería saber por qué y ha estado vigilándola desde entonces. Cuando Wright se convirtió en paciente suyo, lo imitó. Su interés en usted era territorial.

—¿Fue ella la que entró en mi apartamento? Un día llegué a casa y la puerta estaba abierta. Juraría que la cerré con llave. La llave se me había perdido unas semanas antes.

—No admitió nada eso. Aunque no me sorprendería. La mujer empujó a una niña a la calzada y nos lo contó como si estuviera hablando del tiempo, con calma total. Sin embargo, sí que le

envió unos paquetes. ¿Una muñeca de Hello Kitty y un libro? Estaba tratando de asustarla con sus jueguitos. Pensó que eso la alejaría de Wright.

Sacudo la cabeza, sorprendida de lo profundamente involucrada que esta mujer estaba en mi vida. He repasado las sesiones que tuve con Rebecca una y otra vez, tratando de distinguir la verdad de las mentiras. Lo único que sé con certeza es que tiene relaciones obsesivas y poco saludables con los hombres.

Suspiro.

—Espero que reciba la ayuda que necesita. —El detective Green se bebe su té y me observa por encima del borde de la taza. Es observador, en eso se parece mucho a un psiquiatra, que suele conocer a sus pacientes por las acciones, más que por las palabras—. ¿Y Gabriel? —pregunto.

—Lo interrogamos tres veces sobre su rol en todo esto. Su historia cuadra. Él nunca la siguió. Fue Rebecca siempre. —Me mira a los ojos—. Aunque él parece pensar que usted lo seguía. Mencionó que chocaron en un callejón una vez hace meses, cuando él salía de su unidad de almacenamiento.

Nunca le conté al detective Green cómo empezó todo, pero es tiempo de liberar la verdad. Así que asiento.

—Lo seguí durante un tiempo. Fue una casualidad, al principio. Nunca tuve la intención de hacerlo, lo juro. Un día estaba sentada en una cafetería, mirando hacia fuera, y ahí estaba él. El hombre que vi desplomarse en la sala de urgencias en la peor noche de mi vida. Creo que fue la peor para él también. Solo que ahora parecía ser feliz y yo… lo seguí. No tenía la intención de que se convirtiera en algo, pero de alguna manera sucedió. —Inhalo y exhalo, nerviosa—. ¿Me meteré en problemas por eso?

Sacude la cabeza.

—No. Gabriel Wright no tiene interés en presentar cargos. Se siente mal por las cosas que sucedieron entre ustedes dos. Dijo que usted es… más que su doctora. ¿Es cierto?

Bajo la vista, avergonzada y asiento.

—Sí, tuvimos una relación íntima.

—Ustedes dos tienen maneras interesantes de lidiar con la pena. Pero, de todos modos, no creo que haya peligro para usted. Rebecca está fuera de circulación y, con su testimonio, no saldrá en décadas, si es que alguna vez lo hace. Es decir, si aún está dispuesta a testificar. Debería ser un caso sencillo por la confesión, pero nunca lo es una vez que se involucran estos malditos abogados defensores. Anoche aceptó su responsabilidad en los hechos en vídeo y, esta mañana, en la audiencia, su abogado ya tenía una historia nueva.

—¿Qué quiere decir?

—El abogado solicitó una evaluación de capacidad. Parece que va a presentar una defensa por

demencia. Su cliente andaba meciéndose hacia delante y atrás en la sala de audiencias del juzgado, murmurando sobre Tailandia.

—¿Tailandia?

El detective se encoge de hombros.

—Se balanceaba y murmuraba «Tailandia, Tailandia, Tailandia». Cuando el juez subió al estrado, amenazó con echarla si no se callaba. Su abogado se disculpó y dijo que su clienta creía que debía estar en Tailandia, no en prisión.

—¿Qué tiene que ver Tailandia con todo esto?

—No tiene nada que ver. Balbucear incoherencias es una estrategia de defensa. Vincent Gigante, uno de los jefes mafiosos más conocidos, anduvo caminando por la ciudad en bata, murmurando tonterías a nadie en particular, durante años. Es lo que hacen estos abogados. Montan un espectáculo. Así que su testimonio será útil. El fiscal dijo que probablemente le costará su licencia para ejercer la medicina, una vez que la junta médica se entere de que violó la confidencialidad de su paciente, ya que nunca hubo amenaza de daño por parte de ella.

Asiento.

—Lo haré. Testificaré. Los últimos años no han sido más que secretos y mentiras. La verdad debe salir a la luz. La esposa y la hija de Gabriel merecen justicia. Y necesito que la obtengan. Es la única manera de lograr que esto se termine para todos.

—¿Qué hará si no puede ejercer la psiquiatría?

—No lo sé. Pero quizá comenzar de cero sea justo lo que necesito.

El detective se termina su té y se da una palmada en las rodillas.

—Bueno, debería irme. El fiscal se encargará de todo a partir de ahora y se pondrá en contacto con usted. Le he dado su número.

Lo acompaño hasta la puerta. Se detiene para mirar el palo de *hockey*.

—Era un gran jugador.

Sonrío tristemente.

—Lo era.

—Espero que le traiga algo de paz saber que las muertes de la familia Wright no fueron culpa suya. No debería haber conducido en su estado, pero Rebecca Jordan fue la asesina.

—Creo que me llevará un tiempo asimilarlo, pero estoy agradecida de que haya llegado al fondo del asunto. Gracias por todo lo que ha hecho.

—Cuídese, doctora.

Cierro la puerta detrás de él. Una cerradura, no las tres esta vez. Me apoyo contra la puerta y contemplo el palo de Connor. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Se acabó —susurro—. *Tú* también eres libre ahora.

CAPÍTULO 43

Ahora

La vida parece casi normal últimamente.

Bueno, una nueva normalidad. Nunca volveré a trabajar como psiquiatra. Nunca entraré a la oficina y le daré las gracias a Sarah por traerme un café, para luego ir a mi consultorio a prepararme para el día. Una parte de mí lo echa de menos. Pero otra parte se alegra de no tener una existencia que gira alrededor de los problemas de los demás. Los míos ya son carga suficiente. Cada día es una lucha, pero sigo poniendo un pie delante del otro y avanzando.

Un día cálido de principios de verano me recibe cuando salgo del depósito. Pero no estoy aquí para acosar a Gabriel. No, ya no hago eso. He dejado de mirar por encima del hombro, casi del todo, la verdad. Hoy me llevo una pila de cajas de mudanza. Hago equilibrio con ellas para bajar a la acera y cruzar la calle. Siento el calor del sol en el rostro. Una gota de sudor me corre por la mejilla, y subo el hombro para secarla.

He decidido mudarme. Voy a dejar el apartamento: creo que es lo mejor. Me parece que estarías de acuerdo. Una casa de ladrillos rojizos con un jardín diminuto me espera en Carroll Gardens. Cuando fui a verla con el agente inmobiliario, una guirnalda turquesa con huevos de Pascua y conejitos de dibujos animados colgaba de la puerta de entrada. Era muy festiva, y me hizo pensar en que aún tengo toda una vida por delante, y si dejo ir lo sucedido, hasta podría disfrutarla.

Mientras subo las escaleras hasta mi apartamento, de las últimas veces que lo haré (el camión de la mudanza viene mañana), muevo las cajas de lado para buscar las llaves. Pero hay alguien de pie en la parte superior de la escalera. Me detengo para dejarlo pasar, pero no se mueve, así que levanto la vista.

Se me corta la respiración.

—Gabriel. —Logro recuperar el equilibrio antes de subir el último escalón. Por un momento, pienso en darme la vuelta y salir corriendo en la dirección opuesta. Pero ya no me escapo.

Cargada con cajas como estoy tampoco podría hacerlo, pero la nueva Meredith no cede terreno —. ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo sabes dónde vivo?

—La dirección de tu marido estaba en el informe policial de… esa noche. Y he venido a hablar contigo, si te parece bien.

Mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los talones, tratando, creo, de hacerme sentir cómoda.

—Habla, entonces. —Las palabras salen ásperas, pero se ha presentado en mi casa sin avisar. Una pequeñita parte de mí se alegra de verlo. Pero desearía que hubiera esperado un día más. Ya me habría marchado para entonces. Dejo las cajas en el rellano, las apoyo contra la barandilla de la escalera y me cruzo de brazos.

—Gracias. —Aprieta los labios y asiente—. Gracias por testificar. El detective Green me dijo que perderás tu licencia por hacerlo, y sé que es un sacrificio enorme. Aprecio que hagas eso por mí.

—Lo hago por Ellen y Rose. No por ti. Ellas son las únicas inocentes en todo esto. Les debo justicia. Es lo mínimo que puedo hacer.

Asiente de nuevo.

—Lo entiendo.

Me inclino para agarrar las cajas porque parece que ha terminado de hablar. Pero las preguntas se escapan y no puedo contenerlas. Me levanto con las manos vacías.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué viniste a mi despacho si sabías quién era yo? ¿Por qué viniste a atenderte conmigo?

Gabriel abre la boca, después se pasa la mano por el rostro y se rasca la barbilla

—Estaba enfadado. No pensaba con claridad. Quería hacerte sufrir, como yo estaba sufriendo. Que escuchases mi pena. Quería que te doliera. —Se recuesta contra la pared—. Pero fuiste muy amable. Intentaste ayudarme. Y… —Levanta la mirada por un momento—. Me sentí atraído por ti. Que fue lo peor que podría haber pasado. Tuve que volver después de eso. Durante un tiempo, fuiste lo único que me hacía sentir mejor. Me hizo sentir que… había algo más en la vida. —Suspira—. No tiene sentido, ¿verdad? Yo no tengo sentido. La pena no tiene sentido. —Me mira —. Tienes que creerme, esa parte fue real. Me gustabas de verdad.

El silencio flota entre nosotros. Busco sus ojos para evaluar su sinceridad y no encuentro nada más que verdad.

Me gustabas de verdad.

No debería sentir calidez por eso. No debería sentir nada. Pero la siento. Algún punto blando dentro de mí se despliega, y me relajo un poco.

—Ten. —Lleva algo escondido en el puño, y espera hasta que le doy la mano para ponerlo dentro de la palma—. Debo irme. —Sonríe ligeramente y señala las cajas—. Buena suerte con lo

que sea que te espere.

No impido que se marche y baje las escaleras a toda prisa. Cuando abro la mano, es el llavero de Connor, el que encontré en la unidad de almacenamiento de Gabriel.

—¡Espera! —Gabriel se detiene—. ¿Por qué ibas a la unidad de almacenamiento tan a menudo?

Sonríe tristemente.

—Guardé las cosas de mi hija allí porque me resultaba muy doloroso verlas. Luego iba a verlas todos los días de todos modos. —Se encoge de hombros—. No me pidas que tenga sentido.

Entiendo un poco sobre autocastigos.

Alzo el llavero.

—¿De dónde lo sacaste?

—Lo encontré enganchado en el bolsillo del abrigo el día que chocamos en el callejón. Se te debió haber caído, y quedó atrapado en mi abrigo.

—¿Sabías quién era yo ese día?

—Sabía que me resultabas familiar. Probablemente no habría hecho la conexión si ese llavero no tuviera el número diecisiete. Pero una vez que lo vi, situé tu cara. Estabas en el hospital esa noche… —Respiro hondo y asiento—. ¿Alguna pregunta más?

Sacudo la cabeza.

—Cuídate, Gabriel.

—Tú también, doc.

Lo contemplo mientras se aleja, y me lo quedo mirando mucho tiempo después de que haya doblado la esquina. Después bajo la vista hacia el llavero que tengo en la mano.

—Solo somos tú y yo otra vez —susurro—. El último pedacito de *ti* que me queda.

CAPÍTULO 44

Gabriel

UN AÑO MÁS TARDE

—Hola. ¿Qué le sirvo?

Una rubia simpática con los labios satinados me saluda con una inclinación de la cabeza y una sonrisa. Es bonita; mi tipo. Mi antiguo tipo, en todo caso. No debe tener más de veintitrés años, inocente y entusiasta. Me resulta familiar. Quizá haya sido estudiante mía, pero la verdad es que no importa.

—Ponme un café corto y… —Observo la vitrina de cristal—. Ponme una porción de esa apetitosa tarta, por favor.

—Enseguida.

Pago con la tarjeta de crédito. Salgo de la fila. Espero con cuatro desconocidos: todos miran sus móviles mientras esperan los pedidos.

—Gabriel, pedido para llevar —llama alguien unos minutos después.

Cojo mi café y la bolsa de papel. Por costumbre, le echo otro vistazo a la rubia bonita. Ella sonríe y espera a que yo aparte la mirada. O quizá quiere que vuelva, que coquetee un poco. Que le pida el teléfono. Pero mi nuevo yo no está interesado. Mis gustos han cambiado. Han evolucionado y madurado.

Me siento en mi lugar habitual, una silla tapizada de cuero en la parte delantera de la cafetería. Me permite ver a la perfección la casa al otro lado de la calle, la que tiene macetas con flores coloridas y una guirnalda floral colgando de la puerta de entrada. Me he ido encariñando con Brooklyn estos últimos meses, en particular este barrio en Carroll Gardens, con sus acogedoras

casas de ladrillo rojizo. ¿Quién sabe? Tal vez venga a vivir aquí. Tal vez deje Columbia y enseñe en Brooklyn College, como cierta nueva profesora adjunta que conozco.

Hablando de ella, se abre la puerta al otro lado de la calle. El cachorro sale corriendo, arrastrando a su propietaria con él. Sonrío al ver a Meredith bajar las escaleras a toda velocidad, tirando de la correa y tratando de detener a la bestia. Pero el animal debe pesar ya casi tanto como ella. Es desgarbado y patilargo, y le cuelga la baba. Es un mastín napolitano, no parece ser la raza ideal para Nueva York, pero le queda bien a Meredith.

Logra controlar al perro al llegar al pie de las escaleras; lo hace sentarse para darle un premio. Después empieza su caminata diaria. A veces su amiga se le une, la que está casada con el jugador de *hockey* que fingí no reconocer esa noche en Sunny's. Pero hoy está sola. Mejor. No disfruto tener distracciones durante el limitado tiempo que paso con ella cada día. Espero hasta que están casi en la esquina antes de salir de la cafetería y seguirla. Brooklyn no provee de la misma cantidad de personas para esconderse como Manhattan. Debo ser cuidadoso.

La sigo unas seis manzanas. En la esquina de la Tercera y Smith, se detiene y saca el móvil del bolsillo. Una ráfaga de viento casi se lleva mi gorra de béisbol. Una tormenta está pronosticada para hoy. Me paro detrás de un árbol en el lado opuesto de la calle, bajo la visera de la gorra y la observo de reojo. La brisa le alborota el cabello; me hace sonreír.

Meredith tiene buen aspecto, está fantástica, de hecho. Ha ganado unos kilos, que le hacían falta. Y se ha puesto algunos reflejos claros en su cabello rubio oscuro, que ha dejado crecer más allá de los hombros. Pero es su sonrisa lo que me conmueve. La espero cada día, mi propia versión del amanecer, que me recuerda que hay esperanza, un nuevo comienzo, una nueva promesa, una nueva vida. Ya ha pasado la mitad de su paseo matutino, así que empiezo a preocuparme de que hoy no la veré. Pero luego sucede. Meredith dice algo en el teléfono y echa la cabeza hacia atrás, riéndose. Siento calidez en el pecho.

Es feliz.

Verdaderamente feliz.

Me pregunto si es la persona con la que habla la que la hace sentir así.

Me pregunto si es un hombre.

Me pregunto si quizá, algún día, *yo* podría hacerla reír.

Ahora da clases. La busqué en la web de la universidad mientras esperaba a que saliera el otro día. Profesora adjunta de Psicología. Tenemos mucho en común. Nuestros trabajos, lo que hemos vivido, nuestra curiosidad por las personas.

Ha vuelto a caminar. Cuando la llamada termina, Meredith continúa su paseo matutino. Izquierda, luego izquierda, seis calles arriba para volver antes del giro final. Cuando dobla la esquina para volver a su calle, espero y me mantengo a una buena distancia. Otro perro con correa se acerca y los dos animales no pueden resistirse: saltan el uno sobre el otro, a pesar de

que sus propietarios intentan separarlos. Juegan, se levantan sobre sus patas traseras con las bocas abiertas y se dan golpes con las patas en las caras. Meredith está demasiado ocupada tratando de controlar a su perro para notar que se le cae algo. Pero yo sí lo noto.

Unos minutos después, los perros se separan y Meredith camina el último cuarto de calle hasta su casa. Es martes, así que pasará otra hora más o menos antes de que salga para dar clase. Yo también tengo clases hoy, así que no puedo quedarme, pero me da curiosidad saber qué es lo que se le cayó. Así que coloco la capucha sobre la gorra, la bajo todo lo posible para ocultar mi rostro, y cruzo corriendo la calle.

Un pequeño objeto plateado brilla bajo el sol. Tiene forma de hueso, es la placa de identificación del perro que se ha soltado del collar. Me agacho y la recojo para mirarla de cerca. Pero cuando lo hago, los billetes que tenía en los bolsillos de la sudadera se caen. Atrapo todos menos uno que el viento se lleva. El billete solitario rueda por la calle entre la tierra y la arena y todo lo demás que se pone en el camino de la tormenta que se avecina. Lo dejo ir, porque me interesa más ver qué regalito me dejó Meredith que perseguir un dólar. No hay nada en la parte frontal, pero cuando le doy la vuelta, se me corta la respiración cuando descubro el nombre grabado.

Romeo.

Le puso Romeo.

Como el personaje de Shakespeare.

La asignatura que enseño…

¿Es una coincidencia?

Quiero creer que no, que Meredith todavía piensa en mí. O tal vez no, pero es una señal. Una señal de que debería seguir esperando.

Esperándote.

Guardo la placa en la mano con una sonrisa y empiezo a alejarme. Pero una voz a mis espaldas me llama la atención

—¡Señor! —Me vuelvo. El hombre tiene algo en la mano—. Creo que se le ha caído esto. —Sonríe—. Pensé que era dinero de Monopoly al principio. Pero es un baht, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Fui a Tailandia para mi luna de miel. Por eso he reconocido la divisa. Un país precioso. ¿Acaba de regresar?

Sacudo la cabeza.

—Voy la semana que viene.

—Si viaja con acompañante, vaya a Koh Yao Noi. Unas playas preciosas. Apartadas de todo. Organizan cenas a la luz de las velas en la playa. Fue lo que más le gustó a mi esposa de todo el viaje.

Sonrío.

—Gracias por el consejo. Se suponía que iba a viajar con alguien, a modo de recompensa por un trabajo bien hecho. Pero parece que ella no podrá venir, así que iré solo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Emily Bestler y a su equipo editorial por creer en este libro desde el principio. Y a Hannah Wann y Becky West por llevar *Anatomía de una obsesión* en un viaje fabuloso por el Reino Unido.

A mi agente y amiga, Kimberly Brower: gracias por estar siempre ahí para apoyarme y dirigir el barco rumbo a nuevas aventuras.

Detrás de cada mujer que triunfa existe una tribu de mujeres exitosas que la animan, la apoyan y la alientan a hacer cosas que dan miedo. Gracias a mi líder tribal, Penelope Ward, que siempre está a mi lado, y a Cheri, Luna, Julie, Elaine, Jessica y las 26,000 mujeres inteligentes en mi fantástico grupo de Facebook, Vi's Violets.

A mi familia: Chris, Jake, Grace, Sarah y Kennedy, quienes nunca dudaron que podía lograrlo, incluso cuando yo sí dudaba.

A vosotros, los lectores. Gracias por vuestro apoyo y entusiasmo. Ya sea que nos estemos conociendo por primera vez o que desde hace más de una década me acompañen leyendo mis novelas románticas, os agradezco mucho por haberle dado una oportunidad a esta historia.

Índice

Capítulo 1. Presente
Capítulo 2. Pasado
Capítulo 3. Presente
Capítulo 4. Pasado
Capítulo 5. Presente
Capítulo 6. Pasado
Capítulo 7. Presente
Capítulo 8. Pasado
Capítulo 9. Presente
Capítulo 10. Pasado
Capítulo 11. Pasado
Capítulo 12. Ahora
Capítulo 13. Pasado
Capítulo 14. Presente
Capítulo 15. Presente
Capítulo 16. Presente
Capítulo 17. Presente
Capítulo 18. Ahora
Capítulo 19. Ahora
Capítulo 20. Presente
Capítulo 21. Ahora
Capítulo 22. Presente
Capítulo 23. Ahora
Capítulo 24. Ahora
Capítulo 25. Ahora

Capítulo 26. Ahora
Capítulo 27. Ahora
Capítulo 28. Ahora
Capítulo 29. Ahora
Capítulo 30. Ahora
Capítulo 31. Ahora
Capítulo 32. Ahora
Capítulo 33. Ahora
Capítulo 34. Ahora
Capítulo 35. Ahora
Capítulo 36. Ahora
Capítulo 37. Ahora
Capítulo 38. Ahora
Capítulo 39. Ahora
Capítulo 40. Ahora
Capítulo 41. Ahora
Capítulo 42. Ahora
Capítulo 43. Ahora
Capítulo 44. Gabriel
Agradecimientos

Título original: *The unravelling*
Traducción del inglés: María Victoria Boano
Maquetación: Estudio Olifant
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Vi Keeland
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con la autora y Emily Bestler Books/Atria Books, un sello de Simon & Schuster, LLC. Derechos gestionados por Brower Literary. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 978-84-19873-92-7

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Vi Keeland
Portada
Capítulo 1. Presente
Capítulo 2. Pasado
Capítulo 3. Presente
Capítulo 4. Pasado
Capítulo 5. Presente
Capítulo 6. Pasado
Capítulo 7. Presente
Capítulo 8. Pasado
Capítulo 9. Presente
Capítulo 10. Pasado
Capítulo 11. Pasado
Capítulo 12. Ahora
Capítulo 13. Pasado
Capítulo 14. Presente
Capítulo 15. Presente
Capítulo 16. Presente
Capítulo 17. Presente
Capítulo 18. Ahora
Capítulo 19. Ahora
Capítulo 20. Presente
Capítulo 21. Ahora
Capítulo 22. Presente
Capítulo 23. Ahora
Capítulo 24. Ahora
Capítulo 25. Ahora
Capítulo 26. Ahora
Capítulo 27. Ahora
Capítulo 28. Ahora
Capítulo 29. Ahora
Capítulo 30. Ahora
Capítulo 31. Ahora
Capítulo 32. Ahora
Capítulo 33. Ahora
Capítulo 34. Ahora
Capítulo 35. Ahora
Capítulo 36. Ahora
Capítulo 37. Ahora
Capítulo 38. Ahora

Capítulo 39. Ahora
Capítulo 40. Ahora
Capítulo 41. Ahora
Capítulo 42. Ahora
Capítulo 43. Ahora
Capítulo 44. Gabriel
Agradecimientos
Índice
Créditos


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

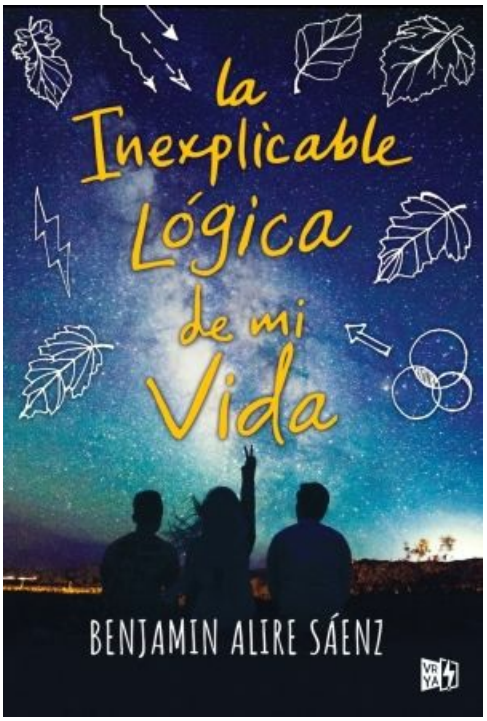
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

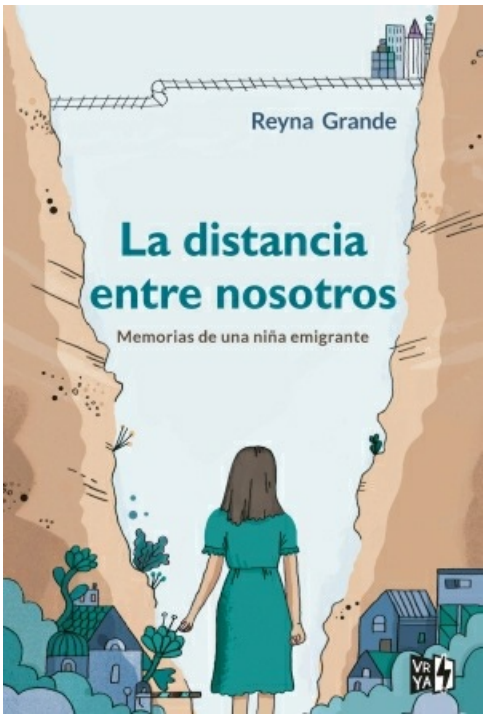
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

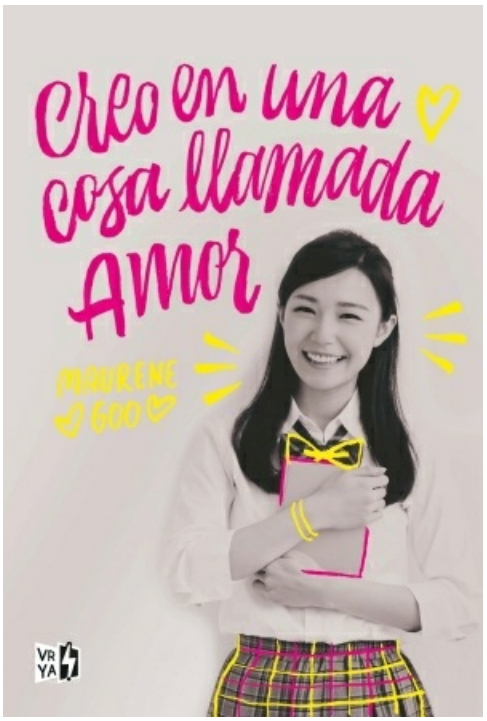
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ANNA SÓLYOM
El perro que seguía las estrellas
El amor no conoce distancias

El perro que seguía las estrellas

Sólyom, Anna
9788419873811
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ingrid lleva una vida apacible junto a Roshi, su adorable golden retriever. Tras años sin salir de su pueblo en Colorado, acepta la invitación de su hermano para celebrar el 4 de Julio en Virginia. Allí los fuegos artificiales asustarán a Roshi que, sumado a la persecución de una jauría de perros, hará que inevitablemente se pierda. Desolada, Ingrid se ve obligada a volver a Colorado. Sin embargo, Roshi no se dará por vencido e iniciará una odisea a través de varios estados para regresar junto a ella. En su larga travesía, Roshi hará honor a su nombre, que designa al abad de un monasterio zen, ejerciendo de maestro en los distintos hogares por los que pasa. Y, mientras busca el camino de regreso, será adoptado por diferentes familias y algunas almas solitarias, a los que les cambiará la vida con su increíble inteligencia y bondad. ¿Dónde terminará el viaje de Roshi?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)